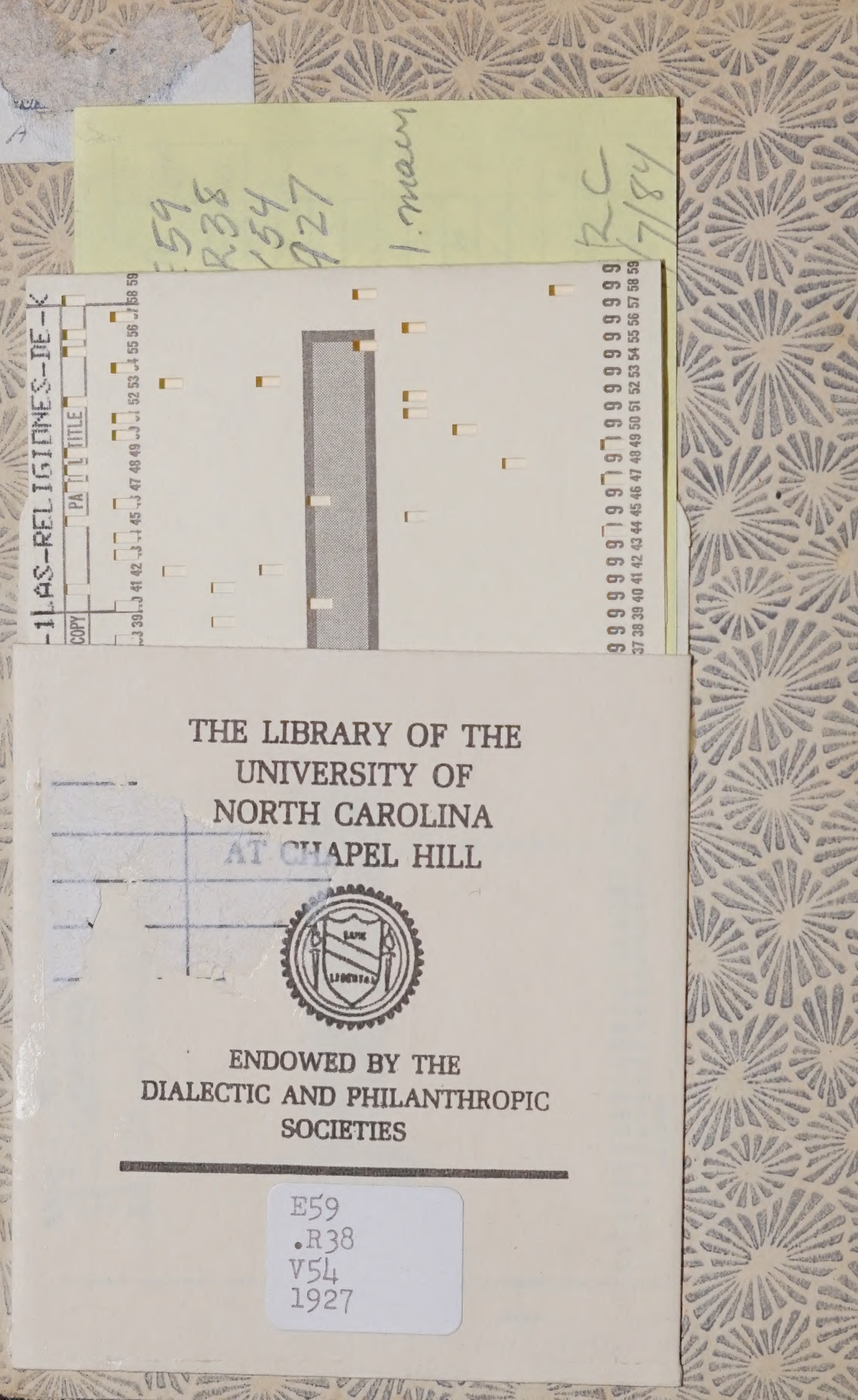

-1LAS-RELIGIONES-DE-K
COPY
PA
TITLE
E59
R38
V54
1927
1. main
RC
7/84


a 00002 59151 9

Obras del mismo Autor

1 Discursos Patrióticos en òrden histórico dedicados a los Maestros, Niñez y Juventud estudiosa boliviana.
2 Bosquejo de la Historia de las Religiones de la América e Introducción del Cristianismo.

Obras Inéditas del mismo Autor

1 Introducción a la Escritura Santa: Inspiración.
2 Inerrancia de la Biblia.
3 El Canon de los Libros Santos.
4 Hermenéutica y Exégesis de los Libros Santos.
5 Cuestiones sobre el Pentateuco.
6 El Libro de Josué.
7 Los Libros I y II de Samuel. Los Libros de los Reyes I y II.
8 Introducciòn de los Libros de los Profetas y el Libro de Isaias
9 El Libro de Daniel, y I y II de los Macabeos.
10 El Libro ds Job.
11 Los Libros Sapienciales: Proverbios, Sabiduría Eclesiástico, Eclesiastés y Cantar de los Cantares.
12 Los Hechos de los Apòstoles.
13 La Epístola a los Romanos.
14 La Epístola I a los Corintios.
15 Las Epístolas I y II a los Tesalonicenses.
16 Las Epístolas Pastorales.
17 La Epístola a los Hebreos.
18 Las Epístolas Católicas: Santiago, I y II de Pedro, I, II y III de Juàn, y Judas Tadeo.
19 El Apocalipsis.
20 Introducción a la poesía hebraica y el Libro de los Salmos.
21 Obras Oratorias: Panegíricos y Sermones.
22 Misceláneas Filosóficas.
23 Reseña de la Historia de la Literatura Griega y Análisis de las Obras Clásicas.
24 Reseña de la Historia de las Literaturas Antiguas: China, India, Àrabe, Persa; y de las Literaturas: Latina, con Análisis de las Obras Clásicas; Española, Portuguesa y Francesa.
25 Reseña de la Historia de la Literatura Boliviana.
26 Notas sobre la Iglesia de La Paz y «La Cruzada pro Indio».
27 Notas sobre las Parroquias de Bolivia.
28 Notas sobre Tiahuanacu y la destrucción de los monumentos antiguos por los primeros misioneros.
29 Discursos literarios y poesías de oportunidad.
30 Misceláneas de sujetos muy diversos.
31 Cuestiones sociales y reseña de la situación económica de la Iglesia de Bolivia desde la Independencia hasta hoy.



1956

****

INDICE

ooO●Ooo

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

Capìtulo Tercero

Capítulo Cuarto

Capítulo Quinto

Capítulo Sexto

BOSQUEJO



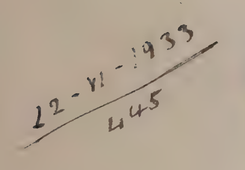
DE LA

HISTORIA DE LAS RELIGIONES DE LA AMÉRICA E INTRODUCCIÒN DEL CRISTIANISMO

POR

J. BENEDICTO VILLAGARCÍA

EX-PROFESOR DE FILOSOFIA EN EL SEMINARIO DE SUCRE (BOLIVIA)
MIEMBRO DE LA "SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE SUCRE"







SUCRE DE 1927

ESCUELA SAN FRANCISCO DE ARTES Y OFICIOS.—JUJUY

****

A GUISA DE PRÓLOGO

Antes de abordar nuestro estudio de la Historia de la Iglesia Boliviana propiamente dicho, como introducción no pensamos que esté fuera de lugar el puntualizar en unas cuantas palabras el origen del hombre americano: su antigüedad y su procedencia; en seguida bosquejar rápidamente el estado religioso en América en unas cuantas pinceladas, ya que no se puede mas, dada la carencia de documentos de que disponemos relativamente a las edades mas antigüas, carencia, que se extiende a los tiempos mas modernos, de documentos escritos. Los que poseemos son ya de la época del Coloniaje, muy modernos, que no nos instruyen sino con respecto a los tiempos mas inmediatos.

Aunque parezca fuera de propósito en una Historia Eclesiástica este doble aspecto, no lo es tanto el segundo cuando uno considera que la misión de la Iglesia es y ha sido desde su origen el desterrar las tinieblas de la ignorancia con respecto a los supremos destinos del hombre, hacerle ver la luz de la verdad mostrándole al verdadero Dios, e iniciándole a su conocimiento y a su amor, para que mas tarde pueda poseerle en toda su plenitud.

Precisamente allí está lo maravilloso de la acción de Dios por medio de la Iglesia, que pudo hacer de hombres idólatras, fetiquistas, inmorales, corrompidos, hombres adoradores del verdadero Dios, concientes de su propia grandeza en medio de su infinita miseria, deseosos de ir a participar de la vida misma de Dios despues de las andancias de este pobre "valle de lágrimas"; hombres llenos de una santidad que les coloca por sobre todos los otros animales y "un poco inferior a los ángeles", *paulo minus ab angelis, Ps. VIII*; que les abstrae de los sentidos materiales y les abre horizontes y perspectivas infinitas.

En cuanto al primer aspecto tampoco está fuera de propósito.

Efectivamente, se han generalizado tantas conclusiones falsas al respecto, que cándidamente se las quiere atribuir a la Biblia. Muchos incautos católicos, ignorantes de la verdadera ciencia sobre todo, han creido que extender mas de 6.000 la existencia del hombre en la tierra es una herejía, contraria a la Biblia. Con sana exégesis y con pleno conocimientos de la Biblia podemos afirmar que de ningún modo se encuentra en ella tales afirmaciones, ni tales, ni parecidas cifras. Ha sido una falsa interpretación el atribuirle lo que ella no ha dicho. La serie de los patriarcas que se cuentan y en la que se basan tan desgraciados càlculos, no es ni completa, ni de fechas exactas El texto Samaritano difiere al respecto con el texto Masorético. Este hecho es muy significativo, y al prudente exégeta le pone alerta para no cometer errores.

Por lo demás la Biblia no es un libro de Ciencia a la manera de una Palenteología, de una Geología u otra. El aspecto científico, tal cual lo entienden hoy día los sabios, desborda sus límites. La Biblia, según afirma León XIII, en la Encíclica "*Providentissimus*", es un libro religioso, que hay que tomarlo en el sentido en que Dios ha querido instruirnos, "ella nos muestra, dice San Gregorio Magno, cómo hemos de ir al cielo, y no cómo es el cielo".

Por otra parte el estudio de la Paleontología ha llegado a conclusiones tan claras y se apoya en documentos tan contundentes, que so pena de cerrar los ojos a la luz no podemos menos de admitir dichas conclusiones. Para ella, la aparición del hombre en la tierra se pierde en la noche de los tiempos. Geólogos como de Lapparent, y antropólogos como de Quatrefages no vacilan en dar un mínimo de 200.000 años ([1]) a la aparición del hombre. Y ello nada tiene de particular cuando se considera el tiempo enorme que ha sido menester para la diversificación de las razas, establecimiento del lenguaje y población de las cinco partes del mundo.

Deshacer los errores contrarios que aún entre algunos eclesiásticos reina, desligar la Biblia de la Ciencia, cada una soberana en su dominio propio, de compromisos que pudieran traer funestas consecuencias para aquella, ha sido uno de los objetivos al haber comenzado por el origen del hombre americano.

---

(1) "La Revue Generale des Sciences" Paris n. 31 Oct. 1927 t. XXXIX n. 20, p. 567 sostiene la opinión de la aparición del hombre exede a 300.000 años.

****

CAPITULO PRIMERO

ANTIGUEDAD DEL HOMBRE AMERICANO

---

1 En el estado actual de nuestros conocimientos no es aún posible resolver el problema tantas veces sucitado de los primeros pobladores de América.

La presente nota no tiene ninguna pretensiòn de revisar los conocimientos actuales, que tenemos hoy día al respecto, ni mucho menos hacer avanzar la cuestiòn, ni siquiera de una pulgada. Nuestro modesto intento es tan solo de resumir el estado en que se encuentran los trabajos concernientes.

¿De dónde vinieron? He ahí la cuestión a la que no se ha satisfecho aún plenamente. Lo único que queda demostrado es que el hombre americàno no es ni autóctono, ni reciente.

Todo el mundo científico conoce las apasionadas discusiones que suscitaron las opiniones del célebre palenteologista argentino, Ameghino, que sostenía que el hombre en Amèrica era autóctono y que esta región del mundo, sobre todo las pampas argentinas, fueron la cuna de la humanidad. Tal es tambien la opinión del no menos cèlebre historiador de las antigüedades mejicanas, Brasseur de Bourbourg, en *«Quatre Lettre sur le Mexique»*.

Hoy día la generalidad de geólogos y paleontólogos tanto europeos como americanos han desechado esta opinión, que se la considera a justo título como arcaica. Lo único que queda de las opiniones de

Ameghino es que el hombre americano es muy viejo, pero quizás no tanto como él lo había supuesto. Numerosos son los autores que lo suponen de las épocas glaciales. El eminente antropólogo Marcelin Boule le asigna la antigüed del pleistoceno.
(*Cf. Eugene Pittard «Les races et l' Histoire» p. 557 ss.*)

Los hechos que sometemos a discusión, nos darán un poco más de luz.

Mientras tanto, otro hecho reconocido en la unanimidad por los antropólogos y que prueban palmariamente los documentos paleontológicos es el de la existencia de una doble raza antigua, con rasgos acentuados de dolicocefalismo, la de la Lagoa Santa (provincia de Mina Geraes, Brasil), p. e. y la hypsistenocefálica, que nos muestran los documentos antigüos en la misma región. ¿Còmo estas razas que parecen completamente diferentes tienen su nexo de unión con las contemporáneas, que son braquicefálicas? He ahí un problema que no lo resuelven los antropólogos, sino con las hipótesis de una doble corriente, y quizas triple, de razas diversás que poblaron en diferentes èpocas, o puede ser, paralélamente el Continente Americano.

Estos hechos y los demás que referimos rápidamente nos pueban de un modo palmario que Amèrica fuè habitada desde largos tiempos atrás.

Veamos algunos de ellos.

Comencemos por desechar las pruebas que no parecen bien seguramente sentadas. Así p. e. todo el mundo conviene en que no hay pruebas convincentes para demostrar la existencia del hombre terciario en América. Por esto se rechazan como documentos que no prueban su tan alta antigüedad los cráneos de «*Calaveras*» y toda la osamenta de las Cavernas de California. Estos hallazgos de 1866 dieron motivo a controversias apasionadas en el mundo científico de

entonces. La ùltima conclusión de Sinclair, que los ha estudiado mas recientemente, es que ni provienen siquiera, como se pretendió, de entre los guijarros auríferos, a 40 metros de profundidad, sino de una de las numerosas cavernas sepulcrales del condado de las Calaveras. «El hombre, dice Sinclair, en California no aparece en la época terciaria, y todos los objetos encontrados en los terrenos auríferos han sido enterrados allí, como consecuencia de derrumbamientos» (*Cf. Beuchat «Manuel d'Archéologie Americaine», París, 1912, p. 95-98*).

Hay que hacer las mismas reservas con respecto a los descubrimientos de Lassing, (Kansas), en 1902 y Nebraska, en 1907. Hrdlichka, que fué jefe del servicio antropológico de los E. E. U. U., ha demostrado que esos cráneos son muy semejantes a los de los indios actuales ae la regiòn de Kansas o Ponkas.

2 En 1843 un sabio danés, el doctor Lund, anunciaba haber hallado en las cavernas de las inmediaciones de Lagoa Santa, restos humanos fósiles de muchos indivíduos, viejos y niños, confundidos con los de animales, desaparecidos largos siglos há. (*Beuchat, id. op. p. 243 ss.*).

Estos descubrimientos no fueron divulgados, sino más tarde, en 1888, por Soren-Hansen. Estos restos humanos parecen haber sido contemporáneos a los animales fósiles el Glyptodòn, el Esquelidoterium, el Clamidoterium y el Makjerodus. La evaluación de las épocas es sumamente difícil, y los paleontólogos no han logrado aún ponerse de acuerdo. Sin embargo se sabe que los glypodontes remontan al mioceno del terciario, los makjerodus al plioceno, lo mismo que los últimos megateriums, y que no han desaparecido de América, sino recientemente. (*Cf. Perrier «La Terre avant l'Histoire, p. 366 ss.*).

Esto explica que el hombre haya sido contemporáneo a ellos, y que sus restos hayan podido encontrarse junto con los de esa fauna desaparecida. Lehman Nitsch los hace contemporáneos al pleistoceno, así como a los fósiles encontrados por Santiago Both en 1881, en las orillas del Río Arrecifes, afluente del Río de la Plata, en Fontezuelas. (*Beuchat, id. op. pp. 243-245).*

La evaluación más exacta en cifras es de una extremada dificultad y puramente hipotètica. Mientras que algunos geólogos, como Termier, *La Joie de Connaitre, A la gloíre de La Terre, etc.*), evaluan la duraciòn de la Era Terciaria y Cuaternaria en 55 a 65 millones de años, otras cifras mas moderadas, como p. e. de Lapparent (*Traitè de Geologie*) dan tan solo al cuaternario unos 500.000. El pleistoceno inferior, en este caso, dataria al menos de esta última cifra. Pero estos guarismos son sumamente exagerados aún con respecto a la primera aparición del hombre en la tierra, pues la opinión que mas parece alargar esa fecha, a penas le asigna unos 300.000 años. *Cf. Revue General de Sciences, Parìs 31 octubre, 1928, tomo XXXIX, n. 20 p. 567*).

Poco después del descubrimiento de Lagoa Santa, en 1884, en Nueva Orleans, se hacía otro sensacional descubrimiento. Entre los depòsitos de sedimientos del Rio Misisipi, en un corte practicado con fines industriales se ponía a descubierto diez selvas sucesivas, sobrepuestas unas a otras, formadas por árboles desaparecidos hace ya largos siglos. «En una capa dependiente de la cuarta selva, dice Nadaillac, entre los troncos de árboles y fracmentos de madera quemada yacía el esqueleto de un hombre. El cráneo estaba cubierto con las raices de un ciprés gigantesco, que probablemente había vivido largo tiempo después del hombre, y que a su turno había sucumbido. Mr. Bennet Dowler calculando el crecimiento y la duración de

las diversas capas de selvas, fija a 57.600 años de edad estos restos humanos». (*Les premiers hommes, t. II. p. 13).* Drake, que había sido el autor del descubrimiento, pensaba asignarle una fecha de 70.000 años.

3 En 1857 encontraba un doctor norteamericano Winslow, en California, a 60 metros de profundidad un cràneo humano, junto con los restos de muchos fósiles de grandes animales desaparecidos para siempre.

En esta misma regiòn se encontraron vestigios de civilizaciones primitivas. Algunas minas de Mercurio dan a conocer que en siglos muy remotos fueron explotadas y trabajadas mucho. En una de ellas se hundieron las rocas y sepultaron a los trabajadores, junto con sus herramientas, que eran de piedra, toscamente pulimentada.

4 En la Florida, se ha encontrado también un conglomerado calcàreo, parte de un arrecife, huesos humanos, que según cálculos del doctor Agassiz deben datar de unos 10.000 años. Sin embargo de Pourtalés, que fué en 1848, el descubridor, y uno de los mas eminentes conchiologistas, se declaró impotente de poderle asignar una fecha. Su descubrimiento fué considerado después como de mediana importancia.

A otros cráneos encontrados más tarde en la misma región en 1871 y 1882, así como al esqueleto de Soda-Creek, que lo halló Berthoud al lado de un pino fosilisado, no se les ha podido asignar una fecha incontrovertible.

5 Los restos encontrados en los terrenos pampeanos de la Argentina son numerosos, pero de época completamente incierta. No hay geólogo hoy día moderno que acepte la opinión de Ameghino, que esos fósiles encontrados remontan a la época terciaria media. Los que más favorecen su antigüedad, como Lehmann-Nitsch, lo atribuyen al pleistoceno inferior, aunque este mismo geólogo no siempre està constante

en sus opiniones, pues en otra ocasión los atribuyó al plioceno.

Esos restos que nos quedan son: huesos encontrados en el Río Carcaraña; algunos dientes detalles imprecisos, un cráneo y un esqueleto de las Estaciones de Frias, otro esqueleto, que hoy se encueutra en el Museo de Zurik, en el Baradero. *(Beuchat, op. cit. p. 241).*

Cerca de Buenos Aires, hacia el occidente, se ha encontrado en la formación pampeana de Mercedes, a tres metros de profundidad, restos humanos asociados a piedras groseras talladas, y esqueletos de animales desaparecidos.

Los fósiles de los animales que se encontraron juntos, son de la fauna pampeana superior o inferior. La determinación de estas capas es, como ya se ha dicho, completamente incierta. De esos animales extinguidos los unos, que viven aún los otros, y cuyas relaciones con los contemporáneos no dejan de ser evidentes, von Zittel los considera como del periodo pleistoceno, mientras que Beuchat (*op. cit. p. 235*) piensa que probablemente hay que ver en ellos animales del cuaternario, representantes de la fauna actual, porque los descubrimientos modernos han demostrado que la extinciòn de especies antiguas es de una época no muy lejana.

Con estas advertencias, la descripción que nos hace M. Joly es relativamente moderna e interesante por los detalles que conserva. Dice asì: «La industria de este hombre que en rigor podemos llamarlo primitivo, presentaba una semejanza casi perfecta con la del hombre europeo en plena edad de piedra. Solamente, en vez de silex, raro o ausente en ciertas comarcas de Amèrica, el indio americano empleaba el granito, la sienita, el jade, el pórfido, el cuarzo, y sobre todo la obsidiana, roca vidriosa muy abundante en

México y en otros lugares. Fracmentos de esta roca habilmente partidos por la percusión, le servian para fabricar cuchillos, cortantes como navajas, puntas de flechas y lanzas, anzuelos y harpones para la pezca, en una palabra, una muchedumbre de objetos, semejantes a aquellos que hacía uso el hombre europeo contemporáneo del mamut o elefante primigenio, y del oso de las cavernas. De estos objetos de piedra dura, unos son mas o menos groseramente tallados, otros perfectamente pulimentados. Aún algunos presentan formas insólitas y un arte de corte llevado a límites, que con justicia causan nuestra admiración. Objetos de tocador y adorno algunos fracmentos de alfarería, evidentemente prehistóricos, han sido encontrados en México y en otros países del Continente Américano. Se han recogido también piedras de obsidiana, destinadas a suspenderse de los labios, perlas verdaderas, dientes y conchas agujereadas para collares o para adornos, botones cincelados en tierra cocida o secada al sol, espejos redondos de pirita. Todos estos objetos remontan a una gran antigüedad geólogica y se han encontrado en diversas partes de este continente, que, sin embargo, nos obstinamos en llamarlo nuevo mundo, como si su fauna y su flora extinguidas, no protestasen altámente contra esta opiniòn errónea, como si el gran nùmero de razas diversas, diseminadas en la superficie de este mismo continente y la multiplicidad mayor aún de las lenguas y dialectos que en él hablan, no bastasen para establecer y confirmar la tésis que sostenemos». (*L' homme avant les méteaux, chp. VII*).

Estos documentos paleontológicos, si algún valor tienen, prueban que la inhabitación del Continente Americano data de una fecha que no se puede precisar exactamente.

6 La misma conclusión se deduce del estudio de los restos arqueológicos que aún sobreviven. Los des-

cubrimientos relativos a esta clase de objetos es bastante numerosa. Solo divergen los geológos en asignarles una fecha exacta y concordante. Mientras que Chamberlain y Mac Gree creen que tales restos son relativamente recientes, que provienen de las canteras de los indios, que como consecuencia de ciertos derrumbamientos se encuentran mezclados con guijos y arenas antiguas, Boule y Wilson, y con ellos un gran número de sabios europeos y americanos, creen que ciertamente los objetos paleolíticos de Amèrica son de la fecha que se les asigna.

Así se han hallado en Trenton, New Jersey, hachas semejantes a las hachas chelenses; herramientas de argilita, de la misma época, parecidas a las de Europa. Boule constatò que se asemejaban absolutamente a los paleolíticos del valle de la Somme. Por el contrario Holmes, cuya autoridad es tambièn indiscutible pensaba que eran de reciente origen indio. Esta opinión ha corroborado Hrdlichka con el estudio de otros cráneos del mismo lugar, encontrados en los mismos sedimientos, que, a la realidad, no eran otros, sino los de los primeros colonizadores del siglo XVII, que se deslizaron a esas profundidades por los derrumbamientos sucesivos.

Los descubrimientos de Miss Babit en 1889 de de toda una oficina de herramientas en Little-Falls, Minnesota, son mas recientes que los de Trenton. El famoso pendiente de piedra, llamado «*Lenape Stone*», encontrando sucesivamente en 1873 y 1882 por Hansel, cuyos gravados son sumamente prolijos y acusan una mano ya diestra en el arte del grabado, ha sido reconocido ser completamente moderno y semejante a los dibujos de los indios contemporaneos.

Los demás objetos que se han encontrado en los «*mounds*» de tan variadas clases, pertenecen a èpocas ya mas recientes y son comparables a los de la industria de la època neolitica de Europa. Siendo ya

tan modernas no hay mas razón para insistir. (*Cf. Beuchat, op. cit. pp. 103-132*).

Aquì cabe anotar lo que el habil linguista Lucien Adan, en plena sesión del Congreso Panamericanista, celebrada en Nancy el 19 de julio de 1874, sostenía entre otras cosas lo siguiente: «He sostenido que la civilización de México, de la América Central y del Perú se ha elaborado en el suelo Americano sin tomar nada a los Chinos, ni a los japoneses, ni a los isleños de la Oceanía, ni a los israelitas, ni a los fenicios, ni a los celtas, ni a los germanos, ni a los escandinavos, y para poner más en relieve esta verdad, yo he propuesto que se introduzca, a título de regla fundaméntal, la máxima politica de que la América pertenece a los americanos».

(*Congrés des Americanistes. Tom. II. pag 6*).

7 Otro escritor bastante versado en la materia, J. D. Baldwin, añadía a lo precedente: «Mientras màs estudiamos las ruinas de los monumentos americanos, más nos convencemos de que es necesario creer que la civilización que ellos representan, tuvo su origen en América y probalemente en la misma región en que se hallan. Esa civilización no proviene del viejo mundo: fuè la obra de alguna rama particularmente inteligente de la raza que hallaron en 1492 los conquistadores europeos en la parte Sur del Continente. Sus orígenes pueden ser tan antiguos como los de Egipto, y aùn pueden ser anteriores a los principios del Egipto».

(*Ancient America, in notes on American Archeology, chap. VII. pag. 184*).

8 Estas autoridades de hombres que han estudiado a fondo la cuestión prueban ciertamente que ese floreciente desarrollo que se encuentran en diferentes centros, como lo patentizan los abundantes monumentos, denominados *«mounds»*, construcciones piramidales, en los Estados Unidos; los magestuosos palacios de Copán

y de Palenque, en la Amèrica Central; las ruinas de los numerosos edificios de la nueva España; los de Huánucu viejo, los del Gran Chimu; y los incomparables monumentos de Tiahuanacu, en Bolivia: no han llegado a crearse en unos cuantos años, sino que ha sido menester una larga serie de siglos para su pleno desemvolvimiento. Los pueblos, como los individuos. nunca resultan de la noche a la mañana en plena florecencia de sus ocultas fuerzas. Un pueblo se desarrolla lentamente. y hasta llegar a la plena vitalidad necesita que haya transcurrido siglos y siglos. Siguen, como ley etnológica, una curva ascendente. que al llegar a la cima de su perfección, por las mismas misteriosas leyes que consigo llevan. decrecen ineluctablemente, hasta desaparecer por completo. o quedarse estacionados en un rango muy semejante al de los salvajes del Centro del Africa o del Australia. Es muy probable que las tribus errantes que quedan en el Perú y Bolivia son restos degenerados de esas antiguas civilizaciones, que suplantadas por otras más viriles, les han cedido el lugar y se han retirado ellas de la lucha contra elementos más poderosos. acogiéndose a los bosques, llevando una vida libre sin las trabas, ni sujeciones que exige una avanzada civilización.

9 Estas ideas de degeneración han sido sustentadas por eminentes pensadores, como Platón (*Leges Lib. X*), Aristòteles (*Metaphys Lib.* XII), los Pitagóricos, Estoicos, los Apologistas cristianos. los Filósofos y Teólogos de la Edad Media, el erudito luterano Guertler (*1654-1711*). el mitologista Antonio Barnier (*1675-1741*), el célebre Vico, Fontenelle, Goguet, Josè de Maistre, Spencer, Frazer. Taylor, Lang y tantos otros.
(*Cf. Pinard de la Boulaye*: *«L' Etude Comparèe d* *Religions», París, 2 vols. 1925*).

10 Muchos etnologistas como Prescott y otros sostienen con razón que los restos de civilizaciones

que conocemos no son ni las primeras, ni las únicas. Es probable que las últimas son las más recientes; que antes de ellas hubieron otras que han desaparecido por completo sin haber dejado huellas. Y ello es muy comprehensible. La civilización egipcia propiamente histórica cuenta con unos 4 a 10 mil años, que brilla un momento y después desaparece. Los Asirios y Babilonios suplantan a otro pueblo, ilustre tambien y de una maravillosa civilizaciòn, los Sumerios y Acadios, que tambien brillaron y despues desaparecieron. No es extraño que si damos un mínimun de 50.000 años a la inhabitación del Continente Americano, haya pasado otro tanto en estos mundos; que civilizaciones a civilizaciones hayan ido superponièndose las unas a las otras y desaparecido después sin dejar huellas de su brillo. Ello nada de improbable tiene.

11 Idénticas conclusiones se deducen de la filogía. Algunos filòlogos un poco simplistas creyeron al principio que las lenguas americanas eran reducibles a las de los otros continentes. El estudio más aprofundizado demostró que el problema era más complejo que lo que se lo supuso antes. En el ardor de la investigación muchos europeos, según atestigua «*The Literature of american aboriginal languages by Herman E. Ludewig*», pensaron que ese trabajo era demasiado superior a las fuerzas humanas, pues que había que contar con más de 400 lenguas. Después como consecuencia de los estudios de Federico Müller y sus dicípulos esa enorme cifra ha decrecido muchísimo. Se ha reconocido que las más de las veces lo que se tomó por una lengua independiente, no era sino un dialecto, una divisiòn o subdivisiòn de un tronco original. Así han ido disminuyéndolas hasta reducirlas a más o menos unas veintiseis lenguas propiamente tales, independientes las unas de las otras, sin ninguna afinidad

entre sí, ni con las de los otros continentes. Los poquísimos casos que algunos como E. G. Squier piensan que son comunes con las lenguas extranjeras, aproximadamente unas 187 palabras, de las que 104 convendrían con las lenguas asiáticas y austrialianas, 43 con las europeas, y 40 con las africanas, son tan insignificantes que no vale la pena de detenerse en ello. Pueden ser simples coincidencias, sin que haya necesidad alguna de reconocer una dependencia de origen de aquellas con las cuales se las relaciona. Trombetti cree haber demostrado que no hay sino dos grandes grupos, a pesar de sus diferencias, el uno que se extiende desde el Amazonas hasta el Océano Artico, y el otro desde dicho río hasta la tierra de Fuego. Creemos que Trombetti se vería muy embarazado, si quisiera tentar una demostración de semejanza entre el *«yajans»*, p. e. y el *«quíchua»*.

12 Sea lo que fuere, la Historia nos enseña cuánto tiempo necesita una lengua para hacerse ésta completamente independiente de otra de la cual ha salido. Ejemplo palpable tenemos en el español, francés e italiano, etc., nacidos del latín, que han necesitado más de 15 siglos para llegar a la perfección en que los vemos hoy. Las afinidades son profundas entre estas lenguas, y pasarán miles de años todavía antes de ser absolutamente independientes y no reconocer más un común origen. Más instructivo es aún el ejemplo de las lenguas indo-europeas, cuya sensible transformación a comenzar por el grueso tronco del sánscrito ha ido ramificándose tanto en la India, como en Europa, y nos ha dado las hermosas lenguas griegas, latinas, germanas, celtíberas: etc., etc. Y para ello, cuánto tiempo han necesitado!

13 Igualmente, si la filología moderna reconoce tan solo unas 26 lenguas completamente independientes y disímiles, cuánto tiempo no les ha sido menester para que lleguen a la disimilitud que se nota entre

el èukaro y el griego, p. e. o el quechua y el maya? Ello dice los enormes siglos transcurridos en que las poblaciones vivieron completamente separadas, distanciadas, sin comunicaciòn posible, ni compenetración de las unas en las otras.

II

14 Demostrada así someramente la antigüedad del hombre en América, surge de nuevo la otra cuestión, con la que empezamos este trabajo: ¿De dónde vinieron?

La respuesta a esta pregunta es mucho más compleja que la anterior; y ninguna de las múltiples hipòtesis que han sido propuestas satisfacen plenamente al estudioso. Todas son gratuitas o puramente hipotéticas.

15 Sé ha hablado de judios, fenicios, troyanos, cartagineses, cantábros. españoles, griegos, romanos, noruegos, chinos, mogoles. tártaros australasios, polinesios, etc., etc. Lo menos mal que se puede decir de estas hipótesis es que carecen de base científica.

Sentado ya en el párrafo precedenteel antiguo origen del hombre en Amèrica, parece completamente cándido afirmar que judios, fenicios, etc., etc., que datan de ayer. que tienen su historia propia y que eran poseedores de una cultura avanzada, no hayan traido su civilizaciòn, sus costumbres, su lengua, su escritura, y que no hayan dejado ningún monumento que nos pruebe palmariamente que ellos fueron los primeros, y que no se haya conservado ninguna tradición al repecto.

16 Todo lo que se ha alegado con este motivo, de costumbres, de ceremonias, de ritos, no pasan de ser puramente antojadizos e influenciados en su explicaciòn por los conocimientos cristianos y judios que tenían los que pensaron encontrar esas semejanzas, que no pasan de ser simples coincidencias.

En cuanto al origen asiàtico es digna de mencionársela la opiniòn autorizada de Hrdlíchka. En 1912 recorrió parte de la Siberia Septentrional para estudiar en el lugar mismo este problema. Sus conclusiones según él, llegaron mas allà de sus esperanzas. Partidario de las teorías de Erinton, Holmes y otros pretendió haber encontrado una conformidad profunda entre los especímenes estudiados y el tipo americano del norte. El mismo color de la piel, los mismos cabellos lisos y negros, las mismas ideas mentales, dice él.

Es posible que una porción de las múltiples razas que poblaron el norte de la Amèrica puedan tener su descendencia en aquellas tribus sibéricas, que aún existen. Pero de ahí a generalizarlas por completo haciéndolos los pobladores de toda la Amèrica, parece que se exagera demasiado y se afirma más que las premisas, sobre todo si se tiene en cuenta lo que sostienen reputados antropólogos.

Efectivamente parece un hecho constatado que la parte occidental del norte de América ha sido poblada por una raza braquicéfala de alta estatura, al menos según lo atestiguan antiguos documentos paleontológicos. Ahora bien si se pasa el Mar de Behring y el golfo Okhotsk, al llegar a las tierras siberianas se encuentra una raza de talla muy pequeña. Tales son los Tchuktchis y los Yukaghiros entre quienes, sobre todo, se busca la semejanza y el parentezco americano. Los Tchukchis legítimos viven hoy día en las tierras frias que se extienden desde las orillas del océano Ártico al Río Anadyr. Se sabe, sin embargo, que antiguamente vivieron más al oeste, y que ocuparon las regiones que están hoy día al norte de Verkoyansk. Las sucesivas luchas que sostuvieron con los Cosacos de la Lena les obligaron a pasar por entre medio de los Yukaghiros y reconcentrase en el callejón que rodea las aguas del estrecho de Behring.

(*Cf. Pittard «Les races et l' Histoire», pp. 540 ss.*)

Estos hechos infirman grandemente las conclusiones de Hrdlichka.

Otra singular opinión ha sido expresada por Díaz Romero, en «*Bolivia en el primer Centenario*», en el artículo «*Prehistoria de Bolivia*» *p. 139*, donde literalmente dice: «Los primeros americanos, aquellos que representarían los primeros hombres venidos a América, o sea los primeros colonizadores, es muy probable que fueran negros africanos arribados a la costa del Brasil y procedentes de las regiones de Senegambia, en los tiemps cuaternarios, *en que el actual territorio brasileño se hallaba unido al Africa por tierra*, que separò entonces el Ocèano Atlántico en dos partes».

Tal opinión no tiene ningún valor científico, pues es un anacronismo el afirmar que en el cuaternario estaba aún el América del Sud unida al continente africano.

Eminentes geòlogos como De Lapparent (*Traité de Géologie, pp. 1428-1444*), Wagner, (citado por el siguiente), Termier. (*La Joie de connaitre, pp. 131-161 ss.*), Teilhard de Chardin (*Etudes, Tom. 169 p. 157 ss.*) aseveran que la separaciòn del Continente Africano del Brasil estaba completa a fines del triásico. Los que más retardan esta separación, como Perrier (*La Terre avant l' Histoire, p. 32*). que la coloca en la época del mesocretáceo, Boule (*Géologie, p. 174*), en la segunda mitad del secundario, y de Launay (*Sciencie Géologique, p. 512*), en la edad medio-jurásica, nunca ponen más allá del secundario, ni siquiera en los albores de la era terciaria.

Por consiguiente hace lo menos unos 19 millones de años, o unos 10 a 11 millones antes del cuaternario, cuando no 180 millones, según cálculos de Barrel, o 190 a 240 millones según Charles Normand. Luego, si ciertamente en el secundario no existió el hombre, ni los negros de Africa, es una candidez el afirmar que

fueron aquellos los que primero poblaron el continente americano.

18 En cuanta a esa otra afirmación que fueron los cro-magnonianos atlantos quo también poblaron la América, no deja de ser una simple hipótesis, por no decir más. La desaparición de la famosa Atlántida ha sido, al decir de muchos escritores, como p. e. Termier (*op- cit. p. 193*), Moreux, (*L' Atlantide a-t-ell? existée, p. 1-93*), un cataclismo reciente, que con múltiples probabilidades, según afirma Platón (*Timeo, Critas*), fué testigo el hombre. Mientras que los fòsiles del América del Sud, los cráneos de las pampas, a semejanza de los Talgai, Boskop, etc., tienen, pese a la negación de Díaz Romero, contra el común sentir de Morton, Simonin, Ameghino y todos los antropólogos europeos y americanos, tienen, decimos, sus carácteres propios de Amerindios, Autralianos y Africanos respectivamente, como lo ha demostrado con abundantes pruebas en su reciente trabajo (*Les hommes fossiles*), el eminente antropólogo Marcellin Boule, y como esto mismo lo hemos ya insinuado arriba.

19 Esto quiere decir que desde el paleolítico, mientras vivía el hombre de Neanderthal, luego anterior al Cro-Magnon, ya en fecha del pleistoceno superior, al fín de la última época glacial, vivían contemporáneas las tres grandes divisiones de razas: Blanca, Negra y Amarilla, con las cuales son contemporáneos los representados por los fòsiles de las pampas argentinas y los de Lagoa Santa.

20 Esto nos lleva a una época superior a la disparición de la famosa Atlántida, sin que en nada nos resuelva el problema de los primeros pobladores, que ciertamente no fueron de ningún modo autóctonos, como se ha dicho ya, sino que devieron venir de alguna parte.

21 Las demás elucubraciones consignadas en el mismo artículo son tan hipotéticas y gratuitas, como todas las otras presentadas hasta acá. En hecho de verdad, no tenemos materiales suficientes para poder sentar científicamente de dònde vinieron los primeros pobladores de este Continente. Solo nos queda confesar con ingenuidad nuestra ignorancia al respecto y no perdernos en divagaciones puramente imaginarias, o basàndonos en analogías que puedan ser tanto verdaderas, como también absolutamente falsas, afirmar con todo aplomo que *«así debiò ser, luego fué así»*. Esto es puramente anticientífico.

22 Lo que la observación puede sacar con más o menos certeza es que los diferentes pueblos que poblaron el Continente no permanecieron completamente pacíficos. Los últimos hechos históricos, con respecto a los Quichuas, pueblo invasor, que sojuzgaron a los demás, los Aztecas, con relación a las poblaciones ètnicas, que antiguamente hablaron el Maya, prueban con toda verisimilitud, que estas invasiones no fueron ni aisladas, ni esporádicas. Muy posible que a semejanza del llamado Viejo Continente las invasiones de pueblos vencedores se sucedieron del mismo modo, en periódos alternativos de paz y de guerra, que arrazaron completamente al vencido como era costumbre entre ellos, y que no dejaron huellas, sino aisladas, quizás restos errantes en las tribus salvajes que quedan en América.

23 Las teorías tan alagadoras para los americanos de Ameghino, Bourbourg, Nadaillac. (*Cf. L' Amerique préhistorique*), etc. a las que nos hemos referido arriba, de que América fué la cuna de la humanidad, desgraciadamente están reñidas con lo que los estudios modernos han descubierto con respecto al origen primitivo del hombre. A pesar de las mùltiples dificultades, que aún no ha resuelto la etnología, queda sin embargo de pie, que el Asia fuè mucho más probable-

mente la Cuna de la Humanidad. Ello contradice a las teorías que hemos mencionado.

En el humilde reconocimiento de nuestra ignorancia, confesamos ingenuamente que no sabemos de dónde vinieron los primeros hombres a América.



CAPÌTULO SEGUNDO

LA RELIGIÓN DE LOS AMERICANOS 

En su «*Historia de la Amèrica*» (*traduc. Amati 1827, Burdeos*) tomo II, pag. 178, William Robertson ha escrito lo siguiente: «Se han descubierto en América muchas tribus, que no tienen idea ninguna del Ser Supremo, ni práctica alguna de culto religioso...No tienen en su idioma palabra para designar la divinidad, y los observadores más atentos no han podido descubrir entre ellos instituciòn alguna, ni algún uso que pareciese suponer que reconocian la autoridad de un Dios, y que se ocupaban en merecer sus favores». En una nota a esta página cita a doce autores que parecen confirmar su aserto.

25 Estas opiniones han sido muy generalizadas durante el siglo XIX sobre todo por Darwin, en la Literatura Científica de la Etnología Religiosa: Taylor, en «*Civilisation primitive*»; Spencer, en «*Principles of Sociology*»; Müller, en «*Vorlesungen über Ursprungund Entwicklung der Religion*», con sus tan cacareados sistemas de animismo, totemismo, henoteismo, politeismo, etc., etc., estados primitivos, por los cuales habría recorrido la Humanidad hasta llegar al monoteismo.

26 El rápido bosquejo que nos hemos propuesto tiende precisamente a demostrar lo contrario y sentar que las pretendidas observaciones fueron mal llevadas,

pues que posteriores estudios han demostrado que la Humanidad ha seguido más bien corrientes contrarias, que partiendo del monoteismo se ha deslizado poco a pòco en las diversas formas de idolatría.

27 Estas conclusiones han sido sólidamente sentadas en los aprofundizados estudios de Chantepie de la Saussaye, en su *Manuel d' Histoires des Religions, (París 1904)*; en los de *Christus*, colección de muchos autores especialistas en la materia, *(Parìs 1923)*; por Andrew Lang, en su *The making of Religion, (London 1900)*; por Schmidt, en la magistral Revista *«Anthropos»*, años de 1908, 1909; por Mgr. Le Roy, en su interesante cuanto instructiva obra *«La Religion des Primitives» (París 1909)*; en la no menos instructiva obra intitulada *«Oú en est l' Histoire des Religions*, publicada bajo la dirección de Bricout, escrita también por especialistas; en los doctos artículos del *Dictionnaire Apologetique de la Foi Catholique*, en curso de publicación por los más doctos intelectuales de la Francia Catòlica, bajo la direcciòn de Alés, (París, Beauchesne 1903-1927).

28 Si es cierto por una parte que no se encuentra muchas veces la plena luz, ni la satisfacción completa de la verdad, como uno deseara, porque con demasiada frecuencia faltan documentos, o han sido mal interpretadas algunas creencias; con todo, la conclusión general que se deduce, a pesar de lo rudimentário, que pueden presentar algunas manifestaciones de religiones, es que en ningùn pueblo americano está ausente la idea de una divinidad.

29 Corrobora esta nuestra conclusión Guillermo Prescott, cuando escribe en su *«Historia de la Conquista del Perú» cap- III»*, lo siguiente: «Es un hecho muy notable, que muchas, sino todas las tribus salvajes que habitaban el vasto continente americano, por desfiguradas que tuviesen en otros puntos sus creencias por pueriles supersticiones, habían llegado a la sublime

concepción de un Gran Espíritu, Creador del Universo, que, inmaterial en su propia naturaleza, no debía ser ultrajado con ninguna imagen visible, y que, ocupando todo el espacio, no podia ser circunscrito a las paredes de un espacio».

Estas son conclusiones radicalmente opuestas a las de Robertson, como lo vamos a ver de un modo somero al repasar las tribus que hemos podido estudiar,

I

30 Entre las millares de tribus que han existido y que aún quedan en América, no se puede exigir una clasificación ni completa, ni científica, sencillamente porque no se la posee. Muchas regiones, como las del centro del Brasil, o regiones apartadas, como las del norte de América, son aún impenetrables. y nadie ha osado estudiarlas en sus tierras. Otras han desaparecido por completo. No se exigirá, pues, de esta revista, sino algunos datos sobresalientes y conocidos hoy día por un estudio más asiduo.

31 *Los Esquimales.* -Al extremo Norte vive una población de existencia completamente precaria; denominada con el nombre de Esquimales o Eskimos, o como ellos se llaman los «*Innuit*», esto es, los hombres, diseminados en el círculo polar ártico, o màs al norte, en las riveras de la «tierra firme» del Océano Glacial, en las islas del archipiélago Parry o en la Groelandia.

Estos Esquimales cuyo origen se ignora, no pasan de un grado de fetiquismo superticioso. Creen en los espíritus de los elementos, en una vida futura y en la magia. Veneran con sumo respeto a los espíritus de los muertos, temen mucho a los hechiceros, brujos y a sus sortilegios. Como los Lapones, Samoyedos y Tchuktchis, a cuya latitud viven aquellos, parece que no tie-

nen otras creencias religiosas, sino un camanismo imperfecto.

II

32 *Los Pieles Rojas.*—Más abajo en el Litoral del Océano Pacífico, en la larga corona que circunda a la Alaska, en la Colombia británica, en el centro de la América del Norte, o en las inmediaciones más o menos cercanas de las Costas del Pacífico donde se les encontró, vivía una población numerosa que les llamaron Pieles Rojas, distribuidos en múltiples tribus, errantes o sedentarias, según las conveniencias de su vida: eran ellas los Athapascas, Iroqueses, Algonquinos Dakotas, Apalaches, Natchez, etc.

33 Los recientes estudios han demostrado que estos pueblos, a pesar del poco desarrollo de sus creencias religiosas, no están desprovistos de elementales verdades. Reconocen entre su fetiquismo a un Gran ESPÌRITU. superior a los otros espíritus, que unas veces es el cielo, otras, el Sol, y es dueño del Universo. Sus concepciones demasiado primitivas les llevan a imaginárselo a este Espíritu de mil modos diferentes. A veces, como entre los insulares de *Nootka*, del grupo de Vancúver, es una suerte de animal legendario, el *Matlose*, que se lo figuraban un monstruo; otras, le llamaban *Manitulin* o *Kitche-Manitu*, ser misterioso que habitaba las soledades, las cimas de las montañas, el fondo de los lagos, y se presentaba bajo diferentes y extrañas formas.

34 He aquí un aspecto del culto del Sol, por ejemplo, entre los Natchez. Tenían un Templo muy adornado con toda clase de imágenes de hombres, mujeres y animales de toda especie, con canastillas o cestos que contenían los huesos de los antiguos jefes o sacerdotes del sol, y al lado las ofrendas que se les hacía. Conservaban un fuego perpètuo y cuidaban de

que en ningún tiempo provocase llama. Todo anciano de la tribu tenia obligación de llevar una raja de leña, que debia ser siempre de nogal seco o roble. Por turno, en nùmero determinado, tomados de los cuarteles de la poblaciòn eran los guardianes y vigilantes del fuego. A no ser hermana del jefe principal, no podia entrar en el templo ninguna mujer. También quedaban excluidos los del pueblo bajo. El jefe de la Nación se atribuía el derecho del sacerdocio y se titulaba el hermano del Sol. Todas las mañanas, tan luego como se mostraba en el horizonte, honraba este primer jefe con su presencia la salida de su hermano mayor, el Sol, saludàndole con sus alaridos y voces. Mandaba, en seguida, que se encendiese su gran pipa para hacerle ofrenda de las tres primeras bocanadas, y levantando al mismo tiempo las manos sobre la cabeza, volvièndose de oriente a occidente, le mostraba el rumbo que habia de seguir en su carrera. Sin mirar a ningún lado penetraban, a su vez, los adoradores en la cabaña o templo hasta cierto espacio señalado del que no podían pasar, sin antes saludar con un grito. Dado el grito ingresaban hasta el fondo y volvían a saludar con tres gritos, llevando las manos a la cabeza. Si era persona de consideraciòn haciale el jefe una señal con un suspiro para que se siente, a lo que respondía el fiel con otro grito. Si algo le preguntaba, antes de responder lanzaba también un grito. Al retirarse gritaba hasta estar fuera del templo.
Cf. Cartas Edificantes y Curiosas. Colección del Padre Diego Davin, Tom. 12 pag. 157 ss,).

35 Entre otras tribus, los de la Virginia, p. e. tales como los Pawnes de Tirawa, los indios de Massachussetts, la concepción de Dios era más elevada. El Gran Espíritu era un Dios pacífico y bueno, creador del mundo y de los otros dioses. En otras regiones distintas a las ya mencionadas, en torno del Gran Espíritu veneraban a dioses inferiores llamados *Mani*-

tus, sin individualidad propia, en relación más bien con los fenómenos de la naturaleza. Se los temía y reverenciaba por el bien o mal que podían acarrear. En el culto que se les tributaba a veces empleaban los sacrificios e iban hasta los sacrificios humanos, acompañados de la antropofagia. Pensaban que fumar en honor suyo les era cosa agradable. Para provocar la exaltación religiosa usaban baños de vapor, despuès de los cuales se ponian a danzar, y en medio de cánticos celebraban sus complicadas ceremonias reliogosas.

36 *La Moral.*—En cuanto a sus ideas morales y de supervivencia parece que no han estado bien desarrolladas, ni han concebido el alma como capaz de existir a parte. El totemismo parace haber absorbido la religión del Gran Espíritu; y entre los Pieles Rojas del Sud, las ideas de religiosidad parecen haber sido relegadas en ùltimo lugar para dar más cabidá a las preocupociones de las cosas materiales.

37 Una anécdota citada a este respecto por Dobrizhoffer, en la *Historia de Abipònibus, II. 71,* es muy instructiva. Al preguntarle una noche un misionero del siglo XVIII a uno de esos caciques mostrándole el cielo estrellado, ¿quién había hecho todas esas maravillas, y qué pensaban los antiguos? Respondió tranquilamente: «Nuestros antepasados no miraban otra cosa que la tierra para buscar agua y pastos de que necesitaban nuestros animales. En cuanto al cielo, de lo que pasa en èl, del que lo ha creado y rige los astros no hacían el menor caso».

38 A estas vagas ideas reunian una multitud de superticiones a cual más extravagantes. Así, las mujeres no podían asistir a ninguna ceremonia religiosa, ni ver ningún objeto destinado al culto. Los hombres debían llevar una màscara al espectar esas ceremonias. Después de haber dado a luz las esposas, debían inmediatamente levantarse, lavarse y ocuparse en los quehaceres de la casa, mientras que su marido debía

guardar la cama, a veces un mes, a fin de que no suceda ningún daño al recien nacido. Tenían un modo especial de preparar el veneno de las flechas de sus armas, que pensaban que en el veneno estaba el diablo; por ello prohibian que ninguna mujer, jóven o de edad, y mas si estaba en cinta se aproximase al lugar en que se preparaba; los preparadores debían someterse a muchas observaciones, p. e. no servirse sino de càntaros absolutamente nuevos, de no cocerlos sino en la noche, de no emplear sino palmera, de observar un riguroso ayuno y una continencia completa, de no alimentarse sino con cierta clase de manjares, de no hablar sino lo estrictamente necesario y a voz baja, de cantar las conjuraciones de los dioses, de las plantas venenosas, etc., etc., y tantas otras majaderías por el estilo.

Otras fàbulas a cual más ridiculas refiere el P. Sebastián Rosales en una carta a su hermano, que vivia en Francia.

Cf. Cartas Edificantes Tom. 13 pags. 339 ss. 349 ss.).

39 He aquí otro ejemplo tomado del autor de que hablamos, que prueba el estado de totemismo de esas tribus, en el que las encontraron los misioneros. Copiamos literalmente de la pagina 350 ss:

«La segunda familia de los *Ovtavaks* pretenden deber su orígen a la Carpa. Dicen que habiendo una Carpa puesto sus huevos sobre la orilla de un rio, y flechado el sol con sus rayos sobre ellos, se formó una mujer, de la cual son decendientes; y asì se llaman la familia de la Carpa. La tercera familia atribuye su orígen al oso, y se llama la familia del oso; pero sin explicar cómo fueron engendrados. Cuando matan uno de estos animales, hacen un banquete con su propia carne y le hablan de esta manera: «No nos quieras mal, le dicen, porque te hemos muerto: tienes entendimiento, conoces que nuestros hijos padecen hambre; ellos te aman, y quieren entrarte en sus propios cuerpos, ¿no

es de mucha honra para tí ser comido por hijos de Capitan?».

40 «Sola la familia del gran Liebre quema los cadaveres; las otras dos las entierran. Cuando muere algún Capitán, se dispone un ataud muy grande, le visten de sus mejores vestidos, encierran con él su capa, fusíl, provisión de pólvora y plomo, su arco, flechas, calderas, plato, víveres, porra, pipa, caja de bermellón, espejo, collares de porcelana, y los regalos que se acostumbra hacer al muerto. Imaginan que con este equipaje hará más feliz su viaje al otro mundo, y que será mejor recibido de los grandes capitanes de la nación, que le llevarán consigo al lugar de las Delicias. Entre tanto que todo se dispone, y se coloca en el ataud, asisten los parientes del difunto a la ceremonia, llorando a su modo, o por mejor decir cantando con un tono lúgubre, y meneando con cadencia un palo, a que atan muchas campanillas».

«En lo que más aparece la extravagante superstición de estos pueblos, es el culto que dan a lo que llaman su *Manitu.* Como no conocen sino las bestias, con las cuales viven en los bosques, imaginan en ellas, o más verosimilmente en sus pieles, o en su plumaje, si son aves, una especie de genio, que gobierna todas las cosas, y así cuando van a caza, le ofrecen tabaco, pólvora, plomo y pieles bien trabajadas, que atan a una vara larga, que levantan en el aire, y le dicen: Nosotros te damos con qué fumar, te ofrecemos con que matar las bestias; dígnate admitir nuestros regalos, y no permitas que se escapen de nuestros tiros, déjanos matar muchas y las más gordas, para que no falten vestidos y alimento a nuestros hijos».

41 «Llaman *Michihichi* el Manitú de las aguas y de los pescados, y le hacen un sacrificio semejante cuando van a pezcar, o emprenden algún viaje. Consiste el sacrificio en echar en el agua tabaco, víveres y calderas, pidiédole que corran pacíficamente las aguas

del río, que no rompan sus canoas las rocas, y les conceda una pezca abundante. Además de los Manitus comúnes, cada uno tiene el suyo que suele ser un oso, un castor, abutarda u otro animal semejante. Llevan consigo su piel a la guerra, caza y en los viajes, muy persuadidos que los preservará de todos los peligros y que les saldrá bien sus empresas. Queriendo un salvaje elegirse un Manitú, el primer animal que se presenta en sueños a su imaginación es el que eligen. Mata otro de su especie, se cubre con su piel, o con sus plumas, si es ave, y en el lugar más decente de su choza previene un banquete en honra suya, y durante la comida le hace una harenga en los tèrminos más respetuosos, y es reconocido el animal por su Manitú. (*Op. Cit. pag. 350 ss.*)».

42 Las costumbres morales de estos salvajes eran muy particulares y las hacían consistir en ser hábiles cazadores y buenos guerreros. Mientras no estaban ocupados en estos quehaceres eran unos completos holgazanes, que pasaban los días durmiendo, paseàndose o bebiendo. Toda la carga de la casa, así como el trabajo de la alimentaciòn recaía sobre la mujer.

43 Eran sobre todo muy crueles para con el vencido. Si condenaban a muerte a un prisionero, plantaban luego en tierra una estaca grande y le ataban por ambas manos. Le mandaban cantar la canciòn de la muerte, sentándose ellos al rededor de la estaca, encendían a algunos pasos de allí una gran hoguera, en la que ponian las hachas, los cañones de sus fusiles y otras herramientas. En seguida unos después de otros, les aplicaban sobre diferentes partes del paciente cuerpo; otros le quemaban con carbones encendidos; algunos le hacían varias cortaduras con sus cuchillos; unos le cortaban un pedazo de carne ya tostada y la comían en su presencia; otros llenaban sus

heridas con pólvora y con ella le fregaban todo el cuerpo, para pegarle luego fuego. En fín cada uno le atormentaba como quería, y solía durar tan cruel carnicería durante cuatro o cinco horas, y algunas veces por dos o tres días. Cuanto más agudos y penetrantes eran los gritos que le arrancaban la violencia de los tormentos, tanto más divertido y agradable era el espectáculo para los bárbaros. Fueron los *Iroqueses* los inventores de tan terrible género de muerte. y por derecho de represalias trataban los *Ileneses* a sus prisioneros Iroqueses con la misma crueldad. (*Op. Cit. pag. 358*).

III

44 De los *Arawaks* y los Tainos de las Antillas se tienen aún pocos conocimientos seguros. Solo se sabe que no representaban gráfica, ni esculturalmente a los dioses mayores, mientras que lo hacían con los menores, en piedras. en particular a la diosa *Guabancex*, diosa de las tempestades, del viento y del agua. Los *Zemis*, genios protectores individuales, eran representados por estatuas de piedra, madera, algunas veces, de algodón.

IV

RELIGIÓN DEL ANTIGUO MÉXICO

45 En un somero bosquejo de las religiones de los Americanos no se puede exigir que se trate a fondo de las cuestiones religiosas que han interesado al Yucatán y al Anahuac. La superposición de civilizaciones, que ciertamente han existido desde lejanos tiempos hacen demasiado complicado el dar una idea clara de lo que fué la antigua religión de cada uno de esos pueblos.

Según los concienzudos estudios del abate Brasseur de Bourbourg (*Cf. los 10 volúmenes de «Nations civilisées du Méxique»*), muy probablemente la civilizaciòn mejicana ha tenido su orígen en la península de Yucatán.

46 A las poblaciones étnicas del lugar, nómadas las unas y sedentarias las otras, sojuzgaron los *Quinames*, raza de gigantes, poca numerosa pero valiente y de inteligencia ràpida. Es muy probable que aquellas tribus, enemigas del yugo extranjero, seminómadas y acostumbradas a la navegaciòn, se fortificaron en el transcurso de los tiempos, mientras los Quinames entregados a sus vicios se debilitaban, y un día hicieron una irrupciòn por el oriente con el nombre de *Olmecas y Xicalancas*.

47 El jefe audáz, emprendedor y de una ya brillante civilizaciòn fué el ilustre *Votán*, que ha hecho imperecedero su nombre con el poderoso impulso que diò al rápido desarrollo de una prodigiosa civilización, cuyos restos quedan aún vivos en Palenque, Tulha, cerca de Ococinco, y otros.

48 Más tarde llegaron los *Tzequiles*, por el occidente, con quienes se aliaron los tzendales y votamitas, y beneficiaron de su civilización religiosa. Del poderoso influjo que les diò el sacerdote *Zamná*, jefe incontestable de la civilización maya, nació el rápido desarrollo religioso, literario, pues fué él el que trajo la escritura maya.

49 En cuanto a la prioridad de la lengua maya, o tzendal, la de los antiguos habitantes, aún no se ha podido decidir cual es la más antigua. Sus afinidades son múltiples.—Sus monumentos artisticos de su capital Mayapán y en la actual Izamal rivalizaron con los de Palenque y Tulhá.

50 Esta ilustre civilización fué poco a poco reemplazada por otra no menos brillante, la de la raza nahuatl, llamada los *Nahoas*, antepasados de los Tolte-

cas, llegados como los Votamitas, del lado del oriente, cuyas instituciones sobrevivieron en sus leyes y monumentos que dejaron.

51 Más al occidente de la península del Yucatán, en los valles del Anahuac y en las llanuras de Teotihuacán, habíase también extendido, dominando a los naturales la tribu de los Quinames, a quienes sojuzgaron igualmente en esos parajes los *Olmecas*. Contemporáneos con ellos vivían los pueblos antiguos *Mixtecas, Zapotecas, Totonacas y Othomis.*

52 Diferentes tribus vagantes, salvajes las unas, civilizadas las otras, pero que pertenecían a la misma familia se iban poco a poco desarrollando en los confines del Anahuac, listas siempre a pasar adelante, cuando se presentase la ocasiòn.

53 Los pueblos más civilizados Nahoas, Toltecas, extendían su dominaciòn en las llanuras de Teotihuacán.

54 A la irrupción de todas esas tribus, que venían allende las cordilleras se dió en llamarlas *Chichimecas*, algo así como llamamos gringo a cualquier européo. Hubieron chichemecas toltecas, chichemecas mixcohuas, chichimecas culhuas, etc., etc., que alternativamente dominaron y fueron dominadas, de suerte que formaban una especie de estados confederados.

55 En el gobierno elegían por turno entre las siete principales familias para que pasara a sus manos el timón del gobierno de la república.

56 La más brillante de esas tribus fué la tolteca, cuyo imperio se extendia en todo el país. Ello mismo, además de la corrupción de sus monarcas, fué la causa de su disolución. Los virreyes de las diversas provincias comenzaron por adquirir paulatinamente la dignidad hereditaria para sus sucesores. Al principio por un sentimiento de honor y lealtad contenían en sus límites a los chichimecas invasores. Pero cuando pretendieron ellos mismos escalar las cimas del poder

abrieron las fronteras, se aliaron a los chichimecas y precipitaron la ruina del imperio tolteca.

57 El nuevo gobierno se llamó el de los Teochichimecas. Su reino se cimentó sobre las ruinas de los toltecas y su imperio comprendiò la misma extensión, que las de sus antecesores. Su dominación siguiò las mismas vicisitudes que las de los tóltecas.

58 Otra tribu oscura en su orígen, sometida muchas veces, arrojada de los lugares en que se fijaba, tales en Tepeyacac, Chapultepec y Tizaapàn, lograba por fín labrarse una situación en los islotes del lago Tenochtitlán. Sometida otro siglo por los Tepanacas, solo pudo elevarse al rango de las naciones de la altiplanicie azteca con su cuarto rey *Itxcohuatl*, después de haber estado mezclada en todos los acontecimientos precedentes que revolucionaron tantas veces los países del Yucatán y del Anahuac. Se llamaron después los *Aztecas*. Su nombre ha sobrevivido a todas las vicisitudes por haberse hecho en su reino el famoso descubrimiento del Amèrica.

59 Este rapidísimo como imperfecto bosquejo era necesario pàra comprender cuán dificultoso es para el historiador de Religiones el encontrar siempre las fórmulas claras que traduzcan con exactitud la mentalidad religiosa de tantos pueblos que se ban compenetrado los unos a los otros, que han tomado ya del uno, ya del otro lo que mejor les cuadraba: que en sus leyendas, en la expresiòn de su culto, en su moral hay tantas divergencias, y, por otra parte, tanta falta de documentos para con las tribus más antiguas; y que, en síntesis, si del estudio se deduce que no eran faltos de religiosidad, esa mentalidad religiosa no siempre ha estado a la altura de su civilizaciòn material. Su crueldad en los sacrificios humanos hieren profundamente la conciencia humana y lo rebelan contra aquellos pueblos, que ahogando los gritos de la conciencia

humana, se han hecho dignos del estigma de la humanidad, aunque por los demás sean acreedores de toda admiración por sus ciencias, sus artes y su imperio.

LA IDEA DE DIOS ENTRE LOS TZENDALES

69 Tentemos igualmente una rápida esfumada de esas Religiones.

Con la llegada de Votán, Quetzalcohuatl y Zamná parece haberse difundido entre las primitivas tribus tzendales la nociòn de un Dios, creador, dueño único del cielo y de la tierra. Desde muy temprano a estas ideas mezclaron el nombre deificado del legislador o del conquistador.

61 Con el nombre de *«Tloque-Nahuaque»* adoraban los mejicanos a aquél que es la causa primera de todas las cosas, que las conserva y sostiene con su providencia, y por esto le llaman *«Ipalnemoaloni»*, e. e. Aquel en quien y por quien somos y vivimos.

62 Era el mismo que *«Ilunab-Ku»*, solo santo, adorado en la península yucateca, y que *«Hurakán»*, la voz que grita, el corazón del cielo, entre las Naciones Quiches-guatemaltecas del América Central: el mismo que *«Teotl»*, Dios, que se encuentra nombrado en los libros tzendales y mejicanos.

63 Estas ideas eran demasiado elevadas para esas pobres mentalidades insipientes del vulgo. Los sabios las tenian, le dirigían sus oraciones; pero en general no le dedicaban templos, quizás porque no sabían como representarlo.

64 Solo en el reino de los Aztecas, reinado *Nezahualcoyotl*, se le erigió una *«teocal-li»*, casa divina, sin estatua ninguna, con esta invocación *«al Dios desconocido»*. Pensáramos estar en Atenas leyendo con el Apostol la misma inscripción *«Agnosto Theo»*. (Act. Apos. XVII 23).

LA COSMOGONÍA

65 A ese Dios desconocido atribuían la creación del Universo. A este respecto son interesantes las concepciones cosmogónicas del antiguo Manuscrito Quiche de Chichicastenago, traducido literalmente en francés por Brasseur de Bourbourg en su *Nations Civilisées du Mèxique, tom, I. pag. 47.* de la que la transcribimos al castellano. «Cuando todo lo que debía ser creado en el cielo y en là tierra fué acabado, habiendo sido formado el cielo, alineados y medidos sus ángulos, puestos sus lìmites, sus líneas y paralelos puestos en su lugar en el cielo y en la tierra, el cielo se encontrò creado y fué llamado cielo por el Creador y por el Formador, por la Madre y el Padre de la vida y de la existencia, por Aquel por quien todo obra y respira, el Padre, el Conservador de la paz de los pueblos, el Padre de los vasallos, el Dueño del pensamiento y de la sabiduría, la Exelencia de todo lo que hay en el cielo y en la tierra, en los lagos y en la mar». «Asì se llamaba cuando todo estaba tranquilo y en calma, cuando todo estaba pasible y silencioso, cuando nada aùn tenia movimiento en el vacio de los cielos».

POLITEISMO NATURISTA Y COSMOGONÍA

66 Pero en esta misma concepción que parece tan elevada mezclaban otras ideas de dioses inferiores con quienes el Dios creador, identificado desde muy temprano con *Tepeu-Gucumatz*, (literalmente: serpiente vistosa, era uno de los primeros jefes de las tribus invasoras), había formado el mundo. Eran aquellos los

fenómenos de la naturaleza, el trueno, el relámpago y el rayo antropomorfizados. Con ellos hablaba Gucumatz de esta manera. «Sabed que esta agua va a retirarse y dar lugar a la tierra que va a existir y ponerse en todas partes. Habrá que hacer semillas, habrá luz en el cielo y en la tierra, pero aún no hay ser trabajado y formado por nosotros, que nos respete y honre. Hablaron, e inmediatamente existiò la tierra a causa de ellos. Y en verdad que era la existencia con la tierra que existía. «Tierra», dijeron, y tan luego existió la tierra, su ser era semejante a una nube y a una neblina, y semejantes a camarones extendidos en el agua y que se va a pezcar aparecieron las montañas que fueron hechas. Hiciéronlo por su arte misterioso y en un instante se percibieron las montañas y las llanuras, y se viò aparecer los cipreses y los pinos. De modo que Gucumatz se llenó de gozo y exclamó: «*Bendita sea tu venida oh Corazón del Cielo*, dijo, *oh tú, Trueno, Huracán, oh Relámpago. Nuestra obra y nuestro trabajo conseguirán su fín*». Y primero existió la tierra, las montañas y los valles, los arroyos se dividieron serpenteando al pie de los montes; entre las alturas las aguas quedaron en su limite, mientras que se descubrían las altas cordilleras». (*Bourbourg, Op. laud. tom. 1 pag. 52*).

67 Esta concepción cosmogónica, a pesar de su mezcla de politeismo y de su antropomorfismo, no carece de cierta grandeza, al suponer la obra de la Creación, no como la obra de un gran esfuerzo por parte del Creador, sino mas bien una obra, que solo depende de su querer, de un «*fiat*», diría un aficionado a hacer cotejos, recordando la cosmogonía de la Biblia.

68 Tocante al hombre la misma cosmogonia quiche enseña que de las cenizas fuè creado por Dios el séptimo día, y perfeccionado por *Quetzalcohuatl*, el mismo que Gucumatz, más tarde.

RECUERDOS DE ANTIGUOS CATACLISMOS

69 Existía entre ellos un recuerdo de un cataclismo que debió haber acaecido en remotas edades y que produjo probablemente la pèrdida de muchos hombres. Sobre ello inventaron fábulas pueriles, que no estará demás el traducir el pasage que lo cuenta para apreciar toda su mentalidad y para que nuestros lectores, que no todos pueden encontrar a la mano hoy día obras tan raras, deduzcan las conclusiones que más le pluguiere, de las que no nos hacemos garantes.

70 «Comencemos por el fín del capitulo II del «*Popol-Vuh*», el «Libro Sagrado» de los Quiches. Dice así: «Existieron (esos hombres de madera, de que hablaba) y se multiplicaron; engendraron hijos e hijas, manequíes trabajados de madera; pero no tenían ni corazón ni inteligencia, ni recuerdo de su formador y creador. Llevaban una existencia inútil y vivían como animales. No se acordaban de corazón del cielo, y he ahí cómo cayeron allí. No eran, pues, sino un ensayo de hombres, que hablaron al principio, pero cuyo rostro se secó. Ni sus pies, ni sus manos tenían consistencia; no tenían ni sangre, ni sustancia, ni humidez, ni grasa. Mejillas descarnadas era todo lo que presentaba su rostro; pies y manos secos, carne lánguida. Por esto no pensaban en levantar sus cabezas hacia el Formador y el Creador, su Padre, y su Providencia. Estos eran los primeros hombres que en gran número existieron aquí, sobre la faz de la tierra».

R' OXPAH CHI TZIH.=CAPÍTULO TERCERO

71 «En seguida llegó el fín de esos hombres, la ruina y la destrucción de esos manequíes, hechos de

madera, a los que igualmente se les quitó la vida. Entonces se hincharon las aguas por la voluntad del Corazon del Cielo y vino una gran inundación, que llegó por sobre la cabeza de manequíes y de esos seres hechos de madera. El *tzitè* (es un árbol cuyo fruto es como las bayas con granos como los huayrurus) compuso la carne del hombre, pero cuando la mujer fué armazonada por el Formador y el Creador, el *zibak* (la médula de una especie de junco pequeño, del que hacen los indígenas sus esteras, otros piensan que es el sasafrás), se entró en la carne de la mujer. Eso es lo que entró en su construcción por órden del Formador y del Creador. Pero no pensaban, ni hablaban delante de su Creador y Formador, quién los había hecho nacer. Y asì fué su destrucciòn. Fueron inundados y una resina espesa bajó del cielo. El ave de rapíña, llamado *xecotcovach* vino a arrancar los ojos de sus órbitas; el *camalotz* a cortarles la cabeza: el *cotzbalam* devoró sus carnes: el *tecumbalam* rompió y trituró sus huesos y sus cartilagos; y su cuerpo fuè reducido a polvo y dispersado para el castigo de sus personas. Porque no habían pensado delante de su Madre y su Padre, Aquel que es el Corazon del Cielo, cuyo nombre es Hurakán, a causa de ellos se oscureció la faz de la tierra y comenzò una lluvia tenebrosa, lluvia de día, lluvia de noche. Llegaron entonces todos los animales, grandes y pequeños, mostraron su rostro, y se vieron los hombres maltratados por la madera y la piedra. Todo lo que les habia servido hablaron sus torteras, sus platos, sus marmitas, sus perros, sus gallinas, y todo lo que había les maltrataban. Mal os portasteis con nosotros, nos mordías, a vuestro turno sereis atormentados, les dijeron los perros y las gallinas. Y a su vez las piedras de moler dijeron. «Eramos atormentados por vosotros, día y noche, continuamentt *«holi»*, *«holi»*, *«huque»* *«huque»* (voces onomatopèyicas del ruido que causan las moledcras),

decían nuestras superficies por vuestra causa: he ahì lo que hemos soportado por vosotros; ahora habeis cesado de ser hombres, vais a sentir nuestras fuerzas; moleremos y reduciremos vuestras carnes en polvo», dijeron las piedras de moler. Y he aquí lo que decían los perros hablando a su vez: ¿Por qué no nos dabais que comer? A penas nos miràbais, y ya nos hechábais fuera y nos perseguìàis; listo siempre estaba el objeto con que nos heriais, mientras os alimentábais. Eramos entonces imcapaces de hablar. Sin ello no os dieramos la muerte al presente. Cómo, pues, no razonabáis y cómo no pensàbais en vosotros mismos. Nosotros os destrozaremos ahora y sentireis los dientes de nuestras bocas. Os devoraremos», decían los perros, al mismo tiemo que despedazaban sus rostros. Y a su vez las torteras y las marmitas les hablaban: «Nos hacías mal y nos causábais daño, ahumando nuestra boca y nuestra casa, siempre expuestas al fuego, nos quemábais, aunque no sentíamos nada. Lo sentireis también vosotros y os quemaremos», decían las marmitas, insultándoles en su rostro. Así hacían las piedras que servían para sus fogones, pidiendo que el fuego se encendiese con violencia, para quemar sus cabezas por el mal que le habían hecho. Entonces se vió a los hombres correr, llenos de desesperación, querían subir sobre las casas y las casas se derribaban hacièndoles caer al suelo; querían subir a los árboles, y estos les sacudían lejos de sí; querían ocultarse en las cavernas, y ellas se cerraban ante ellos. Así se consumiò la ruina de todas las criaturas humanas, gente que estba destinada a ser destruida y transtornada; y así todas las personas fueron entregadas a la destrucción y al desprecio. Ahora bien, se dice que su decendencia se ve en esos monitos, que viven hoy día en los bosques, es la señal que queda de ellos, porque de solo madera estaban compuestos en su cuerpo por los cuidados del Formador y del Creador. He ahì por qué esos moni-

tas se parecen al hombre, señal que es de otra generaciòn de seres humanos, que no eran sino manequíes, hombres hechos de madera. (*Cap. II y III del Popol Vuh*).

DEDUCCIONES FILOSÓFICO-RELIGIOSOS

72 A muchas reflexiones da orígen este curioso pasaje, que se encuentra también con pequeñas variantes en los Codex de Chunalpopoca y en las demás tradiciones mejicanas. En medio de su candidez y hasta puerilidad, como dijimos, se deja entrever un cataclismo, acaecido para con los primitivos habitantes anteriores a los quiches. Considerábanlos, comparandolo con ellos, como simples manequíes, hecho de madera. Muy probable que las tríbus salvajes que encontraron los primeros civilizadores las hallaron en un estado rudimentario de civilización, que vivían más en los bosques, que en ciudades, Con todo, no eran ajenos a los conocimientos de la edad de bronce, pues que usaban de marmitas, etc. Pero el punto religioso que màs importancia tiene para nosotros es que consideraban ese cataclismo como un castigo del Formador, del Creador, como tan frecuentemente se complacen en repetir esta doble fòrmula, que porque no le reconocieron, ni lo adoraron, merecieron ser remplazados por otra raza, más acreedora a la conservación por el Hacedor. Ese punto religioso no deja de tener su grandeza, pues que reconocen que el hombre, cualquiera que sea, aunque sea de madera, tiene deberes para con la divinidad, y cuando no los cumple es merecedor de castigos, de destrucciòn y de sustitución. Es el fondo filosófico que deducimos de esta antigua leyenda.

EL EVHEMERISMO

73 En la època de la dominación de los Quinames, gracias al brillante impulso de civilizaciòn mate-

rial y religiosa que dieron Votán y el sacerdote Zamná, parecen haber poco a poco pasado a ser venerados, también ellos, camo dioses. Al principio se consideró a Votàn, como representante de Dios. Más después se le identificó con el Sol, y sus decendientes beneficiaron este privilegio de decendencia heliana. Finalmente se llegó a identificarlo con el mito de *Imax*, una Seiba, que representaba el Sol, a quien se tributaba toda clase de homenajes, se le colocaba en el primer día del mes anahualteco.

74 Esas costumbres superticiosas han sobrevivido hasta hoy, en la especie de culto que se rinde a la Seiba. No hay ciudad, ni pueblo de Mèxico, según afirma Bourbourg, ni del Centro Amèrica, que no tenga su Seiba en la plaza, ante la municipalidad, o ante la Iglesia.

75 Los tzendales llamaron a Votán, *teponastli*, o sea, «el Señor del Gran Tambor» sagrado. Este instrumento tenía mucha importancia en las ceremonias religiosas de esos pueblos para sus danzas. Ese baile del «*Zayi*», o Tapir sagrado, que aún hoy día bailan los yucatanes es grave y severo, como los viejos, que solo lo bailan. Con palmas en la mano se vuelven de tiempo en tiempo hacia el músico, que es el tamborero que toca la caja sagrada con gravedad y ocupa el centro, para hacerle una reverencia respetuosa. Se danzaba ese baile en la ciudad de «*Zayi*», porque debía su orígen al tapir que Votán había llevado por primera vez a esa región.

76 Del mismo modo Zamnà fuè venerado desde muy temprano por los *Tzequiles*. Su misión había sido completamente civilizadora, introdujo la escritura maya, sembrò sus beneficios por todas partes, que aún se reconoce por los restos que quedan, y murió en buena vejez. El lugar de su muerte fué pronto el objeto de peregrinaciòn. Se le llamò por el otro nombre de Zamná, *Izamal*. Reynando sus sucesores, se edificò allí

un suntuoso templo, que se convirtió en el lugar de los oráculos sagrados' Allí se llevaban ofrendas y dones, se pedía la curación de las enfermedades, la salud que frecuentemente se la obtenia. No bastò este solo templo a la piedad de los fieles, sino que se construyó otro tan suntuoso como el primero y se le adorò con el nombre de *Kab-Ul*, o, «la mano operadora». Era una mano la imágen bajo la cual se le adoraba, y se lo representaba ante el pueblo. Por todas partes se lo reproducia en esta forma, y llegó a ser una suerte de talismán contra cualquier peligro.

RELIGIÓN DE LOS NAHOAS

77 Muy someras son las antiguas tradiciones quiches con respecto a los Nahoas, que hablaban el nahuatl, pero son suficientes para darnos una idea de su mentalidad religiosa. Ellas dicen que vinieron de países lejanos, separados por el mar, no tenían la costumbre de alejarse de allí, no pagaban tributo a nadie y hablaban una misma lengua, «no incensaban ni a la madera, ni a la piedra; se contentaban con levantar los ojos al cielo y observar la ley del Creador; esperaban con respeto la salida del sol, saludándolo con sus invocaciones. Y lleno el corazón de obediencia dirigían al cielo sus plegarias de este modo: «Salud, Creador y Formador, míranos, òyenos, Corazón del Cielo, Corazòn de la tierra, no nos dejes, ni nos abandones, Dios del Cielo y de la Tierra. Corazón del Cielo, Corazòn de la Tierra, considera nuestra posteridad para siempre, y cuando sea de día alumbra y extiende nuestro camino. Concédenos el descanso, un descanso glorioso, la paz y la prosperidad, la justicia de la vida y nuestro ser, concédenos oh Hurakàn, Relámpago y Trueno, tú que sabes las cosas grandes y pequeñas».

(Traducciòn literal del Manuscrito Quiche de Chichicastenango, Cf. Bourbourg, Op. laud. pag. 105 tom I).

Esta plegaria desnudándola de su mezcla de politeismo y de fenomenismo, puesta en lugar de una cristiana, no desdijera en nada de cualquier otra plegaria similar del cristianismo, en los labios de un fiel.

RELIGIÓN ENTRE LOS QUICHES

78 Este mismo culto del sol se encuentra en las antiguas naciones Quiches y Chichimecas del, altiplanicie azteca. En la lengua náhuatl le nombraban «*Teotl*», Dios por exclencia, «T*onatiuh*», resplandeciente. En otras lenguas. «T*etzcatlipoca*», espejo ardiente. Le habían erigido las naciones aztecas un templo sagrado en Teotihuacán.

RELIGIÓN DE LOS TOLTECAS

79 La repùblica de Tollan, cuna de la civilizaciòn del Anahuac, de los toltecas. al principio fuè puramente teocrática, sin miras conquistadoras y con fines eminentemente civilizadores. *Hueman*, símbolo de la sabiduría y de la prudencia personificaba ese poder, que no muere. Sus reyes por medio de las imponentes ceremonias con que se hacian consagrar vinieron a ser poco a poco los árbitros de las conciencias de sus sujetos, como también reconocidos al mismo tiempo decendientes de los dioses, que solo la muerte podía desposeerles de la investidura real. Muchos de ellos merecieron la apoteósis. Se les consagraron templos, se celebraron fiestas en su honor y fueron reconocidos como dioses.

80 Entre ellos, el ilustre *Mixohuatl-Mazatzin*, que con su sabiduría, su intrepidez y sus conquistas en-

grandeció en gran manera el imperio tolteca. A su muerte sus cenizas fueron depositadas en el templo de Mixcoatepetl. Con el tiempo bajo el influjo de los sacerdotes llegó a ser un lugar de peregrinación, se le consideró como al dios de la guerra y se celebró fiestas en su honor. Durante cuatro días consecutivos se empleaban en fabricar dardos y saetas de todo tamaño; se sometían al mismo tiempo a un riguroso ayuno; los esposos en señal de penitencia, no se aproximaban a sus esposas; se abstenían de toda bebida embriagadora y se sangraban en diversas partes del cuerpo. En seguida se reunian las flechas en haces de cuatro en cuatro con una suerte de càñamo de pino y se los depositaba en la tumba de Mixcohuatl. Se añadía otras ofrendas de carne y de tamales. Más tarde los guerreros continuaron practicando estas ofrendas para con todos los muertos ilustres que habían sido guerreros. Un día y una noche permanecían allí después se las recogían y las quemaban en honor del hèreo. Con el tiempo se multiplicaron las fiestas en su honor. Entre ellas la de la caza, para recordar sus hazañas.

DOGMAS DE LOS TOLTECAS

81 En el reinado del célebre *Quetzalcohuatl* fueron modificados considerablemente los dogmas de los Toltecas revestidos de ciertos velos de misticidad, se añadieron nuevas fiestas y ceremonías rodeándolas de un brillante aparato pomposo.

82 La descripción que nos ha quedado de su doctrina es muy vaga. «Se cuenta, dice el Códex de Chimalpopoca, que dirigía sus oraciones y adoraciones al centro del cielo, que el llamaba la «mujer estrellada», «estrella resplandeciente», «la mujer de nuestra subsistencia», «el señor de nuestra carne». Exalaba grandes gritos hacia ellos y sabía que el *Ommeyocan*, mansión

de nueve grados, existe en el cielo. Sabía que allí habitaban aquellos que èl llamaba, que juraba, que suplicaba con gran humildad». (*Bourbourg Op. laud. tom. I, pag. 259 ss.*).

Desde el Ommeyocán considerado como el lugar de delicias de los dioses, «*Citlallycué*» y «*Citlallatomac*» disponían de todas las riquezas y de todos los bienes inimaginables. Por su concurso y su voluntad era gobernado el Universo visible e invisible, y recibían las almas de las criaturas razonables o no, a quienes daban vida, las influencias que determinaban las inclinaciones naturales, según las cuales obran en el mundo.

PRÁCTICAS RELIGIOSAS

83 *Quetzalcohuatl* encontrò ya establecido en su país el ayuno en ciertas ocaciones solemnes, el uso de sangrarse para ofrecer a los dioses. Pero en lo que innovó fué en las abluciones de los recien nacidos, en la confesión auricular, en el establecimiento de monasterios separados para religiosos y religiosas, consagrados a la penitencia y a la castidad, en la creaciòn de un sacerdocio perpetuamente obligado a la castidad por medio de terribles votos y por fin en la abolición de los sacrificios humanos.

LOS SACRIFICIOS HUMANOS

84 Hasta su época desgraciadamente regía esa ley sanguinaria por la que los fieles ofrecían a sus dioses víctimas humanas. Llamaban a ese sacrificio »*tetli monamiquian*», encuentro de piedras, porque al sa-

crificar a los cautivos en gran número, o a los criminales que gemían en los calabozos, se los colocaba entre dos grandes piedras muy filas, dispuestas de manera que al lanzarlas la una contra la otra debían despedazar a los desgraciados condenados. Cuando acababa el sacrificio, enterraban a los cadáveres y en su sepultura se celebraba un baile, en que danzaban los principales señores presentes al sacrificio. Duraba la fiesta todo el día y por la noche eran las orgías en toda la ciudad.

85 Contra esta bárbara costumbre se sublevaron los nobles sentimientos del ilustre legislador Quetzalcohuatl. Prohibió bajo las penas más severas de practicar estas abominables costumbres. Mandò que se purificasen los templos y que en adelante solo se ofreciesen perfumes, flores, humintas, frutos, mariposas en los dias ordinarios; en las grandes solemnidades estaba permitido inmolar un conejo, una serpiente o un pavo. Costumbres inveteradas eran difíciles de ser suprimidas de la noche a la mañana. El legislador tropezò con invencibles resistencias y oposiciones que no fueron sin peligro de su vida en Teotihuacan y en los otros pueblos del Anahuac.

INSTITUCIÓN DE UN SACERDOCIO

86 Para sentar más profundamente en el ánimo de todos que es más con la virtud que con los sacrificios humanos que se agrada a los dioses, instituyó una casta sacerdotal, astreñidos a determinadas pràcticas. Edificó diversos monasterios para hombres y mujeres respectivamente. Allí se reunían los jóvenes de alta nobleza y los que querían consagarse al sacerdocio. Sus ejercicios eran rigurosos.

Debían todos los días levantarse a media noche, y después de bañarse, entrar al templo a cantar las alabanzas de los dioses. Se les obligaba a una rigurosa continencia y se les castigaba sin piedad cuando infringian este voto. Durante el día se ocupaban en el estudio de la religión y practicaban el ayuno. Nunca bebían licor que les embriagara. Sus vestidos eran una suerte de togas largas, color oscuro. Para que todas estas observancias fueran mejor practicadas, el mismo Quetzalcohuatl era el pirmero en someterse.

LAS FIESTAS

87 Regló el mismo el ceremonial que debia servir en las fiestas. Estas estaban clasificadas; unas que se celebraban cada veinte días en honor de los dioses; otras cada año nuevo, cada cuatro años, que comprendía el ciclo de ligadura tolteca. Se llamaba esta última, la fiesta del nuevo fuego.

Para ello, el pontífice, acompañado de un gran cortejo, se trasladaba a la cima de una montaña vecina para encender el nuevo fuego, símbolo del sol y de la vida. Se confiaba después ese fuego al cuidado de un colegio de doncellas, vestales, dirìan los Romanos, que se consagraban perpetua o temporalmente por un voto de castidad.

Con ocasión de tales fiestas se levantaba una algazara de instrumentos de mùsica, que igualmente fué regulado, y sirviò para anunciar la hora de los sacrificios.

Cada mañana al levantarse el sol se reunían los sacerdotes de servicio, pues había un turno establecido, en la terraza del templo, tocaban el sonido lúgubre

del teponaztli, [1] las trompetas sagradas para saludarlo.

88 Continuaba la música durante el sacrificio que consistìa en la ofrenda de flores, incienso y frutas, que se renovaba a cada hora. Al caer de la tarde resonaban los mismos instrumentos por ùltima vez, y desde el gran teocalli con un poderoso teponaztli se anunciaba que todos debian retirarse. Durante la noche el teponaztli era reemplazado por la voz lúgubre de los sacerdotes que se repetían, a modo de nuestros serenos, de proximidad en proximidad. Para ello había un turno. Unos estaban en el templo y otros en la boca-calles del pueblo. Se relevaban cada cuatro horas, a partir de la puesta del sol hasta el amanecer. Los que quebaban en el interior del teocalli tenian por obligación de observar la marcha de los astros para reconocer las horas, despertar al sacerdote sacrificador para ofrecer la ofrenda, cada hora, a su turno, velar porque el fuego se mantenga ardiendo y asistir a los oficios de la noche. De los de afuera era obligación suya velar por la conservación del órden, la seguridad de las calles y plazas, y evitar el que se cometa ningún desorden.

Las monjas hacían lo mismo en sus monasterios, solo que no servían en las calles.

De este modo el famoso caudillo de los toltecas dió, bajo todo respecto, un poderoso impulso a su nación.

---

(1) (*El teponaztli era un instrumento de un pedazo de tronco de árbol hueco. En el centro se encontraban muchas papeletas, que hacìan parte de la misma madera, de diferente espesor y que se tocaba, como el tronco mismo, con dos varitas, que tenían a la extremidad cauchú. Teponatztli viene de «teponasoa», ir creciendo, porque lo tocaban en crescendo. Bourbourg, Op. cit. tom. II pag. 81*).

LAS OTRAS TRIBUS CHICHIMECAS

89 Largo y fastidioso sería detenerse en cada una de las tribus chichimecas: quiches, mayas, aztecas. Como son familias que bajo muchos aspectos se emparentan y se asemejan, sería repeticiones inútiles el entrar en el análisis de sus religiones. Con lo que precede se comprenderá que el fondo de ella, fuera de los vislumbres que de tiempo en tiempo se encuentra con respecto a una Suprema Divinidad, fué el culto del sol con quien identificaban al Dios Hacedor.

Algunos pueblos como los *Toltecas*, los más antiguos del Anahuac, dominados por ellos, los Quiches, los Mayas, los Aztecas tenían los sacrificios humanos.

Una palabra más a este respecto entre los Mayas y los Aztecas.

LOS SACRIFICIOS HUMANOS ENTRE LOS MAYAS

90 Entre los mayas por ejemplo era ya demasiado exagerado el sacrificio humano, aunque con apariencias menos crueles, porque en lugar de degollar a la víctima, se contentaban con precipitarla en un abismo.

91 Para todo se inmolaba una víctima humana. Si acaecía alguna desgracia en el país, si las mieses eran menos abundantes o faltaban, si se carecía de agua: para todo una víctima humana. Y entre ellos, ésta recaía siempre en una doncella. En los últimos tiempos de la dominación se había multiplicado el número tan alarmante que por cientos se conducían las que había de ser sacrificadas a los pozos de Chichen.

Á la jòven la conducían al templo revestida de sus mejores vestidos de fiesta y acompañada de las vestales y sacerdotes de todo rango. Mientras humeaba el incienso en el altar, el sacerdote instruía a la vìctima a cerca de lo que debìa pedir a la Divinidad. Se la amarraba en seguida una cuerda al rededor del cuerpo y cuando acababa de humear el incienso puesto en las calderillas de metal, se la precipitaba en un abismo, del que no se le extraìa mientras no se hubiese asfixiado completamente. Mientras tanto todo el pueblo que acudía a este espectáculo no cesaba de conjurarle rogándole exponga sus necesidades a la Divinidad. Se enterraban después los restos en un bosquecillo cercano.

LOS AZTECAS Y LOS SACRIFICIOS HUMANOS

92 Entre los Aztecas la organización del sacerdocio, era idéntica al de los Toltecas, de quienes ciertamente imitaron en todas sus partes. Estaban sometidos a las mismas prescripciones y al mismo rigoroso voto de castidad. Cuando algún sacerdote lo había infringido antes del tiempo que expirase su voto, era sometido a la pena del garrote.

93 En general los *Mixtecas* y los *Zapotecas* se abstenían de ofrecer sacrificios humanos. Pero cuando se veían acosados de una gran calamidad pensaban que debían satisfacer a Dios ofreciendo víctimas humanas.

94 Á este efecto conducían con toda pompa a los prisioneros y esclavos, que para esto los conservaban, los cubrían de flores, los ataviaban de ricas vestiduras y los precipitaban en el abismo, en medio de

las nubes de incienso, que enviaba a sus ídolos. Màs después, esta bárbara costumbre fué haciéndose más común, como lo prueban el hecho siguiente.

95 En 1547 para la dedicaciòn del templo de *Huitzilopochtli*, había reunido *Ahuitzotl*, rey de los mejicanos una ingente suma de víctimas humanas. Jamás hasta entonces se había visto semejante carnicería de gente humana. Los historiadores de ese tiempo, que al relatar el hecho no puede ser acusados de parcialidad, se muestran indignados al consignar cifras tan enormes. Se contaba 16.000 Zapotecas; 24.000 Tlappanecas; 16.000 de Huexotzinco; 24.000 de Tziuhcoacas; 400 prisioneros de Cozcaquauntenaco y Mietlan-Quauhtla; llegaban a la enorme suma de 80.000. Fué una verdadera matanza, que no tardó en suscitar las protestas airadas de todo el reino contra los mejicanos, e indisponer en contra de sus gobernadares. Este malestar y repulsiòn que suscitó en contra los dominadores del día, aunó las fuerzas dispersas de los pueblos que hacía algunos siglos estaban dominados y no esperaban sino la menor ocàsiòn para sacudir ese yugo, que se les venía haciendo insoportable. La llegada de los españoles precipitó las cosas.

LA MORAL DE LOS AZTECAS

96 Fuera de estas crueldades que nos recuerdan los instintos sanguinarios del hombre, su moral era verdaderamente elevada. Y los Aztecas, hay que decirlo en honor suyo, sobrepasaban a los demás pueblos. Quizás habían tenido algunos vislumbres de la moral evangélica, como se supone entre los quiches y mayas, porque lo cierto es, que en muchos pasages parecía copiada de ella.

Las leyes de la esclavitud eran relativamente más suaves, que entre los otros paises.

Si existía la poligamia, era más bien como abuso entre los nobles y acaudalados.

La mujer no era victima de la esclavitud como en los otros países. Sus derechos estaban al nivel de los del hombre, y en su ausencia gozaba de todas las prerrogativas ajenas al desempeño de sus titulos de propietario.

En rápidas pinceladas hè ahí la religión de los antiguos pueblos, que ocuparon el actual México y Centro América.

V

LOS OTROS PUEBLOS DEL SUD DE MÉXICO

97 Se pregunta la Crítica si la gran civilización que existió en la provincia yucateca, en el Anahuac y en la altiplanicie mejicana, influyó en los países que vivían más al sud.

Parece demostrado que los que vivieron más cerca de ellos como los quiches y pueblos centro-americanos sufrieron todo el poder avasallador de sus vecinos del Norte.

LOS CHIBCHAS

98 Se pregunta además si las regiones que se encuentran más al sud lo sufrieron tambièn. Nada se sabe de positivo. Las naciones que hablaron el Chibcha, cuya comprensión parece haber abarcado los actuales territorios de Colombia, quizás parte de Venezuela y el Ecuador tuvieron también sus lampos fugaces de civilización, probablemente quizás influenciados por los pueblos toltecas. (*Cf. Brasseur de Bourbourg «Le Livre Sacré des Quiches» pag. CCVLV ss.*).

99 Sus costumbres religiosas parecen haberse concretado en la adoración del Sol, especialmente entre las naciones llamadas *Muiscas*. Sus leyendas mitològicas son muy parecidas a la de los Quichuas. Aquel famoso *Bochica* desempeña entre ellos las mismas funciones civilizadoras que Manco Khàpaj.

100 Los españoles encontraron a los *Muiscas, Guanos, Muzos, Colimas, Pauchas, Notagaymas*. distribuidos en ayuntamientos, dedicados a la agricultura, vestidos con telas de algodón, mientras que otras vívian errantes y en estado semisalvaje, desprovistas de la influencia civilizadora de aquellas tribus sedentarias.

SUS LEYENDAS

101 Entre ello existía la siguiente leyenda que la hacen remontar a tiempos muy lejanos en que la Luna no acompañaba todavía a la Tierra. Vivían en ese entonces los pueblos citados en las llanuras de Bogotá como bárbaros, desnudos, sin agriculturas, sin leyes, sin culto ninguno, cuando de repente aparece un misterioso personaje que viene por el este. Era de aspecto venerable, llevaba luenga y espesa barba, el color del rostro blanco, en su persona toda parecía de muy distinta raza que la suya. Iba acompañado de una mujer de rara belleza. A él le llamaron *Bochica, Nequemtheba y Zuhé*; a ella *Chia, Yubecayguaya y Huyteca*. Él les enseñó a cubrirse, a fabricar sus casas, labrar el campo y reunirse en sociedad; ella, al contrario, era demasiada maligna y contrariaba todo lo que emprendía su esposo. Sus artes màgicas tuvieron el influjo de hinchar el río Funza, que se desbordò en todo el valle de Bogotà, y produjó una gran inunda-

ción, en la que perecieron muchísimos; solo se salvaron muy pocos en las cimas de las vecinas montañas. Irritado Bochica castigó a su temerária esposa condenándole a vivir lejos de la tierra, convertida en Luna; mientras que èl compadecido de los hombres rompió con una mano potente las rocas que cerraban el valle por el lado de *Canaos y Tequendama* para que corrieran las aguas. Volvieron los hombres, recomenzó la civilización, introdujo el culto del Sol, nombró sacerdotes en quienes reconcentró el poder, eclesiàstico y civil, y se retiró èl con el nombre de *Idacanzas*, al valle santo de Iraca, cerca de Tunja, donde viviò 2.000 años muiscas, entregado a una rigurosa penitencia. (*Cf. Alejandro de Humboldt «Sitios de las Cordilleras», pag. 40 ss.*) Con el tiempo se divinizó a este singular personaje.

102 Otras leyendas pueriles, más antiguas, contaban que habían existido los hombres antes de que aparecieran el sol y la luna. El mundo vivía entonces en medio de las tinieblas. Dos hombres: el *Zaque* (jefe civil) de *Ramiriqui* y el de *Sogamoso* comenzaron por fabricar unos hombres de arcilla amarilla y mujeres de manojos de hierbas. Viendo el zaque de Ramiriqui que no convenía que el mundo estuviese en la obscuridad ordenó al de Sogamoso que se elevase a los cielos para que alumbrara a la tierra. Su luz no fué aún suficiente y para aumentarlo se elevó él mismo y fuè él la luna. (*Cf. Bourbourg Les Lives Sacrés de Quiches, pag. CCXLVII*).

103 De estas leyendas llenas de puerilidades se deduce una verdad oculta en el fondo de estas tradiciones: grandes cataclismos, transtornos en la naturaleza de los que han sido testigos los hombres, disparición de muchísimos de entre ellos, aparición de un jefe inteligente y emprendedor que los reunió en nacionalidad y los civilizó.

CULTO AL SOL Y SACRIFICIOS HUMANOS

104 En Sogamoso tenían un templo consagrado al sol. Allí le ofrecían sacrificios, quemaban incienso y perfumes en su honor, le presentaban oro y esmeraldas, y algunas veces le inmolaban víctimas humanas.

Entre estos estaba el sacrificio del *Guesa* que abría el nuevo ciclo de 185 lunas, esto es cada 15 años. Consistía este en la inmolación de un jóven de quince años, que le llamaban Guesa o Qhica preparado con mucho cuidado durante diez años. Apenas nacido se lo arrebataban a sus padres para conservarlo con mucho esmero. Al cabo de este tiempo se lo paseaba por todos los lugares que se creía recorrió Bochica; de ahí su nombre de «Guesa, vagabundo», entre aclamaciones y festejos. Llegado a la edad fija lo sacrificaban a flechazos, le extrahían el corazòn y lo ofrecían al Sol y a Bochica. Con ello marcaban el principio de un nuevo ciclo o período «*Qhica*», puerta.

Con más frecuencia ofrecían los sacrificios en el plenilunio, al fin de las diez semanas de tres días que componían su mes, en medio de la plaza pública a donde se iba por «un gran camino empedrado», por eso se llamaba «*el sacrificio del Suna*». (*Cf. Humboldt Op. cit. 402 ss. y Froidevaux a l' article «Précolombiens», dans le Dictionnaire d' Apologetique, fasc. XIX, col.190*).

SUPERSTICIONES Y ANTROPOFAGIA ENTRE LAS OTRAS TRIBUS DE LOS CHIBCHAS

105 Para evitar las múltiples repeticiones a que necesariamente nos condenaríamos, si quisièsemos analizar una por una las creencias de todas las tribus del

sudeste de Mèxico, basta decir en este único acápite, a reserva de extendernos algo más sobre las del Collasuyo y adyacentes, que a su llegada encentraron los españoles muchísimas tribus llenas de groseras supersticiones tanto en su culto cómo en sus ceremonias de sepelio de sus muertos.

106 Se reunían de noche en el lugar de la defunción los amigos y parientes, sin lumbre ninguna para beber chicha, llorando al muerto. Después del jolgorio enterrábanlo entre ceremonias y hechicerías. Cavaban un gran hoyo donde lo metían y junto con èl sus armas, tesoros, los objetos que le había servido, mucha comida y cántaros de chicha y algunas de sus mujeres, si tenía muchas. *(Cf. Pedro de Cieza de Leòn «La Crónica del Perú» cap. VII).*

107 La antropofagia estaba propagada entre los índios del valle de Nore. Hacíanse mútuamente la guerra para poder coger prisioneros, especialmente mujeres. Cuando las adquirían, a los hijos que de ellas habían nacido los conservaban y regalaban con gran primor hasta la edad de doce a trece años. Hasta esa fecha los cebaban bien para después comérselos con sumo placer. Lo mismo practicaban con los hijos de sus prisioneros, que a este efecto les obligaban a que se casaran con una de sus parientes, para poderse regalar con más satisfacción. (*Op. cit. cap. XII*).

108 En la provincia de Arama eran aùn más horripilantes estos canibalismos. A los prisioneros de guerra se los colgaba con grandes sogas y así vivos comenzaban a extraerles el corazón para ofrecerle a sus dioses, y en seguida sin tardar mucho se comían los cuerpos de los sacrificados. «Son tan amigos de comer carne humana, dice Cieza de León, que se ha visto haber tomado indias tan preñadas que querían parir, y con ser de sus mismos vecinos, arremeter a ellos y con gran presteza abrirles el vientre con sus cuchillos de pedernal o de caña y sacar a la criatura;

y habiendo hecho gran fuego, en un pedazo de olla tostarlo y comerlo luego, y acabar de matar a la madre, y con las inmundicias comérsela con tanta prisa, que era cosa de espanto». (*Op. cit. cap. XIX*).

109 Tamañas barbaridades sublevan el sentimiento humanitario. Tiempo era ya de que terminase para siempre semejantes monstruosidades. Aunque la Iglesia Católica no hubiere hecho más que este bien positivo de desterrar tan nefandas costumbres, sería por ello solo acreedora a la eterna gratitud de los americanos.

VI

RELIGIÓN ENTRE LOS BRAZILEIROS

110 En cuanto a los Brazileiros notemos solamente. sin entrar en ningún análisis detallado de los múltiples pueblos que vivieron en tan inmensas regiones, que anteriores tribus, sobre todo las del Norte, habían tenido relaciones con los *Caraibes* o *Caribes*, de quienes aprendieron sus costumbres.

Entre esas tribus, halladas por los conquistadores en plena decadencia, habían logrado conservarse algunos restos de civilazaciòn muy antigua, por ejemplo la herencia consagrada entre las familias reinantes, el respeto a los principios de la religión, la obediencia a las leyes, una extrema tenacidad por las antiguas costumbres, las pruebas de la iniciación guerrera, santificadas por penitencias crueles y extravagantes austeridades, la preparación por medio de atroces suplicios de las victimas humanas destinadas al sacrificio, y la manducación de ellos.

111 De estas tribus Caraibes aprendieron los Brazileiros los sangrientos sacrificios humanos. Era el

sacerdote el que los exitaba a esas escenas monstruosas, en que toda la poblaciòn se reunía y asociaba al asesinato del enemigo, cuyos restos devoraban despnés del sacrificio. (*Cf. Bourgbourg Le Livre Sacrè, pag. CCX, ss.*

EXPLICACIÓN FILOSÓFICA-RELIGIOSA DEL VALOR DE LOS SACRIFICIOS HUMANOS

112 No se puede negar que en medio de estas supremas aberraciones de su conciencia religiosa conservaban en el fondo una verdad, completamente deformada. Todas estas tribus, entre las cuales encontramos el derramamiento de la sangre humana estaban plenamente convencidos que a la Divinidad ofendida no se le podía satisfacer sino con la inmolación propia, a cuyo defecto entre los pueblos más civilizados se recurria a los animales para inmolarlos en lugar suyo.

113 Entre los pueblos que llevaron hasta el extremo estas concepciones, en lugar de los animales y en lugar de sí mismo sacrificaban sea a los prisioneros de guerra, como entre los Mejicanos, Caraibes y Brazileiros del Norte, sea a una víctima escogida doncella o jóven, como entre los Quiches y los Chibchas. Esta exageraciòn del elevado pensamiento de sumisión al supremo dominio de Dios y satisfacción por las faltas contraidas, a tomarla a la letra, llevaría al supremo exeso de inmolarse en ingente carnicería todos los hombres. La conclusión no puede ser más completamente absurda.

Al ocuparnos de los Guaraníes de Bolivia y Paraguay, comprenderemos a los del Brasil, cuyas costumbres son idènticas, por ser de una misma familia.

VII

RELIGIONES DE LA ANTIGUA COMPRENSIÓN DEL TERRITORIO INCAICO

114 Al mismo tiempo que en el Norte brillaba un poderoso imperio, pròximo a extinguirse con la conquista, en el Sud esplendía con no menos brillo otro potente coloso, el reino de los *Incas*, cuya dominación abarcaba en sus límites desde el actual Ecuador, hasta el reino de los Araucanos, nación belicosa del Sud, con gran parte de la Argentina, y estaba comprendido entre las latitudes 2º Norte y 37º Sud, y las longitudes 59º y 83º de Paris.

115 Numerosos eran los pueblos que habían logrado dominar y de civilización muy diversa. Su historia no nos es bastante conocida, y lo poco que sabemos es de època reciente. Muchos de entre ellos que vivían más al este de la longitud 64º del actual territorio boliviano habian escapado a su dominio o era muy difícil la penetración en esas regiones de selvas silvestres o mal sanas.

116 No era el primer imperio, sino el último que había aparecido. Otros también poderosos, aunque quizá no en la misma escala, le habían precedido. A semejanza de los reinos del Norte las civilizaciones diversas se habían ido superponiendo las unas a las otras.

117 No es de nuestro sujeto el hablar detalladamente y por separado de estas civilizaciones. Quien quiera formarse una más amplia idea puede consultar con fruto las Obras de Garcilaso de la Vega. «*Comentarios Reales*»; del mismo, «*La Florida del Inca*,

Historia del adelantado Hernando *Soto»; «Ensayo Cronològico para la Historia General de la Florida por Gabriel de Cárdenas Z. Cano; Montesinos, «Memorias sobre el antiguo Perú»*; Cieza de León, *«Crónica del Perú»*: Brasseur de Bourbourg, *«Le Livre Sacrè de Quiches»*, etc., etc.; en las cuales Obras se sienta por ejemplo, en la última sobre todo que los *Chimus* datarian de 1.700 a 1.500 años antes de N. S. J. C., que lograron mantenerse, disminuídos muchísimos, hasta la època del Inca Pachacutej, en que fueron sometidos por el Inca Yupanqui. (*Garcilaso, Comn, Real Lib. VI cap. 32-33. Bourgbourg, pag*, CCXXII).

PUEBLOS DE CIVILIZACIÓN TIAHUANAQUENSE

118 Anteriores a los incaicos, en las regiones que los Incas denominaron *Collasuyo* y parte del *Cuntisuyu* habian dominado otros pueblos tan poderosos como ellos y de una civilización quizás más brillante. Sus restos que han quedado en las màrgenes del Titicaca atestiguan un pueblo que en nada cede a los Toltecas y Mayas del Norte, y que quizas bajo muchos otros aspectos les es superior.

119 ¿Eran los *Aymaráes* ese valeroso e inteligente pueblo que elevó los imperecederos monumentos de Tiahuanacu, u otra nación que les precedió?

La critica aún no ha resuelto esta incógnita. Los documentos que nos quedan nos son todavía mudos, y aùn no se ha logrado el hacerlos hablar, como a los documentos hieráticos de los Egipcios. El porvenir nos depara muchas sorpresas. Esperemos pacientemente.

120 Intertanto queda sentado que en la època de la conquista de los Incas, los Aymaráes, si es que

ellos fueron los autores de la brillante civilización, habian entrado en plena decadencia. Las provincias se dividieron entre si y ya no estaban sujetas a un solo y mismo gobierno. Mútuamente pueblo a pueblo se destruía. Ninguno de esos hayllus se atrevieron a oponer una defensa conjunta y valerosa a los nuevos conquistadores. Los únicos que hicieron una simple bravata de resistencia, por demás inútil, fueron los *Umasuyus*, que no bien se encontraron frente a frente de Khapac Yupamqui, se rindieron a discreciòn. Mayta Khapac prosiguió en su conquista y sometió a los pobladores de los alrededores del Titicaca. Ello prueba que los Aymaráes y pueblos que habitaban el hoy altiplano boliviano, mucho tiempo há que dejaron de ser nación poderosa, conciente de su fuerza y sometida al mando de un solo jefe. (*Cf. Garcilaso «Comn, real. Lib. I cap.* X *y* XI).

121 Muy probablemente desaparecieron todos ellos, como nación poderosa, o quizás los Aymaráes nunca formaron un compacto homogéneo, cuando la llegada de los hombres blancos, que fundaron su residencia y sus instituciones religiosas al rededor del Titicaca.

ANTIGUAS TRADICIONES DE UN PUEBLO QUE VIVIÕ AL REDEDOR DEL TITICACA

122 Al referirnos a los restos de leyendas religiosas, que nos han sobrevivido, ellas aluden más bien a los antiguos pobladores de las inmediaciones del Titicaca, que en un tiempo, por demás lejano y desconocido, formaron una nación compacta y poderosa, que dominò el Collasuyu y sentó sus reales a las orillas

del Titicaca. Las tradiciones parecen hablar de un pueblo de raza blanca, de luengas barbas, que fueron muertos por otra que venía del sud, partiendo de los valles de Coquimbo.

123 Probablemente acaecieron grandes cataclismos, quizás algún desborde del lago Titicaca, que produjo extensas inundaciones en las comarcas vecinas y en la floreciente ciudad de Tiahuanacu, pues hablaban de esos lejanos tiempos que ya por cuatro veces había desaparecido el sol y era el quinto que les alumbraba. Después de la disparición del cuarto sol se sucediò una noche profunda de 25 años. La humanidad fuè creada de nuevo, diez años antes de la aparición del quinto sol.

124 Tradiciones más antiguas contaban que esos magníficos monumentos que rivalizan con cualesquiera del antiguo o nuevo Mundo, habían sido construidos por esa gente de raza blanca y barbuda; que se entregaron después a las voluoptuosidades que trae consigo la vida civilizada y còmoda; que reinaba entre los grandes la corrupción, los vicios contra la naturaleza, la dureza ante la miseria de sus prójimos; que apareciò entonces un misterioso personaje predicándoles la virtud y la moralizaciòn de costumbres: que los habitantes de Tiahuanacu desoyeron sus predicaciones y lo condenaron más bien al suplicio; y que como castigo de sus nefandos crimenes maldijo la ciudad, la que sufrió el castigo de sus culpas con los cataclismos que le sobrevino.

DEDUCCIONES FILOSÓFICAS DE ESTAS LEYENDAS

125 De todas estas leyendas en que es tan difícil adivinar la parte de verdad que contienen, es ne-

cesario deducir de en medio de las falsedades, invenciones, adornos de que la revisten, lo siguiente:

Hubo un pueblo inteligente y de civilización muy avanzada. Sus monumentos nos lo atestiguan. Vivió, Dios sabe, en que en tiempos, pero muy remotos. Sus ciudades también eran florecientes. En ello, sobrevinieron varias causas de destrucción: internas y externas.

126 Las internas: Como en toda civilización avanzada la abundancia de bienes materiales trae consigo el decaimiento moral y la corrupción, orígen de la caida de todos los imperios, que registra la Historia.

127 Las externas: Unas probablemente de invasiones sucesivas de pueblos, que venían del norte empujadas por otras más poderosas, quizas las de las revoluciones del imperio de *Xibalba*, que tuvieron su repercusión en toda la América meridional, desbordándose por todas partes, hasta llegar al Río de La Plata. Otras que venian del Sud, pueblos diferentes de raza conquistadora, que partieron acaso del valle de Coquimbo.

128 Otras causas, verosimilmente coetáneas de todas estas invaciones, las de los fenómenos geológicos, que producían inundaciones, lluvias prolongadas, movimientos sísmicos, en que las ciudades eran arrazadas y sepultadas. Pasado el fenómeno reconstruían los habitantes su población con nuevos trabajos y escavaciones de las ciudades perdidas. Por último, en unos de esos trastornos de la naturaleza abandonaron definitivamente los habitantes sus hermosas mansiones, o perecieron ellos mismos en el cataclismo. Pasado lo cual, solo quedaron los restos mudos, enígmas del porvenir, que aún no hemos alcanzado a decifrar.

129 Así se explica còmo no tengamos una idea más clara de esos pueblos ínteligentes que solo han

dejado huellas de su cultura en Tiahuanacu y en *Chuquivitu*: pues todos sus documentos han perecido unos por el mismo tiempo y sus cataclismos; otros por el celo indiscreto de los mismos indios, como aquel monarca peruano, que prohibío toda escritura (1) y mandó quemar todos los documentos alegando que aquellos eran el origen de todos los males que les sobrevinieron, o como aquellos indiscretos convertidos al cristianismo lo mismo que los conversores que hicieron quemar las escrituras pasadas, pensando que todo era hechicerías y frudes. (2)

Con Acosta condenamos severamente ese falso celo que nos ha privado de tan preciosos testimonios de la antigüedad americana. (*Cf. José de Acosta «Historia Natural y Moral de las Indias Lib. VI, cap. VII*).

RITOS FUNERARIOS DE LOS AYMARÁES

130 De las creencias religiosas de ultra tumba de los *Aymaráes* solo nos quedan los edificios llamados *Pucaras*, donde se enterraban a los *Chullpas*, que los Aymaráes creían sus antepasados. Chullpa ha ve-

---

(1) *Los qhipus.*

(2) *Josè Eusebio Llano Zapata, ilustre intelectual peruano de la època del Coloniaje (1710-90) decìa tristemente en el 2º. tomo de sus «Cartas Morales»; «Los primeros............españoles no tuvieron intención de hacerse sabios, ni cuando los encontraron procuraron aprovecharse de la ocasión, sino unicamente buscaron la plata y el oro para enriquecerse.....Los españoles que veian aquellas pinturas (los qhipus) imaginando ser representaciones de ídolos, las quemaban, rasgaban o enterraban; de donde nació un daño irreparable en lo tocante à las memorias de las cosas pasadas» (Citad. por Mendiburu. Dicc. Biogra. Per. verbo. Llano).*

nido a ser sinónimo de mómia. En esas pucaras que eran de construcciòn diversa, unas veces como pirámides truncas de ocho a diez metros de altura; otras, ciclòpeas, cubiertas de un techo monolítico, en el interior cuadrado con puerta al occidente y una ventanilla al levante; o por fín en forma de obelisco, cubiertas de un techo inclinado, compuesto de barro y paja; en ellos se enterraban a los muertos después de haberlos embalsamado con el *«chenopodium ambrosioides»* de los valles, vestidos con sus propias vestimentas o con unos sacos tejidos con totoras, abiertos en la parte del rostro, sentados en círculo, tocándose por los pies, a manera de un consejo de decisiòn. Al lado tenía cada uno los utensillos de la casa: un plato, una cuchara, algunas provisiones, maíz y una cantarita de chicha. Si la mómia era hombre añadían una honda, una macana, útiles para la caza o la pezca y una madeja de hilo de lana. Si era mujer, colocaban al lado una canasta, una rueca, lana de llama para hilar y grandes hiarhuis de espinas de cardòn. Hecho lo cual tapiaban la entrada y solo quedaba entreabierta la ventanilla. (*Cf. Paul Marcoy «Voyages a travers l' Amérique du Sud» tom. I, pag. 85 ss.*).

131 Estas costumbres nos dicen bien qué concepciòn se formaban los Aymaràes a cerca de la otra vida. Para ellos, en aquella se repetía lo que se hacía aquí y el individuo seguía desempeñando los mismos papeles que le cupo desempeñar en este mundo. Con todo, queda la idea de la supervivencia.

RELIGIÓN DE LOS HATUN COLLAS

132 Al hablar de los Collas, de su origen, civilización, costumbres religiosas, Garcilaso se expresa en sus *«Comentarios Reales», Lib. II cap. XIX,* de la

manera siguiente: «Los Collas son muchas y diversas naciones, y aí se jactan descendir (*sic*) de diversas cosas: unos dicen que sus primeros padres salieron de la gran laguna de Titicaca. Teníanla madre, y antes de los incas la adoraban entre sus muchos dioses, y en las riberas de ella le ofrecían sus sacrificios. Otros se precian venir de una gran fuente; de la cual afirman que salió el primer antecesor de ellos. Otros tienen por blazón haber salido sus mayores de unas cuevas y resquicios de peñas grandes;y tenían aquellos lugares por sagrados, y a sus tiempos los visitaban con sacrificios en reconocimiento de hijos a padres. Otros se preciaban de haber salido el primero de ellos de un río, porque decían que eran sus hermanos. De esta manera tenían otras muchas fábulas a cerca de su orígen y principio; y por el semejante tenían muchos y diferentes dioses como se les antojaba: unos por un respeto y otros por otro. Solamente en un dios se conformaron los collas, que igualmente lo adoraròn todos, y lo tuvieron por su principal dios, y era un carnero blanco, porque fueron señores de infinito ganado. Decían que el primer carnero que hubo en el Mundo cuidado de ellos que no de los demàs indios, y que los amaba más, pues había producido y dejado más generaciòn en la tierra de los collas, que en otra alguna de todo el mundo. Decían esto aquellos indios porque en todo el Collao se crìa más y mejor ganado, de aquel su ganado natural, que en todo el Perú; por el cual beneficio adoraban los collas al carnero y le ofrecían corderos y cebo en sacrificio; y entre su ganado tenían en mucha más estima a los carneros que eran del todo blancos, porque decían que los que asemejadan más a su primer padre tenían más deidad Demás de esta burlería, consentían en muchas provincias del Collao una gran infamia, y era que las mujeres antes de casarse podían ser cuan malas quisiesen de sus personas, y las más disolutas se casaban más aina,

como que fuese mayor calidad haber sido malísima. Todo lo cual quitaron los Incas, principalmente los dioses, persuadiéndeles que solo el Sol merecía ser adorado por su hermosura y exelencia; y que el criaba y sustentaba todas aquellas cosas, que ellos adoraban por dioses».

133 Estas relaciones asì como las anteriores estan confirmadas por las relaciones que nos ha dejado Cieza de León al hablar de los collas. (*Cf. cap. 100*).

134 De sus ritos funerarios menciona las costumbres de las lamentaciones durante varios días, las largas bebidas a que se entregaban, el modo cómo lloraban sus mujeres, ceñidos los cuerpos y con un bordón en la mano, mientras los otros parientes traian para los gástos ovejas, corderos, maíz. Azaban aquéllos, enterraban éstos. Colocábanlos en el aposento donde había muerto. Fabricada la chicha se encaminaban al lugar de la sepultura, con mucho acompañamiento si era principal. Allí mataban y quemaban diez o veinte ovejas, juntamente con sus mujeres, niños y criados que habían de enviar, poniéndolos con el cadaver en la misma sepultura, para que sirvan a su señor en la otra vida. Algunas veces enterraban vivas a las personas. A su vuelta a la casa continuaba la borrachera y las comilonas de todo lo que habian traido. De tiempo en tiempo salian a bailar llorando en las plazas cercanas. Cuando habían terminado, llamaban a los pobres para darles lo que había sobrado. Las mujeres sobrevivientes tomaban en seguida, cada una para sí, parte de las cosas que había pertenecido a su marido, y se iban por las calles y los ranchos, endechando a sus señores al són de un tambor que tocaba un indio, que iba llorando. Seguia la embriaguez, mientras las más exaltadas se mataban o se ahorcaban para ir a juntarse con el muerto.

LA RELIGIÓN DE LOS INCAS

135 No nos detendremos en el análisis de la religión de los incas, sino en la del tiempo en que estuvieron en plena civilización. Querer desemmarañar todas las hipótesis de los comienzos de su gobierno de su orígen, si *Manco-Khápaj* y *Mama-Ocllu* fueron realmente los primeros fundadores de la última dinastía, o ese nombre no fuè sino un nombre genèrico, similar al de los faraones, que se aplicó ya a muchas dinastías pasadas, como lo sostienen unos (*en otros véase Bourbourg «Le Libre Sacré», pag. CCXXVI*). contra Garcilaso, son cuestiones a la vez que árduas, fuera del límite que nos hemos trazado de reseñar la historia de su religiòn.

136 Todos los indicios que tenemos de todo lo que hasta ahora se puede saber convergen a demostrar que los Incas, ni fueron extraños al país en que aparecieron, ni llegaron de la noche a la mañana a adquirir la hegemonía que disfrutaron despnés. Las leyes del desarrollo de los pueblos son demasiado rígidas para plegarse a las leyendas que sabemos a cerca de Manco Khápaj y Mama-Ocllu.

137 Como todos los pueblos, la dinastía y el pueblo de los Incas debió comenzar, y efectivamente comenzó poco a poco. Sufrió muchos reveses y sujeciones a los diferentes pueblos que ora del Norte, ora del Sud se desbordaron por todas partes. Sin duda, que largo tiempo estuvieron también sometidos a los Jatum Rumas, de que se nos habla en las viejas tradiciones.—Sobrellevaron el despotismo de los *Chimus*. Y cuando esos pueblos por diversas causas, que no es del caso reseñar aqui, desaparecieron o se debilitaron en su potencia, ellos, los *Incas*, comenzaron por medrar, hasta que viéndose suficientemente poderosos, un hábil

y emprendedor Capitán se puso a la cabeza de su tribu y comenzò su conquista. Llamèmosle a èste Manco-Khápaj, o con cualquier otro nombre, fué realmente ese capitán emprendedor que fundó su nuevo imperio. Es lo único que necesitamos para encuadrar nuestra relación.

CUESTIÓN SUBSIDIARIA DE ONFFROY

138 Al lado de esta rapidísima sintesis que hacemos de los pueblos anteriores a los incaicos, que dominaron en el territorio que despues de ellos ocuparon no tiene ningún valor científico la estupenda, cuanto necia afirmación de *Onffroy de Thoron*, que merced a una completa desfiguracion los vocablos tanto hebraicos, como quichuas, pretendía demostrar que este último idioma había sido el primitivo que hablaron no solo, los primitivos hombres, sino el mismo primer hombre, llamèmosle Adán, o como se quiera.

139 Los esfuerzos inauditos que hizo para demostrar ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París que su tésis era la verdadera, no tuvo ni en su tiempo (1886) ninguna repercusión. Y el olvido a que se le ha condenado es tan meritorio, que no mereciera la pena de discutírselo, si alguna voz no se hubiese levantado, en estos tiempos, abogando aún por tamaña necedad. Hoy en el dia los hombres de ciencia no se dejan llevar por semejantes patrañas. Esa ciencia arcaica de Onffroy y de los que quieren seguirle *«ha hecho su tiempo»*, como dirían los franceses, ha pasado de modo diríamos entre nosotros. Nuestros conocimientos hoy día se han renovado completamente. Ningún sabio existe en la actualidad que pretenda sostener que el hebreo fuè la lengua primitiva

del primer hombre de la Biblia. La misma aparición del hombre se confunde en la noche de los tiempos y ningún dato positivo y preciso tenemos en las Santas Escrituras para afirmar que éstas dan por lo menos una cifra aproximada de su aparición en la tierra.

140 Querer, pues, demostrar que el primer lenguaje del hombre hubiera sido el hebreo, o el quichua, es puramente creernos que nos hemos quedado en el estado estacionario de la ciencia de la época de Onffroy. Es pretender que las investigaciones històricas y filológicas no han dado ni un paso.

141 Que no nos han demostrado aquéllas que en la tierra cananita existieron pueblos de brillante civilización, como los *Amurru*, al norte: los *Kinajni*, al sud; los *Arwaadi*, los *Samari*; los *Gublain* y cientos otros que se pueden mencionar, y que los recientes documentos de *El-Amarna* nos han revelado en plena actividad y en plena civilización. Es ignorar completamente que los hebreos no fueron autóctonos de la Palestina, sino que vinieron de pueblos pue estuvieron a la vanguardia de la civilización del Norte, como los Babiloníos, los Asirios, los Sumerios, los Acadios, que deparecieron sin dejar huellas, hasta la època del siglo XIX. en que se comenzó por encontrar en las grandes excavaciones esos magníficos documentos de su civilización que llenan los Museos de Londres, Berlín, París. Que su lengua ni era la primitiva, ni la única que ellos hablaron. Los progresos de la filología moderna nos han mostrado que la lengua semita remonta a fechas que no se pueden evaluar, pero como todas las demás desde la acadia, la sumeria, la asiria, la babilónica, la caldea, la hebrea, la cananéa, la arábica, etc., etc., han sido en completo desarrollo, augmento, cerrupción y pèrdida.

142 Es ignorar completamente que Moyses y los que le ayudaron a escribir su libro jamás pretendieron ser los primeros escritores, ni jamás intentaron

imponer a nadie que el primer hombre hubiese hablado su lengua. De ello podían muy bien dudarlo, pues que los más antiguos de sus documentos los tomaron precisamente de los Asirios y Babilonios.

143 Es querernos hacer comulgar ruedas de molino, como se dice, vulgarmente, al afirmarnos que en hebreo no existe el nombre de Eva, o es un término desconocido. Cualquier hebraizante por mediano o principiante que sea, sabe que tal como lo pronunciamos en castellano jamás existirá en el hebreo, por la sencilla razón que está completamente deformado. La primera letra en el hebreo no es una vocal, sino una consonante gutural fuerte que no existe la correspondiente en el castellano. Solo la «j» daría una aproximación. La segunda letra estaria mejor traducida por una «w». Toda la palabra es deribada del verbo *«jaya»* (*pronúnciese mucho más fuerte la* «j» *y aspírese la «a» final*), que significa *«vivir»*. El sustantivo ha de pronunciarse *«jawa»* (*con las advertencias hechas*), que significa *«vida»*, y es el nombre que se le dá en la Biblia a la primera mujer.

144 Asi demostrariamos a Onffroy, que probablemente no ha querido discutir con hombres serios, sino que ha querido burlarse y reir un rato a costa de los quichuas al escribir que *«pison»*, es lo mismo que *«pisi»*, *«ghighon»*, lo mismo que *«khihuin»*. Ni siquiera en la pronunciación se asemejan estas palabras, pues la primera sílaba de esta ùltima palabra es en quichua gutural aspirada, que no lo es la del hebreo.

145 Por último es creernos en mantillas a cerca de las terribles conmociones, invasiones, desaparecimientos de grandes civilizaciones, que sucedieron en la América Meridional. Los Quichuas son de ayer y su lengua también.

146 Es creernos igualmente en completa ignorancia de que la lengua quichua nunca fué universal en toda la Amèrica, ni nunca se impuso ni a los Ay-

maráes, ni a los Pampeanos, ni a los Moluches, ni Peguenches, etc., o de que en América no existieron los cuatrocientos idiomas o dialectos de que hemos hecho mensión en la página 17. N. 11.

147 Bien merecido es, pues, el olvido en que duerme el «*Descubrimientos de la lengua primitiva, hablada desde Adán hasta Torrela de Babel*», de *Onffroy*, así como su «*Memoria leída ante la Academia*». Ojala nadie la hubiese removido, para no condenarla de nuevo enérgicamente a que vuelva al polvo de las Bibliotecas de donde salió. Onffroy ha perdido miserablemente su tiempo.

148 ¿Cuál fuè, pues, la primitiva lengua del primer hombre? He ahí una cuestiòn que nunca la ciencia por sí sola podrá dar una respuesta satisfactoria. Lo ignoramos completamente, y es muy probable que siempre lo ignoraremos. Tales cuestiones e investigaciones son puramento ociosas, porque carecemos de los documentos precisos para pronunciarnos. En el mundo existen millares de lenguas, que ninguna puede pretender a haber sido la lengua primitiva.

Hecha esta digresión que no debiera estar aquí a no ser que Onffroy no nos hubiera saltado con tamaño disparate, volvamos a nuestro tema.

RELIGIÓN HENOTEÍSTICA Y SACRIFICIOS HUMANOS

149 Al hablar de las religiones de los indios anteriores a la dominación Incásica las reduce Garcilaso de la Vega (*Com. Real. Lib. 1 cap. X, XI*), a un vago henoteismo, con muchos tintes de acentuado totemismo, y a una fenomenolatría, propios de pueblos, que ya han confundido las nociones de la divinidad, con un grosero politeismo.

150 A la manera de los antiguos Griegos endiosaban los indios preincaicos al agua, a la mar; al relámpago, al trueno, al viento, al fuego, a las montañas, al maiz y a las mieses.

151 Es quizás restos de totemismo su adoración por algunos animales tales come el carnero, la ballena, los peces, el cangrejo y otros mariscos.

152 Su sentido de delicadeza para con el mal ajeno, no estaba tan desarrollado, ni se mostraban menos inferiores a los mejicanos en crueldad en sus sacrificios humanos. En muchas regiones no solo se sacrificaban a los cautivos, sino a sus mismos hijos. Su modo de sacrificarlo era semejante a la de los indios del Norte, de los que nos ha hablado Cieza de León. A la pobre víctima le quitaban el corazón, le arrancaban los pulmones para observar sus augurios y con su sangre rociaban a su idólo y así mismo, hombres, mujeres y niños. Cuando el cautivo era plebeyo lo regalaban a sus amigos, después de haberlo descuartizado, para que se lo coman. Si era noble se reunían todos los más principales con sus mujeres e hijos, le desnudaban, le ataban vivo a un palo y comenzaban a sacar por tajadas, pedazos de carne de las partes más abundantes como de las piernas, los muslos, asentaderas, etc., etc. Las mujeres que no podían dar de comer a sus hijos más pequeños se untaban los pechos con la sangre para que al mamarlos los chupasen. A medida que iban arrancando la carne se la iba comiendo cruda. Cuando habían terminado de martirizar tan inhumanamente al desgraciado, si había soportado con valor sin dar muestras de dolor ninguno, ni decaimiento, secaban sus huesos y nervios al sol, los colocaban en los altos cerros y era considerado como un hèroe, digno de veneraciòn y de llegar a ser adorado como un dios. Si por el contrario había sucumbido a la violencia del martirio quejándose, ma-

chacaban los huesos y los arrojaban a un muladar. Estas horripilantes acciones estan referidas por el P. Blas Valera, según testimonios de Garcilaso.

LA IDEA DE DIOS ENTRE LOS INCAICOS

153 En la época de la dominación incásica fuèse poco a poco perdiendo semejantes monstruosidades. La raza que comenzaba a sentar su hegemonia era por su naturaleza dulce y refractaria a semejantes carnicerías. De largo tiempo atrás se había educado con la idea de un ser vivificador de todo el mundo, a quien llamaba en su lengua «*Pachacámaj*», literal: «El que da la vida al mundo». Habianle consagrado un suntuoso templo en el vale de «Pachacámaj», como dice Cieza de León (*Cron. del Perú, cap. 72)*, a unas cuatro leguas de la ciudad de los Reyes.

154 Llamábanle al principio «el dios desconocido» porque ignoraban, dice Garcilaso (*Op. cit. Lib. II cap. II*), su naturaleza, su modo de ser Cuando hablaban de èl, no sabían cómo reconocer su exelencia, ni cómo demostrar su veneración. Se postraban en el suelo, levantaban las manos al cielo, le enviaban respetuosos òsculos, señal la màs distintiva para reconocer la grandeza de una persona. Todos los historiadores primitivos: Cieza de Leòn, Gerónimo Román, Garcilaso, Balboa, Acosta, convienen en afirmar que efectivamente los primitivos indios incásicos tuvieron la creencia de este supremo ser, de este «Animador del mundo», «Pachacámaj».

155 Posteriormente con la acentuación de la dominaciòn de los Incas, ese culto pasó al sol como emblema y representante sensible de Pachacàmaj.

Aún en la época de la conquista española la creencia del cautivo Atahuallpa era todavía que Pa-

chacámaj era el supremo Creador quien «había creado todo lo que había», según refiere Agustín Zárate. (*Historia del Perù. cvp. V, Lib. II*). Desgraciadamente el mismo Atahuallpa, o el historiador Zárate, hace ya la confusión entre Sol y Pachacámaj, atribuyendo indistintamente la creación a uno o al otro: lo cual puede significar que los han identificado en una sola deidad.

156 Más tarde aún aparece la idea, que en todas las religiones hemos encontrado, del espíritu malo. En contra posición a Pachacámaj hay el maligno, o diablo que lo llamaban «*Súpay*». Es un enemigo perverso que con el tiempo logró identificarse con Pachacámaj y hacerse rendir homenajes en el mismo templo del valle de Pachacámaj, como afirma Cieza de León (*Op. cit. cap. 72*), y hasta víctimas humanas que le sacrificaron. Otras veces se aparecía en las casas particulares, decía que era Pachacámaj y se hacia ofrecer toda clase de ofrendas y sacrificios. *(Garc. Lib. II cap. II*).

EL CULTO DEL SOL ENTRE LOS INCAS

157 Los Incas establecieron el culto del Sol y le dieron todo el realce que era menester, con la construcción de edificios magníficos dedicados al Sol, con el establecimiento de un sacerdocio, consagrado a ese culto, así como en la institución de un Colegio o Convento de doncellas llamadas *Ñusttas o Ajllas*.

158 En el Cuzco erigió Manco Khápaj el primer templo consagrado al Sol, embellecido con todas las riquezas y metales preciosos de que era emporio el Perú. Las magníficas riquezas de que constaba le dieron después el nombre de Coricancha, atrio de oro, con que se le ha conocido. Las cuatro paredes del templo estaban cubiertas de arriba abajo de planchas y tablones de oro, dice Garcilaso, (*Op. cit. Lib. III cap. XX*) «En el testero tenían puesta la figura

del Sol hecha de una plancha de oro, al doble màs gruesa que otras planchas que cubrían las paredes. La figura estaba hecha con su rostro redondo, y con sus rayos y llamas de fuego, todo de una pieza. Era tan grande, que tomaba todo el testero del templo de pared a pared» *Id.* Allì depusieron a uno y otro lado de la imàgen del sol los cuerpos embalsamados de los Incas, que parecían vivos, venerados como hijos suyos.

159 Rival de este y tan hermoso por sus riquezas y arte tectónico fué el de Titicaca, donde primero hirió con sus dardos el sol. Es posible que ya antiguamente tenian sus templos en la isla del Sol y otras, consagrados al astro del día. Probablemente que fué a causa de este culto, que se denominò a todo el Lago con el nombre de Titicaca, corrupción de «*Intikaka*», peña del Sol, y no peña de plomo, como generalmente se admite, que no tendría ninguna significación histórica.

160 Cada uno de los Incas nuevos se esforzaba en su advenimiento en obsequiar al Sol, con un templo nuevo. De ahí la multiplicidad con que se encuentra en muchos lugares, que el historiador Herrera (*Histor. Gener. Lib.* IV, *cap.* VIII) hacía subir al nùmero de 400 para todo el Perú, mientras que *Ondegardo* dice: «Habia en aquella ciudad (*en la de Cuzco*) y legua y media de la redonda 400 y tantos lugares, donde se hacían sacrificios y se gastaba mucha suma de hacienda en ellos» (*Cf. Prescott Histor. de la Conquista del Perú cap.* III).

Por su parte los subditos del Inca rivalizaban en fervor para enriquecer la nueva «*Intihuasi*», como lo llamaban.

CULTO A LA LUNA

161 Como paredra del Sol veneraban a la Luna, en el Cuzco, a quien habían consagrado una especie de Capilla, en el mismo templo del Sol.

Habían cinco cuadras o Capillas, al rededor de la Intihuasi, cuadradas cada una, separadas entre sí, en forma de pirámide. La primera era la de la Luna. Sus paredes estaban cubiertas con plata, contenía su imágen, representada por una mujer. Allì le veneraban como a esposa y hermana del sol, y allì estaban también los cuerpos embalsamados de las reinas. No le ofrecían sacrificios.

162 El segundo aposento o capilla estaba dedicado al cortejo de la Luna, sus pages y criadas, esto es a la Estrella de la mañana, llamada *«chchasca»* y a las pléyadas. El tercero al *«Illapa»*, o sea trueno relámpago y rayo. El cuarto al *«Kkuychi»*, arco iris. Y el quinto era la sala de audiencias del *Wyllac-umu*. (*Garcil. Lib.* III, *cap.* XXI).

EL COLEGIO SACERDOTAL

163 El Colegio Sacerdotal destinado al culto del Sol era bastante numeroso. En Coricancha se contaba unos cuatro mil de turno; en Vilcas cuarenta mil y treinta mil en Huánuco.

164 El *Wyllac-Umu*, que literalmente significa «el que avisa», o sea lo que diriámos el Sumo Sacerdote, que estaba a la cabeza de la clerencia, era vitilicia y recaía siempre en un próximo pariente del Inca, hermano, tío u otro cercano. Los otros Wyllaccunna, sobre todo los de Coricancha eran también parientes cercanos. Los demás de los otros templos pertenecían a la nobleza de Curacas, Casiques, etc. Aún para los empleos más inferiores del *Wyllay* se elegían de entre los nobles o de entre los más considerados.

165 Estaban astreñidos a especiales observancias, como la oración, el ayuno y la continencia por lo

menos durante el tiempo de su servicio en la Intihuasi, así como el alejamiento del bullicio del mundo en esos mismos dias.

166 Los *Wyllajcuna* inferiores desempeñaban los oficios de porteros, barrenderos, cocineros, reposteros, guardajoyas, leñadores o cualquier otro oficio.

LOS CONVENTOS DE LAS AJLLAS

167 Paralelamente al Colegio de los Wyllajcuna, existía el de las «*Ajllas*». Eran doncellas escogidas que desde su tierna edad las consagraban al culto del Sol. Garcilaso (*Lib.* IV, *cap.* I) distingue cuidadosamente las Ajllas del Cuzco de las Ajllas de las demás regiones del reino.

Las del Cuzco debian ser siempre de estirpe régia, hijas, sobrinas, parientes cercanas.

168 Las de los demás conventos debían ser nobles y hermosas. De las primeras no tomaba el Inca para esposas o concubinas, porque estaban exclusivamente consagradas para ser las del Sol. De las demás podia tomar y de hecho tomaba para sí. Era una suerte de serrallo a la usanza oriental. Con la diferencia de que la «Ajlla» que había agradado al Inca iba a vivir con él en su palacio y no podia regresar más al *Ajlla Huasi.* Cuando dejaba de agradarle o era ya vieja, la devolvian a su país, colmada de riquezas, y era un honor para la región el tener una ex-esposa del Inca.

169 Las Ajllas del Cuzco, como las otras, vívian completamente recluidas de modo que ningún hombre, exepto el Inca, podía penetrar donde ellas, so pena de muerte.

170 Eran unas mil quinientas, sin contar la servidumbre, que tambièn se reclutaba entre la alta no-

bleza, la que alcanzaba a la cifra de quinientas. Existían entre ellas las de mayor edad llamadas «*Mamacunas*», una que desempeñaba los oficios de abadesa, que se entendía con el gobierno general de la casa; otras bajo sus órdenes que instruían a las màs tiernas y enseñaban sus obligaciones.

171 Estaban sometidas a una rigurosa continencia. La pena a las que infringían ese voto era la más severa. Se las quemaba vivas, juntamente con el còmplice. Y no bastaba esto, sino que los padres, la mujer, los hijos, la hacienda y todo lo que pertenecía al culpable eran sometidos al mismo suplicio.

172 Se ocupaban durante el día de hilar y tejer las vestiduras que no pudiendole ofrecer al sol, se lo ofrecían al Inca, su hijo. Cuidaban de que el fuego encendido en el *Mosoj Nina* estuviese constantemente alimentado. Preparaban también el «*Zancu*» que habià de servir en el Khapaj Raimi.

173 Las del Cuzco nunca salían de su convento, las de las otras regiones podían volver a sus casas, cuando habían cumplido el tèrmino que se les había fijado.

FIESTAS Y SACRIFICIOS

174 Para manifestar su culto al Sol celebrábanle sacrificios de animales, especialmente de llamas. En las fiestas principales sacrificaban en la Plaza mayor de la ciudad con toda clase de regocijos; en la demás, en una Plazuela frente a la Intihuasi.

175 Los sacrificios eran. unos mensuales, al principio de cada luna nueva y se ofrecían cien llamas, cuyo color variaba según la clase de ofrenda que se queria hacer; otros al principio de cada estación, el de diciembre se llamabà «*Khápaj Raimi*», el de marzo,

«Mosoj Nina»; el de junio, *«Intej Raimi»*; y el de septiembre *«Citua»*.

176 Para con el sacrificio del *Khápaj Raimi*, que se ofrecía al amanecer del veintiuno de diciembre se preparaban con ayunos rigurosos y se reunían en la Plaza mayor todos los nobles y grandes del Imperio, luciendo sus más ricos y vistosos atavíos, o bien disfrazados de distinta clase de animales, como leones, cóndores, etc., así como todo el pueblo con sus vestimentas peculiares a cada regiòn y a cada ayllu.

177 Apenas aparecía el sol cuando toda la multitud le saludaba con sus cajas, bombos, sicuris y demàs instrumentos. Levantábase entonces el Inca, llevando en las manos dos copas áureas, llenas de chicha, presentaba la de la derecha para que el sol la libara, a cuyo efecto la derramaba en una tina de oro, que por un canal secreto la conducía al templo. En seguida ofrecía la de la izquierda a los más altos personajes del reino, quienes apenas la probaban para pasarla a los demás hasta que todos habían concluido la ceremonia. Acto continuo se dirigían a la Intihuasi, donde no se penetraba sino descalsos. Los del pueblo se descalzaban a docientos pasos de distancia y permanecían a fuera. El Inca, la familia real, los grandes del imperio penetraban dentro para ofrecer las copas que habían servido a la libación. Volvían de nuevo a la Plaza principal y comenzaba el sacrificio de las víctimas, la inspección de las entrañas para conocer el porvenir. Centenares de llamas se sacrificaban. Ofrecíase al dios la sangre y los intestinos, lo demás se repartía entre la concurrencia. Al mismo tiempo se hacía la distribuciòn del *«zancu»*, que se presentaba en bandejas de oro y plata. Hecha la distribución entre los concurrentes, se enviaba a las demás intihuasis para su distribuciòn entre los que no se encontraban en el Cuzco. A ello añadían los sendos vasos de chicha. Seguíase a esto la alegría, las danzas,

la algazara y la embriaguez consiguiente. Semanas enteras duraban estos regocijos, sin cesar de bailar y danzar, tanto de día, como de noche, sino para apurar con más ganas los sendos vasos de chicha.

De igual modo se celebraba el Intej Raimi. (*Cf. Sebastián Lorente «Historia Antigua del Perú pag. 275 ss.*)

178 Estas tradiciones de embriaguez en sus fiestas han sobrevivido hasta hoy, en las cristiana; y seria una pura ignorancia de la Historia y de la doctrina católica el hacerla responsable de esto, o el atribuir a los curas el que lo fomentan. No faltan espíritus ignorantes que tal afirman. A su tiempo se responderá más ampliamente a estos cargos.

179 Para la fiesta del Mosoj Nina se preparaban igualmente con un ayuno de tres días, en los que no se encendía fuego en ninguna parte.

Llegado el veintiuno de marzo se reunían en la Plaza mayor para recoger el nuevo fuego que les iba a venir del sol.

Si coincidía que en la fecha no amanecía nublado, se tenía por gran felicidad.

180 Comenzábase entonces por recoger los rayos del sol mediante un espejo metálico, que el Inca llevaba en su bracelete. Se reconcentraban los rayos en un algodón, para producir de este modo el nuevo fuego. Si acaecía la desgracia, que por tal se la tenia, de que estuviese nublado, se hacía uso de la fricción de dos palitos de maguey con que se producía el fuego y se lo entregaba a las Ajllas, para que lo conservasen hasta el año siguiente.

181 La fiesta del «*Citúa*» era una suerte de purificación general del país. Se ayunaba la víspera del 21 de Septiembre, se abstenían de sus mujeres, y por la noche se hacía una purificación de sí, como la de las puertas de su casa, pasándose todo el cuerpo con

unos panes amasados con un poco de sangre de niño, sacada del entrecejo.

Los Wyllaccuna hacían lo mismo con la Intihuasi, y enviaban uno para igual ceremonia donde las Ajllas.

182 En la mañana del 21 llegaba a toda carrera de Sajsahuana un noble, ceñido la cintura con una manta y llevando en la mano derecha una lanza cubierta de plumas. Al llegar a la plaza de regocijos del Cuzco recibianle con toda suerte de instrumentos de música. Allí estaban listos otros cuatro nobles, también con sus armas, a quienes al tocarlas con las suyas, les decía: «Id a desterar los males de la ciudad». Apenas oían estas palabras corrían presurosos por los cuatro caminos del Collasuyu, Cuntisuyu, Chinchasuyu y Antisuyu. Al cuarto de legua de la ciudad eran remplazados por otros. Y así sucesivamente cada cuarto de legua, hasta la distancia de unas seis.

183 Al paso de los emisarios salía la gente a la puerta de sus casas, sacudían sus vestidos, sus cabellos y su cuerpo para ahuyentar los males.

184 Por la noche recorrían la ciudad con achones encendidos, temiendo de que se les ocultaran éstos. Cuando se extinguían los arrojaban a las asequias de agua. Si por la mañana alguien veía un achòn temía las desgracias, que le habrían de sobrevenir.

185 Fuera de esta fiesta expiatoria tenían otra màs corta llamada la del «*Itu*», que era a manera de rogativas. Se ayunaba un día, y por la noche se hacía una procesión por los parajes menos frecuentados por los farasteros y animales. Concluida la ceremonia se entregàban a toda clase de regocijos.

186 Otras muchás fiestas existían con motivo del nacimiento del heredero, de la coronaciòn del Inca, de su muerte, de una victoria, de una nueva con-

quista, o de una calamidad. (*Garcil. Comn. Reale. Lib. VII, cap. V y VII*).

LA CONFESIÓN AURICULAR ENTRE LOS INCAS

187 Entre los modos de expiar sus faltas es reconocido por los más antiguos historiadores, como el P. Acosta (*Historia Natural de las Indias, Lib. V, cap. XXV*) Ondegardo (*Relación Prima M. S.*) Herrera, (*Hist. Gener. Dec. V, Lib. cap. IV*), que existía entre ellos la Confesión. Siguen en esto a los autores citados Lorente en su «*Historia Antigua del Perù*» *pag. 287*, Prescott, en su «*Conquista del Perú*», *cap. III*, que se apoyan en los ya referidos. (1)

188 Según el P. Acosta existían varias clases de confesores tanto para los pecados graves como para los más leves.

189 También las mujeres desempeñaban estas funciones. Los indios creían con fé ciega, que sus males, desgracias y enfermedades les venían a causa de sus pecados, por lo que recurrían a los «*Ichuris*», para que perdonados los pecados se les reintegre en lá perdida felicidad.

190 Acusábanse de homicidio, de hurto, de adulterio, de haber propinado yerbas o hechizos al prójimo, de falta de respeto a los templos, de haber quebrantado las fiestas, haber murmurado del Inca, etc.

191 El Inca no se confesaba sino con el Sol, y despuès se hacía un lavatorio en la confluencia de dos

---

(1) Los Agustinos en su «Relación de 1550 a 1557» constataban esta práctica. Cf. «Documentos Inéditos de la India» t. 3.

corrientes diciendo: «Yo he dicho mis pecados al Sol, tú oh río recíbelos, llevalos al mar donde nunca parezcan».

192 Iguales abluciones hacian los demás. Antes de la confesiòn se hacia un holocausto, en cuyas cenizas soplaba el penitente. Se lavaban enseguida la cabeza en agua corriente. Después presentaba al Ichuri una bolita de barro, puesta en una espina de gijantón y comenzaba de este modo la confesión de sus pecados: «Oidme cerros y llanos, cóndores que volais, lechuzas, zabandijas: Yo quiero confesar mis pecados».

193 Era tenida por buena la confesión si arrojada la bolita de barro se rompia en tres partes, o si el puñado de los granos de maíz, hechados en una bacija de barro acababan en número impar.

194 Como penitencia se imponía el ayuno, dar limosnas de ropa, oro o plata, irse por un tiempo a la sierra, recibir golpes en las espaldas, obligarse a la continencia, refregarse el cuerpo con granos de maíz con las puntas vueltas para arriba.

LOS PRETENDIDOS SACRAMENTOS

195 Sin crítica ninguna repiten Lorente y Prescott lo que afirma el P. Acosta, en Lib. V, cap. XI y XXII ss., que los peruanos y mejicanos tuvieron o remedaron los demás sacramentos de la Iglesia Católica. Si los hechos traidos a colación por Acosta pueden ser verdaderos, su interpretación es completamente falsa y carece él mismo de espìritu crítico. A nadie que esté, medianamente instruido en la Religión Católica se le vendrá a las mientes de comparar el bautismo con el agua hechada en un hoyo, con que lavaban al recien nacido; o de comparar la confirmación con los festejos que hacían los peruanos al entrar el niño en la pubertad; o el matrimonio sacramento con la for-

ma legal con que se celebraba. Esto es sencillamente cándido. Y tal cual lo ha repetido Lorente. (*pag. 286, op. cit,*)

196 Mayor vituperio merece el mismo Acosta, que se ha dejado cegar por una prevención, que en cualquier rito religioso antiguo vè una superstición diabólica o un remedo del diablo. Piensa encontrar en los «*zancus*» y chichas, que ofrecían en la fiesta del Khàpaj Raimi el rito de la comunión, porque lo tomaban afirmando fidelidad al Inca y al Sol. Era simplemente un rito como cualquier otro, en el que ni por asomo hubiera visto nadie que no estuviese iniciado en las doctrinas del cristianismo, una semejanza con la comunión del cuerpo de N. S. Jesucristo. Menester era estar imbuido de esa doctrina para ir a encontrar en esa ceremonia, digamos mejor en ese plato que servían, algo que recordase el misterio de la Eucaristia. ¡Tanto ciega un prejuicio, que en claro día se cree ver estrellas! Lejanas coincidencias que se encuentran en todas las religiones no autorizan de ningún modo a decir que son los remedos del diablo de una religión verdadera. La naturaleza humana es tan idéntica en los innumerables pueblos que han existido en la tierra, que en todas partes se ha valído de los mismos sentimientos y de las mismas actitudes y casi de las mismas ceremonias para atestiguar su veneración, adoraciòn y sujeción al Creador, adorado en tan diversos símbolos y figuras. La misma Confesión considerada naturalmente no es sino una necesidad del corazón humano que en horas de abatimiento o de debilidades humanas busca un consuelo en la confidencia con sus semejantes. (*Para con estas ideas, vèase los dos volúmenes de Pinard de la Boulaye «Etude Comparèe des Religions, París, Beauchesne, 1924, 1925*).

LA CREENCIA DE LA RESURRECCIÓN

197 Si lo de los Sacramentos, fuera de la Confesión, son leyendas que no puede menos de confinarlas en los dominios de los mitos la severa historia crítica, no sucede lo mismo con otra creencia tambièn muy explícita, que han tenido los incaicos y de verdad ésta se asemeja muchísimo a la de la Religión Cristiana: la Resurrección de los muertos.

198 No es de extrañar que exista esta creencia entre los americanos. Muchos pueblos de la antigüedad lo han tenido.

199 Algunos historiadores de Religiones impresionados por esta semejanza han pretendido deducir que la creencia de los Judios venía del antiguo parsismo de los Persas. Esta deducción es falsa, pues ambas religiones se han desarrollado paralelamente y con absoluta independencia. Pero es cierto que parsis y judíos creían en la resurrección. Nada hay, pues, de estraño que tambièn los incaicos la tuvieran.

200 ¿El modo? Ello escapa a nuestras investigaciones. Y el que bosqueja un estudio de Religiones americanas no está obligado a llevar a fondo su encuesta para asentar como apareciò tal doctrina, de dónde la tomaron, porqué intermedios pasó. El historiador constata un hecho que lo consigna, y nada más. Y es lo que hacemos. A la Historia crítica de las Religiones, a la Filosofía de las Religiones, o al estudio comparado de ellas toca investigar el modo, el cómo y el porquè.

201 Ahora bien, es un hecho probado y repetido por Pedro de Cieza de León, («*Crónica del Perú cap. 62*) Ordegardo (*Relat. Seg. M. S.*), Gomara, (*Histor. de las Ind. cap. CXXV*), Garcilaso, (*Com. Real Lib.* II, *cap.* VII), los modernos Loreute y Prescott

que los antiguos Peruanos tuvieron la creencia de la Resurrección de los muertos.

202 Demasiado claro habla al respecto Garcilaso para no suponer que no haya sido influenciado con las enseñanzas de la religión cristiana. Fuera de la inmortalidad del alma, cuya creencia es tan común a todos los pueblos civilizados y no civilizados de la antigüedad, que no es de extrañar que entre los incaicos, según afirma Garcilaso, distinguieran tres estados de existencia, el *Jànaj Pacha*, el mundo de arriba, donde iban las almas de los que se habian comportado bien para recibir la recompensa; el *Uran Pacha*, era este mundo, mundo de abajo donde viven los mortales; el *Uckju Pacha*, el mundo de lo profundo; la *Supáypaj Huasin*, era el reinado del diablo, donde iban a parar las almas de los que en su vida habían sido malos.

203 El modo cómo lo concebían era a la imágen de la vida presente. El que había muerto continuaba viviendo en la otra, desempeñando las mismas funciones que le cupo realizarlas acá. De ahí la idea de enterrarlos con todo lo que usaban en la vida cotidiana. A los incas y demás nobles les hacían acompañar con el séquito conveniente para no aparecer solos. Y aunque Garcilaso protesta contra los otros historiadores que afirmaban hacían crueles sacrificios de la vida de sus servidores al enterrarlos por la fuerza a sus mujeres y criados, concede que las mujeres y criados que más estimaban a su Señor se ofrecían para ser enterrados con èl y continuar de este modo sirvièndole en el otro mundo.

204 A ello añadían el especial cuidado de amontonar todo que pertenecía al cuerpo en el mismo lugar, alegando que un día habrían de volver a vivir de nuevo, «*causarimpusum*», y para que el alma no tenga la molestia de irse buscando por todas partes las cosas que perteneció a su cuerpo, era necesario ponerla en el mismo lugar.

205 De ahí su especial cuidado por embalzamar los cuerpos de los difuntos, en especial de sus incas, de colocarlos en un lugar donde no puedan ser profanados, de preservarles de toda corrupción, de ser muy escrupulosos por vigilar y respetar la mansión de los muertos y de colocarlos casi siempre juntos entre su familia para que cuando revivan se encuentre en la sociedad de los suyos.

206 Decían tambièn para que el alma no se tome molestias, si posible fuera habria de escupirse en el mismo lugar, colocar los cabellos en un mismo hoyo y así de las demás partes del cuerpo que se pierden.

207 Concepción grosera, si se quiere, pero explícita de una resurrecciòn futura.

208 El modo y el cuándo, ellos no se lo pusieron, y si alguna vez surgió esta cuestión, ignoramos cómo la resolvieron. Carecemos de documentos. Lo único que se deduce, es que esperaban en un futuro completamente desconocido.

209 Es verdaderamente admirable que entre la civilizacion material avanzada de este pueblo haya brillado con lampos fugitivos, pero deslumbradores la verdad de la doctrina, que un día exponia elocuentemente el Apostol a los de Lystra, cuando les decia hablándoles de Dios: *«en las pasadas generaciones permitió que las gentes siguiesen sus caminos, no se dejó a si mismo sin testimonio, haciendo bien desde el cielo» Act. Apos. Cap. XIV 15. 16.* De cualquier modo que se haya tenido esa consoladora doctrina, el verdadero Dios no les dejò completamente en la oscuridad y a sí mismo se dió testimonio.

LAS SUPERSTICIONES

210 En medio de todas estas doctrinas que no dejan de ser elevadas, mezclaban también otras supers-

ticiones, propias de pueblos de mentalidad metafísica poco desarrollada. Y por que tales superticiones han sobrevivido hasta hoy no solo entre los indios, sino también entre los que se dicen blancos, las vamos anotar para que sepan desde cuando las tienen y las creen sin saber de quienes las recibieron.

211 Cuando según las leyes astronómicas, que no siempre estaban al alcance de todos, aunque los *amauttas* llegaron a conocerlas, se producía un eclipse de sol o de luna, pensaba que el mundo iba a consumarse. Para evitar esto tocaban tambores, golpeaban reciamente a los perros para que ladrasen con fuerza, azotaban a los chiquillos para que con sus chillidos ahuyentasen el mal.

212 Las heladas y granizadas procuraban impedirlas con una gritería espantosa. Mientras los temblores golpeaban los trojes para que no se lo llevara lo que contenía, sobre todo el maíz, y exclamaban llevando la mano a cualquier òrgano del cuerpo. «Temblor no me lleves la carne». A la aparición del arco iris se tapaban la boca, porque pensaban que al tenerla abierta podría entrarse, o por lo menos se podrían los dientes. Tomaban un poco de arena para meterse en las narices a fin de que no penetrase por allí.

213 Cuando emprendían algún viaje para volver con prosperidad arrojaban un poco de chicha en el aire y daban un papirotazo. Cuando despuès de cansados querían reposar un poco, nunca se sentaban en el camino, sino fuera de él, porque decían que al hacerlo se llevaban consige la pereza de los que habían pasado por allí. Al sentarse en el suelo, siempre exclamaban: «*ama pacha mama marahuaychu*», no me cojas oh madre tierra. Si bebían chicha, sea porque tenían sed, o en un convite, o en un sembradío, o en el estreno de una casa, etc., la primera libación era para la tierra, con la exclamación «*pacha mama*», o para los cereales, o para la casa, o cualquier otra cosa de

que se trataba, pensando que solo de este modo les era provechoso, o sería buena la cosecha, la habitación o el uso de la casa. Era lo que llamaban el *Chchallaču*».

214 Si alguna vez faltaba lluvia para sus campos, cogían una llama enteramente negra, la amarraban en una pampa, derramaban mucha chicha en torno suyo y la privaban de todo alimento mientras no llovia. Los indios de las inmediaciones del Titicaca y de sus alrededores tenian una superticiòn que rayaba en idolatría y que aún hoy día lo conservan. Se iban en procesión al Lago, llevados en sus balsas de totora. Cogìan un enorme sapo negro, se lo traían con el mismo cortejo, lo conducian al alto de un cerro, donde tenia su *Huakka,* allí lo ponían para ser bien vigilado, ofrecìanle incienso y no le perdían de vista hasta que hubiese llovido. Cuando venía la lluvía volvíanlo a conducir con la misma pompa entre cantos y regocijos, al mismo lugar de donde lo habían tomado.

215 Cuando en el país había manantiales, a fin de que éstos no se secaran en los días de calor al principio de la primavera se iban a la virtiente misma con sendos cántaros de chicha, cestos de coca y el consabido ají y empezaban la fiesta del *«pugio»* vertiente, comenzado con el *Chchallacu.* Prolongaban su orgía hasta bien entrada la noche; en seguida se organizaba la danza, o los bailes, que consistían en dar vueltas, teniéndose por los extremos de las manos, formando grandes circulos, como ruedas, con el tocador o tocadores del *«erkhe»* (*instrumento de cuerno*) y de la caja, que se ponían al medio.

216 Cuando iban a emprender una guerra cogian una multitud de pájaros de la puna, los arrojaban en grandes hogueras, mientras gritaban los sacrificadores: *«Aukaycunájta callpasnin chincachun, atipanaycúpaj»*, que quiere decir; «desfallezcan las fuerzas de nuestros enemigos, para que los venzamos». O tam-

bién amarraban una llama sin darle de comer durante muchos días hasta que desfallezca y entonces exclamaban: «*Jinàman tucuchúncu aukaycunaka*»: así perezcan nuestros enemigos.

217 Los hechiceros «*Umu*» desempeñaban los oficios de agoreros. Interpretaban sueños, otras veces pretendían adivinar por medio de la coca, hechándola al aire, o por las patas que se caían de ciertas arañas al perseguirlas con un palito, observando el vuelo de las aves, o inspeccionando las entrañas de las victimas.

218 En ocasiones más solemnes para dar mayor prestigio a sus embustes tomaban bebidas narcóticas, se untaban el cuerpo con una composición de zabandijas machucadas y yerbas exitantes, parecidas al opio o haschisch, para caer en seguida en una suerte de sopor que les duraba veinti cuatro horas. Al desperrar contaban con todo aplomo, que convertidos en aves u otros animales habían sido transportado al lugar donde querían actuar y habían visto u oido todo lo que referían. Eran efectos de su imaginaciòn calenturienta.

219 Sin pretender ser *Umus* muchos tenían sus modos de conocer el porvenir. Si soñaban pasando un puente, creían que iban a separarse de una persona querida. Si soñaban que se les caía un diente, o perdían el sombrero, veían a una persona rebozada con una manta, o soñaban con el sol o la luna, significaba que iba a morir un pariente, los padres o la misma persona que había soñado. Si con hombres o animales con la cabeza o las manos cortadas, que no sucedería aquello que uno pensaba al acostarse; si con buitres o contando las estrellas, que tendrían hijos numerosos, si con perros o pasando un río, grandes desgracias y llanto abundante; si con aves, miedo; con quinua, abatimiento; con redes, tristeza; comiendo pescados, borrachera; espigas secas de quinua, ropa abundante.

220 Si aún los mismos sucesos los más insignificantes tenían su significado, con mayor razón los fenómenos de la Naturaleza. Los eclipses y cometas significaban grandes calamidades, enfermedades y guerras. Si cantaba el gallo antes de la media noche, significaba guerra o peste. Si escocía la planta de las manos, habìa de esperarse un regalo o recibir plata. Si aparecían en las uñas de las manos unas manchitas blancas, significaba que pronto se estrenaría un nuevo vestidó. Si escocían los pies había de irse a alguna parte; si temblaban los párpados superiores, cuando el derecho, suceso próspero, si el izquierdo o les inferiores, adversidad y llanto; si zumbaba el oido, o se le calentaba el pabellón, el derecho, que hablaban bien, el izquierdo que hablaban mal; si se le caía la presa al comer, que alguien se acordaba de uno; si al levantarse de cama estornudaba o veía una araña, que le había de ir bien y había de alegrarse. Por el contrario, si esto sucede de noche, que le habia de ir mal. Si al salir de su casa tropezaba con el pié derecho o izquierdo, que le iría bien en el primer caso y mal en el segundo; si se encontraba con un hombre, le iría bien, mujer; mal. Eran también presagios nefastos encontrarse con una lechuza, sierpe, perro, mariposas grandes, mascar amargo la coca, encontrar un amante à una culebra devorando un sapo, un ratón o un gusano.

221 Estas y otras tantas tenterías y ridiculeces por el estilo, que por no alargar no se ponen todas, que todavía no han desaparecido aún del medio civilizado y que los tienen por presagios que imfaliblemente han de realizarse, eran y son siempre el lote de gente demasiado cándida y pueríl, que vé consecuciones necesarias, donde ningún nexo puede haber entre soñar cayèndosele el diente y la muerte de un miembro de la familia. La ignorancia siempre ha sido tonta.

VIII

OTRAS COSTUMBRES RELIGIOSAS DE LAS ANTIGUAS TRIBUS DEL TERRITORIO DE LOS INCAS

222 De la civilización espléndida de los Incas bajemos recordando a los antiguos pueblos, que fueron sojuzgados por ellos, pasando por el altiplano boliviano, hasta llegar a la tierra de fuego.

Por haber hablado ya de los Aymaráes, Collas, etc., ya no los mencionaremos.

Nos servirá de guía Cieza de León, que recorrió durante nueve años todas estas regiones estudiando, preguntando por las antiguas costumbres de sus moradores.

CAVINAS

223 Más al sudoeste del Cuzco, hacia unas siete leguas vivían los antiguos *Cavinas.* Tenían un templo de gran veneraciòn, al que llamaban «*Auzancata*», con un ídolo, vestido con una ropa de lana, sin cabellos, con una trenza negra en la cabeza y oradadas las orejas, en que llevaba un peso de oro. A él le ofrecían sacrificios.

Pensaban los indios que las almas salían de los cuerpos para entrar a un lago, de donde volvían para penetrar en el cuerpo de los que nacían.

Sus funerales eran como los de los Collas entre bebendurrias, lloriqueos y sepelios de vivos.

LOS CANCHES

224 Idénticas costumbres tenían los Canches. Los incas los convirtieron àl culto del sol. (*Cf. Cieza cap. 97*).

LOS CANAS Y OTROS

225 Màs abajo vivían en la provincia de los Canas los Jatuncuna, Chicuana, Horuro, Cachas y otros.

Eran valerosos y aguerridos, vivían en las montañas. Sus continuas guerras les obligaron a bajar a la llanura.

226 Tenían su templo llamado «*Aconcagua*».

Sus ceremonias funerarias en nada diferían de sus vecinos.

227 Los Cachas reconocían por Supremo Hacedor a Ticci Viracocha, dice Cieza de León (*cap. 98*). Esta aserciòn está contradicha por Garcilaso, Lib. V. cap. XXI. Montecinos en sus «Memorias», pag. 94, pretendía conocer la etimología de esta palabra cuando se expresaba que al querer el rey Inca Viracocha que fuese adorado y fuese reconocido por dios el gran «*Pirhua*», reconociò que ese nombre había cambiado de significación. Ordenó entonces que en adelante se le denominase «*Illa-Ticci*»*Huiracocha*», lo que significaba: relámpago, abismo, fundamento, porque *illa* significaría relámpago, *tici* «fundamento», y *huira*, corrupciòn de «pirhua», querría decir «reunión de muchas cosas».

228 Si estas etimologías estan generalmente bien para con las primeras palabras, a pesar de que para *tici* hay ya una reserva, porque el quichua del Cuzco pronuncia «*teksi*» y los de Bolivia decimos «*tijsi*», no admite Garcilaso sobre todo que Uyiracocha sea co-

rrupción de Pirhuacocha. Su etimológía no hay que buscarla tampoco en la descomposición de la palabra, porque ella es contraria a las leyes morfológicas del quichua, que exige que el genitivo preceda al regente para que algo signifique por ejemplo si se quiere decir «grosura o cebo del mar», en buena sintáxis quichua habría que decir «khochaj huira», pero nunca «huira khocha». Su explicación hay que buscarla en las circunstancias históricas en que hizo su aparición. Ahora bien según la historia del Inca, Huira Khocha fuè el fantasma que llevaba luengas barbas, que se le apareció en sueños que se denominó así. Pretendió éste que era hijo del sol y hermano de los incas. Y como el suceso posterior de su pronta victoria sobre los *Chancas*, pareció confirmar lo misterioso de la aparición, el Inca y los indios la consideraron como maravillosa. Se apresuró el Inca a construirle un templo en Chaca y en representar su imàgen, que habìa visto Cieza de León.

LOS AYAVIRIS

229 Decendiendo en el camino que conduce al Altiplano. más abajo de las Canas, a unas quince leguas de Chicuana, se hallaban los *Ayaviris.* Pueblo decendiente de alta prosapia de los mismos Canas, inflexible ante el conquistador, que no cedió sino a las numerosas huestes que envió *Lloqque Yupamqui.* Aún no se doblegò; huyó de sus moradas para evitar la sujeción, pero Yupanqui les tendió una asechanza. Mandò exterminar de contado a los indios de Copacopa, de los confines a las montañas, y a los Ayaviris. Sus moradas fueron reducidas a escombros y el país quedó inhabitado. Para repoblarlo Yupanqui trajo otros indios comarcanos. Allí edificó un templo al Sol.

De sus creencias nada nos quedan; solo sabemos que tenían su dios en su templo propio, que respetaban y querían mucho a sus muertos. Testigos, los numerosos sepulcros de los alrededores de la regiòn.

LOS JÁTUN COLLAS

230 De los habitantes de *Pucara*, que llamaban *Játun Collas*, no quedan sino ruinas de su antiguo emporio. *Zapana* era célebre en la memoria de los naturales por su valor y sus victorias. Fueron enemigos temibles para *Tupaj Inca Yupamqui*. Solo el número logró reducirlos. Sometidos y después arrazados, mandó edificar allì el Inca sumptuosos templos para el Sol, palacios para él y para la recolección de impuestos en las comarcas vecinas, monasterios para las Mamacunas y conventos para los Wyllajcuna.

Lo mismo diremos de los pueblos de Cayaviri, Caquingora, Mallama, Huarina y Oyume. Este último era célebre porque decían tenìa un gran templo en la cumbre de un monte, cubierto de nieve, que escondía riquísimos tesoros. Buscáronlo los españoles pero nunca pudieron dar con èl.

LOS CHARCAS Y CHICHAS

231 De los antiguos Charcas y Chichas sabemos que aquellos sobre todo tuvieron que sufrir frecuentemente los asaltos de la parte de los Chirihuanos. Algunos historiadores no nombrados por Garcilaso en el Lib. II, cap. V, de sus Comentarios Reales pensaron afirmar que los Charcas adoraban a un ídolo llamado Tangatanga: Vocablo insòlito en la lengua quichua, que parece más bien una corrupciòn que hicieron los

españoles de un nombre que no sabemos cuál sea, quizás Acathanka?, (1) se pregunta Garcilaso. Lo cierto es que bajo la dominaciòn incaica adoptaron muy pronto el culto del Sol y de la Luna.

232 Las viejas leyendas relativas a las Charcas han conservado el nombre de Tagatanga, pero no ya haciéndolo un dios, sino como el nombre de uno de esos caciques rebeldes de la región de los Taraphucus. Para someterse al gobierno de los de Chukichaka dicen que trajo ricos presentes de oro y piedras preciosas. Una furiosa tempestad le cogió en el camino. En sus creencias superticiosas que todo interpretaban conforme al predominio de sus sentimientos, creyó ver en ello un rechazo del dios sol, que no aceptaba sus ofrendas. Para no volver a sus tierras llevándose lo que había traido, perforò la mantaña del Sicasica y depositó en su seno sus ofrendas.

233 Los cerros a cuyas faldas está hoy día arrullada la legendaria ciudad de los cuatro nombres fueron los testigos del culto que se tributaba en sus cimas al Sol y a la Luna.

234 ¿Churu-kjella? Acaso màs bien Churi-quilla, como recuerdo del culto que se tributaba a la Luna.

Según antiguas tradiciones todas las mujeres especialmente las jóvenes recurrían presurosas a ofrecerle sus dones de piedras preciosas de variadas especies, disco de oro hermosamente pulidos, ajorcas plateadas, etc., para conservar su belleza, obtener fecundidad y ser felices en sus amores. Había llegado a ser como la diosa Venus del Nuevo Mundo.

---

(1) *Es sabido cómo los antiguos Egipcios habían simbolizado, en los tiempos de decadencia, al dios «Ra», el sol, en un escarabajo, traducción de la palabra quichua «Acathanka». No sería de admirar.*

235 Frente a frente al Churu-kjella o churiquilla se levantaba el templo consagrado al dios Sol, donde recurrían los guerreros, que de lejanas regiones del sud acudían con sus ofrendas que vigilaban los ancianos, para aplacar la còlera del dios irritado, que entre truenos y relámpagos manifestaba su poderío.

IX

LOS GUARANÍES O CHIRIGUANOS

236 En el territorio que hoy día forma parte del Departamento de Chuquisaca, hacia la parte oriental, en la provincia de Azero, en el Chaco Boreal, gran parte del Departamento de Santa Cruz, alguna del Beni, hasta el Brasil, viviò desde tiempos antiguos un pueblo numeroso, errante, fugitivo, guerrero y refractario a toda civilización.

NOMBRE Y ORIGEN

237 Se los conocia con el nombre de Guaraníes. En el Alto Perù los incaicos le bautizaron con un nombre despectivo de Chirihuanos, estiercol frío, afirman unos, mientras el misionero P. Chosme decía en 1732 que las tribus errantes de las selvas bautizaron a estos nuevos huèspedes que habían venido de regiones cálidas con el nombre de Chiriguanos, esto es: el frío los escarmentará». (Cartas Edificantes tom. 13 pag. 311). Esta etimología parece la más probable. Ella està sustentada tambièn por Barco Centenera en su «Argentina» Cant. I, desde el verso 241 ss., en que dice que los originales al verlos desnudos retiràndose

a regiones frías habrían exclamado «Chiri guanachenka», o «chiri guanan», etc. etc., el frío los escarmentará. Esto supone que los naturales hablaban el idioma de los incaicos y que aquellos no eran necesariamente «tribus errantes» de las selvas como lo supone el P. Chosme.

238 ¿Cuál fué el origen de este pueblo? ¿De dónde vino? Los misioneros los únicos que han estado en más intimo contacto con estas tribus, juzgando tan solo por el lenguaje se han pronunciado por su procedencia paraguaya, como Angèlico Martarelli en su «Colegio Franciscano de Potosí»: cap. 11, Bernardino Nino en su «Etnografía Chiriguana», cap. II.

239 El más antiguo el P. Lozano en su «Conquista del Río de La Plata», tom. I. cap. XV y XVI, después de haber expuesto las innumerales hipótesis que se han formulado con respecto a la primera poblaciòn de América, hipótesis las más de las veces ridículas y sin ninguna consistencia científica, deja la cuestión de proveniencia de las múltiples tribus que poblaron el territorio del Río de La Plata, entre las cuales los Guaraníes y Chiriguanos, etc., sin solución ninguna. Sabe tan solo que antiguamente hubo una leyenda de dos hermanos «*Tupi, Guarani*» y sus pueblos, arrojados por los Ricinos de Trujillo en Estramadura, a las Canarias, y de allì habrían regresado a la América. Tupi habría poblado el Brasil y Guarani el Paraguay.

240 Tal cual esta leyenda es muy probablemente falsa, pero en el fondo tiene quizás algo de verdad, no en aquello que hacen venir a los guaraníes de España, o desde las Canarias, que esto ha podido ser inventado posteriormente, para grangearse la benevolencia de los españoles, sino en la parte que afirman que vinieron del Brasil.

241 Diego de Alvear en su «Relaciòn Geográfica e Historia de la Provincia de Misiones», en la «Co-

lecciòn de Pedro de Ángelis, tom. 4º «Historiadores del Río de La Plata» refiere de un modo diverso la leyenda. Atravezando el ocèano llegaron los Guaraníes al Brasil, antes de que hubiera pisado planta alguna el territorio americano. Vivieron largo tiempo en armonía, pero pronto los dos hermanos Tupi y Guaraní se disgustaron à causa de sus mujeres, que pelearon entre ellas por un papagayo parlero. Para no disgustarse profundamente separáronse como buenos hermanos: Tupi, el mayor se quedò donde vivieron, mientras que Guaraní, con toda su parentela pasó hacía el río de La Plata. (*Cf. cap. II*).

242 La leyenda referida por Lozano està tomada de Barco Centenera, que lo ha consignado en su poema «*Argentina*» en el Cant. I, desde el verso 70, ss.

243 El estudio cientìfico del movimiento del desarrollo que han seguido los pueblos sudamericanos ha sentado que, generalmente, ellos han venido del norte y se han propagado en todo el sud. Las terribles conmociones que sufrieron los imperios de *Xibalba*, las invasiones que empujaron hacía el Sud a los Caraibes el influjo que ejercieron éstos sobre las tribus del Brasil, los vagos recuerdos que quedaron entre los Brasileiros de haber tenido tales educadores, la jactancia con que se decían haber salido de ellos, aunque es muy probable que no decendieron generativamente, la similtud de costumbres, creencias religiosas, el mismo nombre «*Caribe*» *y* «*Guarani*», que significa, al decir de los entendidos, el primero, «guerrero», y el segundo «guerra»: todas estas presunciones hacen muy probable científicamente que los Guaranies provinieron del Brasil y se difundieron desde las vastas extensiones de las orillas del Amazonas, hasta el Río de La Plata, incluyendo en ellas las partes de los actuales territorios de Bolivia. (***Para la discusión científica de esta***

opinión, Cf. Bourbourg «La Livre Sacrèé» pag. CCVIII-CCXVIII).

244 El espíritu guerrero de que estaban animados y de que siempre dieron puebas hasta poner en derrota a las mismas huestes de Lloqque Yupamqui y a las del Virrey Toledo, su canibalismo profundo y el gusto estragado por la carne humana les impulsaron a penetrar en los dominios de los Incas y tener en continuo jaque a los Charcas y a los Chichas por el sud, afín de poder proveerse con más facilidad del apetecido bocado de los prisioneros.

245 Lozano (op. cit. cap. XVII) cuenta que un número de naciones numerosas de pampeanos y otros a la noticia de que las huestes españolas todo lo sometían a su imperio, emprendieron confusa fuga a las selvas del Chaco. Es posible que estas tribus fueran empujadas por las chiriguanas más a dentro, mientras ellos se quedaban a la vanguardia para ver lo que pasaba. Y de hecho sus frecuentes acometidas por el oeste de Chuquisaca obligaron a los de la Audiencia en 1575 a fundar los pueblos actuales de Tomina y Padilla, como baluartes contra sus invaciones.

LA RELIGIÓN ENTRE LOS CHIRIGUANOS

246 En cuanto a su religión nada de cientìfico hay que espigar en el trabajo del P. Bernardino Nino, que està hecho sin ninguna crítica y con una ciencia muy anticuada, tendenciosa y sin los conocimientos que desde veinte años a esta parte han traido los estudios de las Religiones. No ha sabido distinguir con un espíritu penetrante cuáles son las creencias primigenias, que no han sufrido mezcla alguna de creencias religiosas, llevadas ya por el cristianismo. Es evidente a

todas luces que el largo transcurso de tres siglos de influencia que han tenido los chiriguanos con los misioneros católicos, inconcientemente se han dejado penetrar por sus dogmas. Aunque en tiempos más remotos los pueblos entre los cuales llevó su encuesta el citado autor no hubieran oido el cristianismo, nada impide que hayan tenido comunicaciones con otras tribus, ya instruidas en los dogmas del cristianismo, que volvieron después al estado salvaje, como tan frecuentemente les ocurrió a los misioneros, y que éstos hayan ido trasmitiéndose de padre a hijo esas creencias que parece sorprender por su similitud con los de la Biblia, tal es el relato de la caida del primer hombre, el diluvio quizás, que mezcladas con sus antiguas doctrinas, desfiguradas después por sus tradiciones, toman el giro un tanto originales a veces, copiadas las más, pero nunca netamente primigenias. El autor mismo admite que verdadero chiriguano, esto es, que no haya tenido contacto con el Misionero o blanco es difícil encontrarlo al presente. (*pag. 130*).

247 Lo que hay que retener son las superticiones que a pesar de una doctrina más elevada siempre permacen tales, aún en los pueblos de más avanzada cultura.

LA IDEA DE DIOS ENTRE LOS CHIRIGUANOS

248 Todos los autores están de acuerdo en que no tienen los chiriguanos un culto externo visible. Ni los Misioneros, ni los explotadores han encontrado nunca ni templos, ni ídolos visibles. Es muy explicable esto, por la naturaleza errante de estas tribus nómadas, como las de sus consimilares.

249 Pero en lo que no están de acuerdo los Misioneros es en afirmar en si creyeron o nó explicita-

mente en la existencia de un Ser Hacedor de todas las cosas.

250 Lo afirma el P. Lozano y asegura que nombraban a aquél con la palabra «Tupá» (sic), pag. 386, ss. t. I. Igual afirmación hace el P. Antonio Ruiz y bajo su autoridad afirma también Diego de Alvear, en la obra ya citada, cap. II, «*Su Religiòn*», como también el P. Guevara en su «*Historia del Paraguay*» §. XI, I parte, Lib. I. Mientras que Nino lo niega y dice que «*Tumpa*» (*sic*) pag. 130, ss., quiere decir tan solo «ser superior», «ser maravilloso», que con este nombre reconocen los chiriguanos cualquier objeto extraordinario, que los misioneros eligieron este nombre para designar al verdadero Dios.

251 Lo contradictorio de estas opiniones parece poderse resolver en el hecho que las observaciones de Lozano, Ruiz, Alvear, Guevara, son más antiguas y las de Nino más recientes.

252 Es posible que los primeros estén en la verdad: que en tiempos más remotos fué tal la denominaciòn que dieron sea a Dios, sea quizás, en épocas más recientes y posteriores, probablemente a los fenómenos de la naturaleza. Y la prueba es que al ser considerado como contrario al espíritu bueno lo denominaban «*Aguara Tumpa*», zorro dios.

La noción de la divinidad es por consiguiente demasiado vaga, aunque no está del todo ausente.

LOS ESPÍRITUS

253 En contra es muy acentuada entre ellos la creencia en los espíritus y sobre todo en los espíritus malos. Tenían los Guaraníes y Chiriguanos un terror superticioso, de modo que durante la noche no se atrevían a salir de sus chozas, conservaban siempre un

tizòn ardiendo para auyentar a los espíritus, o se servían de él cuando tenían que hacer sus caminatas en la noche.

LA VIDA FUTURA

254 Sus creencias en la vida futura o supervivencia del alma era concebida a la semejanza de ésta de un modo material. El espíritu pasaba al otro mundo para desempeñar los mismos oficios que en ésta. En algunas tribus existía la creencia de un castigo y de una recompensa. La recompensa era un festin perpètuo donde los espíritus estaban ocupados en saciarse del *«cangui»*, la chicha chiriguana, que tanto les agradaba. Los casados vivían de nuevo juntos y cuando uno de ellos le había precedido, esperaba al otro para poderse reunir en íntimo consorcio. Los que no habian sido casados elegian allí a los que llegaban para contrar nupcias. Su vida era sin celos y sin preocupaciones.

CEREMONIAS FÚNEBRES

255 Sus ceremonias para con el difunto consistía en labarlos bien, vestirlos lo mejor que podían en medio de su desnudez, en la que generalmente andaban, lo peinaban, lo pintaban con el *«urucú» (sustancia extraida de un árbol que así lo llaman)*, lo encogían las piernas y lo metían en un *«yambíu»*, tinaja grande, ponían al lado un gran mechero para que no falte fuego, un mate lleno de «cangui», para que beba en su sed, y muchas veces un loro para que le haga compañía. El lugar del entierro era la misma choza. Allí eran los lamentos plañideros, que crecían según el ran-

go de los llorados. Las mujeres y demàs parientes se rapaban los cabellos y los colocaban sobre las sepulturas, dejándolos allí muchos días. Si el difunto era de más elevado rango se continuaban los lamentos durante meses enteros, por lo menos en determinados días y horas, a saber: al medio día, al ponerse el sol y después de media noche. Otras veces las mujeres se precipitaban desde una eminencia, dando tales alaridos que aterraban. O bien se abrazaban con el difunto, se mezaban los cabellos, se herían la frente y hacían mil demostraciones de duelo.

LA MORAL

256 Los preceptos de la moral eran completamente rudimentarios. Se respetaba a los padres y más aún al cacique, quien tenía omnímodo derecho sobre sus súbditos, sobre sus mujeres y sobre sus hijos.

Existia la poligamia, más acentuada para los caciques, porque disponía de más medios para mantener a sus mujeres. Cuando quería notificaba a tal padre de familia que deseaba a su hija y debía cederla, aunque sea a pesar suyo.

Entre el pueblo, podían los hombres tener tantas mujeres como podían alimentar. No eran demasiado celozos de ellas que no la cediesen a sus amigos, a los huéspedes ilustres, sobre todo al cacique, quien podía mandar de las que tenía. Fuera de estas concesiones eran severamente castigadas las hembras que se atrevían a convivir con otros hombres. Desde la pubertad, hecha la iniciación de la tembeta entre algunas tribus para los hombres, o el ayuno riguroso y la tonsiòn del cabello después del primer menstruo para las mujeres podían libremente convivir con quien o con quienes quisieran hasta casarse en definitivo.

La ceremonia del matrimonio era de las más sencillas. Pagaba el varón un tanto a los padres de la mujer y que consintiera o nó se la llevaba. O en otros casos, se entendía directamente con la mujer, aunque se opusiesen los padres. La mujer pasaba a desempeñar el oficio de bestia de carga, porque todo lo hacía ella en el hogar, mientras el hombre fuera de la caza o la guerra se pasaba los días durmiendo o meciéndose en su hamaca.

Entre sí eran muy atentos y hospitalarios. Sus cortesías para con el recién llegado eran extravagantes. Apenas entraba en la choza se sentaba en el lugar que le ofrecían, se ponía con el aspecto triste, se reunian las mujeres de la casa, las invitadas, si el huèsped era de distinción, otras muchas más, y comenzaban los llantos y los duelos, en que referían los trabajos y molestias por las que había pasado el viajero, con tantos alaridos, tanto más fuertes, cnanto el celebrado era de más alto rango. Diríase más bien las ceremonias de un mortuorio donde se lamentaba la pèrdida de un miembro de la familia, que el recibimiento alegre de un huésped. Terminadas estas cortesías, comenzaba otra algazara de alegría: al principio los abrazos, las caricias, enseguida la bebida y todos los regalos, con que en su pobre vida nómada podían obsequiar a su huésped. Prolongábase la alegría durante meses enteros.

CANIBALISMOS

257 En cuanto al respeto de la vida de los que no eran los de su tribu, sobre todo para con sus enemigos o prisioneros, no lo tenían ninguno. Sus orgias canibalescas coincidián con las de los Caraibes, que hemos encontradó en el Brasil.

258 Cogian a los prisioneros, los llevaban entre regocijos y algazara a sus ranchos. Allí los regalaban lo mejor que podían, permitíanseles el hacer uso de cualquier mujer y como mejor le pareciese. Cuando había llegado el día de la inmolación, convocaban a toda la tribu y para todos era un honor el asistir a tan espelusnantes carnicerias. Si el número de concurrentes era superior y se temia que la víctima o victimas no alcanzaría para tener siquiera una pequeña presa, reunían grandes ollas, aumentaban cuanto podían el liquido, y después de bien cocido distribuíanse entre todos aquel caldo. Todo el que participaba a tales ceremonias era muy considerado, tenía derecho en adelante de cambiar el nombre que le habían dado por el que mejor le pluguiera y exigìr que se le reconociese con aquél, tanto hombres como mujeres. A los niños de pecho que no podían aún por sí mismos tomar parte en estos horrores, les conducían sus madres para hacerles probar del hervido del victimado, o en otros casos tomaban la misma sangre, se untaban los pechos para que de este modo pudieran participar al sacrificio. En señal de suprema amistad, los caciques enviaban a los otros caciques más cercanos alguna porción del asesinado. Muchas veces se les enviaba un dedo, y esto era un gran honor. Lo mismo hacían con otros personajes más distinguidos.

AGOREROS Y HECHICERÍAS

259 Otro gènero de sandeces que tenían era la creencia superticiosa en les agoreros y en los brujos, cualquier enfermedades, desgracia, contratiempos, que les acaecía, lo consideraban como efecto del espìriut malo de que el hechicero podía librarles. Si no llovìa recurrían al brujo, si amenazaba tempestades, si caían

heladas, si soplaba con fuerza el viento para todo el agorero. Es claro que los malandrines desalmados aprovechaban la credulidad de estos ignorantes, se hacían pasar por hombres de importancia, vivían a sus expensas y muchas veces se declaraban hasta dioses. Amenazaban con rayos y tempestades cuando nc les creían, o no satisfacían a lo que exigían.

260 Para darse mayor prestigio al principio de su iniciación estos farzantes se sometían a larga penitencia, no comían, ni bebían hasta quedarse exámines por la debilidad, en cuyo estado de síncope decían que habían recibido poderes extraordinarios para sanar enfermedades, hacer llover o nó, según su voluntad. Es cierto que en todos estos casos obraban por alucinaciones y flaqueza mental y tomaban sus sueños por realidades. El mismo embauco empleaban en la curaciòn de las enfermedades, cuyo diagnóstico y terapéutica consisistía en hacer creer que la enfermedad estaba producida por un gusano o por una piedra que se la habían puesto sus enemigos en la dolencia. Para sanarlos se ponían a chupar el lugar dolorido y como tenían previamente el gusano o la piedra engañábanlos mostrando lo uno o lo otro.

261 Otros hechiceros eran verdaderamente brujos, y se decìan tener comunicaciòn con el demonio. A estos les era fàcil producir enfermedades mediante sus hechizos, que generalmente se reducían a tener algún objeto de la persona a quien querían hacer daño, o alguna semejanza con el daño que pretendían causar. Así por ejemplo, tomaban carbones encendidos para provocar en los hechizos calenturas; huezos, espinas, o cosas agudas, para causar dolores. Otras veces representaban a la persona por un sapo o culebra o cualquier otra alimaña y según el mal que pretendían, realizaban en el animalejo, y el efecto resultaba en el embrujado. Cuando querían que la persona se consumiera sin saber cómo, amarraban al ofidio al pié de

un árbol, a la orilla de una fuente, si era sapo, hasta que desfalleciera de consumciòn y de sed. Los mismos efectos tenían lugar en las personas.

262 Explíquese esto como se quiera, tales manejos no han estado alejados de los mismos indios quíchuas ni de los aymaráes, y hasta hoy día ciertos hechizos prueban irrefutablemente la realidad de lo acaecido.

(*Para màs detalles de las costumbres de los Guaranìes, Guaycurús y similares vèase la interesante «Historia del Paraguay, y Río de La Plata y Tucumán», por el P. Guevara, en el tom. II, de «Historiadores del Rìo de La Plata» de Angelis*)

X

LOS CHIQUITANOS, MOJOS Y OTRAS TRIBUS

263 Pues que hacemos nuestra excursiòn en medio de los Chiriguanos, bien podemos detenernos un poco más en ver rápidamente las antiguas creencias de los Chiquitanos, Mojos y otras tribus de los antiguos territorios de Santa Cruz y el Beni.

264 Comencemos por los Chiquitanos de quienes tenemos extensas relaciones del P. Cavallero en el tom. 19 de «Cartas Edificantes de los Misioneros», una relaciòn enviada a España por el P. Francisco Burgues, en el tom. 7° de la misma colecciòn, algunas notas de Ángelis, tom. 1, de los «Historiadores del Río de La Plata».

265 Los Chiquitanos a quienes se les diò el nombre aquel porque sus habitaciones tenían la entrada demasiado pequeña y casi a flor de tierra, se ex-

tendían al oriente de la ciudad de Santa Cruz, a unas ciento cuarenta leguas. Su territorio comprendía unas docientas de largo por cien de ancho. Al norte de ellos tenían una cadena de montañas que los separaba de las posesiones portuguesas, cuyos habitantes frecuentemente hacían sus incursiones por estos territorios, al este, el Río Paraguay, desde la laguna de los Xarayes, hasta el puerto de Itatín; al sud el Chaco: y al oeste la ciudad de Santa Cruz, con más su provincia.

266 Su tierra era muy fértil, en la que abundaba variedad de flora y de fauna. Su lenguaje era tan variado, que divergia de una rancheria a otra. Sus costumbres sencillas, pero llenas de superticiones. No observaban los astros para ello, sino que se fijaban en la apariciòn de ciertos animales, de la buena o mala vegetaciòn de los arboles. Si éstos les anunciaban enfermedades o invasiones de los Mamelucos Brasileíros, lo que más temían, abandonaban inmediatamente su morada y se internaban en los bosques.

267 Es probable que en sus enfermedades hayan aprendido de los chirihuanos el modo de curarse. Practicaban sus hechiceros los mismos embustes. Comenzaba por interrogarles: ¿còmo va? ¿donde sientes dolor? ¿dónde fuiste la última vez antes de enfermar? ¿has demarrado chicha? ¿has arrojado carne de venado o algún pedazo de tortuga? Sí respondían afirmativamente, declaraban que esa era la causa de la dolencia. En seguida practicaban las succiones a la moda de los Guaraníes.

268 De sus creencias religiosas no nos han conservado nada. No encontraron los Misioneros ni templo, ni altar, ni ídolos visibles, ni siquiera culto de demonio, a pesar de ser muy superticiosos, sobre todo en el modo de observar el vuelo de las aves.

269 Parece que veneraban a la *Luna*, a quien consideraban como madre, pero sin rendirle culto exterior. Cuando se eclipsaba salían todos vociferando

y lanzando sus flechas al aire, para defenderla, porque pretendían que unos perros trataban de morderla y despedazarla. Si caía un rayo pensaban que el alma de uno de los difuntos que habitaba las estrellas, estaba enojado con ellos.

270 Su moral era muy superficial. Los caciques podían tener cuantas mujeres podían alimentar, los demás generalmente se abstenían por falta de posibilidades. A sus hijos les dejaban en completa libertad, para que andasen como mejor les pluguiese.

271 Sus fiestas y banquetes solían durar semanas enteras, en que bebían chicha preparada de maíz, mandioca o frutas silvestres.

LOS MAÑACICAS

272 Otro pueblo numeroso, cercano a los Chiquitanos y que en tiempos atrás vivió conjuntamente con ellos, formando una sola familia, fuè el de los Mañacicas, que habitaban en medio de espesas selvas. Las diferentes tribus se llamaban Quimonocas, Tapacuras, Puizocas, Paunacas, Quimiticas, Bovituzaycas, Zibacas, Mapasinas, Mochozuus, Puzas. Más al sud vivían los Yapirus, Tibicuari, Mondas, Tupis, Jarayes, Guajarapos, Guatos, etc., etc.

273 Entendían algo de vivir juntos. Tenían algunas veces una semejanza de ciudad o pueblo, con grandes calles y algunas plazas pùblicas, tres o cuatro grandes casas en ese lugar, que les servía de templo. Obedecían con particular sumisión y respetó al cacique, cuyo cargo era hereditario. En todas las reuniones ocupaba èste el primer puesto, el segundo pertenecía al *Mapón y mapones*, especie de sacerdotes, después los mèdicos, capitanes y por fín el vulgo.

274 En cuanto a su *Religión* es probable que hayan tenido trato intelectual con los Guaraníes, de quienes aprendieron algunas verdades del cristianismo, que las desfiguraron completamente.

275 En la època de su evangelización en 1704 encontraron los Misioneros esas huellas demasiado vagas del nacimiento de un Niño prodigioso, quizas alguna noción muy errónea de Dios, pues llamàbanle con los nombres de «Omequeturique» o «Uragozoriso», de «Uruasana» y Uruopo». Estos dos últimos eran intermediarios entre los pecadores y el primero. En conjunto le llamaban «*Cinimaacas*». Nadie podía presentarse en su santuario sino el Mapono mayor.

276 A esto mezclaban multitud de superticiones. Veneraban a un fantasma que se decia dios y se presentaba en ciertas festividades. Conocíanlo que había llegado el dios al producirse un ruido extraño en la casa, mientras sus algazaras y borracheras. Exhortábalos a continuar en el jolgorio, diciéndoles que estas alegrías y regocijos eran para él de sumo agrado.

277 Es posible que en todos estos embustes interviniesen las patrañas de los mapones, que les exigían una fé ciega y nunca permitían el que se les contradijese. Éstos tenían completamente dominado al pueblo, quienes en nombre de sus dioses les exitaban a la guerra y destrucciones de los comarcanos vecinos.

278 Tenían una cierta idea de la inmortalidad del alma. Y la separación del cuerpo se lo representaban como un viaje que emprendían hacia un país de felicidad, conducido por el mapono.

279 Este recibía de los parientes del difunto las ofrendas que le traían, derramaba un agua lustral para purificar al alma, consolaba a los dolientes y les prometía que dentro de poco les daría noticia de si había llegado bien su hijo, marido, mujer o deudo

cualquiera. Al efecto se encerraba por algunos días, probablemente hasta terminar las ofrendas, después se presentaba a los interesados y con rostro alegre les decía que ya lo habia entregado al dios, para que goce de su compañía. Solo entonces cesaba el duelo de la familia.

280 Contaban los mapones que el viaje con el alma era siempre penoso. Habia que atravezar espesos bosques, montes escarpados, valles cortados por ríos, extensas lagunas, cenagosos pantanos, hasta llegar a un río grande, sobre el que estaba un puente de madera, vigilado de dia y de noche por un dios llamado «*Tatusiso*», vigía y director del mapono, en el camino que llevaba al cielo.

281 Describían el aspecto de ese dios de tez pálida, cabeza calva, fisonomía honrosa, cuerpo plagado de úlceras, semejante a los mañacicas, que tales lo eran, llenos de andrajos, que no se presentaba nunca a sus templos, porque su oficio de pasador de almas no le daba tiempo. Algunas veces detenía el alma, especialmente de los jóvenes, para purificarla y hacerla más dócil. Si se resistía la ahogaba en el río. Las aguas de ese rió eran consideradas por los Mañacicas, como la fuente de todos los males, que acaecían en este mundo.

282 Su *Paraiso* se reducía a una extensa llanura, repleta de árboles, que destilaban una especie de goma, de que se alimentaban las almas. Había allí monas muy negras, miel, pezca en abundancia, un águila muy grande, que volaba por todo el paraiso, de la que contaba una multitud de historias a cual más ridículas.

283 En medio de tantas sandeces, la naturaleza humana había conservado algunos vislumbres de verdad, que con ellas podrían facilmente dar asentimiento al cristianismo, cuando se les predicara.

LOS MOJOS

284 Más al Norte de estos pueblos vivía una multitud de otros, contados hasta treinta y cuatro, distintos por su lengua, sus costumbres y sus creencias. Al principal de ellos lo llamaron *Moxos o Mojos.* Vivían de la pezca, no tenían forma de gobierno definido, ni reconocían autoridad principal a quien obedecer.

285 Eran inteligentes, escribían los anales de su pueblo en una tabla o en pedazo de caña, por medio de varios signos, cuya inteligencia y manejo exigía muchas convinaciones y una feliz memoria. Así se expresaba el Gobernador Rivera en 1788 al informar a la Real Audiencia de Charcas, sobre estos indios. (Cf. «La Descripciòn Geográfica y Estadística de la Provincia de la Sierra», por D. Francisco Viedma, parte primera, n. 521, tom. 3º de «Los Historiadores del Río de La Plata»).

286 Adoraban al Sol, la Luna, algunas fuentes y ríos, pero con culto tan vago, que apenas parecia religión·

Otras tribus veneraban a un tigre invisible, llevaban consigo toda clase de ídolos de formas ridículas. Creian que todas las cosas estaban animadas y tenían un espíritu, que muchas veces se irritaba con ellos, por lo que era necesario aplacarles.

287 Había entre ellos dos suertes de *Tcharaugui,* especie de sacerdote. Los unos que eran simples curanderos a la manera de los que hemos encontrado entre los Chiriguanos y Mañacicas. Sus curaciones y engaños eran idénticos. Los otros eran propios sacerdotes, si se puede emplear este vocablo. Se preparaban con largos ayunos y abstinencias. Durante un año entero se ejercitaban en el ayuno antes de recibir

el oficio de Tcharaugui. Era condición indispensable de que hubiesen sido acometidos por un tigre y hayan tenido una herida recibida de este animal, Su supervivencia a ese encuentro era considerada como una protección del tigre invisible que les consagraba sus tcharauguis. Para llegar al supremo grado de tcharaugui debían pasar por otras penitencias y ayunos, además de los indicados, por lo menos un año más, después de haber ejercido su ministerio, manifestar por su semblante macilento, que habían practicado la rigurosa mortificación. En seguida celebraban la ceremonia de consagración, que consistía en inyectarle en los ojos el jugo de ciertas yerbas picantes, que le causaba ciertos dolores. Pretendían que con esto se les aclaraba la vista, de ahí su nombre de *«Tcharaugui»*, ojos claros.

288 Estos tcharauguis reunían al pueblo en ciertas épocas del año, hacia la luna nueva, los conducían a unas colinas elevadas, para esperar allí la salida del sol. En cuanto aparecían prorrumpían en tal algazara ensordecedora de horrorosos clamores, que apenas habría podido soportar cualquiera que no estuviera acostumbrado a ello. Decían que de este modo enternecían el corazòn del dios para que les dispense sus favores. Ese día lo pasaban en ayuno y por la noche comenzaba la embriaguez, que siempre acababa con asesinatos e impudicicias.

289 Esta ceremonia lo practicaban de esta suerte. El tcharaugui comenzaba por cortarse el cabello, señal de gran regocijo. Se cubría en seguida el cuerpo con toda clase de colores, rojos, amarillos, etc. Venía despuès el licor, previsto de antemano. Lo recibían del tcharaugui y empezaban a beber. Empleaban en ello toda la noche, al mismo tiempo que acompañaban con sus danzas. Estas consistían en grandes círculos que formaban, arrastrándo cadenciosamente los

pies, inclinando la cabeza de un lado para otro, removiendo el cuerpo muchas veces con indecencia.

290 Tenían algún conocimiento de la *supervivencia del alma,* pero tan vaga, que parecían ignorar, si después de este mundo habían recompensas o castigos.

291 De igual modo sus *ceremonias fúnebres* eran completamente sencillas. Abrían una fosa, acompañaban sus parientes al difunto, con suspiros y lágrimas todo en sencilencio bajábanlo a la fosa, repartíanse los despojos de las cosas que había poseído, y no volvían a acordarse más de los muertos.

292 Su *Moral* era también muy reducida. El matrimonio se realizaba sin ceremonias. Obteníase el consentimiento de los padres, pagaba el marido algunos presentes y la mujer le seguia a su casa. Donde quiera que tuviese que caminar el marido debía seguirle.

293 Existía la poligamia entre ellos, aunque por lo general, causa de su excesiva pobreza, se contentaban con una sola mujer. Era muy mal visto y considerado como un crímen la incontinencia de las mujeres. Si alguna faltaba en ello, la miraban como a una prostituta, y a veces le costaba la vida.

294 La ocupación de los hombres era cazar, componer sus flechas, arcos y pescar. Las mujeres debían hacerlo todo: cocinar, preparar la chicha. cuidar de las criaturas y confeccionar tanto para sí. como para el marido y los hijos la poca indumentaria que llevaban.

295 Existia la bàrbara costumbre de enterrar viva a la criatura que había nacido ocasionando la muerte de la madre. De igual modo se deshacian, cuando la mujer había dado a luz dos criaturas. Alegaban el pretexto que no podían criar dos hijos a la vez. *(Cf. Cart. Edif., tom. 7º, pag. 81-122).*

XI

LAS OTRAS TRIBUS SIMILARES

296 Largo, cansado, fastidioso y de continas repeticiones sería entrar en el análisis, siquiera rápido de las religiones de las innumerables tribus, que poblaron los actuales países del Paraguay, la Argentina y Chile. De muchos de esos pueblos no nos han dejado los autores que lo mencionan, sino el nombre, e ignoramos cuál era la forma de gobierno y cuàl su Religión.

297 Tan solo enumeraremos uno que otro de los que se extendían desde la costa del Paraná septentrional, hasta el Mar del Norte.

298 De los *Charruas* sabemos que era un pueblo nómada, terrible, extremado en sus venganzas, de mala fè, alevoso que no tenía otras miras que sus intereses y muy aficionados al juego. Se gloriaban de matar impunemente y fueron siempre el terror de los españoles. Hacian lujo de crueldad y barbarie al llevar como trofeos las pieles de las personas asesinadas y mientras más muertes cometían, mayor era la veneración y respeto que les tributaban sus contríbulos.

299 Profesaban mucho cariño y veneración a sus muertos, cuyos restos llevaban consigo donde quiera que se transportaban. Era para ellos una muestra suprema de veneración para con sus difuntos el cortarse el dedo a la muerte de un miembro de familia. Resultaba a la larga que se encontraban viejos sin pies, ni manos, por haber practicado esta bárbara costumbre.

300 Los *Yaros* rivalizaban en ferocidad con los anteriores y fueron enemigos jurados de los Guaraníes. Tenian las mismas costumbres que los Charruas, *Martidanes y Guenoas.* Abundaban entre ellos los hechiceros, pero los caciques lograban sobreponerse a ellos. Para anunciar sus guerras encendían grandes fogatas en el territorio de cada uno de los jefes, de modo que estuviesen listos en menos de dos horas.

301 Los *Caaiguas* eran los más salvajes que habían encontrado los misioneros. Vivían ocultos en las más hondas espesuras. Su carácter era completamente indomable. Ni en prisiones lograban reducirlos. Su inteligencia estaba atrofiada por completo y más tenian semejanzas con los mismos brutos, que con seres racionales. Su idioma era dificilísimo e intelegible. Su mismo cuerpo participaba a los carácteres de un irracional. La mayor parte eran contrahechos, gibosos los unos, cuello demasiado grande o demasiado pequeño los otros, de maríz roma, más parecìdos a monos que ha hombres, la piel gruesa y endurecida como la de un camello, que no sentía en nada los rasguños de las espinas. Para el colmo de todo, eran feroces caníbales.

302 Menos bárbaros que estos eran los *Guachaguis* salidos quizás de los Guaraníes, pues su idioma se asemejaba a la de éstos. Totalmente desnudos, vivían de la caza y de la cría de ciertos animales, como los guatis, que mataban cuando se les acababan los productos naturales. Los hombres llevaban la tembeta, se rapaban la frente hasta la mitad de la cabeza y dejaban el resto crecer libremente. Las mujeres no consentían ningún cabello desde que se casaban. Con ello tejían ciertas trenzas, que llevaban sus maridos como braceletes. Eran en extremo pobres, que en su choza, que ni lo era, una pequeña estera que ponían contra el viento, no tenían sino una cantarilla de es-

tera también, que embadurnaban con cera para recoger agua, y un cedacillo para pezcar.

303 Sus guerras eran continuas con las demás tribus para robarse las mujeres, que eran escasas entre ellos y más numerosos los hombres.

304 Su religión muy imprecisa y vaga. Los misioneros, sobre todo el P. José de Insaurralde, que pasò varios años con ellos, pensaron encontrar en ellos la creencia en un Dios Creador, algunas huellas de recompensa y castigos futuros.

305 Los *Guananàs* nación pariente de los Guaraníes, un poco más civilizados que los anteriores, vivían en rancherías, se dedicaban a la agricultura y a la casa.

306 Muy inclinados a lá bebida, se engolfaban en este vicio, que les acarreaba toda clase de desordenes. En esas sus festividades todo era algarabía y confusión, unos cantaban desentonadamente, otros lloraban con amargura, estos corrían como locos sin saber por donde, aquellos sàltaban, atropellaban, se ejercitaban en el tiro de sus armas, o por fín imitando a los animales de las selvas bramaban, silvaban, rugían, aullaban, relinchaban con intolerable confusiòn, o finalmente armaban las inevitables camorras y terminaban siempre con la muerte de muchos.

307 Entre sus creencias religiosas había más de supertición que de dogmas. Pensaban que las almàs de los muertos se convertían en «*acupli*», esto es, demonios. A la muerte de los suyos los enterraban en cementerios que conservaban siempre muy limpios. Sobre la sepultura erigían una pequeña pirámide, en cuya cima colocaban un calabozo, que contenía agua para el difunto. Al pié había un fuego que continuamente ardía alimentado por los parientes para ahuyentar las moscas.

308 Los *Timbués*, *Quiloasas Colastines*, naciones del distrito de Santa Fé, extinguidas por las pestes, se

pintaban hombres y mujeres el cuerpo con barro, tan solo después de haber probado carne humana. Cuando no lo encontraban mataban a uno de sus connacionales a fín de que de este modo pudiesen cuanto antes las muchachas hacer gala de su desnudez.

309 Tenían mucho cuidado con el sepulcro de sus parientes. En él plantaban un ombú, a cuya sombra concurrían a plañir y hacer festejos. Èstos consistían en pedazos de barro, fritos en grasa de pezcados, lo que constituía para ellos un delicado manjar. De lo demàs no se curaban.

310 En otros pueblos de estas mismas naciones concertaban plañideras, que dijesen las alabanzas de sus difuntos. Los exesos de los festines acababan como siempre con muertes de los que habîan tomado parte.

311 Sus ritos mortuorios consistìan en dejar abiertos los ojos de los difuntos, para que puedan ver mejor, decían, el camino que ha de conducirlos a su felicidad. Para esa jornada vestíanle de lo mejor, colocaban al lado otros vestidos de remuda y sus armas. En seguida los subían a una altura dentro de una bobedilla, donde les arreglaban de modo que no les estorbase el contacto de ésta.

212 Adoraban al sol, a quien sacrificaban un huanacu, o una liebre, con cuya sangre, despuès de ofrecerlo al astro del dia, para que bendiga sus campos, rociaban las cementeras y los primeros frutos.

313 La nación de los *Querandíes* fueron célebres por su valor, su número y su barbaridad. Se extendían en muchísimas leguas en las pampas de la Argentina. Sus habitaciones eran unas chozas miserables, cubiertas con cueros de caballos o yeguas, cuyas carnes era su principal alimento. Esto les comunicaba un hedor insoportable para cualquier otro que no fuera de su nación. Eran muy diestros cazadores, sobre todo con

el tiro de las bolas, que desde su cabalgadura, podían herir con certeza.

314 A la muerte de sus parientes se cortaban los dedos y pensaban que la muerte había sobrevenido a su casa por maleficio del hechícero, a quien perseguían con encarnizamiento, hasta quitarle la vida.

(*Cf. Pedro Lozano «Historia de la conquista del Paraguay, tom. I cap. XVII-XIX*).

315 No nos detengamos en tantos e innumerables pueblos que vivieron en la extensa llanura de la Argentina, unas cuantas palabras tan solo a cerca de un pueblo valeroso, guerrero y que provocó serios contratiempos a los incas y a los conquistadores. Los *Calchaquíes*, que vivían en el valle que se abre entre cerros elevados y fragosos de las actuales provincias de Tucumán, Salta y Jujuy.

316 El origen de este nombre es incierto. La etimología patronada por Pedro de Àngelis en su «Indice Geográfico e Histórico», que acompaña a la obra de Ruiz Díaz de Guzmán es probable y se la puede aceptar. Cualquier quichuista por mediano que sea sabe que «callchay» y no «calcha», como escribe aquél, significa «cosechar» y no amontonar. «Callchani», derivado de aquel, quiere decir «cosecha». La palabra «hukqui», que así escribe de Ángelis y que trae a colación, no significa propiamente «rincón», sino que se dice de «una cosa íntima, oculta, tal por ejemplo del «riñón». Quizá primitivamente llevaba «ukju», que es «rincón», y asi «Callchy- ukju» y no «Callcha-hukqui», como dice de Àngelis, significaría el lugar, la región de la cosecha, que corrompiéndolo después hicieron Calchaqui. Esta etimologia sin ser cierta conserva algo de probabilidad.

317 Si tuviéramos mayores datos para saber cómo se calzaban, encontraríamos una etimología más aceptable, sin necesidad de torcer las palabras. En ese caso el vocablo «Kkalachaqui», significa-

ría «el que va con los pies desnudos». Y quizá ésta es la verdadera etimología. Tenían las costumbres los incaicos de denominar despectivamente a los pueblos que no podian someter, como algo se ha insinuado con respecto a los Chiriguanos.

318 Sea lo que fuere de etimologías era este pueblo valiente, industrioso, pero muy dado a la embriaguez, hasta las mujeres, de un brebage hecho de algarroba y de maíz.

319 Vestian un paño de lana de alpaca, se dejaban crecer los cabellos, hasta formar trenzas. Eran nómadas y llevaban consigo hasta sus cosechas.

320 Adoraban al trueno, al rayo, a quien sacrificaban victimas. Teníanle consagrados casas o templos, teñidos con la sangre de los animales, adornados con plumas de vistosos colores. Veneraban otros idolos que llamaban «*Cajlla*», rostro, llevaban sus imágenes como amuletos, en quien tenían una confianza ciega, así como en las plumas que adornaban sus templos, que preservaría de todo mal tanto a ellos como a sus propiedades.

321 Rendían igualmente culto al alma de los difuntos ilustres, que los llamaban en quichua los «*Cùraj*», mayores, y pensaban que habitaban o animaban las estrellas más brillantes. Aún los del vulgo podían elevarse al rango de dioses, y se les tributaba culto.

XII

ALGUNAS TRIBUS DEL CHACO

322 Volviendo un poco sobre nuestros pasos para penetrar en el Gran Chaco, encontramos a los indios, Mocobis, Matacos, Mataguayos, Matbaláes, Chu-

nipies, Guaycurús, Lules, Vilelas o Atalalas, Abipones, Tobas, Sinepés, Corroas, Pasaynes, Pitaleáes, Pelichocos, etc.

323 Muchos autores, dice de Solalinde en su «*Proyecto de Colonización del Chaco*», han hablado de la fiereza de estas tribus. A la verdad nada más falso que ello, afirma él. Por su naturaleza misma de vida miserable y pobre que llevan, continua el mismo autor, son tímidos, dóciles, industriosos, muy inclinados al trabajo y fáciles de civilizar. Son pobres a pesar del territorio tan fértil, abundante en pezca, caza y animales.

324 Pero el hecho de que arremetían continuamente contra los primeros pobladores de Tarija, que destruían y robaban cuanto encontraban, dióles fama de ser terribles. Los primeros colonizadores no escatimaron a su vez las represalias, los cautiverios, las encomiendas y los pongeajes. Todo esto manteníanlos recelosos, les hacía ver en el español un enemigo, a quien había que exterminar.

325 Según el «*Diario de Matorras*», de la expedición hecha en 1774, pag. 31 (tom. 6º de Hist. del Río de La Plata), estos pueblos parecían carecer de Religiòn.

326 Es posible que las rápidas excursiones que hacia la comitiva no les dieron tiempo para observar, aprender la lengua y darse cuenta de sus costumbres religiosas.

327 Solo supieron que tenían una célebre festividad, la del tigre, donde recurrían todos los de la tribu, adornados lo mejor que podían, con plumas, abolorios y pinturas. Lo celebraban en un campo abierto y limpio, donde ponían dos palos largos, rectos, para ser pintados del color del tigre. Cada día de la fiesta, que duraba tanto, como sus bebidas pintaban con un color, clamando al tigre para que no les quite a sus

hijos. La embriaguez, las disputas, las peleas, las muertes eran séquito ordinario de estos regocijos.

328 Nuestros modernos etnólogos a la manera de Taylor verían en estas ceremonias un grosero totemismo. En cuanto a nosotros nos abstenemos modestamente de emitir ningún juicio, porque carecemos de los datos suficientes para poder juzgar con conocimiento de causa. Los expedicionarios al Chaco, como el anterior citado, la de Juan Adrían Fernández Cornejo, de Fray Francisco Morrillo, los informes de Félix de Asara y de Solalinde, la «*Descripción de la ciudod y provincia de Tarija*», por Juan del Pino Manrique, el «*Viaje al Rìo de La Plata y Paraguay*» por Ulderico Schmidel, en que enumera los pueblos encontrados a su paso, no nos han dejado la descripciòn de su religiòn, sino que se han concretado a la mira que tendían «conocer esos pueblos y sugerir proyectos de colonizaciòn».

XIII

LOS ANTIGUOS PUEBLOS DE CHILE

329 Si continuando nuestra caminata a través de tantos pueblos, seguimos a lo largo de la Cordillera de los Andes, hasta llegar a la tierra de Fuego, encontramos en nuestro paso otros innumerables pueblos con civilización, costumbres, idioma y religión propias.

Citemos los principales para terminar este bosquejo.

330 Los *Moluches*, conocidos por los españoles con el nombre de «Aucas» (rebeldes), «Arancanos». Pueblo completamente guerrero. Se extendían por el lado oriental y occidental de la Cordillera de los An-

des, desde los confines del Perú, hasta Magallanes. Se dividían en *Picunches y Peguenches.*

331 Al Norte vivían los *Picunches,* que ocupaban los valles desde Coquimbo, hasta Santiago. Los más valientes de entre ellos eran los de Penco, Tucapel y Arauco. De estos últimos denominaron los Españoles a todos los demás, con el nombre de Araucanos.

332 Los *Peguenches* estaban situados desde el frente de Valdivia, hasta el grado 35 de latitud meridional. Los llamaban así por la abundancia de pinos, que cubria su territorio, «*peguen*», pino, «che», gente. Llamábanlos tambièn «Guilliches», por vivir al sud de los Picunches. Eran cuatro naciones: la primera ocupaba el territorio comprendido entre Valdivia y Chiloé; la segunda eran los Chonos, cerca de la isla de Chiloé; la tercera los Pay-yuy, o Peyes, vivían en las costas, desde el grado 48 al 51; la cuarta, los Rey-yus, hasta Magallanes.

Los Puelches u Orientales, porque vivían al oriente de los Moluches y al este de la Cordillera hasta Mendoza se llamaban según los países: Tehuelches, los del norte; Diviheches, los del occidente y mediodía. Los Tehuelches y los Checheheches se subdividían en Leubuches, o gente del rio, Calilliches, o gente de la montaña, entre los cuales vivían los Chulilaucunis, Lehuau-cunis y Yacana-cunis.

RELIGIÓN DE LOS MOLUCHES

333 Al hablar de la religión de los antiguos habitantes de Chile, dice Barro Arana, en su «Historia General de Chile», pag. 105, ss., que no tenían ninguna creencia religiosa, «no tenían la menor idea de una

divinidad. Eran propiamente ateos, entendiendo con esta palabra no la negación de la existencia de un Dios, sino la ausencia absoluta de ideas definidas sobre la materia», pag. 106, tom. I.

Sin enbargo Barros Arana mismo habla pag. 106 de un vago animismo, que habrían profesado esos indios en la interpretaciòn de los fenòmenos de la naturaleza, el trueno, los relàmpagos, los temblores, etc.. atribuyèndolos a un espíritu, quizás al espíritu de los muertos, o al de los guerreros que dejaron un influjo de sus acciones en la tierra. El mismo concede que creían en una vida futura, que no era èsta el tèrmino de su existencia. Pero esta creencia esta lejos de ser una creencia a la inmortalidad del alma, sino más bien una desviación de esta vida a otra, un resultado de un algún sortilegio o veneno propinado por un enemigo, una vida, en suma que no llevaba consigo «un juicio de conducta anterior, ni implicaba en manera alguna la idea de castigo, ni de recompensa» (*tom. I, pag. 107*) La vida del individuo, continua el mismo autor, en la otra, era muy semejante a la mortal, donde se observaba los rangos de jerárquías y de posición que habían tenido en ésta. Así los guerreros eran transportados a las nubes, donde seguían combatiendo en medio de la atmósfera. Los jefes de tribus permanecían en su lugar y seguían todos los acontecimientos de sus coterráneos. A los demàs se les transportaba al otro lado de los mares, en una regiòn fria y escasa de alimentos, donde sin embargo podían continuar viviendo. Ideas todas estas tomadas por Barros Arana, al P. Rosales en su *«Historia General»*.

334 Aunque no sea esto una exposición teológica bien ordenada, como ciertamente no hay que esperarlo de ningùn pueblo de civilización media, que, entre su gente pensadora, no se haya consagrado exclusivamente a las especulaciones teogónicas, muestran

con todas estas ideas, que no carecían de vislumbres de una religión.

335 Tomás Falkner en su «*Discripciòn de la Patagonia*». «De la Religiòn, Política y costumbres de los Moluches y Puelches», pag. 46, del tom. I, de la colecciòn de Ángelis, nos retraza rápidamente otros aspectos de sus creencias religiosas.

336 Creeían en dos potencias superiores, la una buena y la otra mala. A la buena lo llamaban los Moluches «*Taquichen*», gobernador de gente, los Taluheches, *Guayava-cuni*», Señor de los difuntos. Había entre ellos una vaga idea de lo que han dado en llamar henoteismo, porque se imaginaban que cada pueblo tenía su dios, que le había creado, que presidìa sus destinos y que tenía su morada en el fondo de alguna laguna o montaña, donde iban los indios después de su muerte a gozar con él. Ese dios era un tigre, un león, un huanacu o un avestruz, etc.

337 Pensaban que esos dioses habían creado el mundo, ante todo a los indios, en sus cuevas, les habían dado sus armas, arco y lanza para cazar, le había puesto en este mundo para que se provean de lo preciso.

338 Habían hecho lo mismo con los animales, que los más ligeros salieron primero de sus cuevas, los otros como los bueyes no pudieron salir con presteza, y al salir, se asustaron tanto los indios, que taparon todas las cuevas, por lo que no había esa clase de animales en su país, hasta que lo trajeron los españoles.

339 Sus ideas sobre la otra vida eran también demasiado pueriles. Imaginaban que los muertos iban a las estrellas, la via láctea el campo donde iban a cazar avestruces, cuyas plumas eran las nubes.

LA POTENCIA MALA Y LOS AGOREROS

340 A la potencia mala lo llamaban los Moluches «*Huecusú*», vagador, los Tehuelches y Checheheches, «*Atican*», «*Nakannatz*», y los otros pueblos «*Valichu*».

341 Pensaban que todo mal les venía de estos, que el cansancio o la enfermedad, suya o de sus animales era el efecto de la malquerencia del Huecusú. Estaban persuadidos de que sus agoreros tenían comunicación con ellos, quienes les instruían a cerca del porvenir. Las almas de los hechiceros después de muertos se transformaban en Atikans. Por su parte éstos explotaban la credulidad del vulgo, se rodeaban de toda clase de aparatos llamativos para engañarlos. Se presentaban con sus tambores, haciendo ruido con sus calabazas llenas de conchas, anunciàndoles que iban a ver en el fondo de la tierra lo que ellos necesitaban saber.

342 Para practicar sus consultas se presentaban a la choza del hechicero, quien comenzaba con sus instrumentos la acostumbrada algazara, se fingía como que iba a sustentar una lucha con el demonio, para lo que aparentaba sìntomas de epilepsia, torciendo el rostro, levantándo los ojos, arrojando espuma por la boca y meneándose hasta el cansancio. Abrumado por la fatiga caía rendido, manifestando, con una voz descompuesta y chillona, que había salido vencedor en la lucha. Daba en seguida las respuestas, conforme se le ocurría, sin asumir responsabilidad ninguna.

343 Para este oficio los indios mismos buscaban a los chicos, que por su complexión raquítica, enfermiza y afeminada, podìan servir mejor a desempeñar este cargo. El hechicero debía cambiar de vestiduras, para tomar las del sexo femenino, y en adelante de

ningún modo le estaba permitido el casarse. No así las mujeres a quienes se les concedía el derecho de nupcias.

CEREMONIAS FÚNEBRES

344 Las ceremonias fùnebres eran muy especiales a estos pueblos. Cuando alguien moría comenzaban por entregar el difunto a las mujeres más distinguidas, para hacer la disecación del cadaver. Le extraían las entrañas, que quemaban hasta reducirlas a cenizas, descarnaban los huesos y los enterraban. Pasado un año en una tribu, después de tres meses en otras, cuando ya estaban completamente descarnados, los desentarraban para ponerlos junto con sus antepasados.

345 Entre los Moluches, Talhueches y Diviheches, no los enterraban, sino que, después de descarnarlos, los exponían en una altura, para que con el sol, el aire y la lluvia se volviesen blancos. Solo verificado este rito les llevaban junto a sus otros parientes muertos.

346 Mientras duraba la ceremonia del *«esqueletaje»* se vestían los dolientes de largos mantos de pieles, se cubrían el rostro de ollín y teniendo en la mano sus lanzas, daban vueltas al rededor de sus chozas, llorando o cantando tristemente. Los amigos iban a visitar a los parientes, si habia algùn interés, para llorar, aullar, cantar de un modo doloroso, punzarse los brazos y los muslos hasta derramar sangre, en cuyo premio se les daba ciertas baratijas de vidrio o cascabeles de bronce, muy reputado entre ellos. Si el difunto había tenido caballos, se los mataba para que les sirvan en el *«almehuapu»*, país de los difuntos, solo se reservaba unos cuantos para el transporte de sus restos.

347 Las viudas estaban sometidas a duras privaciones, mientras transcurría el año. No podían salir a ninguna parte, ni comunicar con nadie, debían tener el rostro untado siempre con ollín, no lavarse las manos, abstenerse de comer carne de caballo y de vaca. No podían casarse mientras el duelo y si acontecía que hubiesen tenido alguna relación conyugal con varón, a ambos dos los mataban, a no ser que hubiese sido violada por la fuerza.

348 Al transportar los huesos los hacían en el mejor caballo bien enjaezado con plumas y mantos, recubiertos con una piel. Caminaban muchos días hasta llegar al lugar de la sepultura.

349 Los Moluches, Tahueches y Diviheches los enterraban en hoyos grandes, después de acondicionar los huesos en su lugar respectivo, bien adornados de las mejores telas y plumas que encontraban. Cada año hacían la renovaciòn de estas vestimentas y limpiaban la sepultura, que estaba hecha de vigas de árboles y cañas entretejidas. Confiaban este cuidado a una anciana, que por esta razòn era muy venerada.

SU MORAL

350 De su moral y otras creencias sabemos muy poco. Obedecían à un cacique en sus guerras. Algunas veces recurrían a èl para que les haga justicia, pero más generalmente se la tomaban por sí, cuando habian cometido contra ellos una injuria, o se la hacían pagar en animáles, abalorios, o con la muerte.

351 Aunque era permitido la poligamia, en general el matrimonio era monógamo, a causa de la escacèz de las mujeres y de lo mucho que costaban. A ésta se la compraba, y a precios muy subidos. Da-

ban por ella caballos u otros animales, cascabeles, vestidos o cosas semejantes. Reducíase la ceremonía a llevar los padres a la esposa o ella por sí sola se iba a la casa de su novio. Cuando habían cohabitado maritalmente estaban casados. A la mujer le incumbía el desempeño de todas las faenas del hogar. El marido la protegía en todo. En general se guardaban recíproca fidelidad, pero muchas veces se veìa el marido en la difícil circunstancia de cederla a otro, cuando ella se había retirado, o el rival era más poderoso, o el marido mismo, por la mala conducta de la mujer, la vendía a otro. Fuera de estas circunstancias casi nunca se separaban.

RELIGIÓN DE LOS PEGUENCHES

352 De los Peguenches y de su país, nos queda una larga, *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes, poseidos por los Peguenches»*, de Luis de La Cruz, alcalde mayor, provincial de la Concepción. Por él conocemos sus costumbres y algo de su religión.

353 No tenían culto exterior visible, ni ofrecían sacrificio alguno. Creían en un Dios que crió todas las cosas, a quien invocaban para que siempre les vaya bien. Pensaban que por obligación debía Dios ayudarles, cualesquiera que fueran sus acciones, de las que Dios, pensaban ellos, no curaba, fueran buenas o malas, porque ellas eran libres.

354 Al lado ponían a «*Gueculbú*», el autor de todos los males, a quien seguían los hechiceros, que usaban de las plantas venenosas, causa de todas las enfermedades.

SUPERVIVENCIA DEL ALMA Y CEREMONIAS FÚNEBRES

355 Admitían una supervivencia del alma, que despuès de muerto el hombre, se transportaba ella más allà de los mares, donde estaba el país de la felicidad, que consistía en tener toda clase de animales y no carecer de nada. Solo decían que había allí mucho frío, y para no tenerlo se quemaban los pies, las piernas y las manos, los brazos y el cuerpo diciendo que amontonaban asì valor para no sufrir de frío.

356 A la muerte de uno de ellos exponian el cadaver vestido con lo mejor de sus vestimentas y recostado en su cama. En sus lamentos comenzaban por contar sus hazañas, sus merecimientos y la falta que les hará. Al siguiente sacaban el cadáver con gran pompa, ensillaban el mejor de sus caballos bien enjaezado lo colocaban. sujetàndolo por las manos, pies y cabeza, y se dirigían al lugar de la sepultura de sus mayores. En otro caballo llevaban la cama y demás cosas que necesitaban para enterrar junto con el muerto, Abrían la sepultura, hacían al lado los huesos que encontraban, formaban un estrado de madero, ponían encima la cama, sobre la que deponían el cadáver y lo cubrían hasta el pecho. Al lado depositaban la rienda, espuelas, sillas, armas, machete, comida, bebida, cucharas de palo y cántaro con agua. Por sobre el cadáver fabricaban una suerte de bóveda, para que no sea aplastado, tendían en ella una piel de caballo y lo cubrían con tierra. Los animales en que lo habian conducido y llevado todos los demás enseres los ahorcaban y les dejaban sobre el sepulcro.

357 Si el difunto era de posibilidades, después del velorio de la primera noche, dejaban en una altu-

ra al cadáver, hasta conseguir la bebida y reses que debian ser inmoladas. Estando todo listo sacaban al muerto, con el séquito de las plañideras, mozas y viejas, que iban aullando por todo el trayecto. Llegado al lugar lo recostaban en un lugar, esperando se construyera el sepulcro. Intertanto los acompañantes se colocaban en semi-círculo, mataban la multitud de reses que habian preparado y empezaba el festín que duraba. mientras no se terminasen las provisiones y la bebida. Al primer plato cada uno tiraba una presa al difunto diciéndole «*yacàpay*», que quiere decir, «esto te brindo». Lo mismo hacían con la bebida. Cuando todo había terminado, lo enterraban en la forma que se ha dicho. Vueltos a la casa se repetía la lloradera, las comilonas y bebidas.

358 No era considerada la muerte como un fenómeno natural. Sino que toda muerte pensaban que era la consecuencia del envenenamiento por el hechicero. De modo que terminadas las ceremonias fúnebres se encaminaba la familia a la choza de un hechicero para inquirir quién había sido el culpable. Después de los embustes consiguientes de que se valía éste, culpaba al hechicero que más le venía en cuento. Confiados en que aquello era la verdad, sin sospechar de que les engañaba en un todo, al amanecer encaminaban sus pasos a la choza del culpado. Lo cogían, lo ligaban de pies y manos y lo arrojaban en una hoguera, obligándole a declarar que otros brujos y brujas le ayudaron. El paciente acusaba a cualquiera y hacian con él lo mismo. Cuando inculpaba a uno de alto rango, no paraban en ello, sino que ponían en ejecución sus prácticas, pero la venganza de los otros miembros de la familia era terrible. De ahí se ocasionaba las contínuas peleas y guerras que mutuamente se hacían de familia a familia y de tribu a tribu.

359 De su moral sabemos que los crímenes conceptuados los más grandes eran el homicidio, el robo, el adulterio y la hechicería.

360 No se armoniza tan bién esta moral con la costumbre de quemar a los hechiceros o a los acusados por ellos, o con la ley del talión que regia entre ellos, el que ha muerto, debe ser muerto por los parientes del difunto. De igual modo a la adultera le quitaban la vida, solo que debía intervenir el consentimiento de la familia de la mujer culpable. En cáso contrario el hombre que había muerto a su mujer pagaba con su vida.

361 El ladrón debía restituir o pagar lo robado. Si personalmente nada tenía, eran sus parientes los que debían indemnizar por el culpable.

XIV

LOS FUEGUINOS

362 Como se sabe con el nombre de *Fueguinos* se denomina a los habitantes de la Tierra de Fuego y de las islas vecinas, que comprenden las tribus de *Alcalufs, Onas, Yagans, etc.*

363 Hasta hace poco tiempo (1922). se ha vulgarizado la creencia apuntada por Darwin en la Literatura Científica de la Etnología Religiosa, que carecían éstos de toda nociòn de la divinidad, que ignoraban toda religiòn y que eran antropòfagos.

364 Fuè un error de su parte. La falta de observación, el poco tiempo que convivió con ellos, el defecto de la lengua que no poseyò, la natural desconfianza de aquellos habitantes, todo ello contribuyó a engañarle por completo.

365 Lo que sabían los autores europeos al respecto estaba reducido a lo siguiente. «Los indígenas hablaban de un gran hombre negro, que vagaba a traves de las montañas, que conoce cada palabra y cada acción, y que para enviar tanto el bueno como el mal tiempo, tiene en cuenta la conducta de los hombres. Prohibe que se mate a los patitos, detesta los pecados de la lujuria, el asesinato, aunque sea de un enemigo». (*Christus*: *Mgr. Le Roy*, *pag. 85*).

366 Estas ideas deben ser completamente abandonadas, como se deduce del sereno estudio de larga estadía, que ha hecho, en medio de los indios *Yagans* el eximio observador, el R. P. Guillermo Koppers, S. V. D., quien para mejor estudiar y observar de más cerca, aprendiò la lengua yagans, se hizo iniciar en las costumbres, creencias, ritos de esta tribu, único medio de póder ganar la confianza y penetrar en los secretos de su mentalidad.

367 He aquí las conclusiones que hemos deducido de su estudio:

1) Los Yagans pertenecen, sin la menor duda, al grupo de pueblos primitivos, esto es a los pueblos que tanto en Europa, como en América son considerados como pretotémicos y prematriarcales. Su número está hoy día muy reducido y apenas cuentan con unos 70 individuos sin mezcla ninguna. Son en extremo descònfiados, y casi nunca se abren a un sujeto extraño a su tribu y en especial a los blancos.

368 2) Es absolutamente falso que esta tribu sea antropófaga.

369 3) Los Yagans son profundamente religiosos y monoteistas. Llaman al Ser Supremo con el nombre de *Vatauineuva*, que significa literalmeute, el muy viejo, e., e., eterno. A éste invocan en todas sus necesidades, para cuya invocación tienen una plegaria

particular, adaptada a cada una de las circunstancias de la vida. En la colección del autor forman unás 60.

370 4) Los nombres con que designa a Dios son, fuera del ya indicado: «*Hitapuan*», que quiere decir «padre mío»; «*Monauanakin*», el Altísimo; «*abaulakin*», el Todopoderoso; «Kalaiexon», el buen viejo.

371 Sus atributos el «Todopoderoso», que puede curar las enfermedades, salvar el peligro; «el dueño y señor de la vida», de la muerte, de todo lo que existe en la tierra, «es un espiritu supremo», e invisible, que habita en el cielo. Vatauineuva nunca se ha casado, lo vé todo, lo sabe todo, castiga a los malvados.

372 5) No existe culto exterior rendido a Vatauineuva,

373 6) Creen en una cierta inmortalidad del alma, pero ignoran qué es lo que pasa en el más allá. Ignoran también si Vatauineuva recompensa o castiga inmediatamente, pero estan persuadidos que el malvado no permanecerá para siempre sin castigo.

374 ULTIMAMENTE. Como todas las otros tribus del Universo a sus creencias religiosas mezclan ciertas superticiones y hay entre ellos individuos, los médicos, que se arrogan el papel de visionarios, o profetas, aunque su influencia en la vida cotidiana y religiosa es completamente nula.

(*Vèase el interesante artículo en la Revista Francesa «Ètudes», tom. 173, pag. 152-161*).

CONCLUSIÓN

375 Terminaremos este rápido bosquejo haciendó nuestras las palabras de Ciceron (*De Natura Deo-*

rum) y Plutarco. Recorred todos los pueblos y naciones, diremos a nuestra vez. Encontrareis unos que no tienen ni ciudades, ni murallas; otros que no poseen forma de gobierno definido. Pero no encontrareis nunca un pueblo que no tenga por lo menos una noción vaga de la divinidad, de los deberes para con ella, de una moralidad, aunque sea entendida a su modo, y de la inmortalidad del alma: dogmas fundamentales de la naturaleza razonable. Variarán cuanto puedan todas estas creencias, en la pràctica, pero quedará lo fundamental. «El ateismo, ha dicho, De Quatrefages, no existe sino en el estado errático. La religiosidad es un caráter específico del hombre». (*Cf. Halleux «Revue Scholastique», 1906, pag. 394*). Antes de que este ilustre etnólogo ya Platòn habìa incluido entre las notas esenciales de la definición del hombre, la religiosidad, por eso había dicho «el hombre es un animal religioso».

376 La enumeraciòn, algunas veces estéril a la que nos hemos condenado voluntariamente para ser breves y completos, en cuanto puede serlo uno en la brevedad, lo demuestra con abundancia lo que afirmamos.

377 Ante el espectáculo muchisimas veces grotezco del culto y de las innumerables superticiones, ante las múltiples aberraciones y deformaciones que ha sufrido la moral, ante el degradamiento acentuado del hombre y más aún de la mujer que hemos encontrado, forzoso nos es convenir, que sería muy lamentable el que tantos pueblos estuviesen aún «sentados en las sombras de la muerte», según la expresión evangélica. Dios se ha compadecido de los Americano? Y aunque se afirme sin pruebas que la espada introdujo el cristianismo, seria aún con ello un beneficio positivo, que jamás se debiera olvidar, porque con eso mismo entró una nueva civilización. Cuando uno considera

las innumerables matanzas, carnicerias y victimaciones humanas, que so pretexto de religiòn y de sacrificio, cometían tantos pueblos y tribus americanos, no puede uno menos de agradecer al cristianismo, que desterró para siempre tales inhumanidades.

378 En el año de Gracia del Señor de 1492, el 12 de octubre abordaba a las costas americanas el ilustre e inmortal viajero Cristobal Colón, trayendo consigo el beneficio de la verdadera Religiòn.

****

CAPÌTULO TERCERO

LA SOCIEDAD ANTIGUA, LA DOCTRINA DEL SALVADOR Y LA IGLESIA

379 «He *revelado tu nombre a los hombres del mundo que me habeìs dado*», decía el Salvador, en los dias de su vida mortal, resumiendo el programa que se había trazado antes de venír a este mundo y momentos antes de salir de él. (*S. Juan XVII, 6*). Había venido para cumplir la voluntad de su Padre, la que se sintetizaba en conocerle a Él, «Dios verdadero y a su enviado Jusucristo, que ésto era la vida eterna». (id).

380 Antes de su venida yacia el mundo en el caos de la ignorancia y de la corrupción, en el más profundo envilecimiento, olvidados de sus supremos destinos y de su verdadero Creador, adorando seres mucho más viles que sus mismos adoradores, considerándolo todo, al decir del gran Bossuet, como Dios, excepto al mismo Dios, divinizando sus más ignobles pasiones o cubriéndolo con el velo del culto y la ofrenda a sus falsas divinidades.

381 Abramos la Historia y veamos con una rápida ojeada, en que estado de profunda postración yace su sociedad.

383 Lo que ante nuestras miradas escrutadoras se presenta en primer tèrmino es la omnipotencia del Estado, que absorbe al individuo despojándolo de su más preciada posesión: la libertad. No vive y no puede

vivir el individuo sino para él: *«el hombre está hecho para el Estado»*, es su lema, *«el ciudadano para la patria»*, dice otro más antiguo.

383 Cualquiera que haya podido ser en ciertas épocas el adelanto de sus instituciones, la fecundida de sus ingenios, la belleza de sus artes, no se puede decir que haya llegado al verdadero sentido de la verdadera civilizaciòn, porque ha ignorado profundamente el verdadero destino del hombre, su felicidad inmortal.

384 Poniéndose el Estado en lugar de Dios, usurpaba sus prerrogativas, sacrificaba en el hombre su conciencia, su personalidad y su naturaleza misma, prometiéndo en retorno un placer efímero, físico y mezquino, que no satisfacía a sus propios adoradores, porque a pesar de todo, eran aquèllos, hombres con aspiraciones hacía lo infinito, que un placer corporal, sensible, que es el efecto del trabajo, no podía darles la felicidad apetecida.

385 Hablando en rigor de términos no podemos decir que el ciudadano de la civilización antigua era libre. La libertad no designaba sino una condición civil, no un derecho. Se era libre, en el sentido en que no era uno esclavo de sus semejantes, pero no, en que no lo era del Estado. Tenía éste todos los derechos con respecto al individuo, más este último ninguno, con respecto aquél. Era el regulador de las conciencias y de la moralidad, que el crímen cometido en su nombre obtenía la sanción de la ley. *«Salus pópuli suprema lex esto»*. Ley suprema es la salvación del pueblo.

386 Ante tan supremo dogma, mudos quedan hasta los más grandes filósofos, postrados como el resto del vulgo a los piès del ídolo-Estado, sin que ninguno tuviese la audacia de conmover o atacar aquel dogma fudamental del paganismo, la divinidad de la Patria. Ninguno ha protestado contra el avasallamiento de la conciencia al Estado, ni contra la pres-

cripción de derechos inmutables, que recibiera de la naturaleza misma. Al contrario, lógicamente dedujo la legitimidad de la esclavitud, el uso de atrocidades que repugnaban a nuestra conciencia de cristianos y que no aceptaron lòs mismos políticos de ese tiempo. Díganlo sino la utopìas y necedades del gran Platón en su «*República*» y las de Aristòles en su «*Política*».

387 Acerquémonos más a esa sociedad, contemplemos su primer núcleo que es la familia. Encontraremos también en ella la misma omnipotencia del jefe de familia, el padre; la desigualdad de los derechos de la madre; el tutelaje que le equipara a un menor de edad; el servil envilecimiento hasta la corrupciòn de la mujer.

388 En la China, entre los pueblos Etruscos, Italiotas, Germanos, Eslavos y Americanos, la omnipotencia del padre es consagrada con un carácter de rigidez y perpetuidad, que solo bajo el influjo religioso, moderan las costumbres. El jefe de familia cuya personalidad absorbe la de los demás miembros, compone a su gusto el grupo familiar por su admisiòn o expulsión arbitrarios. Solo se exceptua algunas tribus de Amèrica y otras tribus prímitivas en que el derecho matriarcal prima sobre los del padre, porque precisamente es incierta la paternidad. No se forma la familia por los lazos de la sangre, sino por la colocación bajo una misma potestad; y es su jefe en el período de su vida, el dueño absoluto de los bienes, el pontífice y el juez soberano, con derecho. de vida y muerte sobre sus subordinados.

389 Exceptuando la Caldea, en ninguna parte, ni en el mismo Egipto, donde sin embargo el influjo de la mujer es considerable, no tiene la esposa la igualdad con su marido. Es là sujeciòn regular y le-

gal del sexo dèbil, la poligamia corrientemente admitida, la repudiáción sancionada por la ley, cuando no la promiscuidad brutal y la esclavitud perpetua. Aùn cuando alguas veces el matrimonio es monógamo, queda siempre la mujer en un estado de inferioridad con relación a los demás. Encerrada completamente tiene que aceptar llevar una vida de prisión perpetua, sin poder disponer de sus bienes, que por otra parte nunca los posée, ni de su persona. porque el marido libre, por lo demàs, de cohabitar con otras mancebas, puede siempre cederla a otro pariente o amigo, temporal o definitivamente, sea para asegurar la perpetuidad comprometida de la familia, sea para un mero pasatiempo de deleite. Es, en suma, el adulterio socapado y hasta impuesto por esas nefandas costumbres.

390 Pero este estado de cosas para la mujer, aún en la clásica Grecia y la civilizada Roma, viene a ser màs detestable al contacto del Oriente vencido. En todas las clases de la sociedad, cunde como una plaga social el celibato egoista, y la depravación de la mujer infunde terror aún a los que quisieran contraer matrimonio. En vano los Augustos, interponiendo el patriotismo para la conservación de las familias y del Estado, dictan leyes para favorecer las uniones y su fecundidad, para castigar a los célibes y recompensar a los que fueran generosos en procrear ciudadano para la sociedad. Todo es inútil. El mal no hace sino agravarse. Uniones pasageras son todos los matrimonios; y el divorcio y el adulterio vienen a ser cosas tan corrientes, que al decir de Juvenal: «aún el verde ramo colocado a la puerta de los recien casados no tuvo tiempo de marchitarse, que ya el lazo de unión matrimonial había desaparecido»; o como dice Séneca hablándo de las matronas romanas, «contaban sus años por el nùmero de maridos que tuvieron». Hipérboles, si se quiere, pero que en el fondo encierran una triste verdad.

391 No son, pues, fábulas, el que la mujer de ese tiempo se abandone a todos sus desenfrenos y brutalidades para satisfacer sus insaciables apetitos bestiales. Son innumerables las Mesalinas y Poppeas, cuyas obsenidades nos llenan de horror y de estupefacción; por miles se cuentan las jóvenes, que como abejas, dice Juvenal, corren a los círculos, con el olvido de todo y de la vergüenza. No se tenía entonces, dice Tito Livio, la menor idea que la suerte de estas pobres criaturas fuese suceptible de mejoramiento. Tal es el estado de la mujer pagana.

392 ¿Y el Niño? No le cabìa mejor suerte. «Esta débil y delicada criatura. que para defenderse no tiene más armas que su inocencia y sus lágrimas», caía bajo el imperio de su padre. que tenìa derecho de vida y muerte sobre él. Era el objeto del desprecio de los grandes, tanto que Platòn muy tranquilamente se atreve a escribir que «no se debe conservar sino a los sujetos escogidos, a fin de que el rebaño no degenere»; y Aristóteles que «no hay que temer el abandonar a los niños raquíticos y deformes». Tales opiniones son sancionadas por la ley misma.

393 En Esparta, permite la ley arrojar a los niños débiles y disformes; en Atenas, lo entregaban a la voluntad del padre, de modo que podía anticipar su destrucción a su nacimiento. Las de Roma son casi semejantes. En Amèrica hemos encontrado, en el capítulo anterior, algo semejante entre las tribus orientales. Si no destruyen a esas débiles criaturas en su nacimiento, las exponen en las vìas públicas, en las cloacas, o las encierran en los establos con los viles animales. Si por un momento alguien se ha compadecido de ellos conservándoles la vida, es para hacerles el objeto de su lucro, rompiéndoles al efecto las piernas o los brazos, o arrancándoles los ojos, para mover de este modo a compasión y mendigar más facilmente con medro de sus dueños.

394 Cuando no es la exposiciòn, es la venta, que, crueles padres no retroceden ante un interés egoista. En todos los mercados se encuentran niños de venta, que, una vez comprados, ya crecidos tienen que trabajar en provecho de sus dueños, so pena de privación del preciso alimento o de un recio vapuleo. ¡Desgraciado si una prematura enfermedad presenta algunos síntomas alarmantes! Los unos son entregados en pasto a las bestias salvajes, los otros arrojados a los ríos. En Esparta se les arrojaba en un bache cerca del Taygeto, en Roma se muestra aún ese lugar tristemente célebre de aguas estancadas, entre el Tíber y el Aventino, llamado Velabro, donde se los enterraba como en un pudridero. ¡Pobres niños! Nunca ante sus rostros brillarón las sonrisas, ni las delicadas ternuras de su legìtimo hogar.

395 Descendamos un poco màs en la escala de la Sociedad, lleguemos al obrero, que no es otro sino el esclavo. Se extremece uno al leer los inauditos sufrimientos de estos seres, tratados poco menos, y quizás menos que las bestias mismas. Desde el lejano Oriente, la China, la Persia, la Asiria, Babilonia, Egipto, Grecia, Roma, Amèrica, hasta los pueblos bárbaros, en todas partes sufren lo indecible. Ya son los vencidos que sin ninguna conmiseración, o son pasados a la cuchilla del vencedor, o se les revienta los ojos para que sirvan de hazme reir a sus dueños, o se les destinan a ser las víctimas de los sacrificios a sus dioses, como en Mèxico y los pueblos similares, o se les condena a penosas faenas; ya son los libres que capturados por otros, son puestos al tráfico en pública subasta. Por miles se cuenta en la Asiria, en el Egipto, en la Grecia y en Roma. Mario entrega a la subasta 140.000 Cimbrios; de una ciudad de Cilicia, en tres dias de venta de prisioneros percibe Ciceron 2.500.000 sestercios, casi el equivalente en bolivianos; Pompeyo y César se alaban de haber vendido y dado a la

muerte a tres millones de hombres; Pompeyo separadamente extermina a 5.000 espartacos esclavos. En la època de Augusto un oscuro individuo a quien la guerra había arruinado, deja todavía a su muerte 4.000 esclavos. Lo que poseerìan los ricos...!

396 Se les obliga a llevar un vestido ridículo en ciertos días de fiesta se les exita a beber hasta el exceso para que el espectáculo de su embriaguez engendre la aversión en los hijos de los libres; son el objeto de una vigilancia extremada, y porque su número aumenta continuamente, se les tiende asechanzas para que perezcan; se les da la muerte al menor pretexto y se llega a la bárbara institución de la *«criptia»*, que, al decir de Aristóles, es una carnicería periódica de ilotas, de la que estan encargados todos los años los jóvenes de Esparta.

397 No tiene el esclavo ni derecho sobre su vida, pues que hay esclavos gladiadores, cuyo oficio es el de matarse reciprocamente. No tienen ningún derecho sobre sus personas, porque es el amo el que dispone como mejor le place.

398 ¡Ay de las pobres esclavas! porque están a la merced de sus señores y señoras, que pueden abusar de ellas a su capricho, para la satisfacciòn de sus innobles pasiones. No tienen derecho de familia, ni poder sobre sus hijos, son considerados como bestias, y el fruto de su uniòn, como el de los animales. Su unión no lleva el nombre de matrimonio, porque la ley no le reconoce ninguna prerrogativa, ni es dueño de elegir a la que ha de ser compañera de su vida, sino que todo ha de someterse al capricho del déspota, que se dice su amo. Cuando su fecundidad es importuna, dueño es el amo de arrojar a los recien nacidos, o quitarles la vida, o prevenir a su nacimiento.

399 Así el esclavo es rebajado al nivel de los brutos, o de un mueble o trasto cualquiera, despojado

de todas las prerrogativas de la personalidad humana: «*cellis servilibus extracta còrpora*», dice Valerio Màximo, cuerpos despojados de habitaciones serviles e., e., cuerpos sin alma.

400 No es, pues, extraño, que tan infelices criaturas llegasen a los accesos de la desesperaciòn, recurriendo las más de las veces al suicidio, para aminorar sus males; atentando frecuentemente a la vida de sus señores y amenazando con sus rebeliones a la ciudad misma, que más de una vez se vió en peligro, como cuando 70.000 partidiarios de Espartaco pusieron en derrota a varios ejércitos romanos, viniendo a ser el terror de los ciudadanos libres.

401 La hora de la Redenciòn no había aún llegado y las pocas tentativas que se emplearon para el mejoramiento de su suerte fueron infructuosas e incapaces de remediar tanto mal.

402 Fué necesario que el Hijo mismo de Dios, decendiendo desde las alturas de su gloria se humillara abajándose a tomar las formas de esclavo, para levantarnos hasta sí, según se expresa San Pablo.

LA DOCTRINA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

403 Para levantar a esta humanidad caida y desgraciada; para sacarla de la miseria en que yacía; para elevarla a su primera dignidad; para enseñar al Estado su verdadero fin, para mostrar a la familia su orígen y su término; para nivelar la condición de la esposa con respecto al varón; para hacernos amar en el niño la inocencia y ternura infinitas de Dios mismo: venía ese divino Salvador con un programa que iba a transformar toda la humanidad, con una doctrina su-

blime que iba a ejercer su influjo social en todas las esferas de la Sociedad, perpetuándose ese mismo influjo a travez de los siglos, por medio de la Iglesia, hasta la consumación de ellos.

404 ¿Qué enseñaba, en efecto, el Divino Maestro? Introducía a sus discipulos en los senos mismos de la divinidad, mostrándoles nuevas perspectivas y doctrinas, que jamás sospechara con sus pobres luces la razón.

405 De Dios, les enseñaba quièn era y còmo era. Uno en esencia, trino en persona, jamás necesitaba Dios del mundo y de sus criaturas para su felicidad, porque la tenía en sí mismo completa. Y al no existir el mundo no dejara por eso de ser eternamente feliz en la trinidad de su persona. Si creó al mundo, lo creó por un acto de benevolencia, y un acto de suprema bondad, queriendo cumunicar a las criaturas razonables la participación de su felicidad, hacerlas felices como él. Creó el mundo y todas las cosas. Creó al hombre, su criatura de predilecciòn, pero èste le fué desobediente. Pecò. Y su pecado le perdiera para siempre, si el mismo Dios que lo hizo, no le rehiciera de nuevo, como se expresa San Agustín. En sus supremos consejos quizo que la segunda persona de la Trinidad viniese a salvarle y salvarle de un modo tan extraordinario.

406 Se hizo hombre, vivió como hombre, enserrado en el silencio por espacio de 30 años, sufrió como hombre, trabajó, lloró como hombre, murió en infame madero como hombre: pero hombre-Dios. Con todo ello salvó al hombre.

407 Más aún, no contento con todo èsto, quiso la vispera de su muerte, en un prodigio maravilloso de amor y sabiduría, darse a los hombres, y quedarse con ellos hasta la consumación de los siglos.

408 Después de su muerte salió triunfante del sepulcro, venciò a la muerte, reviviò para no morir nunca más.

409 Selló con esto su doctrina admirable, pues un hombre que anuncia que ha de morir, y que por sí mismo ha de volver a revivir, porque él se dice Dios y lo cumple, no puede menos de ser Dios. Cristo resucitado no muere más, su triunfo de la muerte es para él triunfo de su doctrina, es para él, triunfo de todos los que han de abrazar su doctrina.

410 Con toda razón decía San Pablo, si Cristo no ha resucitado inútil es nuestra fé, inútil nuestra esperanza, somos los más miserables de los hombres; comamos y bebamos, que no nos queda mejor que hacer. Pero si él ha resucitado, nuestra fé tiene el más inconmovible fundamento, y a semejanza suya todos resucitaremos, unos para la felicidad, otros para el suplicio, porque el mismo Jesús lo ha dicho.

411 Doctrina sublime, si la hubo alguna vez, doctrina llena de las supremas esperanzas, que continuamente angustian al pobre corazón humano, doctrina que satisface a sus ansias de felicidad, de inmortalidad y vida perdurable, en unión de sus semejantes.

412 Todo esto predicó y enseñò Jesùs a sus apóstoles, y todo ello ha de realizarse, porque lo ha dicho él, porque èl es Dios y porque lo ha probado con su vida. Y si se quiere mayor prueba, no hay otra mejor, que, a pesar de los embates furiosos de persecuciones con que quisieron destruir la instituciòn, que Jesús fundara en la tierra, ella permanece aún de pié, la Iglesia Católica. Hace veinte siglos, que ella continua siempre fecunda, siempre llena de vida, siempre una, siempre santa, aunque los hombres que la componen no siempre lo sean. Y permanecerá así hasta que de nuevo vuelva ese mismo Jesús. Y su influencia se ejercerá en todos los tiempos y en todos los

lugares: influencia benèfica e imperecedera, porque está fundada en la mismo doctrina del Salvador.

413 Efectivamente ¿qué enseñaba a sus discipulos, y en ellos, a la humanidad con respecto a la Sociedad de esta tierra?

414 Enseñábales a no reconocer otra divinidad que la del Padre Celestial. A nadie en la tierra, les decìa, habeis de llamar padre, porque no teneis sino un solo padre, que está en los cielos. Y a nadie llameis maestro, porque no teneis sino un maestro que es Cristo (*Mat. XXIII, 9-10*). Con una sola palahra hechaba por tierra las pretendidas distinciones de que tan ávido era el mundo antiguo y lo es el mundo moderno.

415 Enseñabáles así mismo, a quien sobre todo uno ha de temer. «No a los que matan el cuerpo y después de esto no tienen otro poder; os voy a mostrar, decía, a quien debeis temer: a aquel que, muerto el cuerpo, tiene todavia otro poder, el de echar el alma al fuego del infierno, a èse os digo temed». Y como eco de las palabras del Maestro repiten los Apòstoles, antes las autoridades de su nación. «Si es justo obedeceros a vosotros antes que a Dios, juzgadlo vosotros mismos en su presencia, pues conviene que obedezcamos antes a Dios que a los hombres». *(Act. Apost. IV 19, V.29)*.

416 No que el Divino Maestro tuviese en menos a la Autoridad o prescribiese el no someterse a ella, sino más bien lo contrario, especificaba los atributos de la autoridad terrestre y los de la celestial. «Dad al César, decía, lo que es del Cèsar y a Dios lo que es de Dios». A Dios, y a él solo el honor, la gloria, el sacrificio de su personalidad y la obediencia absoluta, porque él solo merece, él solo es el que Es, todos los demás son nada en su presencia, porque él solo puede devolverlo con creces y èl solo en retorno de tal sacrifio dar una perfecta y cumplida felicidad

eterna. Al César, lo que es del César: o como explica el Apóstol: «pagad a todos lo que debeis: al que tributo, tributo; al que censo, censo; al que temor, temor; y al que honor, honor». Y comentando aquellas mismas palabras del Salvador decía el mismo Apóstol: «Sométase a las potestades constituidas toda criatura, porque no hay poder sino el que viene de Dios y los que existen son ordenados por él. De modo que quién resiste a la autoridad, resiste a la órden de Dios, y los que la resisten se atraen a sí mismos los castigos. Es el ministro de Dios para el bien. Estadle, pues, sometidos, no solo a causa de su enojo; sino sobre todo a causa de vuestra conciencia». (*Rom. XII*).

417 Con tan sencillas palabras estableció el Divino Maestro el orígen y el fín de la autoridad. A cerca de su orígen no solo los apóstoles lo enseñaron, sino que él mismo en presencia de Pilatos le decía: «Ningún poder tuvieses sobre mí, si no se te hubiese dado de lo alto». Luego su poder le viene de Dios. A cerca de su fín, lo dice San Pablo, *Dei enin minister est tibi in bonum*», es el ministro de Dios para el bien. Asì condena la omnipotencia del Estado, que no es él, el Dios, a quien se ha de sacrificar. Así también prescribe a los súbditos la obediencia, ya que la autoridad es querida por Dios, y es una participaciòn de su poder. Condena la insubordinación, pues añade el apostol, eco del Maestro: «màs si obrares mal, teme, porque no sin razòn maneja la espada, siendo él el Ministro de Dios, el vengador de su ira para con aquel que obra mal». (*Roman. id.*).

418 Nunca en la antigüedad los más grandes filósofos, ni en la moderna los utopistas como Rousseau, habían asignado al Estado tan noble orígen, ni fin, ni inculcado tan profundamene el respeto y la obediencia que se le debe.

419 ¿Qué no había de enseñar el Dino Maestro con respecto a la familia, el primer núclo de la socie-

dad? «Habeis oido a los antiguos que se les dijo, enseñaba, cualquiera que repudiare a su mujer, déle una escritura de repudio. Más yo os digo que cualquiera que repudiare a su esposa a no ser por fornicación, la expone al peligro de pecar, y el que se casa con la repudiada, comete un adulterio». *(Mat. V 32).*

Y respondiendo más tarde a una cuestión al respecto añadía: «No habeis leido que el que al principio hizo al hombre, creò al varón y a la mujer? Por lo que abandonará el varón a su padre y a su madre y se reunirá a su esposa, y seràn dos en una sola carne: pues lo que Dios ha reunido, no lo separe nadie». (*Mat, id. 19*).

420 De este modo restablecía su santidad primitiva, reprobaba y condenaba por la base el divorcio, ponía a los esposos en el mismo pié de igualdad. Enseñaba a las futuras generaciones que Dios mismo fué el autor de esa unión, la que elevaba el Divino Salvador al rango de Sacramento: condenaba y reprobaba aquellas desuniones que no eran sino meros adulterios, porque una vez unidos por Dios nadie era capáz de desunirlos, para poderse unir con otros. No tiene cabida en la doctrina del Salvador el divorcio, es proscrito por su divina autoridad. Varon y mujer están en un mismo pié de igualdad: son dos, pero en una sola carne, si alguna preferencia hay, es la de la mujer que ha de ser buscada por su esposo.

421 ¡Que distinto se nos presenta y que sagrado aparece en la doctrina del Salvador la familia cristiana comparada con la familia pagana! Qué aureola de santidad y simbolismo no encierra, cuando oimos a San Pablo estas palabras: «el varón es el jefe de la mujer, como Cristo lo es de la Iglesia. el salvador de su cuerpo. Pero como la Iglesia está sometida a Cristo, así las mujeres lo están a sus maridos en todo. Varones amad a vuestras esposas, como Cristo amó a la

Iglesia y se entregó por ella a la muerte..amadlas así como a vuestros propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sì mismo, pues nunca nadie aborreció a su propia carne, sino que màs bien la alimenta y protege, como Cristo a su Iglesia». (*Ad Ephes V.*).

422 ¿Cuando la antigüedad escuchò semejantes acentos? ¿Cuando la mujer se vió de tal modo honrada y amada con tanta predilección, que diariamos, llegó a una suerte de culto, en las épocas de fé, de aquellos de nuestros padres que nos trajeron la luz del Evangelio?

423 Y no solo la mujer esposa fué la habilitada por el divino Salvador, Son las pecadoras que tienen acceso a su corazón.¿ Con què infinita ternura no acoge a la Magdalena? ¿Con què exquisita sabiduría no instruye a la ruda y pecadora Samaritana, descubrièndole secretos, que no lo hiciera tan claramente al pueblo judio? ¿Con qué infinita bondad no acoge a la adúltera y se hace su defensor ante sus acusadores? No. En el concepto de Jesús, no es la mujer un ser inferior al hombre, ni destituido de inteligencia, como nos lo presenta la antigüedad pagana.

424 ¿Dónde encontrar acentos para pintar su infinita ternura para con los niños? «Dejadles», dice, molestándose de que sus discípulos alejasen a esos grupos de estrellitas que rutilantes se desprenden de un hermoso cielo y pasan fugaces como aquellas, «dejadles que se acerquen a mí y no se los impidais, porque de los tales es el reino de los cielos». (*Luc. XVII*).

425 Siente oprimido su corazòn, cuando en lontananza contempla a los profanadores de esas inocencias. Rayos de maldiciones salen de sus labios para estigmatizar a los criminales: «Ay de aquellos que escandalizaren a uno de estos pequeñuelos, que en mí creen; más les valiera que atados en el cuello a una piedra de molino, fuesen precipitados en el abismo del

mar». Y para encarecer aún más cuànto ama a esos pequeñuelos se identifica con ellos al decir «cualquiera que recibe a uno de estos pequeñitos que en mí creen, a mí me recibe». Y estas palabras y esta conducta del Divino Salvador para con los pequeñuelos, hace brotar en la Iglesia, a travéz de los siglos, esas instituciones benèficas en que se alberga y educa a la niñez; esos orfanotrofios, en que los huerfanos y víctimas del crímen de desnaturalizados padres hallan el amor maternal de esas doncellas que se consagran a aliviar las desgracias de la niñez desvalida; esas cunas de niños donde por millares encuentran los pobres expòsitos, si no siempre la vida del cuerpo, por lo menos aquella más preciosa, la del alma.

426 ¿Qué iba a decir el Divino Salvador de esa pobre multitud que se llama el obrero o la plebe, que en la antigüedad pagana es el esclavo?

427 Aunque de linage ilustre por sus antepasados, quiso el mismo Jesús salir de sus rangos, al elegir que fuera pobre la que le diera el ser de hombre, obrero su padre adoptivo; el mismo pasar como obrero e hijo de obrero, empleando treinta años de vida oscura e ignorada de los hombres en ganar el pan con el sudor de su rostro, para sí y su Santísima Mádre. «Por nosotros se hizo pobre, dice San Pablo, siendo él rico a fín de que por su pobreza vengamos a ser ricos».

428 Entrado en su vida pública, sus preferidos son los pobres, los pecadores, los artesanos. A ellos es la buéna nueva: *evangelizare pauperibus misit me Dominus*, es el distintivo de su misión, según las palabras del profeta Isaias, que el mismo se las aplica,

429 Para poner al alcance de su débil inteligencia encierra los más grandes misterios en símiles y comparaciones, que todos entienden. Ya es el reyno de los cielos como un campo en que el sembrador deposi-

ta su semilia, que produce a veces el ciento por uno, u otras es estéril; ya son los misterios de la eleción y preferencias divinas o los insondables abismos de la gracia que están encerradas en las sencillas parábolas del padre de familia, que sale a contratar obreros para su viña; ora las inefables ternuras del Padre Celestial para con el pecador o su esmerada solicitud para que no se pierda, representadas en la parábola del Hijo Pródigo y de la dracma perdida; ora su infinito amor para con la humanidad culpable, dándole a su único Hijo, representada con tanta maestría. en los traidores inquilinos viñeros, que dan muerte al hijo del rey. Y de este modo va proponièndoles todas las verdades. que eran necesarias para su salud y la nuestra.

430 Ni el cuerpo mismo está exceptuado de sus cuidados: «Señor, le dice el Centurión, mi siervo se halla postrado, aquejado de una parálisis. Voy yo, le responde, y le he de curar». (*Mat. VIII 6*). No porque fuese siervo, piensa menos que ha de ser indigno de su visita, queriendo mostrar con esta conducta que vale tanto como una hija de un príncipe de Sinagoga, Jairo.

431 E iufluyò tanto este proceder del Divino Salvador en los Apóstoles, que para ellos, según el Maestro, no hay más preeminencia ante Dios de esclavo a señor. «No hay, dice San Pablo, ni griego, ni judío, no hay ni siervo, ni libre, no hay varón, ni mujer: todos sois una sola cosa ante Cristo, porque todos habeis sido bautizados y revestidos de él». (*Gal. III 28*). De ahí también esa solicitud de los apostoles para con los esclavos cristianos y esas continuas exhortaciones a sus amos para mejorar su suerte: «Vosotros amos, dice el apostol de las gentes, comportaos con vuestros siervos como ellos os sirven, dadles su ganancia, acordaos que el Amo de ellos, como el vuestro está en los cielos y no hay ante él acepcion de personas». (*Ephes. VI 9 Col. IV. 1*).

432 Asì la doctrina del Divino Maestro, al mismo tiempo que nos mostraba nuestros destinos eternos, mejorò todas las condiciones de la sociedad y proporcionò la solución de los más angustiosos problemas políticos, sociales y econòmicos.

433 Al Estado dijò: No sois el dios, pero teneis la autoridad de Dios, sois sus ministros; a los súbditos, obedeced y respetad a su autoridad, no solo por el temor del castigo, sino por deber de conciencia; a la familia: teneis iguales derechos ante Dios, vuestra unión es santa y nadie, ni vosotros mismos, podeis romperla; a los niños, son los dueños del cielo, yo estoy con ellos, y en ellos; a los esclavos, no os preocupeis de vuestra suerte, pero si podeis ser libres, no lo desdeñeis. (*Col. VII 21*).

434 Para dar, en fín, una solución a los problemas económicos, dìjo a los ricos que se apegaban a sus tesoros terrenales: «Con cuanta dificultad entrarán los ricos al reyno de los cielos, es más fácil que páse un camello por el fóramen de una aguja, que no aquel entre en el reyno de Dios» (*Luc. XVI*I). Y encareciendo sobre esto añade el apostol: «La raiz de todos los males es la codicia, que muchos deseándola se han separado de la fé, pues los que quieren ser ricos caen en tentaciones y en el lazo del diablo, en muchos deseos inútiles y nocivos, que precipitan al hombre en la muerte y en la perdición». (*Timo.* VI 9).

435 Y para que sean generosos les dice el Salvador: «Al que te pide dale, y al que te pide en préstamo no le rehuses», Mat. V 42). «No atesoreis en la tierra donde el orín y la pollilla lo devoran y donde los ladrones lo desentierran y roban. Atesorad más bien tesoros en el cielo, donde ni el orín ni lá polilla lo corroen, ni los ladrones los desentierran y los roban». (Mat. VI 19).

436 A los pobres, empero, para que no codicien las riquezas de los ricos les llama: «felices los pobres de espíritu porque de ellos es el reyno de los cielos». (id. V 3). «Buscad primero el reyno de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura». Dejándoles entrever la felicidad que les espera si con resignación sufren las penas y pruebas que el Señor les envía, les muestra en una conmovedora alegoria los sufrimientos del rico avaro epulón, y la felicidad del desgraciado leproso, el pobre Lázaro, que sentado a su puerta mendigaba el pan. Aquel, en el infierno donde ni una gota de agua que apague su sed, èste en el seno de Abraham feliz y consolado.

437 En fin para exaltar más su dignidad de pobres se idensifica con ellos y recibe como un beneficio hecho a su persona todo, lo que hicieren son ellos. «Tuve hambre, dirá en el último dìa, y me diste de comer; tuve sed, y me diste de beber; y estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la càrcel y vinisteis a consolarme». «Cuando Señor lo hicimos eso? diràn los felices bienaventurados. Os digo en verdad, responderá el Salvador, cuando lo hiciste con el menor de mis hermanos con migo lo hicisteis». (Mat. XXV).

438 Así su benèfica influencia se ejercitó en todas las òrdenes, absolutamente en todos, porque venía a salvàr a todos; en todos los tiempos, que vinieron después de él se marcó aùn más esa influencia y seguirá acentuándose mientras exista la Iglesia depositaria de esa doctrina.

LA IGLESIA A TRAVES DEL MUNDO

439 «Id por todo el mundo, enseñad a todas las gentes», había sido la consigna que diera N. S, J. C. a

sus apòstoles, y poniendo en ejecución esas divinas órdenes, comenzaron la predicación de la buena nueva en Jerusalem mismo, ganaron la primera vez tres mil convertidos, y cinco mil la segunda.

440 Parece que providencialmente quiso Dios que se reunieran los habitantes de las distintas naciones: Partos, Medos, Elamitas, habitantes de la Mesopotamia, Judea, Capadòcia, Ponto, Asia Menor, Frigia y Pamfilia, el Egipto, las partes de la Libia por el lado de Cirene, los peregrinos de Roma: oyeron la buena nueva.

441 Algunos años más tarde se suscita una violenta persecución en Jerusalem, y Apóstoles y discípulos convertidos se ven obligados a abandonar la Judea, dispersàndose por las regiones de Samaria y el extranjero, propagando el Evangelio en medio de los gentiles. (Act. II 8, VIII 1-11).

442 En esos dias hace la Iglesia una de esas conquistas que le vale miles de conversiones. Saulo, el perseguidor, es trocado en el instrumento elegido de apostol de las gentes. Consagrado con Bernabé, les envía la Iglesia de Antoquia a travès de todos los pueblos. El infatigable Pablo recorre todo el Asia Menor, fundando más de 20 Iglesias, de modo que en menos de 30 años, ha evangelizado a partir de Jerusalem hasta las regiones de la Iliria, esto es hasta las actuales regiones de Dálmatas, Croatas y Eslovenos y hasta las extremidades de Occidente, comprendiendo la España.

Hacía el año 59 dirige San Pedro desde Roma sus Epístolas a los fieles de Ponto, Galacia, Capadocia, Asia, Bitinia y Santiago a los fieles de la dispersión, que estaban diseminados entre el Egipto y la Caldea.

443 Antes de la destrucciòn de Jerusalem, en el año 70, los Apóstoles se han distribuido ya en el mundo a sus fatigas apostólicas. Pedro establece su sede en Roma, capital del mundo pagano, desde donde ejerce su influencia; Juan permanece en el Asia Menor, siendo el sostén de esas jóvenes Iglesias; Andrés penetra hasta los Partos, donde halla el martirio; Bartolomé se interna por las Indias, llevando la luz del Evangelio; Marcos evangeliza la Alejandría, y así los demás, cada uno llevado por el soplo de Dios.

444 La hora terrible de persecusiones estalla. Por miles sucumben los cristianos bajo la cuchilla del verdugo. Esos ríos de sangre son las fuentes que fecundan la semilla arrojada, que no va a tardar en levantarse vigorosa, fecunda, transformándose la pequeña simiente de mostaza en árbol corpulento, que extienda sus ramas por toda la tierra, a cuya sombra vengan a cobijarse las bestias de la tierra y posarse en ellas las aves del cielo, según lo declaró N. S. J. C.

445 En el siglo segundo tiene ya la Armenia numerosos cristianos y en el IV San Gregorio el Iluminador conquista al Catolicismo todo el país.

446 En el siglo III penetra la fé en Persia y tiene su jerarquía constituida en el siglo IV. La terrible persecusión bajo el reynado de Sapor ofrece al cielo más de 16.000 mártires.

447 En el Africa, que recibió ya con San Marcos en Alejandría el evangelio, se continuan las conquistas en el siglo IV,

448 Para instruir al pueblo en la fé aprovechan de su influencia dos jóvenes originarios de Tiro, Frumencio y Edesio, llevados como esclavos a la corte.

449 Lo mismo hace una esclava cristiana, Nunia, con respecto a la reina de Georgia a quien ha curado de una enfermedad, y la salud corporal de la esposa

provoca la espiritual del esposo, y a su ejemplo el pueblo entra en los rangos de la Iglesia.

450 Aunque herejes, siembran, con todo, la luz del Evangelio los Arrianos, de quienes primero lo reciben los Sabeos del Sud de Africa, y entran más tarde en el seno de la Iglesia verdadera, gracias sobre todo a los trabajos de Simeón Estilita y los monjes del monte Sina.

451 También la China desde 636 oye la felíz nueva y el nombre del Salvador, merced a los herejes Nestorianos.

452 Llega la època de las grandes invasiones, y Visigodos, Borgoñeses, Vándalos, Ostrogodos, Lombardos y Francos entran a porfía en el seno de la Santa Iglesia.

453 En el siglo VII recibe la Gran Bretaña a su primer apóstol, S. Agustín, enviado por Gregorio I.

454 Irlanda, la Isla de los Santos, se halla adelantada ya, dos siglos antes, en recibir la buena nueva de los labios de Paladio, enviado por Celestino I, pero solo con su apostol S. Patricio se efectuaron las conversiones en masa.

455 En el mismo siglo los Pictos, emigrados de Noruega a la Escocia, reciben el Evangelio, del Obispo Ninia.

456 Solo en el siglo VII, y sobre todo en el VIII con S. Bonifacio, entran los Germanos en los rangos de la Iglesia.

457 Desde entonces avanza siempre la difución del Evangelio, con pasos de gigante, a pesar de los múltiples obstáculos, que encuentra.

458 Frisones, Saxones, Escandinavos, Dinamarqueses, Suecos, Noruegos, Islandios, Croatas, Carintios, Servios, Bulgaros, Bohemios, Polacos, Húnagaros y Rusos: oyen todos la buena nueva y según la medida de los dones de la gracia que reciben, entran más o menos numerosos en el seno de la Iglesia.

459 Sobreviene la terrible època de las grandes agitaciones en el regazo de la Iglesia de Cristo. La falsa reforma desgarra la túnica inconsútil del Nazareno, y un fraile insubordinado, Lutero, arrastra tras sí, pueblos enteros fuera de la verdad divina.

460 Pero al mismo tiempo se abre tambièn para la Iglesia el gran periódo de las Misiones lejanas.

461 Un ilustre navegante de Génova, en su genio abrazador, descubre Nuevos Mundos, que también ellos recibirán la verdad del Evangelio.

LA OBRA DE LOS SACERDOTES Y RELIGIOSOS

462 Y esta prodigiosa difusión se hizo siempre y en todas partes merced a la predicaciòn de sus Sacerdotes y Religiosos.

463 Por más de que la malignidad se haya encarnizado contra el celo, abnegación y desprendimiento de tantos Misioneros, que abandonando su país, su familia, sus comodidades y todo lo que tenían, se consagraron a esa obra de evangelizacion, queda siempre de pié ante la faz del mundo, que en medio de los Judas, que tampoco han faltado, ese sublime heroismo del Misionero Católico.

464 Para concretarnos a Amèrica, cabe hacer notar aquí, que no hemos de ocultar ningún defecto, cuando aquel exista, que no hemos de justificar ninguna falta, cuando ella merezca ser condenada, y que, como historiadores imparciales hemos de anotar las sombras que han afeado el hermoso cuadro de santidad de la Iglesia. Ésta nunca ha necesitado de las connivencias de la mentira, para aparecer con todas las gracias, que le revistiera su Fundador Jesùs. Si sus Ministros prevaricaron, si se dejaron llevar por la avaricia y la codicia, si pagaron el triste tributo de

las debilidades humanas, cuando ellas nos lo sean conocidas y nos conste por documentos o testigos fidedignos, hemos de condenarlo a voz en grito.

465 Pero cuando todo sea calumnia y no existan pruebas fehacientes o los documentos en que se apoyan sean contradictorios, hemos de hacer notar lo tendencioso de algunos historiadores para denunciarlos por su parcialidad y antipatías anticlericales.

466 Hecha esta declaratoria, no hemos de negarlo, que al principio de evangelizaciòn americana no han faltado sacerdotes indignos, llenos de ambición y de codicia, que mezclados a la turba de desalmados invasores, en nada se distinguìan de los soldados, que abusando de sus fuerzas y de su superioridad intelectal sobre los indios, aprovechaban para cometer contra ellos toda clase de desafueros. No hemos de negarlo que la codicia acallaba muchas veces las voces de su conciencia sacerdotal, y se vieron muchos casos, como los de Juan de Quevedo, Obispo de Castilla de Oro, Juan Díaz, conspirador contra Cortés, Valverde añade Miguel Lobo, en su *Histaria General de las Antiguas Colonias Hispano Americanas, Tom.* I *pag. 39*, que prevaricaron de su misión sacerdotal.

467 En cuanto a Valverde, nos reservamos discutir ampliamente más adelante, si merece el que se le envuelva en la misma condena que a los demás.

468 No hemos de negar tampoco, que, sobre muchos clèrigos del Coloniaje recaían todas las taras de ignorancia, crápula y corrupciòn, de que no estaban exentos los Clérigos de Europa en el siglo XV, XVI y XVII, en todas las naciones civilizadas, sin exceptuar Francia, mucho menos la Católica España.

VISIBLE ACCIÓN DE DIOS

469 Aquí lo maravilloso de la acción de Dios por el bien de las almas, que a pesar de tantas taras,

tantas manchas, se ha realizado sin embargo la obra de civilización, que emprendía la Iglesia con tan deficientes elementos.

470 La converción del paganismo tenia por lo menos ante su vista el maravilloso ejemplo de virtudes de tantos santos y tantos mártires. La heroicidad con que impávidos se presentaban ante los tribunales y ante sus verdugos, porque estaban concientes de su superioridad moral y de su doctrina, ejercia sobre los paganos una fascinación que ellos mismos no podían comprenderlo y que a sus hombres de buena voluntad y rectitud de conciencia les hacía pensar y les hacía exclamar ¿«què clase de Religión es esa que produce semejantes personajes?».

471 Nada de esto había en América. Un misionero mexclado con los soldados invasores, que pensarían los indios, era tan desalmado como aquellos. Un religioso que predicaba virtudes elevadas y que sin embargo no lejos de ellos, advenedizos cometian los mismos crímenes que flagelaba. Se apoderaban de sus haciendas, de sus personas, de sus mujeres y de sus hijas. Se pasaban las noches y los días en bebendurrias y jugarretas, donde perdían por millones, con la misma facilidad que lo habían ganado. Vièneseno a la mente lo que con tanta tristeza escribe Garcilaso, de aquellos soldados, que después de repartirse los despojos del templo del Sol, en Coricancha, tocòle a uno la famosa imágen del Sol, evaluada en millones para esa época y la nuestra. El desalmado en la noche lo perdió todo en el juego, incluso la hermosa figura del Sol, que nos consideraríamos felices si hoy día la poseyéramos en nuestras manos. (Comn., Lib. III, cap. XX, d. la prim. part.).

472 Y todos estos y otros muchos crímenes que no describimos contrarrestaban a la acción del misionero, cuando su propia conducta no decia lo contrario

a la doctrina que predicaba. (Cf. Crescente Errázuriz. «Los Origenes de la Iglesia Chilena, pag. 10 ss.)

473 Fuè, pues, una maravilla el que hubiesen conversiones y es de admiración que a pesar de todo eso se hubiese implantado la Religión Cristiana, el que haya logrado, sino extirpar totalmente las costumbres salvajes, tantas crueles barbaridades, tantas supersticiones, por lo menos haya logrado iniciar una nueva mentalidad en las generaciones venideras. (1)

474 Seríalo más aún este influjo profundo que ha logrado implantar, si todos los misioneros y sacerdotes hubieran sido como las Casas, los Clavers, los Solanos, los Mogrovejos.

475 Si hemos hecho resaltar estas sombras, a fuer de imparcialidad, tampoco hemos de dejar de esfumar los cuadros que embellecen lo sombrío del panorama històrico de la acción de la Iglesia por medio del Clero.

IV

LA ACCIÓN BENEFACTORA DEL CLERO EN AMÉRICA

1º. Marchena

476 Ya los Americanos y el mundo en general debe eterno reconocimiento a un oscuro fraile, cuya acción e influjo fué decisiva en los destinos de Colón

---

(1) *Hay que hacer notar sin embargo, con la triste realidad, que ese trabajo ha sido las màs de las veces totalmente superficial. El cristianismo no ha penetrado*

y en los de América: el Padre Juan Pèrez de Marchena. (2)

477 Cúmplenos consignar aquí lo que un moderno historiador boliviano, Luis Crespo, ha dicho con tanto sentido de la realidad, estigmatizando a la vez las injusticias humanas, que reservan sus aplausos y sus monumentos para hombres que no han merecido, ni con mucho, lo que el humilde fraile franciscano. «el más decidido era el pudre Juan Pérez de Marchena. Este buen fraile franciscano, a quien la Historia agradecida elevará en sus páginas la estatua, que la irreverenciá de los hombres por las virtudes modestas no ha pensado todavia en elevarle, se propuso evitar la verguenza a su patria y a sus reyes». (Día Històrico, 17 de Abril).

2ᶜ. Las Casas

478 Si a Marchena se le debe reconocimiento, aunque su acción no haya sido personal en América, mucho deben, sobre todo, los indios al benemérito clérigo y después fraile dominico *Bartolomé de las Casas,* en quien se encarna el espíritu genuinamente Cristiano y Sacerdotal, en favor de la raza indígena, explotada, esclavizada y despreciada en ese entonces por

---

profundamente en el alma de los americanos, sobre todo en los indios sino en la periferia exterior. Su vida de cristianismo no es sino un paganismo disfrazado. Lo dirán los hechos que referimos después. Para muestra basta el hecho de que no hay entre los indígenas un solo santo o un solo mártir.

(2) *Hoy día la crìtica parece negar este influjo, porque parece que Marchena hizo muy poco.*

los rapaces, codiciosos y descristianizados conquistadores de esos tiempos.

479 Fué un prelado ilustre por su virtud y su ciencia. La calumnia, el odio, la venganza de aquellos contra quienes defendia a los indios se han cebado en su reputación, en su virtud y se han esforzado de todos modos en amenguar sus declaraciones, en vulnerarle con el dictado de loco, fanático, revoltoso, etc.

480 Sus obras históricas, principalmente la «*Historia General de las Indias*», que han contribuido al mejor conocimiento de las luctuosas épocas contemporáneas suyas, no merecieron tampoco por la injusticia de sus enemigos, los honores de la impresión, a pesar del tácito y unànime reconocimiento de su superioridad y veracidad, puesta en duda por sus enemigos, que cierto no faltaron exageraciones, pero obra importante, como lo demuestran todos los Historiadores subsiguientes, que a manos llenas se han documentado en sus fuentes y no han hecho sino repetir lo que él escribiò.

481 Esas injusticias humanas prueban la pequeñez y mezquindad de ánimo de sus enemigos, que lograron inficionar hasta al gremio de la Academia de Historia en España. La imparcial Historia no puede menos de entregar tales espíritus al baldón de la posteridad.

482 Es cierto que Las Casas a ser de carácter más conciliable y conciliante, menos intransigente y acre, más reposado y paciente, más profundo conocedor del hombre y de sus pasiones. obtuviera quizás lo que sus ruegos y continuos viajes a España no lo obtuvieron.

483 Plácenos reseñar por lo menos brevemente el estado de los indios de América después de la conquista y la benéfica influencia de Las Casas. Nuestra documentación está tomada de la misma Corresponden-

cia de las Casas, en el volúmen 7º de los «*Documentos Inèditos. . .al América*», Colección de Luis Torres de Mendoza. Sus relaciones las hemos cotejado con las relaciones posteriores del presbítero Gómez Maraver en el 1º de Junio de 1544 (Tom. 8, pag. 199 ss) y del bachiller Luis Sànchez del 26 de Agosto de 1566 (Tom. 11, pag. 163). La primera es demasiado declamatoria y se reduce a decir que los indios estan esclavizados. La segunda pone la mano en la llaga, es ponderada y dice las cosas con toda franqueza.

LAS ENCOMIENDAS

484 Comencemos por las tan famosas encomiendas, introducidas en la Española. Nos repartamos a aquel país, porque fué el modelo de lo que se hizo después en toda la Amèrica.

485 Al haber tomado posesión Colón de las tierras que descubría en nombre de los Soberanos de España, se comprometía igualmente en que las riquezas de que eran depositarias pasaran, sino en la totalidad, al real tesoro, por lo menos en la parte que le correspondía, como impuestos, gabelas, tasas y reembolsos de todos los gastos que habìa costado el descubrimiento.

486 Al principio impuso Colòn a los indios un tributo que debian pagar en oro y algodòn. Esta carga que la moderó después por la resistencia de los naturales, provocò en èstos una continua fuga, que llegò a un crecido nùmero de indios, hacia los montes, donde perecían por el hambre o la intemperie. Viendo lo infructuoso de este proceder optó por obligarlos al trabajo y cultura de los campos a fín de provocar por este medio el aumento de los vecinos sedentarios. Cualquiera de los indios que rehusara consagrarse a este gènero de ocupaciones era severamente castiga-

do, al que huìa y era cogido se le declaraba esclavo perpetuo.

487 En 1499 comenzaron las distribuciones de las tierras entre los españoles. Estos pensarón que la tierra llevaba consigo todo lo que encerraba de animales, incluso a los hombres. Asì fueron considerados en el mismo nivel que las bestias. A su vez Colón distribuyó y marcó las propiedades que tocaban a los españoles, conforme a las facultades que le otorgaran las cédulas reales. Dotóles igualmente de cierto número de indígenas que debían labrar la tierra para sus nuevos señores.

488 Más tarde permitió el visitador Bobadilla el que pudiesen servirse de los indios en la explotaciòn de las minas, en lugar del cultivo del campo, el que sirviesen en toda clase de trabajos y granjerìas para sus dueños. Estas disposiciones fueron aprobadas por la Corona, según órdenes que recibió el Gobernadòr Obando.

489 A falta de disposiciones precisas para hacer los repartimientos había prevalecido la fórmula consagrada por el uso. «A vos N. N. se os encomienda tantos indios de tal cacicazgo, y enseñadles las cosas de nuestra fé catòlica». De aquí vino el nombre de «*encomiendas*», que ciertamente los agraciados pensaban en todo sobre los indios, menos en instruirlos a cerca «de las cosas de nuestra fé católica».

490 La encomienda era una fuente de enriquecimiento, porque cada indio representaba lo que en la antigüedad un esclavo, útil para explotarlo y para que diera el mayor rendimiento posible. Los rudos trabajos a los que se le sometía, la poca o ninguna atenciòn para su salud, mucho menos para su bienestar, la falta de alimentación suficiente en las faenas diurnas fueron la causa de que unos perecieran de hambre, otros por el cansancio y muchos huyeran a los bosques para libertarse de estos males.

MAL TRATO QUE SE DA A LOS INDIOS (1)

491 Según Las Casas he aquí las rudezas a las que se les sometía. A los trabajadores de minas se les hacía levantar muy temprano antes de la aurora para su ocupación, en la que se les detenia cavando, rodeado de piedras muy grandes, probablemente para que no se escapasen, lavando el oro hasta después de medio día, sin comer, ni haber bebido nada. Después de esta hora les daban de comer un poco de grano, algún *«casabi»* o maîz, en tan mínima cantidad que no parecía ración. Bebían agua mezclada con lodo y tierra. Volvíanles en seguida al trabajo hasta la noche, sin alzar la cabeza al cielo. Por la noche se repetía la

---

(1) El autor supone al lector bastante inteligente para no ver en las líneas que siguen sino la imparcial Historia de las desgracias y abusos que se cometieron en contra de los indios. Sería no haberle comprendido la idea el pretender que quiere denigrar a los españoles de hoy dìa. No pueden ellos ser responsables de las faltas de sus padres. De lo cantrario los mismos hispano americanos que llevamos apellidos legitimamente españoles, quedaríamos envueltos en la misma condena. Que los españoles de antaño hayan sido crueles en las Colonias, no arguye que los de ogaño sean lo mismo. Sería pura necedad el que algún español que leyere las lineas del texto mostrará alguna animosidad en contra del autor, como si con ellas quisiera deprimirle o despreciarle. No hacemos sino historia e historia, que no solo se apoya en las Casas, sino en los otros documentos emanados de religiosos que no se los puede tachar de parciales, pues que se trata de sus mismos connacionales y de su país.

raciòn del medio dia. Dormían en el suelo desnudo.

492 Las consecuencias no tardaban en hacerse sentir. Morían por miles. En la Jamaica morían los indios de hambre, porque no les daban de comer sino un poco de maíz, o un poco de ajos. La mayoría se escapaba a las pequeñas isletas que se encontraban en el mar. A las mujeres embarazadas o que criaban no les cesaban el trabajo del hilado de algodón, de cuyas consecuencias se enfermaban, se les secaba la leche y morían las criaturas.

493 Igual cosa practicaban con los niños y demás mujeres, tratados inhumanamente y sometidos a las raciones de hambre y a la faena de trabajos forzosos que les habían de conducir a la muerte. Los pobres indios eran los mismos, bestias de carga que llevaban sus fardos de dos y más arrobas por distancias de 40 a 50 lenguas, sin darles el alimento preciso. Les hacian trabajar hasta en los domingos y días de fiestas, mandándoles a las minas cargados de herramientas. Como los pobres indios no tenian nada que comer, pasaban la noche anterior al de la fiesta y el día entero en busca de alimento. Consecuencia fallecían de cansancio y de inanición.

494 Aquí cabe apuntar lo que escribieron tres monjes geronimos, en respuestá a los mandatos que recibieron de Cisneros, como excusa de no poder cumplir el cometido que se les confiaba ante los indios. Ello traduce la mentalidad de puro interés material de los que sobornaban a los mismos religiosos para hacer ineficaces las medidas de protección que quería dictar el gobierno del fraile Cisneros: «No se compadece multiplicarse los indios y aprovechar las rentas reales. Porque al presente trabajándo los indios todo lo posible, y no dándoles muy cumplido mantenimiento, las rentas reales tienen su cierta cuantía, la cual se disminuirá luego que se trate de quitarles el traba-

jo y mejorarles el mantenimiento. La empresa es imposible». (Colec. Muñóz vol., 7° per. totum, Mendiburo, verb. Las Casas, pag. 294). Oprobio para los que no se avergonzaron de escribir tamaño dislete.

ACTIVIDAD DE LAS CASAS EN FAVOR DE LOS INDIOS

495 Ante estas fatales consecuencias de todas estas desgracias para con los indios, el celo de Las Casas no quedó inactivo. Alzaba la voz contra los repartimientos, predicaba infatigablemente contra los abusos de los españoles, les amenazaba con las venganzas divinas y les mostraba el infierno como recompensa de sus injusticias y sus crueldades. Todo fué en vano, contra la codicia de los conquistadores no existían armas que fueran persuasivas para hacerles cejar de sus intentos. Su celo se estrellaba contra esa durísima roca. Sus gestiones ante la Corte tampoco tenían mejor resultado. El odio, la envidia, la calumnia, todas las armas ignobles que contra él exhibían sus enemigos, paralizaban su acciòn, oscurecían en el real Consejo el verdadero estado de las cosas, echaban una sombra sobre la justicia de èsta y hacía pensar en cierta aparente connivencia entre sus actos y las de sus representantes.

496 Las Casas se resolvió entonces a volver a España para alegar personalmente por sus indios. Pensaba valerse del influjo del arzobispo de Sevilla, Desa, y del confesor del rey, Matienzo, ambos dominicos.

497 Intertanto no habían dejado estarse mano sobre mano sus enemigos. Habíanle precedido los libelos difamatorios, tenían extremada confianza en la

protección del desgraciado Fonseca y del no menos codicioso Conchillos todos los que estaban interesados en la esclavitud de los indios.

498 Llegò Las Casas en Diciembre de 1515. Desgraciadamente Fernando V muriò el 23 de Enero de 1516. Sus gestiones quedaron suspendidas. Empero el cardenal Cisneros le acogió benévolamente, escuchó su exposiciòn. tuvo la altura de miras que requería el caso, desoyó a los calumniadores interesados y convino con Las Casas en que se proveerían al buen gobierno de los indios, conciliando su libertad y su conservaciòn con las exigencias pecuniarias de la Corona.

499 Las Casas no dificultaba a esta ùltima exigencia. El mismo se comprometía, sobre todo en su viaje del año siguiente 1517, en aumentar los haberes del tesoro real, con solo dejarle obrar a su modo con los indios, pero lejos de cualquiera intromisión de codiciosos españoles. Pidió al efecto 100 leguas de tierra firme, para que predicaran allí los frailes dominicos, sin azares, ni embarazos. Luego ensanchó su solicitud a mil leguas más a la redonda, comprometiéndose a entregar pacificadas las tribus en el espacio de dos años y hacer subir las rentas de la Caja reäl de 15 mil ducados a 60 mil. Tenía en la mente traer agricultores de España, valerse de unos 50 naturales a quienes se confiaría un título de nobleza y vestimentas especiales, con más los religiosos de Santo Domingo, podría llevar a cabo la magna empresa que meditaba. Todo fuè inútil. La codicia y el odio pudieron más, y los hermosos sueños se desvanecieron como en un cuento de hadas.

500 El acérrimo impugnador de este proyecto fué el Obispo Fonseca. Los demás adversarios se alborotaron, censurarón amargamente el plan propuesto, juzgáronlo descabellado, producto de un iluso y un

utópico, presentaron a los indios como supinamente ignorantes, brutos, estúpidos, incapaces de doctrina, ingratos, alevosos y viles. Llovían los memoriales a la Corte censurando el plan de las Casas y proponiendo otros, a su parecer, mejores que los del ilustre filántropo. En suma todo era estratagemas para impedir que se les obligase a desistir de los repartimientos, abolir la esclavitud, tratar bien a sus encomendados y cesar de explotarlos tan ignominiosamente.

OTRAS CONSECUENCIAS DE LAS ENCOMIENDAS

501 En 1508 se sumaban los indios de la Española en unos 60.000. Pocos años después las encomiendas hicieron bajar el número a 14.000. Las Casas dice cuando los españoles llegaron a Cuba, tratábanlos con cariño los indios, les daban su casa y su alimento. . . Cuando estalló un motín, de los indios apenas murieron 15 o 20; pero en los trabajos de las minas en tres o cuatro meses han disminuido en 100.000. Cifra exagerada ciertamente. Pongamos 10.000. Es enorme para tres meses. Más de 100 por día. . .!Y añade «a causa de que los indios no tenían mantenimientos», año y medio y más». No les daban lo suficiente, no tenían abastecimientos y se les obligaba a un riguroso trabajo. Por todo ello perecieron en tanto número». (*Tom. 7º, pag 6*)

502 De la isla Española decía, está completamente despoblada, cuando en antaño era un país tan rico y tan hábil, con ciudades florecientes al igual de Sevilla. Hoy dia, afirmaba, 50 hombres bastarían para tomarla. De su empobrecimiento pueda dar testimonio la mengua de la renta del tesoro por falta de indios.

503 Los oficiales de la Corona eran los que cometían mayores atrocidades y atropellos, mayores muertes con sus exigencias con sus crueldades y el hambre a que les sometían. Ellos guardaban mayor número para mayores granjerías y como eran empleados públicos, nadie les pedía cuenta, ni nadie se atrevía a reprimir sus injusticias.

504 En la isla de San Juán eran también los oficiales reales que hacían perecer a los indios. Uno de ellos había muerto a más de 200, de hambre, de malos tratos y de trabajos forzados. Las disposiciones reales habían ordenado que se diese a cada trabajador lo menos una libra de carne: él se contentaba con darles, menos mal, media libra. Estas iniquidades no había quien castigue.

505 En las islas de los Lucayos hicieron otro tanto de despoblar de sus naturales.

En Santo Domingo para remplazar los brazos que faltaban recurrieron los españoles a la isla de los Lucayos de donde sacaron unos 40 mil indios, dice Quintana en la vida de Las Casas. Éste añade que cincuenta de estas islas quedaron despobladas, muchas de ellas dignas de que tuviesen sus templos y se alabase allí a Dios.

506 Estos inauditos atropellos habían inspirado a los indios tanta aversión a los españoles, que cuando se les hablaba de cielo e infierno, decían que preferían ir al infierno para no estar con los españoles, que ir al cielo para estar en su compañía. En su embrutecimiento y odio que les habia inspirado la pésima conducta de los conquistadores, no sabían los pobrecitos lo que se decían.

507 Luis Sánchez dice: «De aquí viene que darè por cuenta mil quinientas y algunas más leguas des-

pobladas en las Indias por medio de españoles, que estaban llenas de indios: y en las màs de ellas no han dejado criatura, y en otra tan poca gente, que se puede llamar despoblada» (*Tom. 11, pag. 163*) «En estas guerras y jornadas, que llaman, en sola la gobernación de Popayán, después que yo he estado allá, he visto conquistar y poblar once pueblos de españoles con cada 20 o 30 leguas de término cada uno, y otras cinco jornadas; y en ello he visto, con estos ojos, cosas y crueldades nunca vistas, que no las sufriria al oir ningún cristiano, cuanto más a V. M.; pues que será en otras infinitas partes que lo he oido a personas que se hallaron presentes?». (*id., pag. 164*).

508 Entre los que oficialmente se distinguieron más por su abuso fueron los funcionarios Pasamonte y Conchillos, apoyados por el Obispo consejero Fonseca. Estos fueron los que fomentaban, autorizaban y cometían muchísimas maldades al respecto. Conchillos tenía a su cargo 1.100 indios, Fonseca 800 y asì los demás.

509 Ante los abusos extremados por estos funcionarios elevaron en sus sermones la voz de protesta los frailes dominicos, junto con Las Casas, estigmatizando la rapacidad, codicia y dureza de los españoles, porque con su conducta impedían tanto la predicación como la conversión de los naturales.

510 Era de esperar. Acusóseles de revoltosos, perturbadores del órden y turbulentos. Para justificarse de estos cargos, pasó el prior de los dominicos a España, junto con fray Antonio Montecinos, uno de los que más había condenado esos abusos.

511 En España, sea por influencia de los enemigos de los dominicos, sea porque los consejeros vacilaban en vender su conciencia al oro que venía de América, sea que al rey y al real Consejo importábales más las pingües ganancias que les venía allende

los mares, que no la suerte de los pobres indígenas, declaró la Corona, - Isabel la Católica tiempo há que había muerto, - «que los repartimientos se fundaban en la autoridad dada a los Monarcas de Castilla por el Sumo Pontífice, y en el dictámen de sabios teólogos y letrados; que de consiguiente, si cabía algún cargo de conciencia era del rey y sus consejeros y no de los que tenían repartimientos; y que los religiosos se moderasen en sus predicaciones». (*Mendiburu, verb. Las Casas, pag. 293*).

512 Ciertamente que este zafarrancho no era para recomendar al rey a la gratitud de la posteridad, ni para evitarle las sucesivas maldiciones que de los corazones oprimidos brotaban todos los días contra los comenderos, y contra los que encomendaban, ni para que la Historia pudiese en todo tiempo afirmar que la regia conducta para con los indios fué de todo punto intachable.

513 A suponer verídico que el Sumo Pontìfice hubiera concedido encomiendas, es evidente y clarísimo que el fin de ella no era la explotación de los naturales, ni el enriquecimiento de los encomenderos, sino su instrucción en las verdades de la fè. Los abusos que debieran resultar, ni el Papa, ni los teòlogos pudieron preveerlo. Al no dar fé a los religiosos, que con tanto interés pleiteaban por sus indios, se hacìa el Consejo real reo de connivencia y de socapamiento.

LAS ORDENANZAS EN FAVOR DE LOS INDIOS

514 Es verdad que los religiosos regresaron con ordenanzas favorables a los indios, que pudieran ali-

viarles en sus penalidades, si se las observasen; pero ellas quedaron letra muerta.

Las ordenanzas estaban concebidas en estos términos:

«Lo primero, que pueblos indios son libres y sus Altezas, que hayan santa gloria, los mandaron tratar como libres, que así se sabìa».

«Lo segundo, que se han instruido en la fé, como el Papa lo manda en sus bulas y S. S. A. A. lo mandaron por su carta».

«Lo tercero, que se les puede mandar que trabajen, pero que el trabajo sea de tal manera, que no sea impedimento a la instrucción a la fé o sea provechoso a ellos o a la república, o S. A. sea aprovechado y servido por razón del señorío o servicio que le es debido, o por esta manera tenerlos en las cosas de nuestra santa fé e instituciòn».

«Lo cuarto, que este trabajo o servicio sea tal, que ellos lo puedan hacer, y dándoles tiempo para rezar, ansin entre día, como entre el año, en tiempos convenibles».

«Lo quinto, que tengan casas e haciendas propias, la que pareciere a los que gobernaren, o que se les dé tiempo para labrar e tener e conservar la dicha tierra a su manera».

«Lo sexto, que se dé òrden como siempre tengan comunicación con los pobladores que allá van, porque con esto están mejor e más presto instruidos en las cosas de nuestra santa fè católica».

«Lo séptimo, que para su trabajo se les dé salario conveniente, y en esto no en dinero, sino en vestidos y en otras cosas para su casa».

515 Este ecuánime documento firman entre otros, Fray Tomás Duran, Fray Pedro de Coba Rubia, Fray Matías de Paz.

Hemos dicho quedaron letra muerta estas ordenanzas, como muchas otras, de las que decía Las Casas, «no se observan las leyes mandadas por S. S. A. A. ni ninguna de ellas, salvo aquellas que cumplen a los españoles tener más indios, porque de las que les son gravosas se hacen dispensar, y los que tienen indios a su cargo los tratan asperamente, usan mal de ellos, que los más mueren de las consecuencias».

516 Luis Sánchez afirma textualmente lo que sigue: «La causa de este mal es, que todos cuantos pasamos a las Indias, vamos con intenciòn de volver a España muy ricos, lo cual es imposible-pues de acá no llevamos nada y allá holgamos-sino a costa y sudor de los indios...!(Tom. 11, pag. 163). «La culpa de todos estos males cometidos en las Indias, a mi juicio, reparto yo en tre gèneros de personas, la tercia parte de esta culpa-y aunque le echara la mitad no errara-tienen todos los jueces eclesiásticos y seglares, desde el mayor hasta el menor que han estado y estàn hoy en las Indias, porque jamás han ejecutado a derechas, lo que el Consejo desde acá santamente les manda; ni las nuevas leyes, ni otras mil provisiones e instrucciones que para el buen gobierno de las Indias, cada día les envian; los unos, especial, inferiores, no lo hacen por estar hechos a la tierra y corrompidos con los comenderos, con codicias; los otros muy prudentazos, a los cuales alaban mucho por no ejecutar nada, dicen: «no conviene ejecutar, esto yo informaré a S. M., no es tiempo, no conviene para esta tierra, no lo entiende el Consejo». Y así se quedan los delitos sin castigo y no se ejecuta la justicia. Y por esto y no por otra causa se han levantado allá tantos tiranos en el Perú y otras partes; porque el fin de la justicia, bien vemos que es la paz, y los buenos jueces que hay, que son pocos como sus compañeros y todos son contra ellos, no prevalecen, ni llega su voto

al fogón, de todo esto pondrè grandes ejemplos que he visto». (id. pag. 168).

«La segunda tercia parte, continua el mismo Luis Sánchez, de la culpa de estos males, echo a todos los clérigos y frailes que están y han estado en las Indias, que por hacerse ricos se han conformado con todos los males que asuelan las Indias, y los confiesan y absuelven sin restituir lo que han hurtado a los indios y absuelven a los tiranos, dejándolos a todos en su propio estado, sobre sanándoles sus pecados». (id. pag, 169).

LAS CRUELDADES DE LOS ESPAÑOLES PARA CON LOS INDIOS

517 No se contentaban los encomenderos con explotar a los indios y abusar de sus sudores, sino que atentaban a lo más sagrado que tenían: su familia y su mujer. Les tomaban a éstas, afirma el mismo Las Casas, se las hacían servir de mancebas. Y si ellos protestaban cometían atropellos: les azotaban, les ponían en crueles prisiones, les llevaban a un nuevo género de suplicio que consistía en echarles humo por las narices al tiempo que les azotaban o empleaban otra clase de suplicios.

518 Con respecto a la clase de tormentos que imaginaban los españoles para tener sujetos a los pobres indios con el espectàculo de éstos y la perspectiva de los castigos, competian en diabólico ingenio de nuevas torturas con los mismos paganos del tiempo de Nerón. No se diría que a esos fieros pechos decendió jamás un apice de la compasión y dulzura que trajo el cristianismo para domar a la bestia humana.

519 Cuenta Las Casas que en la Española, la Jamaica y San Juán se cometían atrocidades con las mujeres y los indios. Un alcalde de esos azotó, un día, a un pobre indio, por un exceso que cometió, tan desconsideradamente y sin ninguna piedad, ni recuerdo de que era hombre, que a cada latigazo que daba brotàbale la sangre y se le desollaba la piel. El infeliz indio estaba amarrado a un árbol. Cuando por casualidad huia el cuerpo para evitar los recios golpes, caían desgajadas las cortezas del árbol o se hendían los azotes en el mismo tronco.

520 En la Jamaica se vió que tres españoles castigaban cada uno un indio con una tanda de azotes. Pareciòles tan poca la azotaina que comenzaron por quemarlos a fuego lento. Los desgraciados quedaron llagados y desfigurados.

521 Estas crueldades nos horripilan y no llegamos a comprender cómo podía en sus pechos caber tanta dureza y crueldad de ánimo. Pero bien sabemos por otra parte que la codicia por el oro seca las entrañas del hombre, le hace sin piedad, ni misericordia para con sus semejantes. Y espíritus aventureros, cuya única mira era saciarse de riquezas y llegar cuanto antes al colmo de los honores por medio del dinero, nunca podían tener los tesoros de dulzura y compasión que encierran las almas nobles y generosas, que ponen sus ambiciones por sobre los bienes mundanales de riquezas perecederas. Un alma reducida al sufrimiento por la malicia de otros hombres, aunque sea la de un indio, es digna de toda conmiseración, sobre todo ante el pensar de un ministro de Jesucristo. Las Casas lo era, y por eso airado levantaba la voz protestando contra semejantes injusticias, atrocidades y crueles tratamientos. Más su voz y la de sus compañeros que participaban de sus ideas quedaban ahogadas en el bullicio de las tumultuosas protestas, de los

insultos, de los bochinches, de las revoluciones que tramaban y de las emboscadas y asechanzas que le tendian, asediando a su vida y queriéndola hacer desaparecer, sin parar mientes en la traición y en la felonía.

OTRAS CRUELDADES

522 Otras crueldades no menos salvajes cometían contra los indios.

Si algún español habia sido penado por alguna falta que hubiese cometido, con cincuenta o sesenta indios, según las prácticas y usos que inventaron, quería decir que debía suministrar tantos indios para los trabajos que les imponían, sea en adobar caminos o cualquier otra ocupaciòn. Para el mantenimiento de estos 50 ó 60 durante una semana de ocho días, a penas daban cuatro, a los más, cinco cargas de maiz, lo que equivalía a que un hombre se alimentase con una libra de maiz por dìa. Era matárlos de hambre.

523 Hacíanlos conducir barcos de cincuenta o sesenta leguas de distancia a solo remo de brazos, sin darles el alimento suficiente, de cuyas consecuencias morían de cansancio.

524 Un día quizo un juez por capricho conducir por mar seis presos encadenados, a pesar de las advertencias que le hacían, que perecerían ahogados. El se vino por tierra, pero los presos murieron en la tormenta.

525 Muchos españoles para evitar que sus encomendados se escaparan o pudiesen trabajar con màs constancia favorecían la inmoralidad de estos. No era extraño el que se les consintiese el llevar vida alegre con algunas mancebas que les proporcionaban expresamente, a fin de que estuviesen contentos de este modo. Sin embargó absteníanse de darles el alimento

necesario. A las mujeres que resistían a este vil tráfico, o que querían casarse con españoles, se les amenazaba con esclavizarlas o se las azotaba cruelmente.

526 Tenían otro modo de tráfico, digno de escapados de las galeras. Con frecuencia sucedía que entre sí se adeudaban los españoles. Cuando no podían pagar, o bien emprendían la fuga a su país, o bien al irse dejaban como pago de sus deudas a los indios encomendados. Era esto una venta simulada, un puro comercio de carne humana.

527 Los Españoles han sido siempre aficionados a espectáculos sangrientos de corridas de toros, de peleas de gallos. Entre los indios habían inventado otro género salvaje de diversión sangrienta. Habían adiestrado perros bravos para perseguir sin piedad a los pobres indios. Tal era lo desviado de su sentido de conmiseraciòn, sobre todo en la isla de San Juán, que apreciaban en mucho y pagaban caro por los perros que mataban bien o desgarraban mejor a los infelices naturales.

CRUELDADES COLECTIVAS

528 Todas estas crueldades eran cometidas aisladamente por cada español, que tenía a su cargo la encomienda de los indios. Habían otras que las cometían en grupo o en colectividad. Son de ellas los atentados que de un modo inopinado para con los indios, pero con cierta premeditaciòn del lado de los españoles, se perpetraban de un modo salvaje.

529 En Camaguey se encontraba el famoso Pánfilo Narváez acérrimo enemigo de Las Casas, procurador de la isla de Cuba, que en un informe expedido

a España decía del amigo de los indios: «este clérigo es una persona liviana, de poca autoridad e crédito, hàbla de lo que no sabe, ni vió, por razones que ellas mismas se contradicen».

Allí se había dirigido con el fin de reducir y apaciguar la provincia. Las Casas se hallaba igualmente ocupado en catequizar a los indios, ganándoles la confianza y prodigándoles su caridad. Estaban un día los indios pacìficamente sentados, cuando de repentino unos revoltosos españoles promovieron ciertas calumnias, sin visos de probabilidad. Provocaron y exitaron a los soldados para arrojarse sobre los indefensos naturales y cometieron una horrible carnicería. Narváez contemplaba impertérrito aquellos asesinatos, sin intervenir en favor de las vìctimas. Su silencio aprobaba la conducta de los felones asesinos. La población quedó desierta, porque los sobrevivientes se desvandaron por todas partes.

530 Las Casas hizo inauditos esfuerzos para reunirlos, consolarles y asegurarles que no volverían a repetirse estos actos. No bien parecía ya asentada la confianza de los naturales, cuando dolorosamente se dió cuenta que Narváez y los suyos se preparaban para cometer el mismo atentado. Reprendióles severamente Las Casas, echóles en cara su crueldad y felonía y amenazó con denunciar el hecho él mismo en persona ante la Corte de España: lo que verificó en sus sucesivos viajes.

Eran estas las causas del odio de Narváez y de Antonio Velázquez, otro procurador de Cuba, que firmaron el informe de desprestigios de Las Casas, del que hemos aducido las apreciaciones arriba citadas.

531 Había un Alonso de Ojeda, distinto de otros que llevaron el mismo nombre, vecino de Cubagua. Armó un buque para dirigirse a Maracapana con el fin de esclavizar indios para su servicio. Llegaron

allì y fingieron venir tan solo a comprar maíz. Creidos los indios no sospecharon las asechanzas que se les tendía. Llegaron en número crecido y subieron al buque. A una señal convenida, desenvainaron los españoles sus espadas y arremetieron contra los indios intimándoles la rendiciòn o la pena de muerte. Unos fueron apresados y hechos cautivos, otros escaparon, catorce entre heridos y sanos, para comunicar la noticia del bárbaro atentado. Alteráronse los indios y preparon la venganza. Ojeda reincidiò en su empresa, los indios que le äsechaban cayeron sobre èl y los suyos. Murieron siete españoles de los doce que habían ido, incluso el mismo Ojeda. Ebrios de furor los indios se desvandaron para cometer a su vez los atropellos de venganza.

Había en Maracapana un pequeño convento de dominicos. Asaltóle el cacique Maráguey, degolló a todos los religiosos creyendolos complices en el asalto, quemó y destruyó cuanto existía. Sucedía esto en mayo de 1520.

532 En venganza de estas recíprocas carnicerías dispusieron las autoridades de Santo Domingo que se equipasen 300 soldados para aterrar a los indígenas, despoblar aquellas tierras, llevar cautivos a los prisioneros para reducirlos a esclavitud y hacerlos perecer en el suplicio, si fuese necesario. La expedición fué al mando de Gonzalo de Ocampo.

NUEVAS ACTIVIDADES DE LAS CASAS

533 Mientras esto sucedía llegaba Las Casas a Puerta Rico procedente de Sevilla en 1520, trayendo consigo la expedición de Cédulas que debían realizar sus planes de colonización. Había logrado en España convencer a Carlos V, de la necesidad de atender a

las necesidades de los indígenas. Había deshecho los prejuicios que se habían formado con respecto a su capacidad, a su habilidad para aprender lo que se les enseñaba, a sus derechos de libertad e independencia: y había exigido que se desterrase de América la horrenda tiranía bajo la que gemía tantos miles de almas de los indígenas. Habìa expuesto cómo iba disminuyendo sensiblemente el número de pobladores, que pronto desaparecerían sino se tomaban medidas enérgicas. No había parado mientes en hablar con la más amplia franqueza, llegando a decir en presencia del emperador «que la religiòn cristiana se adaptaba a todas las naciones del mundo y a ninguno quitaba ni su libertad, ni sus señores». Y en ello decía la misma verdad, pues que Jesucristo había traido al mundo una religiòn universal, la misma para todos los hombres, sin distinción de judio, ni griego, ni bárbaro, ni romano, europeo, ni chino, español, ni americano. Tanto valìa este ùltimo, y más quizas, que un felòn y avaro invasor de ultramar, sanguinario y lleno de rapacidad.

534 Quedó, pues, atònito a su llegada Las Casas, cuando se dió cuenta de los males que habían sobrevenido, precisamente al lugar donde tenía puestas sus miras para la realización de sus planes y empresas. Confiaba, sin embargo, en la amistad de Ocampo. ¡Cuán hondamente se equivocaba al no conocer a los hombres! Muchos o la mayor parte de sus contratiempos le habían sobrevenido de esa innata ingenuidad de las grandes almas que no saben suponer el mal en los demás. No llegó a comprender la malicia que encierra el corazòn pervertido del hombre, cuando no le domina otra fuerza que la pasiòn por sus intereses terrenales, importàndoles nada los horribles sufrimientos de sus semejantes.

535 Ocampo desoyó la presentación de Las Casas al significarle éste que las reales Comisiones que traía respetaban el territorio que se preparaba a ocu-

par militarmente el emisario de las autoridades de Santo Domingo. Pensativo quedò Las Casas, sin saber qué hacer. Intertanto Ocampo cometía otras felonías. Logrò atraer a los naturales a sus buques. Crédulos dejáronse engañar los indígnas. Cuando el número era ya considerable, cogièronlos a todos, ahorcáronlos en las entenas de los buques para que los demás los vieran desde tierra. Bajaron después al pueblo, hicieron lo mismo: ahorcaron, empalaron a muchos, cogieron cautivos a los que pudieron, llenaron los barcos de los prisioneros y se marcharon triunfantes.

TENTATIVAS DE COLONIZACIÓN DE LAS CASAS

536 Las Casas hacía las gestiones ante las autoridades de Santo Domingo, para que se cumpliese las órdenes del rey con respecto al contrato. No se le diò ni las garantías, ni siquiera las promesas de que facilitarían su empresa, mientras no firmara un documento por el cual le obligaban a que se comprometiese a repartir las ganancias entre el almirante, oidores, oficiales reales y demás pulpos que chupaban la sangre y sudores de los indígenas. Para colmo de sus males tuvo Las Casas que comprometerse a hacer partìcipe al mismo Pasamonte y dos jueces más, a quienes acusara ante la Corte en su viaje a España.

537 Saliò para Puerto Rico, con los dos buques que le dieron, en busca de sus labradores. Pero los sucesos de Costa Firme, los consejos de sus enemigos había desalentado a su Colonia y les habían obligado a dispersarse. A su llegada a Cumaná nadie quiso seguirle. Ni los consejos, ni las amenazas, ni las pròmesas, nada pudieron. Los mismos indios prófugos por el paìs, faltos de todo, se negaban a reunirse bajo

la vigilancia y educación de Las Casas. No se desalentò por estos contratiempos. Unidos a los religiosos de San Francisco, mandò construir almacenes para los abastecimientos, una fortaleza para defenderse de los indios y más principalmente de las incursiones de los españoles, que desde Cabagua venian de tiempo en tiempo a depredar, a cazar indios y cometer demàs atropellos. Para reunir y ganar a los naturales hizo que los religiosos se distribuyeran por el país y sus alrededores, llevàndoles obsequios y otros regalos. Más los indios aleccionados por tantos sucesos se volvieron desconfiados, se cerraron en sì mismos y buscaban las ocasiones para vengarse. Así sucediò efectivamente.

538 Las Casas se dirigió de nuevo a Santo Domingo para pedir providencias eficáces contra los perturbadores del òrden. Dejó a un tal Francisco de Soto, como encargado suyo, dándoles òrdenes precisas para que los dos buques que antes trajera no se ausentaran. Éste lo primero que hizo fué desoir esta órden, y dominado por la codicia envió sus buques a rescatar perlas y oro. Aprovecharon de la ocasión los naturales para caer sobre los habitantes de la fortaleza. Mataron a cuantos españoles pudierou coger, redujeron todo a cenizas, y las más bellas esperanzas que consibiera Las Casas volvieron a la nada.

Fué este el fín de esta tentativa de colonización por culpa de los perversos procederes del malévolo Ojeda y la traidora conducta de Ocampo. Execración sobre ellos!

FRACASOS DE LAS CASAS A CAUSA DE SU CARÁCTER

539 Todos estos contratiempos desanimaron en exceso al infortunado Las Casas. Había perdido su

hacienda, su tiompo su reputación. No había logrado sino crearse enemigos, alejarse las simpatías de sus connacionales, sin lograr el intento de sus miras: la emancipación, evangelización y educación de los indios.

Su carácter mismo parecía condenarle siempre a los reveses. Era demasiado sencillo y candoroso, como toda grande y noble alma, incapaz de suponer en otros la maldad. Esta falta de conocimiento de las pasiones del corazón humano le acarrearon los sinsabores que de continuo experimentó. Por otra parta la falta de pleno dominio sobre sì mismo le ocasionó las más de las veces el fracaso de las más nobles empresas que acometía. Su carácter era demasiado irritable, y en lugar de sobreponerse a los arrebatos de la cólera se dejaba llevar a los extremos, comprometiéndo así, lo que quizàs, sì no obtuviera del todo, por lo menos aminorará los males. No es ciertamente con la irritabilidad, por la imposiciòn y la fuerza que se alcanza de las personas rebeldes el abandono de sus pretendidos derechos, porque éstas al demostrarler palmariamente que obran mal, se encaprichan en aquello mismo que saben es malo. Al contrario, en muchas ocasiones, demuestra la experiencia que la mansedumbre, la suavidad con la firmeza, la amistad misma obtiene muchisimo más, y con frecuencia se vè que el amor provoca las más grandes abnegaciones y las más sublimes generosidades del corazón. Esto pareció no haberlo comprendido Las Casas.

540 Estos defectos inevitables a las flaquezas de la pobre naturaleza humana, no amenguan en nada el mérito que tuvo de ser el primero en constituirse contra viento y marea el defensor incansable de los indios, a pesar de los repetidos fracasos, de ser una de las más grandes figuras del cristianismo, con su verdadero amor, no sólo filantrópico, sino de caridad cristiana, pues Las Casas no solo buscaba el bienestar material de los indios, cosa ya muy loable, ni solo su

educación intelectual, altamente loada no hace poco, (1927) por el afamado pedagogo Vasconcellos, en su «*Indiología*» sino ante todo y principalmente, el bienestar moral y religioso, que le dieran, después de los sufrimientos de esta vida, la felicidad, que enseña la doctrina del Salvador Jesús.

541 Disgustado quizás de los hombres y de sus personas, para verse libre de tantos sufrimientos, para meditar con más detención sobre sí mismo, abrazó una resoluciòn radical. Efectivamente después de los sucesos que hemos narrado en tan breves líneas, se decidió a sepultarse en la religión de Santo Domingo, olvidado de todos para acallar la grita y furia de los españoles, que contra él se levantaba. Allí vivió por el espacio de siete años, escribiendo su famosa «*Historia General de las Indias*». Más no salió de allí con la instrucciòn que era de suponer le diera la experiencia de la vida, como lo demostraron los sucesos que acaecieron durante su obispado.

ULTIMOS ESFUERZOS DE LAS CASAS

542 En 1537, en Guatemala, diò a luz Las Casas un tratado de «*De único vocationis modo*», en el que probaba legal y teológicamente las dos proposiciones siguientes: «1º El único modo instituido por Dios para enseñar la verdadera religiòn, es aquel que persuade el entendimiento con razones, modo adaptable a todos, cualesquiera que fuesen los errores y la corrupción de las costumbres; 2º Que cuando los infieles no han ofendido al cristianismo, la guerra que se les hace es temeraria y tiránica».

543 Como era de esperar sus enemigos se burlaron de sus teorías y se mofaban del que pudiese convertir

y civilizar a los indios nada más que con prédicas y exhortaciones. Llegaron hasta a desafiarle para que pusiese en obra sus planes.

544 Las Casas aceptó el reto, en compañía de otros frailes que se prestaron en poner en obra sus propósitos, con la única condición «de que los indios no serían dados en encomienda, ni ningún español entraría en la tierra durante cinco años».

545 Para realizar sus intentos valióse de la mùsica. Envió, en la provincia intermedia de Tuzulutlan, a sus religiosos, por diversas regiones; para que reuniéndo a los indios, comenzasen a instruirlos por medio del canto. La novedad llamó la atención de los indigenas que, al principio por curiosidad y después por propio interés se decidieron a dejarse instruir.

546 Envalentonado por este primer èxito Las Casas decidió penetrar hasta Coban, territorio apartado, en que los indios vivían dispersos los unos de los otros, pero no pudieron decidir del todo al que los indios se reunieran para formar una población.

547 En estos ensayos que prometían dár buen resultado fueron llamados los religiosos a Guatemala. por cuyo motivo quedó frustrada la tentativa. Necesitaba el obispo de Guatemala mayor número de religiosos para distribuirlos en ese paìs. En consecuencia marchó Las Casas a España.

548 Es digna de transcribirse la parte del Memorial que presentó al Rey, pertinente a los indígenas. Entre otras cosas dice: «Que V. M. ordene y mande y constituya con la susodicha majestad y solemnidad en solèmnes cortes por sus pragmáticas y sanciones y leyes reales, que todos los indios que hay en todas las Indias, así los ya sujetos, como los que de aqui en adelante se sujetasen, se pongan y reduz-

can, e incorporen en la real Corona de Castilla y León en cabeza de vuestra Majestad, como súbditos y vasallos libres que son; y ningunos estén encomendados a cristianos españoles. antes sea inviolable constitución y ley real, que ni agora, ni en ningún tiempo, jamás, perpetuamente pueden ser sacados, ni enagenados de la Corona Real, ni dados a nadie por vasallos, ni encomendados, ni dados en feudo, ni encomienda, ni en depósito, ni por otro ningún título, ni medio, ni manera de enagenamiento, ni sacarlo de la dicha Corona Real por servicios que nadie haga, ni merecimientos que tenga, ni necesidad que ocurra, ni causa o color alguno que se ofrezca o se pretenda». (*Cf. Mendib. verb. Las Casas, pag. 302*).

549 Estos hermosos ideales que proponía, salva la buena voluntad que por parte de Las Casas importaba, no produjeron ningún resultado. El mal estaba fuertemente afianzado en los intereses de los españoles, para que pudieran producir algo de efectivo, en favor de los indios. Sin embargo a pesar de todos estos contratiempos no se desalentaba y confiando en la justicia de su causa, no perdía ocasión para exponer sus mismos ideales y reclamar en favor de los indígenas.

DIMISIÓN DE LAS CASAS

550 En 1546 cansado con la oposición manifiesta que le hacían los de su diócesis de Chiapas, decepcionado de la malicia humana, que se empedernía y aferraba a sus intereses materiales, hostigado por sus enemigos, que promovieron revueltas y amenazaban su vida, sabedor de que los españoles preferían perder sus haciendas y esclavos a tenerle consigo censurando sus vicios, convencido de que era la causa, o por lo me-

nos, la ocasión de mayores disturbios entre sus connacionales, resolvió renunciar y retirarse del país. Aprovechò de la circunstancia de que lo llamaron los prelados reunidos con motivo de la visita de Juán Rogel para tratar asuntos relativos a los indios, para dejar su sede y una vez más sentar categóricamente lo que había que hacer en favor de los indígenas. Exigió en la junta de México que se reconociese a los indios el derecho a todas sus propiedades; que declarase la junta que la soberanía de las Indias había sido dada a los Reyes de España para la propagaciòn de la fé cristiana, y que la Santa Sede al concederla no privó a los príncipes y señores de las Indias de sus Estados y de su jurisdicción, ni entendió dar facultad a los Reyes de Castilla para retardar la conversión de los habitantes. Doctrinas todas que no había cesado de sustentar durante 30 años. Los miembros de la Junta lo proclamaron asì. Prueba clara que los espíritus serenos y justicieros no eran cerrados a la luz de los hechos que se les imponía con tanta evidencia.

CONCLUSIÓN

551 Esta rapidísima síntesis de lo que hizo Las Casas en favor de los indígenas nos prueba con que amor y abnegación trabajò hasta el último momento en pro de su bienestar. Inspirado por el verdadero espìritu del cristianismo se sacrificó por los desgraciados. Es él la verdadera encarnaciòn de lo que producen los dogmas cristianos bien comprendidos con el verdadero espíritu de Cristo.

552 Si no tuvo éxito en la difícil tarea que emprendió, la culpa no es del todo suya, ni la de su buena voluntad. Si desgraciadamente en parte intervino para sus fracasos su demasiada ingenuidad, su

falta de conocimiento de los hombres, su falta de completo dominio sobre sí mismo, es también en parte excusable el que su celo indiscreto, su amor ardiente hacia los desgraciados y esa santa impaciencia de no poder conseguir sus ambiciones le hayan llevado a las exageraciones de conducta y de lenguaje que empleó para con los españoles.

553 A pesar de todos sus defectos, Fray Bartolomé de Las Casas se yergue a través de los tiempos como una simpàtica figura, llena de una ternura exquisita para con los indios desgraciados, como una verdadera encarnación de la caridad del Cristianismo, como una gloria de todos los frailes, que se le han asemejado o se le asemejan.

Lo dicho es suficiente para excusarnos el no aducir màs testimonios que prueban la solicitud de los frailes dominicos y franciscanos en pro de los indígenas y la acción benefactora que ejercieron desde los primeros días de la conquista.

CAPÌTULO QUINTO

LA IGLESIA EN EL PERÚ

1º El Contrato de Luque

554 Los hechos que acabamos de consignar son un specimen de lo que también en otras partes perpetraron los Españoles. Al concretarnos ya al Perú, para entrar después de lleno al objeto de la Historia de la Iglesia del Alto Perú, que durante largo tiempo, se puede decir, durante todo el Coloniaje, fué completamente dependiente del Bajo Perú, no comenzaremos, sino por el preliminar necesario del descubrimiento de este ùltimo pais, sin detenernos en detallar las peripecies en que se encontraron envueltos los Pizarros y los Almagros, antes de llegar a ese pais fábuloso por sus riquezas.

555 Tampoco narraremos, que más son del dominio de la Historia Profana, los contratiempos que hallaron en el camino al paìs del codiciado metal áureo. Recordaremos tan solo de paso la memoria de Fernando de Luque, que, quizás, algo llevado de codicia, no exenta en esos tiempos ni en los ministros del altar, contribuyò con todo positivamente a la empresa que proyectaron Pizarro y Almagro. Sus ensueños de descubrir nuevos mundos y de enriquecerse en un momento habrían quedado para siempre sepultados en sus ambiciosas mentes, si nó hubiera estado al lado la ayuda pecuniaria de Luque.

Es innegable, aunque se cierre los ojos a la luz, el influjo decisivo de este clérigo en el descubrimiento del Perú. Se quiera o nó, a un clérigo se le debe el país del cerro de Potosí.

556 Fernándo de Luque, eclesiástico español, era Cura Vicario de la Iglesia en Panamá, hombre de gran influjo entre la Colonia...Era natural de Olvera en Andalucia, llegó a tierra Firme, el 29 de junio de 1514. Obtuvo la dignidad de Maese de Escuela de la Catedral y el cargo de Provisor.

557 Al decir de Agustín de Zárate en su «*Historia del descubrimiento y Conquista del Perú*», *cap. I*, Fernando de Luque habría criado a Diego de Almagro, que lo encontró expòsito en una Iglesia. Conviene el autor que estos orígenes son muy oscuros. Pero lo cierto era que los tres: Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luque se propusieron en 1525 descubrir el Perú. Las diferentes expediciones al sud, de Pizarro y Almagro, habían tenido por único efecto de acrecentar su deseo de nuevos descubrimientos. Pero lo abortado de sus empresas, la carencia de los recursos necesarios, la disminución de contingente de personas, que componían su séquito, lo incierto de lo que esperaban: eran otras tantas invencibles razones para el Gobernador de Panamá, Pedro Arias de Àvila, que se oponía tenazmente a conceder ningún permiso de nuevas levas de gente o de futuras expediciones.

558 Fernando de Luque fué el que venció todos estos obstàculos. Persuadiò al Gobernador de lo ventajoso de la nueva expedición, de lo fructuoso y remunerador que resultaría tàl víaje, que como el de Cortés a México, pagaría sobreabundantemente los gastos que emprendiese. Su tacto y su sagacidad, sobre todo los mil pesos de pago por su consentimiento, que exigiò de las expediciones, pudo más sobre el obstinado ánimo del Gobernador, que por fín accedió a la petición.

559 Solo faltaban los fondos. Luque se comprometió por su parte aproporcionarlos, y desde luego había adelantado en barras de oro hasta el valor de 20.000 pesos. El 10 de Marzo de 1526 juraron solemnemente sobre los Santos Evangelios y firmaron los tres la escritura. Pizarro y Almagro no sabían firmar, como dice el documento. Por ellos firmaron Juán Panès y Alvaro del Quiro. Por esta escritura Pizarro y Almagro se comprometían a cooperar con su empresa, su trabajo y luchas al descubrimiento del Perú; que ponìan sus personas para consagrarse por entero a la conquista y reducción del país, hasta dejarla terminada, sin derecho a exigir, ni obtener cosa alguna por sus servicios; se estipuló que se dividiría, entre los tres por iguales partes y en consecuencia se daría a Luque la tercera parte de los bienes, tierras, riquezas, posesiones e indios, que descubrieren, o les cediese la Corona.

560 Al recordar este acontecimiento Garcilaso (*Cf. Rerl. 2ª part. Lib. 1, cap. II)* se deshace en loas y toma un tono lírico para enzalzar al triunvirato, como èl llama, que los cree de ilustre prosapia, porque a causa de ellos mereció el Perú la luz del Evangelio. He aquì sus palabras en el lugar ya citado: «...se derramaron las riquezas, que cada año vienen de los reynos y que nuestro triunvirato ganó, demás de la predicaciòn del Santo Evangelio, que es lo más que se debe estimar, pues fueron los primeros cristianos que lo predicaron en aquel gran imperio del Perú, y abrieron por aquella parte las puertas de la Iglesia Católica, Romana, Madre Nuestra, para que hayan entrado y entren en su gremio tantà multitud de fieles, cuya muchedumbre quién podrá numerar? ¿Y quièn podrá decir la grandeza de solo este hecho?»

561 Prescott (cap. III de «La Conquista del Perú») que cita a un historiador que no nombra, y los

que le siguen han consignado en sus Historias, el hecho, que como confirmación al juramento prestado por los tres, habrìanle dado mayor validéz, si cabe, al sellarlo con la recepciòn de la Santa Eucaristía. De Luque habría celebrado el Santo Sacrificio de la Misa y de la misma hostia, dividida en tres partes habría comulgado el celebrante, Pizarro y Almagro. Manuel Mendiburu, en su «Diccionario Historico Biográfico del Perú» (verbo, «Luque»), que cita a Prescotts, consigna el mismo hecho sin referencia a otros. Ambos aluden a Montecinos. Fuera de estos, ni Agustín de Zárate, ni Cieza de León, ni Francisco López de Gómara, ni Francisco de Jerez, ni Garcilaso, historiadores muy respetables, que hablan exprofesamente del contrato de los tres españoles de Panamá, no aluden a la antedicha ceremonia religiosa.

562 Sea lo que fuere de esta ceremonia que ha podido realìzarse sin ningún desdoro de la misma religión, aunque quizá con algo de superticiòn por parte de los pactantes, al regreso de la primera expedición, algo infructuosa, de Pizarro y Almagro, se convino (1) en marchar a España tanto para obtener recursos, como para recibir legitimamente las adjudicaciones de las tierras a descubrir. Convínose ademàs, que para Luque se obtendría el obispado del Perú. Efectivamente accedió la Reyna Gobernadora, según estipulación, fechada en Toledo el 26 de Julio de 1529, por la que se le presentaba ante el Papa para su designaciòn al obispado de Tumbez, cuyos confines serían posteriormente definidos.

563 Intertanto de Luque, que desempeñaba el cargo de Provisor y Gobernador Eclesiástico del Dá-

---

(1) *A repetidas instancias de Almagro contra Luque, fuè Pizarro el elegido para el viaje a España en 1528.*

rien, en sede vacante, mientras recibiera sus Bulas, ordenó la Reina se la expidiera el cargo de «*Protector universal de todos los indios*» de la provincia del Perú, con salario de mil ducados en cada año, pagado de las rentas reales de la dicha tierra, entre tanto que hubiesen diezmos eclesiásticos». Desgraciadamente la muerte le sorprendió antes de la definitiva expedición de Pizarro y Almagro, y no logró el término de sus ambiciones. Declaró además en una escritura fechada en Panamá, el 6 de Agosto de 1531, que los 20.000 pesos que dió a Pizarro y Almagro no eran suyos, sino de Gazpar Espinosa, de quien había recibido secretamente para que los erogase y obtuviese participación del tercio de todos los descubrimientos.

564 Hechos todos los preparativos y tenièndolo ya todo listo, en 1531 se hizo la expedición definitiva, camino de Túmbez, con tres naves a órdenes de Pizarro, contenían aquellas 180 hombres y 27 caballos. Este puñado de arronjados se echaron sobre el Perú, llegaron hasta Cajamarca, donde finalmente apresaron al indio Atahuallpa.

En la expediciòn iba el fraile dominico Vicente Valverde.

VICENTE VALVERDE

565 Tampoco aquí es del caso relatar al por menor las hondas divergencias que se habían levantado entre Huascar y Atahuallpa, provenientes de la ambición del mando y de la primacía en el imperio. Todos saben que la paz solo pudo restablecerse con la total derrota de Huascar y la sumisiòn completa del reino al gobierno de Atahuallpa. No es tampoco del caso el narrar todos los signos precursores que anun-

ciaban el término del largo reinado de los Incas. Fábulas inventadas para los hechos, leyendas, forjadas despuès de los acontecimientos, o realidades que pudieron ser previstas, no era otra cosa todo aquello que se ha dicho a cerca de las apariciones extraordinarias que anunciaban la llegada de los blancos, augurios o presagios que creían encontrar en las entrañas de las víctimas o en los sacrificios que se ofrendaban al Sol.

566 La imparcial Historia concibe y relata los hechos que acaecieron en la toma de Cajamarca, por su antiguo nombre «*Khasa Marca*», «ciudad fria», como una consecuencia natural de la demasiada confianza del Inca Atahuallpa en su ejército y de la situaciòn desesperada en que se encontraban los Españoles, de vencer o morir completamente aniquilados por las huestes quíchuas.

567 He aquí los hechos que de por sí refutaràn las tendenciosas interpretaciones que se ha dado a la conducta del fraile Vicente Valverde, pintándolo con los colores demasiado recargados. Plena luz al respecto no se podrá tener por completo, pues que los mismos testigos oculares que nos han dejado relaciones de estas jornadas no están del todo concordes en el modo de relatar la actitud del dominico.

568 El 15 de Noviembre de 1532 llegaban por fín los españoles a Cajamarca tras larga y penosa caminata a través de montañas elevadas y fragosos senderos. Era Cajamarca una de las principales ciudades del imperio. Los habitantes en la época a que nos referimos ascendían a unos 10.000. El aspecto de la ciudad era el de las demás habitaciones de los indígenas: Sus casas fabricadas de adobes con el techo de paja. Había en la ciudad un templo y un convento de Ajllas.

569 El Inca no se encontraba en la misma ciudad cuando llegaron los españoles. Estaba en un vi-

llorio pròximo a la ciudad, según se decía, tomando baños, o según otros, haciendo penitencia. Cuando llegaron Soto y Hernando Pizarro a su presencia no quiso hablarles alegando este pretexto.

570 Había en Cajamarca, hacia la parte que miraba al campamento del Inca una extensa plaza casi triangular, rodeada de edificios bajos. Eran estos grandes salones, con puertas anchas que comunicaban con la plaza. Es posible que eran éstos, alojamientos para las tropas del Inca. Cuando llegaron los españoles ocuparon esta plaza y todos los salones.

571 Como hemos dicho el Inca se encontraba distante. Pizarro que había llegado con su séquito el 15 de Noviembre de 1532, estaba inquieto y no veia la hora de poderse entrever con el Inca, cuyas embajadas habian sido siempre llenas de consideración y ampliamente régias.

572 Al llegar a Cajamarca èl y sus soldados se habían dado cuenta de la riqueza del país, de la mansedumbre de sus habitantes, pero tambièn pronto se habían convencido que habian llegado a un país de gran civilización y cultura y a los dominios de un poderoso monarca. Querían cuanto antes trabar conocimiento con este último.

573 Al efecto, decidiòse Pizarro enviarle una embajada para saludarle y ponerse a sus órdenes. Fueron los embajadores Hernando Soto, al que reunió a su propio hermano Hernando Pizarro.

574 De su embajada nada pudieron deducir a cerca del ánimo del Inca, pues que éste ni siquiera se digno hablarles, ni se mostrò inmutado por el alarde que quisieron ostentar con sus corazas y sus fogosos corceles enjaezados. Lo único que sacaron en limpio fué que el Inca era inmensamente rico y estaba poderosamente armado. Su ejército era innumerable. Regresó desalentada la embajada, augurando mal éxito a la empresa.

575 Informaron de su cometido, que el Inca había hecho decir por el intérprete que èl en persona vendría a la mañana siguiente a presentarse a los españoles. Profundamente desconcertados por todo lo que habían visto, impresionados por las numerosas huestes de las que disponìa el Inca, ofuscados por las ínnumerables riquezas de que disponía el país, se hallaban grandemente abatidos, a no tomar una resoluciòn extrema: o que les salvara por completo y les hiciera dueños de ese inmenso imperio, o que su temeridad les perdiera para siempre y con ellos los sueños dorados que se habían forjado, arrollados por el ejército innumerable, que acampaba no lejos de su vista.

PLAN DE LA CAPTURA DEL INCA

576 Pizarro participaba de la misma perplejidad de sus embajadores. No veía que solución adoptar. Optó por reunir en la misma noche del 15 de Noviembre su Consejo de Guerra y exponer el plan que había ideado. Si la suerte les era propicia estaba ganada la partida. De lo contrario como valientes españoles sucumbirían gloriosamente.

577 Su plan estaba concertado así: Apresar al Inca y reducirlo a servidumbre. Para ello pesaba en su ánimo estas razones: La huida al presente era imposible. Emprender una retirada equivalía confesarse vencidos, en cuyo caso renegaban de su origen divino, con el cual venían engañando a los naturales. Permanecer inactivos era muy pronto darse a conocer, cuya consecuencia seria de que el Inca y los indígenas les conozcan con sus pasiones y defectós y pierdan así todo el fruto que pensaban sacar de su simulada descendencia de hijos del sol y hermanos del Inca, y vengan a ser el escarnio de todos. Por otra parte no

habia medio de poder combatir en abierta campaña con un ejército que contaba más de 10.000 hombres, cuando ellos apenas llegaban a 180, esto es 1 para 100, fuera de que comprometerse a semejante descalabro era nada menos que ir a una muerte más segura, porque no habría que pensar que era solo este ejército que pelearía, el Inca tenía tropas de remuda y no tardarían muy pronto en llegar las del Norte.

578 No quedaba, pues, otro recurso que acudir a la astucia. El Inca vendría al día siguiente, según lo había prometido. El único medio para tener sometido a todo el ejército incaico era apresar al Inca, reducirlo a servidumbre; lo demás vendría por sí. Para ello había de usarse de la siguiente estratagema. Ciertamente que el Inca llegaría a la plaza en que ellos estaban. Nadie se dejaría ver, todos deberían estar ocultos como en una emboscada. A la señal convenida que sería el tiro de un arcabuz, todos saldrían de sus escondites, acometerían a todos los que se encoatraban a su paso, harían todo el ruido que les fuera posible, atarían al cuello de los caballos campanillas o cencerros para que el bochinche fuese más grande. En la confusión se apoderarían del Inca y después se vería el modo cómo se apaciguaba el imperio y còmo se conquistaba lo que aún no se conocía.

Dicho y hecho, los acontecimientos del día siguiente tuvieron lugar tal cual lo previeron.

579 Frente a esta sencilla exposición de los hechos tal cual acaecieron, aparece como puramente ocasional la intervenciòn del fraile Valverde. Su amonestaciòn, su instrucciòn al Inca, la rehusa de éste a someterse a lo que se le propone, el acto del Inca de haber arrojado la Bíblia al suelo, las palabras verdaderas y falsas que profiriera Valverde *«salid yo os absuelvo»*, no tienen otro carácter sino el de pretexto para consumar el crímen que premeditaron los españoles.

Valverde mismo no aparece sino como un agente en connivencia con los Españoles, pues que sabían que de la jornada de ese día dependía sus vidas o sus muertes.

LA LLEGADA DEL INCA A CAJAMARCA

580 En efecto, al día siguiente 16 de Noviembre el pelotón español, que con la zozobra de lo que debía pasar, ni siquiera pudo pegar los ojos para descansar, muy de mañana acudieron todos a confesarse para comulgar y disponerse a la pelea, para vencer o morir.

¡Singular espíritu religioso, que pensaba aliar la santidad con la rapiña, la justicia con la felonía, la limpieza de conciencia con el crímen que tenían premeditado y que se disponían a cometerlo! Porque en realidad de verdad no era otra cosa que un salto a mano armada, una agresiòn injusta, condenable por todas las leyes humanas y divinas, de un pacífico imperio que en nada habían ofendido a los españoles. Si se tratara de conquista para la Religión se hiciera uso de medios pacíficos de predicaciòn y persuaciòn, sin cambiar violentamente de gobierno, ni desposeer a los legítimos detentores o señores de esas tierras, como tan frecuentemente lo había enseñado Las Casas. (*Cf. n. 533, 542*).

581 El Inca moviò su campamento, pero con qué lentitud! Les parecía a los españoles que caminaban con piés de plomo, o con paso de tortuga. Iban los delanteros separando cualquier cosa que tuviese aspecto de basura, para que el camino quedase terso, como una mesa de mármol. Era una calzada construida con mucha solidez, que distaba apenas unos cinco kilómetros de la ciudad al campamento. Al medio día

habían llegado tan solo a la mitad del camino. Mandò el Inca que se hiciese alto, y comunicó que su voluntad era llegar al día siguiente al alojamiento de los españoles.

582 Esta decisión desconcertaba los planes de Pizarro, por lo que se apresuró a enviar un mensajero, rogando al Inca no retardara màs el deseo vehemente qne tenia de conocerle y cenar esa noche con él. El Inca estaba lejos de sospechar lo que se tramaba. Ante la instante petición resolvió continuar su camino. Era una suerte para Pizarro, quien justamente temía que su pequeño ejército desmoralizado por completo con el miedo, abrumado con tan largo viaje y cansado por la tensión nerviosa de la noche, no se dejara vencer por el desaliento y se perdiera todo con ello. La resolución del Inca le sacò de estos temores y acentuó su confianza.

583 Eran más o menos momentos antes de ponerse el sol, en que la real comitiva penetró en la ciudad y en la plaza triangular, de que hemos hecho mensión. Se componia la comitiva de centenares de indios, ocupados de limpiar el camino de cualquier obstáculo, como de cantar himnos de triunfo en semejantes circunstancias, cantares que parecían a los españoles «nada graciosos» a sus oidos, dice una relaciòn contemporánea, «canciones de infierno», dice otra, nada galante para con los incaicos. Venian detrás otras compañías de indios, vestidos con diversas libreas, con penachos de colores múltiples, o a semejanza de tableros de ajedréz. Detrás caminaban cientos de indios, con vestiduras blancas, llevando en la mano una suerte de «macanas» de plata y oro, como armas que traian, semejando defensa del Inca. Por fín «una litera muy rica», dice una relación contemporánea (*apud Prescott His. d. l. Conq. d. Perú, pag. 246*), los cabos de los maderos cubiertos de plata, un tronco de oro macizo

en que venía sentado Atahuallpa, conducido en hombros por ochenta señores todos vestidos de una librea azul muy rica. El palanquín iba cubierto de brillantes y vistosas plumas de pàjaros, guarnecido de chapas de oro y plata. Llevaba el Inca una rica vestidura, en la cabeza, la borla imperial que ceñía sus sienes, y adornos de oro que pendían de sus cabellos. Circuía su garganta un collar riquísimo de esmeraldas de extraordinario tamaño. Dominando a toda la multitud, aparecía la figura del real monarca, el aspecto grave y magestuoso, sin sospechar siquiera que dentro de algunos minutos toda esa grandeza iba a cáer para siempre, y ser entregada a la ambición y codicia de unos advenedizos.

LA INTERVENCIÓN DE VALVERDE

584 Penetró en la Plaza y no había español alguno que estuviese presente. Preguntó entonces por aquellos. Es en este momento que se coloca la apariciòn del dominico Vicente Valverde.

Como este hecho es el que más directamente interesa a nuestro sujeto por ser el primer acto de introducción del Catolisismo en el Perú, entendemos introducción oficial, vamos a darle la importancia que merece y exponer imparcialmente lo que se desprende de los documentos históricos que poseemos al respecto.

Tendriamos la plena verdad de todo lo que acaeció entonces, si los testigos estuviesen concordes en afirmar lo mismo en todas sus partes. Ahora bien, mientras unos afirman que fué Valverde el que dijo: «*salid que yo os absuelvo*», sobre lo que se hace un crimen para con el dominico, otros testigos, también presenciales, no dicen ni palabra al respecto.

LOS DOCUMENTOS

585 Pero para mayor imparcialidad reproduzcamos los testimonios que no contienen la famosa palabra.

1) De la Carta de Hernando Pizarro, en Oviedo «Historia General de las Indias», Lib. XLVI, cap. X.V

«Venía en unas andas (*el Inca*), e adelante de él hasta trecientos o cuatrocientos indios, con camisetas de librea, limpiando las pajas del camino, e cantando, e el en medio de la otra gente, que eran caciques e principales, e los màs principales caciques le traìan en los hombros; e entrando en la plaza subieron doce o quince indios en una fortaleza que allí estaba, e tomaron a manera de posesiòn con bandera puesta en una lanza. Entrando hasta la mitad de la plaza se paró allí, e salió un fraile dominico, que estaba con el Gobernador, a hablarle de su parte, que el Gobernador le esperaba en su aposento; que le fuese a hablar; e díjole como era sacerdote, e que era embiado por el Emperador para que le enseñase las cosas de la fé si quisiesen ser cristianos; e mostróles un Libro que llevaba en las manos, e dìjole que aquel libro era de las cosas de Dios: e el Atabalipa pidió el libro, e arrojolo en el suelo e dijo: «Yo no pasaré de aquí hasta que me deis todo lo que habeis tomado en mi tierra, e yo bien sé quién sois vosotros y en lo que andais». E levantose en las andas, e hablò a su gente, e obo murmullo entre ellos llamando a la gente que tenìan las armas: e el fraile fué al Gobernador e dìjole què hacía, que ya no estaba la cosa en tiempo de esperar más: el Gobernador me lo embió a decir: yo tenía concertado con el capitán de la artilleria, que haciéndo-

le una seña disparasen los tiros, e con la gente que oyéndolos saliesen a un tiempo; e como así se hizo, e como los indios estabán sin armas, fueron desbaratados sin peligro de ningún cristiano, los que traían las andas, e los caciques que venían al rededor de él, nunca lo desampararon hasta que todos murieron al rededor de él. El Gobernador salió e tomó a Atabalipa, e por defenderle le dió un cristiano una cuchillada en una mano. La gente siguió el alcance hasta donde estaban los indios con armas; no se halló en ellos resistencia alguna, porque ya era noche. Recogieronse todos al pueblo, donde el Gobernador quedaba».

586 2) El testimonio de Pedro Pizarro: «Descubrimiento y conquista de los Reynos del Perú».

«Visto el Marquèz Don Francisco Pizarro que Atabalipa venía ya junto a la plaza, envió al Padre Fray Vicente de Valverde, primer obispo del Cuzco, y a Hernando de Aldana, un buen soldado, y a Don Martinillo Lengua, que fuesen a hablar a Atabalipa y a requerille de parte de Dios y del Rey se subjetase a la ley de Nuestro Señor Jesucristo, y al servicio de su S. M., y que el Marquéz le tendría en lugar de hermano, y no consintiría le hiciesen enojo ni daño en su tierra. Pues llegado que fué el padre a las andas donde Atabalipa venía, le hablò y le dijó a lo que iba, y le predicó cosas de nuestra santa fè, declarándoselas la lengua. Llevava el padre un breviario en las manos donde leya lo que predicaba; el Atabalipa se lo pidió y el cerrado se lo dió, y como lo tuvo en las manos y no supo abrille, arrojole al suelo. Llamo al Aldana que se llegase a èl y le dieze la espada, y el Aldana la sacó y se la mostrò, pero no se la quiso dar. Pues pasado lo dicho, el Atabalipa les dijo: que se fuesen para vellacos ladrones, y que los había de matar a todos. Pues oido esto, el padre se volvió y contó al Marquéz lo que le había pasado; y el Ataba-

lipa entró en la plaza con todo su trono que traía, y el señor de Chincha tras del. Desque ovieron entrado y vieron que no parecía español ninguno, preguntò a sus capitanes, «Donde estan estos cristianos que no parecen?». Ellos le dijeron. «Señor estan escondidos de miedo». Pues visto el Marqués Don Francisco Pizarro las dos andas no conociendo cual hera la de Atabalipa, mandó a Joan Pizarro su hermano fuese con los peones que tenia a la una y el yría a la otra. Pues mandado esto, hizieron la señál de Candia, el cual soltó el tiro, y en soltándolo tocaron las trompetas, y salieron los de acavallo de tropel, el Marquéz con los de a píe, como está dicho, tras de ellos, de manera que, con el estruendo del tiro y las trompetas y el tropel de los cavallos con los cascaveles, los indios se embararon y se cortaron. Los Españoles dieron en ellos y empezaron a matar; y fué tanto el miedo que los indios ovieron, que por huir, no pudiendo salir por la puerta, derrivaron un lienzo de una pared de la cerca de la plaza de largo de mas de dos mil pasos y de más de un estado. Los de acavallo fueron en su seguimiento hasta los baños, donde hicieron grande estrago, y hizieran más sino les anoscheciera».

587 3°) De la relación de Francisco de Jeréz en la «Conquista del Perú», pag. 332 del Tom, 2° de los Historiadores de las Indias.

«En llegando Atabalipa en medio de la plaza, hizo que todos estuviesen quedos, y la litera en que él venía y las otras en alta: no cesaba de entrar gente en la plaza. De la delantera salió un capitán, y subió en la fuerza de la plaza, donde estaba la artillería, y alzó dos veces una lanza a manera de señal. El Gobernador, que esto vió, dijo a fray Vicente que sí quería ir hablar a Atabalipa con un faraute, él dijo que sí, y fuè con una cruz en la mano y con su biblia en la otra, y entró por entre la gente hasta donde

Atabalipa estaba, y le dijo por el faraute: «Yo soy sacerdote de Dios, y enseño a los cristianos las cosas de Dios, y así mismo vengo a enseñar a vosotros. Lo que yo enseño es lo que Dios habló, que está en este libro; y por tanto, de parte de Dios y de los cristianos te ruego que seas su amigo, porque así lo quiere Dios, y venirte há bien dello; y vé a hablar al Gobernador que està esperándote» Atabalipa dijo que le diese el libro para verle, y èl se lo dió cerrado: y no acertando Atabalipa a abrìrle, el religioso extendió el brazo para lo abrir, y Atabalipa con gran desdén le dió un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese; y porfiándo el mismo por abrirle, lo abrió; y no maravillándose de las letras ni del papel, como otros indios: lo arrojó cinco o seis pasos de sí. E a las palabras que el religioso häbía dicho por el faraute respondió con mucha soberbìa, diciendo: «Bien sé lo que habeis hecho por ese camino, cómo habeis tratado a mis caciques y tomado la ropa de los bohíos». El respondiò: «Los cristíanos no han hecho esto; que unos indios trajeron la ropa no la sabiendo el Cobernador, y él mandó volver». Atabalipa dijo: «No partiré de aquí basta que todo me lo traigan». El religioso volvió con la respuesta al Gobernador. Atabalipa se puso en pié encima de las andas, hablando a los suyos que estuviesen apercibidos. El religioso dijo al Gobernador lo que había pasado con Atabalipa, y que había echado en tierra la Sagrada Escritura. Luego el Gobernador se armó un sayo de armas de algodón, y tomó su espada y darga, y con los españoles que con él estaban entró por medio de los indios; y con mucho ánimo, con solo cuatro hombres que le pudieron seguir, llegò a la litera donde Atabalipa estaba, y y sin temor le echó mano del brazo izquierdo, diciendo: «Santiago». Luego soltaron los tiros y tocaron las trompetas, y salió la gente de a piè y de acaballo. Como los indios vieron el tropel de los caballos, huye-

ron muchos aquellos que en la plaza estaban; y fuè tanta la furia con que huyeron, que rompieron un lienzo de la cerca de la plaza, y muchos cayeron, unos sobre otros. Los de caballo salieron por encima de ellos, hiriendo y matando, y siguieron el alcance. La gente de a pié se diò tanta buena priesa en los que en la plaza quedaron, que en breve tiempo fueron los más dellos metidos a espada. El Gobernador tenía todavía del Brazo a Atabalipa, que no le podía sacar de las andas, como estaba en alto. Los españoles hicieron tal matanza en los que tenían las andas, que cayeron en el suelo; y si el Gobernador no defendiera a Atabalipa, allí pagara el soberbio todas las crueldades que había hecho. El Gobernador por defender a Atabalipa fué herido de una pequeña herida en la mano. En todo esto no alzó indio armas contra español....»

588 4º De la narraciòn de Agustìn de Zárate en la «Historia del Perú» cap. V, pag. 476 del 2º tom. de «Historiadores de las Indias».

«...y asì entró en un cercado que está delante del tambo de Caxamalca; y como vió tan pocos españoles, y esos a pie (porque los de a caballo estaban escondidos), pensó que no osarían parecer delante del ni le esperarìan; y levantàndose sobre las andas, dijo a su gente: «Estos rendidos están»; y todos respondieron que sí. Y luego llegò el obispo don fray Vicente de Valverde con un Brevario en la mano, y le dijo cómo un Dios en Trinidad había criado el cielo y la tierra y todo cuanto había en ello, y hecho a Adán, que fué el primer hombre de la tierra, sacándo a su mujer de su costilla de donde todos fuimos engendrados, y como por desobediencia destos nuestros primeros padres caimos todos en pecado, y no alcanzábamos gracia para ver a Dios ni ir al cielo, hasta que Cristo, nuestro redentor, vino a nascer de una vìrgen para salvarnos, y para este efecto rescibió muerte, pasión; y

después de muerto, resuscitò glorificado, y estuvo en el mundo un poco de tiempo, hasta que subió al cielo, dejando en el mundo en su lugar a San Pedro y a sus sucesores que residían en Roma, a los cuales los cristianos llamaban papas; y estos habían repartido las tierras de todo el mundo entre los príncipes y reyes cristianos, dando a cada uno cargo de conquista, y que aquella provincia suya había a su majestad del emperador y rey don Carlos, N. S. y su majestad había enviado en su lugar a don Francisco Pizarro, para que le hiciese saber de parte de Dios y suya todo aquello que le había dicho; que si él quería creerlo y recibir agua de bautismo y obedecerle, como lo hacía la mayor parte de la cristianidad, él le defendería y ampararía, teniendo en paz y justicia la tierra, y guardándole sus libertades, como lo solía hacer a otros reyes y señores que sin riesgo de guerra se le sujetaban; y que si lo contrario hacía, el Gobernador le daría cruda guerra a fuego y sangre, con la lanza en la mano; y que en lo que tocaba a la ley y creencia de Jesucristo y su ley evangélica, que si, después de bien informado della, él de su voluntad lo quisiese creer, que haría lo que convenía a la salvación de su ánima; donde no, que ellos no le harían fuerza sobre ello. Y después que Atabalipa todo esto entendiò, dijo que aquellas tierras y todo lo que en ellas había las había ganado sus padres y sus abuelos, los cuales las habìan dejado a su hermano Guascaringa, y que por haberle vencido y tenerle preso a sazòn eran suyas y las poseía, y que no sabía él cómo San Pedro las podía dar a nadie; y que sì las había dado él no consentía en ello ni se le daba nada; y a lo que decía de Jesucristo, que había criado el cielo y hombres y todo, que él no sabía nada de aquello ni que nadie criase nada sino el sol, a quien ellos tenían por dios, y a la tierra por madre, y a sus guacas; y que Pachacamá lo había criado todo lo que allí había, que lo de Castilla

él no sabía nada ni lo habia visto; y preguntò al obispo cómo sabría él ser verdad todo lo que había dicho, o por donde se lo daría a entender. El obispo dijo que en aquel libro estaba escrito que era escriptura de Dios. Y Atabalipa le pidiò el Breviario o Biblia que tenía en la mano; y como se lo dió, lo abrió, volviendo las hojas a un cabo y a otro, y dijo que aquel libro no le decía a él nada ni le hablaba palabra, y le arrojò en el campo, Y el obispo volvió donde los españoles estaban, diciendo: «A ellos, a ellos»; y como el Gobernador entendió que si esperaba que los indios le acometiesen primero. los desbaratarían muy facilmente, se adelantó, y envió a decir a Hernando Pizarro que hiciese lo que había de hacer. Y luego mandó disparar el artillería, y los caballos acometieron por tres partes a los indios, y el Gobernador acometió con la infantería hacía la parte donde venía Atabalipa; y llegando a las andas, comenzaron a matar a los que la llevaban, y apenas era muerto uno, cuando en lugar del se ponían otros muchos a mucha porfía. Y viendo el Gobernador que si se dilataba mucho la defenza los desbaratarían, porque aunque ellos matasen muchos indios, importaba más un cristiano, arremetió con gran furia a la litera y echando manos por los cabellos a Atabalipa (que los traía muy largos), tiró recío para sí y lo derribó, y en este tiempo los cristianos daban tantas cuchilladas en las andas, porque era de oro que birieron en la mano al Gobernador; pero en fin él lo hechó en el suelo, y por muchos indios que cargaron, le prendió. Y como los indios vieron a su señor en tierra y preso, y ellos acometidos por tantas partes y con la furia de los caballos, que ellos tanto temían, volvieron las espaldas, y comenzaron a huir a toda furia, sin aprovecharse de las armas. y era tanta la priesa, que con huir los unos derriban los otros; y tanta gente se arrimo hacía una esquina del cercado donde fuè la batalla, que derribaron un pedazo de la pa-

red, por donde pudieron salirse; y la gente de caballo continuo fué en el alcanse hasta que la noche les hizo volver. Y como Ruminagui oyó el sonido de la artillería y vió que un cristiano despeñó de una atalaya abajo al indio que le habia de hacer la seña para que acudiese, entendió que los españoles habían vencido, y se fué con toda su gente huyendo, y no paró hasta la provincia de Quito, que es mas de doscientos y cincuenta leguas de allí. como adelante se dirà».

589 De la Historia de las Indias de Francisco López de Gómora, pag. 228 del Tom. I, de los Historiadores Primitivos de las Indias.

«Entró en el Tambo de Caxamalca, y como no vió los de caballo ni menear a los peones, pensó que de miedo. Alzose en pié, y dijo: «Estos rendimientos están». Respondieron los suyos que sí, teniéndolos en poco. Mirò a la torrecilla, y enojado, mandó echar de allí o matar los cristianos que dentro estaban. Llegó entonces a él fray Vicente de Valverde, dominico, que llevaba una cruz en la mano y su Breviario, o la Bíblia, como algunos dicen. Hizo reverencia, santiguòle con la cruz, y díjole: «Muy excelente señor, cumple que sepaís còmo Dios trino y uno hizo de nada el mundo y formó al hombre de la tierra, que llamó Adàn, del cual traemos orígen y carne todos. Pecó Adán contra su creador por inobediencia, y en él cuantos después han nacido y nacerán, y excepto Jesucristo, que siendo verdadero Dios, bajó del cielo a nacer de María Vírgen, para redimir el linage humano del pecado. Muriò en semejante cruz que aquesta, y por eso la adoramos. Resuscitò al tercer día, subió dende a cuarenta días al cielo, dejando por su vicario en la tierra a sant Pedro y a sus sucesores, que llaman papas; los cuales habían dado al potentísimo rey de España la conquista y la conversión de aquellas tierras; y así, agora Francisco Pizarro viene rogaros seais amigos y tributarios del rey de España, emperador de

romanos, monarca del mundo; y obedezcais al papa y recibais la fè de Cristo, si la creyéredes, que es santísima, y la que vos teneis es falsísima. Y sabed que haciendo lo contrario vos daremos guerra y quitaremos los ídolos, para que dejeis la engañosa religiòn de vuestros muchos y falsos dioses». Respondió Atabalipa muy enojado que no quería tributar siendo libre, ni oir que hubiese otro mayor señor que él; empero que holgaría de ser amigo del emperador y conocerle, ca debía ser gran príncipe, pues enviaba tantos ejércitos como decían, por el mundo; que no obedecerìa al Papa, porque daba lo ajeno, y por no dejar a quien nunca vió, el reyno que fué de su padre. Y en cuanto a la religiòn dijo que muy buena era la suya y que bien se hallaba con ella, y no quería ni menos debía poner en disputa cosa tan antigua y aprobada: y que Cristo murió, y el sol y la luna nunca morían, y que, còmo sabía el fraile que su Dios de los cristianos criara el mundo? Fray Vicente respondió que lo decìa aquel libro, y diòle su breviario. Atabalipa lo abrió, miró, ojeó, y diciendo que a el no le decía nada de aquello, lo arrojò en el suelo. Tomó el frayle su breviario, y fué a Pizarro voceando: «Los evangelios en tierra; venganza, cristianos; a ellos, a ellos, que no quieren nuestra amistad, ni nuestra ley». Pizarro entonces mandò sacar el pendòn y jugar la artillería, pensando que los indios arremeterìan. Como la seña se hizo, corrieron los de caballo a toda furia por tres partes a romper la muela de gente que alrededor de Atabalipa estaba, y alancearon muchos. Llegó luego Francisco Pizarro con los de pié que hicieron gran riza en los indios con las espadas a estocadas. Cargaron todos sobre Atabalipa, que todavìa estaba en su litera, por prenderle, deseando cada uno el prez y gloria de su prisión. Como estaba alto, no

alcanzaban, y acuchillaban a los que la tenían; pero no era caìdo uno, que luego no se pusiese otros y muchos a sostener las andas, porque no cayese a tierra su gran señor Atabalipa. Viendo esto Pizarro, echóle mano del vestido derribólo, que fuè rematar la pelea. No hubo indio que pelease, aunque todos tenían armas; cosa bien notable, contra sus fieros y costumbre de guerra. No pelearon, porque no les fué mandado, ni se hizo la señal que concertaran para ello, si menester fuese, con el grandísimo rebato y sobresalto que les dieron, o porque se cortaron todos, de puro miedo y ruido que hicieron a un mismo tiempo las trompetas, los arcabuces y artillería y los caballos, que llevaban pretales de cascabeles para los espantar. Con este ruido pues y con la priesa y heridas que los nuestros les daban, huyeron sin curar de su rey. Unos derriban a otros por huir, y tantos cargaron a una parte, que arrimados a la pared, derrocaron un lienzo della, por donde tuvieron salida. Siguiéronlos Fernando Pizarro y los de caballo hasta que anocheció, y mataron muchos dellos en el alcance. Ruminagui huyó tanbièn cando sintió los truenos del artillería, que barruntò lo que fué, como vió derribado de la torre al que lo tenía de hacer señal. Murieron muchos indios a la prisión de Atabalipa, la cual aconteció año de 1533 y en el tambo de Caxamalca, que es un gran patìo cercado. Murieron tantos porque no pelearon, y porque andaban a estocadas, que así se lo aconsejaba fray Vicente, por no quebrar las espadas hirieron de tajo y revés. Traían los indios morriones de madera, dorados, con plumajes que daban lustre al ejército; jubones fuertes embastados, porras doradas, picás muy largas, hondas, arcos, hachas y alabardas de plata y cobre y aún de oro, que a maravilla relumbraban. No quedó muerto ni herido ningún español, sino Francisco Pizarro en la mano, que al tiempo de asir

de Atabalipa tiró un soldado una cuchillada para darle y derribarle, por donde algunos dijeron que otro le prendió».

TESTIMONIOS QUE CONTIENEN LA FAMOSA PALABRA

590 Los testimonios que contienen el «*salid yo os absuelvo*», es la «Relación del primer descubrimiento de la costa del már del sud». M. S. apud Prescott pag. 243.

«En llegando al medio de la plaza parò, llevando descubierto el medio cuerpo de fuera; y toda la guerra que estaba en la plaza le tenían en medio, estando dentro hasta 6 o 7 mil hombres. Como el viò que ninguna persona salía a él ni parescia, tuvo creido, y así lo confesó después de preso, que nos habíamos escondido de miedo de ver su poder; y diò una voz y dijo: «Donde están esos». A la cual saliò del aposento del dicho Gobernador Pizarro el padre fray Vicente de Valverde, de la orden de los predicadores, que despuès fuè obispo de aquella tierra, con la Biblia en la mano y con él una lengua, y asì juntos llegaron por entre la gente a poder hablar con Atabalipa, al cual le comenzó a decir cosas de la Sagrada Escritura, que N. S. J. C. mandaba que entre los suyos no hubiese guerra, ni discordìa, sino todo paz, y que él en su nombre ansi se lo pedía y requería; pues habìa quedado de tratar della el día antes, y de venir solo sin gente de guerra. A las cuales palabras y otràs muchas que el fraile le dijo, él estuvo callando sin volver respuesta; y tornándole a decir que mirase lo que Dios mandaba, lo cual estaba en aquel libro que llevaba en la mano escripto, admirándose a mi pare-

cer mas de la escriptura que de lo escripto en ella: le pidió el libro y le abrió, y ojeó, mirandole el molde y la órden dèl; y después de visto, le arrojó por entre la gente con mucha ira, el rostro muy encarnizado, diciendo: «Decidles a esos que vengan acá, que no pasarè de aquí hasta que me den cuenta y satisfagan y páguenlo lo que han hecho en la tierra». Visto esto por el frayle y lo poco que aprovechaban sus palabras, tomò su libro, y abajó su cabeza, y fuese para donde estaba el dicho Pizarro, casi corriendo y dijole: «No veis lo que pasa, para que estar en comedimientos y requerimientos para con este perro lleno de soberbia, que vienen los campos llenos de indios; salid a èl que yo os absuelvo». Y ansí acabadas de decir estas palabras, que fuè todo en un instante, tocan las trompetas, y parte de su posada con toda la gente de a piè con él estaba, diciendo: «Santiago a ellos». Y así salimos todos a aquella voz a una porque todas a aquellas casas que salian a la plaza tenían muchas puertas, y parecen que se habían hecho a aquel propósito. En arremetiendo los de a caballo y rompiendo por ellos todo fuè uno, que sin matar sino solo un negro de nuestra parte, fueron todos desbaratados y Atabalipa preso, y la gente puesta en huida, aunque no pudieron huir del tropel, porque la puerta por donde habían entrado era pequeña y con la turbación no podían salir; y vistos los traseros cuan lejos tenían la acogida y remedio de huir, arrimáronse dos o tres mil dellos a un lienzo de pared, y dieron con él a tierra, el cual salió al campo, porque por aquella parte no había casas, y ansí tuvieron camino ancho para huir; y los escuadrones de gente que habían quedado en el campo sin entrar en el pueblo, como vieron huir y dar alaridos, los màs dellos fueron desbaratados y se pusieron en huida, que era cosa harto de ver que un valle de cuatro o cinco leguas todo iba cuajado de gente».

DISCUSIÓN DE ESTOS TESTIMONIOS

591 Prescott añade en una nota del capitulo V, de su «*Historia de la Conquista del Perú*» a Navarro, Zárate, Gómara, Balboa, y el Inca Titucusi Yupamqui. En cuanto a Zárate y Gòmara ha leido el lector lo que hemos transcrito y sabe a què atenerse. De Naharro, Balboa y Titucusi no hemos podido leer sus testimonios, porque no los hemos encontrado ni en la Biblioteca Nacional. (1) Pero si son como los de Zárate y Gómara no queda sino el testimonio de la «*Relación del Primer Descubrimiento*». Un solo testimonio aunque se diga ocular, contra los demás que también lo fueron, como Hernando Pizarro, Pedro Pizarro, Jeréz y los que consultaron Zárate y Gòmara es muy poco; para sentar como verdad inconcusa de que el fraile dominico profirió ciertamente las tan célebres palabras azuzadoras: «*salid yo os absuelvo*». Es muy probable que dijera muy bien como concuerdan los otros testimònios de Gómara: «venganza, cristianos, a ellos, a ellos, que no quieren nuestra amistad», o sencillamente, como dice Zárate: «a ellos, a ellos». Este último es lo màs creible y lo más verosimil, pues que Valverde estaba al corriente del plan premeditado por Pizarrò y sus compañeros.

592 Ante esta simple exposiciòn, es pues, puramente arbitraria y novelesca la narración que hace del encuentro del monje con el Inca, Anquetil y los que le siguen, sin más conocimiento de la Historia, en su «*Precis de l'Histoire Universelle*», Tom. VIII,

---

(1) Tèngase en cuenta que la Obrita presente fué escrita en Sucre (Bolivia).

pag. 313. Se ha de desterrar al dominio de las leyendas, inventadas para impresionar a la gente ignorante o para satisfacer pasiones anticlericales el famoso dicho: *«salid yo os absuelvo»*.

Carlos Pereira en el Tom. VII, de su *«Historia del Amèrica Española»*, pag. 142, es el que mejor ha comprendido toda la verdad histórica de los acontecimientos que narramos: «Atabalipa llegó en una litera forrada de plumajes y guarnecida de chapas riquísimas. El patio estaba atestado de indios que le habían precedido. El P. Valverde fué a recibirlo con cruz y breviario, (1), para hacerle la consabida notificación. El diálogo, referido con mil variantes, fuè tan rápido como desapacible. Atahuallpa le puso fín tirando al suelo el breviario, que había pedido para examinarlo. El P. Valverde entró, dió cuenta a Pizarro de la entrevista. Y el Gobernador mandò que se hiciese la señal para el ataque. Pedro de Candia disparó las armas de fuego. Salieron los jinetes por tres lados. Acudieron los grupos de peones, y en un instante quedó el patio inundado de sangre. Los indios que no perecieron en el degüello se agolparon junto à la tapia de adobes, y derrumbándola, salieron por la brecha. Los guerreros del campo, viendo la fuga de los que estaban dentro, se dispersaron».

593 Pero pongamos las cosas en el peor estado. Supongamos que històricamente esté comprobado que Valverde dijo tales palabras. ¿Qué se deduciría contra el Catolicismo? ¿Que el Catolicismo autoriza carnice-

---

(*1*) *En lugar de «breviario» es más probable, como dice Francisco Xeréz, que era una «Bíblia» la que llevaba. Efectivamente es en la Bíblia y no en el Breviario que se encuentran las verdades de la fé. El Breviario es el libro de rezos de los clèrigos. Esta nota es para los legos.*

rías, matanzas, injusticias? De ningún modo; todo esto lo reprueba ¿Que el Catolicismo autoriza el crimen cuando hay un monje que le promete el perdón de sus felonías? Nunca, jamás ha pensado asì la Iglesia. Si algunos de sus ministros lo han dicho y han obrado en consecuencia, han ido todos ellos en contra de las más elementales doctrinas del cristianismo. Y si el monje Valverde hubiera pensado y obrado así, sería digno del eterno baldón de los verdaderos eclesiásticos y del baldón de la Historia.

594 Si nos constara históricamente, o los documentos estuviesen unánimes en afirmar el hecho no vacilaríamos, ni un solo instante en entregarlo a la execración de la posteridad, como no vacilamos ni un solo momento en hacerlo así al recordar los crímenes de lesa humanidad que cometieron todos los españoles al exterminar sin piedad a tantos miles, probablemente unos cinco a seis mil, de indefensos indios que se dejaron matar sin oponer ninguna resistencia, y al recordar el crímen inaudito que se cometió en Cajamarca, al condenar injustamente al pobre Inca a la hoguera, suplicio que se remplazó por el del garrote. Cualesquiera que hubieran sido sus acusadores, instigadores, fautores o cómplices, llámense ellos Pizarros, Almagros o frailes como Valverde, a quien atribuye Herrera la firma de la condena, que le arrancaron para dar visos de legalidad a la farza, o los compañeros del famoso dominico, si estos últimos intervinieron también en semejante homicidio, caiga sobre ellos la execración de la Historia y el baldón de la posteridad humana.

APRECIACIÓN DE LA CONDUCTA DE VALVERDE EN LA MATANZA DE CAJAMARCA

595 Relatar estos hechos no es de nuestra incumbencia. Concretémonos a Valverde. No consta

ciertamente de que fué él el primer instigador de la carnicería indígena, a pesar de que a Gómara lo hemos oido decir: «murieron tantos porque no pelearon, y porque andaban los nuestros a estocadas, que así lo aconsejaba fray Vicente, por no quebrar las espadas hiriendo de tajo y revés», lo cual tiene Garcilaso por apócrifo. Al contrario, el plan de la toma del Inca y la consiguiente carnicería eran en la mente de los españoles un plan premeditado. La intervención de Valverde entraba también en sus planes, pero no fué la que decidió del golpe, ni fuè la única causante y responsable.

596 Mendiburo dice muy bien, (*Dic. His. Biog. verb. Valverde*). «El Padre Vàlverde pudo ser un fanático, y de acuerdo con las costumbres de su época, tratar a los gentiles desapiadadamente, más atenuar la culpabilidad de Pizarro y de los hombres de armas que a su alrededor influían, para cargar este religioso con todo el peso de la responsabilidad en òrden a la prisiòn y muerte de Atahuallpa, (nosotros añadiremos, en orden a la matanza de Cajamarca) no lo haremos jamás, desde que hemos estudiado lo bastante al Conquistador y a los que le rodeaban, y desde que nos hemos hecho capaces del peligro que circundaba a ese puñado de hombres que tenìan que salvarse y salvar la conquista, anodadando completamente a los peruanos». Y asentimos a este juicio, al que hemos llegado igualmente con el propio estudio de lo que eran Pizarro y sus compañeros de lo que pretendían y del modo còmo querían librarse de verse envueltos en las redes que les tendía el Inca.

597 Es claro que basta una pequeña reflexión para sentar que los antiguos y coetáneos delatores de los hechos, trataron en cuanto pudieron en no aparecer culpables ante la posteridad, o por lo menos en disminuir su responsabilidad, queriendo mostrarse como

los verdaderos defensores del cristianismo, ultrajado por el Inca al haber arrojado por el suelo la Bìblia. Les creeríamos si no supiéramos por otra parte los móviles secretos que encaminaron su loca empresa y el fín que se propusieron los españoles al descubrir el Perú: enriquecerse y nada màs que enriquecerse. Esto explica todos sus actos. Los frailes que acompañaron en la expedición, como fray Marcos de Niza, Reginaldo Pedrazas, Vicario General de los Dominicos, (este y los cinco siguientes quedaron en Piura), Tomás de San Martín, Martín de Esquivel, Pedro Ulloa, Alonzo de Montenegro, Domingo de Santo Tomàs, más tarde, fray Juán de Oliva, con seis dominicos que llegaron al Cuzco y otros: vinieron probablemente con las sanas intenciones de hacer bien a las almas de los indios, sin deseos de enriquecerse, ni buscar dinero. Pues Marcos de Niza escribía años más tarde un testimonio que se encuentra en Bartolomé de Las Casas «Destrucción de las Indias», pag. 37, que dice: «Yo soy testigo de vista, y por experiencia cierta conocí, que aquellos indios del Perú, es la gente mas benévola que entre indios se ha visto. Iten soy testigo y doy testimonio que luego que entraron los españoles en sus tierras, despuès de haber dado el mayor cacique Atabalipa más de dos millones de oro a los españoles, y habiéndoles dado, toda la tierra en su poder, luego quitaron la vida y mataron al dicho Atabalipa que era señor de toda la tierra y en pos de él mataron a su Capitán General Cochilimaca (Challcuchima). Después quitaron la vida en Quito a Cazopanga, gobernador que era de todas las provincias de Quito, a otros caciques mataron, y no fué parte para se lo estorbar con cuanto les prediqué». Este testimonio es abrumador para los españoles y muestra la parte que tomaron los frailes en oponerse a la ejecución de tantos

desventurados, como sacrificaban los conquistadores, nada más que para adueñarse del territorio y tener a su disposición todas las riquezas del país.

LA PRIMERA IGLESIA EN EL PERÚ

598 Muerto Átahuallpa con la pena que se sabe, los españoles tuvieron el cinismo, y Pizarro en particular de asistir al día siguiente del 29 de Agosto de 1533, a las honras fúnebres que le celebraron, manifestando su duelo y lo mucho que sentían por tamaña pérdida. Fingidas lágrimas de hipocresía, tan irónicas como detestables, que semejantes a las del cocodrilo de la leyenda, monstruo sangriento, despuès de despedazar a su víctima finge ostentar su llanto, porque ya no tiene què devorar! Los fuerales se celebraron en la Iglesia que se dedicó a San Francisco en Cajamarca.

599 No era èsta la primera Iglesia que se erigía en el Perú. Pizarro en compañía de fray Miguel Orenes, mercedario, había fundado una ciudad no lejos de Tangarará a la que dieron el nombre de San Miguel, por llamarse así el religioso, para tener un lugar de descanso para los soldados en la expedición y una base de operación en sus movimientos. La fundación se recuerda por Piura la Vieja, o lugar de Santa Ana, trasladada más tarde al lugar que hoy ocupa. Allí se erigió el primer templo consagrado al Dios verdadero. Se le concedió a Piura Cabildo y Alcaldes. Tuvo sus Cajas Reales, que también fueron erigidas por Pizarro y subsistieron hasta 1778. Hubieron muchos templos y conventos de San Francisco y de la Merced, un hospital de Santá Ana, que más tarde ocuparon, los Bet-

lemitas, parroquias de indios. San Sebastiàn y Santa Lucía, y un templo del Carmén que sirvió de congregación a los clérigos del Salvador.

VALVERDE OBISPO

600 Después de estos acontecimientos Valverde siguió por el interior con Pizarro en sòn de conquista. Valverde y sus compañeros se ocuparon de destruir todos los vestigios de idolatría, destruyeron todos los ídolos que tenían los indios en el valle de Jauja.

De estas destrucciones que han sido el objeto de las incriminaciones de algunos arqueòlogos y modernos anticuarios, prendados de todo lo viejo, aunque sea inservible, así como de las otras dificultades morales y otros obstàculos por parte de los indígenas, que encontraron los misioneros hablaremos después. De la destrucciòn lo haremos al tratar de Tiahuanacu, pues que la acusacion se refiere a estos monumentos.

601 Después de estas andancias, y despuès de la primera toma del Cuzco por Pizarro en 1534, regresó Valverde a Piura, desde donde se encaminó a España. Allí fué muy bien recibido por la Reina, quien en agradecimiento de sus servicios lo propuso para el obispado del Cuzco, en 1535. Tres años más tarde, en Abril, consagrado ya obispo de todo el Perú, regresaba à la ciudad que se le señalara, acompañado de veinte dominicos.

602 Fundó su Iglesia, la erigió en Catedral, dedicándola a Nuestra Señora del Rosario, conforme al mandamiento del Rey y a la Bula del Papa Paulo III, fechada el 8 de Enero de 1537. El auto de erección está fechado el 5 de Septiembre de 1538.

603 Mandóla fabricar Pizarro toda de piedra negra. «La uniòn de sus partes, dice Mendiburu (verb.

Pizarro pag. 442) la hermosura de los arcos, proporción de sus naves, firmeza y elegancia de sus pilastras, el nivel de sus capillas, la exquisita talladura de sus retablos, púlpito y rejas, el despejo de su sacristía y la riqueza de su custodia, ornamentos y alhajas, forman un conjunto admirable, en que la perfección no se separó nunca del más refinado gusto. La Catedral está acompañada de dos templos colaterales, en que se encierran bellezas artísticas, particularmente el que se titula del Triunfo, que ostenta simétricos ornamentos en su elevada cúpula y en sus naves: èsta es la Iglesia que pertenece al curato denominado Sagrario».

604 Es digno de anotarse por lo menos por curiosidad, que a la fundación oficial del Cuzco de 1534, 38 vecinos españoles de ese pueblo hicieron un donativo al Rey de 30.000 pesos de oro y 300.000 marcos de plata del caudal que ellos y sus yanaconas habían descubierto, declarando que eran ellos los únicos propietarios de esos tesoros hallados y tomados en ausencia del Gobernador. La pieza justificativa de este singular hecho se encuentra en el Tom. 3º del Diccionariò Histórico Biográfico de Mendiburu, junto con otros documentos que acompaña referentes a la fundaciòn del Cuzco. Lo que prueba cuán ingentes eran las riquezas de las que en un instante se hicieron dueños los españoles.

605 A instancias de Valverde ante la Reina se erigieron numerosos templos en todo el territorio, según òrdenes que S. M. comunicaba a Pizarro.

Entre otras cosas decía: «Yo he encargado al V. P. Vicente Valverde obispo de esa provincia, que luego como llegado a ella, entienda en que se hagan las Iglesias que a él y a vos pareciesen, así en los pueblos de españoles, como en los indios, y que se ponga en ellas los ornamentos y cosas necesarias, que de acá se llevan, y pues veis cuánto esto es el servicio de Dios, nuestro Señor».

En 1539 Valverde daba cuenta al Rey del número de Iglesias fundadas en el nuevo territorio. Enumeraba; la 1ª la Catedral del Cuzco de Ntra. Sra, del Rosario; la 2ª la Iglesia de la ciudad de los Reyes; la 3ª la de Trujillo; la 4ª la del Sr. San Miguel; la 5ª la Puerto Viejo, en un pueblo que se dice Villa Nueva; la 6ª la de la ciudad de Santiago, entre Tumbez y Puerto Viejo: la 7ª entre el Cuzco y Lima, para asegurar el camino que se llamaba de San Juán de la frontera. «A todas estas iglesias he distribuido, añadía, todos los ornamentos que de allí traje, proveyendo a cada una según sus necesidades». (*Document. Inedi. Tom. 3º pag. 95-96*).

606 A lado de esta solicitud por la religión no olvidaba la soberana «que se hiciese la descripción de la tierra, que tasase los tributos, que reformase las encomiendas, haciendo nueva repartición de la tierra de la cual formase un libro, que lo hecho en favor de los indios se lo hiciese saber a ellos, que se hiciese ejecutar las ordenanzas en favor de los indios».

«Debe hacerse al Gobierno español, dice muy bien Prescott, (*op. cit. pag. 62*) la justicia de confesar, que todas sus disposiciones parecían guiadas por una política muy humana y muy condecendiente, si bien la avaricia del colono y la caprichosa crueldad del conquistador, frustraban continuamente sus buenos deseos». El transcurso de esta narración mostrará cómo era tan continuamente visible la oposición entre el gobierno oficial de España y el Gobierno efectivo de la Colonia.

VALVERDE PROTECTOR DE LOS INDIOS

607 La Reina nombró además a Valverde «Protector y Defensor de los indios», dándole instrucciones que no se deben dejar caer en el olvido para apreciar

là conducta diametralmente opuesta de los españoles con la de sus Soberanos.

Decìa así a Valverde: «Por cuanto nos deseamos sumamente que los indios de nuestras Provincias se conserven y vengan en conocimiento de nuestra fé católica, que es nuestro principal deseo: por ende confiado de vuestra persona, fidelidad e conciencia, e que con toda rectitud y buen celo entendereis en ello, es nuestra merced y voluntad que en tanto que nuestra merced y voluntad fuese, seais protector y defensor de los indios de la dicha provincia. Por ende nos os mandamos que en la dicha provincia del Perú, tengais mucho ciudado de mirar e visitar los dichos indios, e hacer que sean bien tratados e instruidos, e enseñados en las cosas de nuestra santa fé católica por las personas que los tuviesen a su cargo, e veais las leyes y ordenanzas, inhibiciones y prohibiciones por los reyes católicos nuestros señores padres e abuelos, e por nos dadas a cerca del buen tratamiento y conservaciòn de los dichos indios, e en tanto que seais de uso e ejercicio del dicho cargo general deis e acordeis lo siguiente, etc. (*apud Mendiburu v. Valverde, pag. 24-23*).

COMO CUMLPIO VALVERDE SU COMETIDO

a) *Dificultades con los Religiosos*

608 La primera dificultad con que tropesó fray Vicente Valverde fué siempre la tan conocida codicia que contagió a los mismos clérigos, que vinieron a estas partes del Perú.

De ellos decía Valverde escribiendo a S. M. el 20 de Marzo de 1539 desde el Cuzco «aunque acá lo principal en que todos los sacerdotes entienden es en

sus intereses, y en mi ausencia no se entiende en las cosas del culto divino, como yo quería». (*Col de Documentos Inèditos, Tom. 3º, pag. 95*).

Esto decía hablando de los clérigos seglares, que de los regulares no era mejor la estima que tenía. Solo exceptuaba a los de San Francisco y Sto. Domingo, que según él eran «los más que en observancia florecían entre los mendicantes. De estas òrdenes, añadía, me parece que V. M. debe poblar esta tierra y prohibir que no hubiese acá otras, porque allende de no hacer fructo en la tierra ninguno, no entienden sino en sus propios intereses y grangerías como seglares, y dan mal exemplo, y los indios se escandalizan de ver tanta diversidad, y se da molestia grande a los seglares, por andar como andan algunos flaires solos y con gran distracciòn y excesiva codicia, como parece manifiestamente, que no se ha comenzado a edificar una casa en un pueblo cuando ellos tienen ya otra, y de un flaire solo o dos cuando mucho», (Id. pag. 103-3).

609 De ellos se queja tambièn que desde el principio ponían trabas a los curas y a los obispos para que no pudiese desempeñar libremente sus obligaciones. «Estos mismos religiosos en los pueblos donde edifican sus conventos, no dejan de hacer a los curas sus oficios, antes pretenden ser ellos los obispos y que se haga lo que a ellos les pareciese, y no lo que suelen hacer los curas y vicarios». (Id. pag. 103).

b) Dificultades con los Laicos

610 Si tal era la condición de los clérigos, no habìa que pensar cosa buena de los demás seglares. De ellos se queja mucho Valverde, de la oposiciòn que le hacían, de las contradicciones que encontraba, de la poca o ninguna estima en que tomaban sus decisiones

cuando ellas iban de protección y amparo del indio. Así escribía a S. M. «E como la codicia de los españoles de por acá es tan grande y tan desordenada, que sin mirar lo que al servicio de Dios y de V. M. conviene y a la perpetuidad de esta tierra, se quiere aprovechar, yò tengo muy gran contradicción con ellos». (pag, 106).

EXPLOTACIÓN DE LOS INDIOS

611 Efectivamente el objeto de las discusiones y disgustos interminables entre el obispo, o un protector cualquiera de indios, nombrado por la Corona, y los españoles aventureros era la cuestión de encomiendas de indios y la explotación que se quería hacer de ellos para enriquecerse cuanto antes. El indio era el medio de llegar a sus fines, el indio el que les daba la alimentaciòn, el oro y la plata, el indio el que fabricaba sus casas, araba sus campos y cultivaba sus tierras.

INDIOS PARA LAS IGLESIAS

612 Ni el mismo obispo Valverde quedó exento de esta flaqueza, que la creía inevitable en esos tiempos. En efecto, se quejaba al rey de la multitud de impuestos que había, que se destinaba todo a España, sin quedar lo suficiente para la misma Colonia. En 1539, según testimonio del mismo Valverde se enviaba al rey 27.257 pesos, cinco tomines y tres gramos de oro; 122 a., cuatro libras de plata baja; 10 c., trece libras de plata blanca. Era una fortuna enorme, que de tiempo en tiempo salía para España.

El obispo se quejaba de pobreza para con su Iglesia. Los españoles no querian pagár los diezmos

que se les exigía, los indios, viéndose libres. tampoco querían prestar su servicios.

613 Para subvenir a estas necesidades pensó el obispo, que como antiguamente trabajaban los indios para el Inca y para el Sol, su dios, se pudiese hacer lo mismo para con el servicio del culto divino del verdadero Dios. Podrían tener las Iglesias, la Catedral, en primer término, cierto número de indios encomendados a dicha Iglesia, cuyos cargos serían recíprocos. Los indios darían sus trabajos en la refacción o construcciòn del templo o catedral, en el cultivo de los terrenos pertenecientes a la Iglesia, y èsta a su vez tendría la obligación de hacerlos instruir, de vigilar sobre ellos y de defenderlos de la codicia de los españoles. El obispo alegaba como razones, por una parte la indevoción de la gente de esas partes que no se preocupaban de las cosas de la Iglesia, por otra los indios mismos decìan que contando la Iglesia con diezmos debían pagar con ellos, finalmente habian monasterios que tenían por encomienda cierto número de indios. El obispo solicitaba tan solo unos 300 o 400 indios para cada Iglesia y un poco más para la Catedral.

614 De aquí podrá colegirse en cuanto número tenían los otros encomenderos, pues que a juicio del obispo le parecía esto un número muy moderado y sin recargo para los mismos indígenas.

De la concesiòn de esta petición provinieron todos los indios que poseían las iglesias. El fin había sido concedérseles en favor de la Iglesia para su decendencia, su ornato, su refacciòn y para el sustento de los ministros del altar. Desgraciadamente aquì mismo los abusos no faltaron.

OBSTÁCULOS QUE PONIAN LOS ESPANOLES AL DESEMPEÑO DE SU OFICIO DE PROTECTOR

615 Valverde queria realmente proteger a los indios, de los cuales decía: «defender esta gente de la bóca de tantos lobos, como hay contra ellos, que creo que si no hobiese quien particularmente los defendiese, se despoblaria la tierra, y ya que no fuese ansí, no servirian, ni ternían sosiego»-

Y era así. Los españoles no querían entender que la protección que se la había confiado al obispo Valverde era real y efectiva, que debía por sí mismo conocer de todas las causas que respectaban al indio. Interpretaban a su arbitrio la provisión real alegando que solo podía castigar con pena pecuniaria y corporal.

De la pena pecuniaria se le reían, porque ella solo versaba sobre unos 50 castellanos. Y con razòn decía el obispo es la que menos les hace mella, porque de los indios sacaban un provecho ingente. Pedià por eso que cambiase esa pena por otra que lo sintiesen más. En cuanto a las otras penas pretendian que no tenía derecho el obispo y que todo debiera hacerse según los tribunales de justicia, establecidos en el lugar. Era simplemente querer burlar todas las provisiones de la Corona, en favor de los indios.

ABUSOS CONTRA LOS INDIOS

616 Pretendían apoyados en estas falsas interpretaciones que cualquier indio, que llamaban ellos ex-

travagante, porque andaban por donde mejor le placía, siendo libre, o los *«yanapacunas»*, que los llamaban yanaconas, mozos que libremente servían al que mejor les pagaba, no debían estarse así, sino que el Gobernador tenía derecho a encomendarlos perpetuamente, por un cèdula, a cualquier español.

617 El estado de estos indios, decía Valverde en su informe, (op. cit. pag. 108), es peor que el de los mismos esclavos, ya que éstos cuando se ven maltratados por un amo pueden rogar a otro que los compre, mientras que los indios encomendados a perpetuidad tienen que sufrir todos los trabajos, sin pensar en poderlos aliviar. Cuando él, Valverde, intervenía como protector de los indios para resguardar su libertad, venían los de la justicia, con cèdulas del Gobernador para arrancarlos de sus mismas manos. Lo mismo hacían con las indias. Si estas personas eran de otra provincia reclamaban diciendo que no podía intervenir el protector porque eran de provincia, cuyo gobierno no le incumbía.

618 A tanto llegaban los abusos contra los indios, que no osaban salir libremente por un pueblo, dice el obispo, que no lo tomase algún español, que estaba a la espectativa. Si ese no lo tomaba no faltaba otro que le echaba cadenas, le hacía agravios y le obligaba por la fuerza a que le sirviera, (op. cit. pag. 110).

619 Tenían los españoles la mala costumbre incorregible de sacar indios de un lugar para trasladarlos a otro. Así los sacaban de la sierra y los llevaban a la costa, o viciversa, de la costa los llevaban a la sierra. Como tales indios acostumbrados a sus climas no estaban adaptados a otros, sucedía que morían por miles.

620 Otras veces embarcaban indios para llevarlos a otros reinos de América, o también traían de

otras partes, sea para venderlos, sea para ocuparlos en rudas tareas. Cuenta Valverde que una vez llevaba èl ocho o nueve indios para que le sirviesen de intérpretes y para que los viera el rey. Al llegar a Panamá solo sobrevivió uno, porque morían como peces sacados del agua. En Panamá había más de 300 indios peruanos. llevados, que los vendían y esclavizaban y retenían contra su voluntad.

621 Valverde quería poner remedio a todo esto. Suplicaba a S. M. prohibiese estos modos de destrucción de los indios, que iba también en desmedro de los tesoros de la Corona. Rogaba que publicase, que no llevasen a mal los españoles el que cumpliese su obligación visitando los navíos para informarse si se cumplía o nó todo lo mandado por el Rey tocante a los indígenas.

PROVIDENCIAS DE QUE SE VALÍA PARA EL BUEN DESEMPEÑO DE SU CARGO

622 Como medidas eficaces para el desempeño de su protectorado pedía se le concediese alguacil especial y un alguacil de campo. porque los alguaciles de la ciudad no le obedecían, mucho menos los carceleros.

Efectivamente, en la comisión de protectorado se le habìa concedido el que pudiese nombrar alguaciles para que ejecutaran sus órdenes. Los alguaciles civiles llevaban una vara con la cual se hacian respetar, cuando era menester. El obispo solicitó se concediese a los suyos el mismo privilegio, «porque en estas tierras hay más necesidad de ellas, decìa, que en otras partes, por ser la gente tan suelta, porque la vara espanta muchas veces y prohibe que no se haga algunos

delitos, e obra lo que la lanza en la choza del viñadero». (id. 105).

623 Pedía igualmente una cárcel aparte, para el castigo de los delincuentes. Que el Rey no se contentase solamente con darle un derecho de multa pecuniaria tan escasa que era una irrisión. Que tuviese él, Valverde, poder de nombrar lugar tenientes, independientes de la confirmación del Gobernador, a fin de que no sufran los indios, cuando se encuentran molestados por los españoles, que se encuentran muy distantes de la residencia del Gobernador.

CARNICERÍAS INDIGENAS

624 Valverde, en su informe, habla también de crueldades que se cometían en casos en que los indios se sublevaban. Eran tratados sin ninguna conmiseración. Una vez, en uno de esos levantamientos, dió òrden el Gobernador que los hiciesen esclavos. Los esclavos no solo fueron los culpables, sino hasta los mismos inocentes. Añade Valverde, que tal es là codicia de los españoles, que si un cacique tuviese 10 mil indios y pudiesen ser esclavizados, no solo se contentaran con ellos, sino que aparecieran con 50.000, alegando que todos ellos son del cacique, de quien se debía tomar a aquellos.

625 Con las guerras y mal tratamientos asegura el obispo que exterminaron los españoles más de 20.000 indios. Indudablemente que no cuenta los que murieron en la guerra de la conquista, que ya hábia muerto entonces unos seis mil, otros autores, por ejemplo Quintanilla díce 10.000. Esto escribía Valverde en 1539, siete años después de la llegada de los españoles.

VISITAS DEL OBISPO

626 Finalmente refiere el obispo que él en persona ha querido «visitar en esta ciudad del Cuzco todas las casas de cristianos, a donde hay indios, y todos los ranchos y buhíos de los indios, y caballerizas, y cocinas, para saber si los endoctrinan y enseñan cada noche, como se debe hacer, e si curan los que estan enfermos o los dejan morir, e si les dan los mantenimientos y cosas necesarios, pues se sirven dellos, e si los tienen atados o encerrados; y aunque V. M. me mande que haga esto, en el principio de su real provisión de la protectoria, háceseles cosa muy nueva, y es muy necesaria, como V. M. ve». (op. cit. pag. 117),

627 Y con relación a las costumbres de los caciques en castigar a sus súbditos añade: «Porque los caciques de estas tierras tienen algunas leyes injustas, y cruelmente las executan contra sus indios muchas veces en sus pueblos, pues V. M. es señor de esta tierra, no la debe consentir, sino que sus leyes se guarden y se executen, y mandar prohibir que no se hagan semejantes crueldades» (Id. pag. 118).

VALVERDE SE PROPUSO CUMPLIR EXACTAMENTE SUS OBLIGACIONES

628 Como se vé Valverde se propuso cumplir exactamente sus obligaciones a trueque de descontentar a muchos. Bien lo comprendió él cuando decía al Rey que sus enemigos dirían muchas cosas en contra suya: «Y ansí por hacer lo que debo en este oficio

pastoral, creo que se empezaran a quejar a V. M. de mí, y bien sé que no sera cosa nueva esto, y no me maravillaré que se quexen de mi, pues muchos apóstoles, cuyo indigno sucesor soy yo, en fundación de Iglesias murieron». (id. pag. 106).

CAUSAS DE LAS DESAVENIENCIAS CON LOS ALMAGROS

629 Que hayan habido deficiencias humanas, no seremos nosotros los que lo negaremos. Que Valverde se haya quizás dejado llevar del afecto a su familia, cuya hermano se hallaba en el Cuzco, casada después con un Juán Velasquez, es probable que ello fuera así, y que el cariño a su cuñado, partidario de Pizarro haya también influido a que se le enajenaran los sentimientos de los Almagros. Pero lo que sobre todo influyò en estos a ese profundo encono que le guardaron y que hicieron jurar su muerte fué el afecto que él profesó a Pizarro. Era este su penitente y su amigo íntimo. Las comunes desgracias, zozobras y encumbramientos les habían unido mucho más profundamente. No podía, pues, serle de ningún modo indiferente la desgracia que acaeció a Pizarro, después de la muerte de Diego de Almagro. El hijo de éste que juró vengar a su padre, juró tambièn desprestigiar en todos los tonos a Valverde. Con esta explicación pierde absolutàmente de sentido la denigración de Diego de Almagro, hijo, dirigida a la Audiencia de Panamá, el 8 de Noviembre de 1541, que en la parte tocante a Valverde dice así: «Estando escribiendo ésta, sucedió que el señor Obispo, fray Vicente Valverde, como persona que jamás ha tenido fin ni celo al servicio de Dios ni de S. M., ni menos en la conversión de los

naturales en los poner e doctrinar en las cosas de nuestra Santa Fé Católica, ni menos en entender en la paz e sociego destos reinos, sino a sus intereses propios dando mal exemplo a todos, estando la tierra agora en los términos que estaba, teniéndole todos el respeto e obediencia que debian, aunque conoscí haberme sido contrario desde las pasiones que hobo entre el Adelantado, mi señor, y el Marquèz por no deservir a S. M., aunque como a S. M. he escrito, èl fué mucha parte para que matasen a mi padre e sucediesen los daños que en la tierra ha habido, por no lo querer ir a remediar e poner en paz, como también seguir sus pasiones». (Docm. Ined. Tom. 3⁰, pag. 219).

TESTIMONIO FALSO

630 Este testimonio es completamente calumnioso y sin valor històrico, porque proviene de un enemigo acèrrimo de Valverde. La prueba es muy sencilla. Hacia los mismos días, 26 de Octubre y 11 de Noviembre de 1541 escribió desde Lima a la misma audiencia de Panamá una carta en que narra Valverde lo acontecido con respecto a la muerte de Pizarro. inferida por Diego de Almagro, hijo, en venganza de su padre. En la carta hay una simple exposición de los hechos. Si Valverde hubiese sido un enemigo declarado de los Almagros, no hubiera dejado pasar la ocasión de amontonar cargos contra Almagro, pidiendo un castigo ejemplar por los supuestos atropellos de Almagro contra el Obispo. Valverde no dice sino que viendo que no podía poner la paz entre los del partido de Almagro y Pizarro, siendo todas sus amonestaciones inútiles, resolvió decirselas en público, lo que efectivamente lo hizo en el sermón del dia de Todosantos. Esto en lugar de apaciguar los ánimos, los exitó más

aún, que resolvieron darle la muerte. Vinieron a su alojamiento ciertos capitanes, que le reprendieron de lo dicho con palabras doscorteses. (Tom. 3º, pag. 221-228).

MUERTE DE VALVERDE

631 Comprendió Valverde que su vida no estaba más segura. Tenía ya aparejado un navio para que se escapara con su cuñado Juán Velazquez, que como partidario de Pizarro había sido apresado. Resolviò partir con él hasta Panamá, para informar al Presidente de la Audiencia. Mientras navegaba por Túmbez llegaba el nuevo Gobernador Cristobal Vaca de Castro, trayendo poderes especiales para él en el gobierno del reino. Lo que prueba que en España habían sido ya informados los Soberanos a cerca de los acontecimientos del Perú, pero juzgaron que Valverde no estaba comprometido en el asesinato de Pizarro, y no le creían culpable, por lo que no le retiraban la confianza.

Dirigióse Valverde a la isla de Puná. Alli se ocupó de evangelizar a los indios. Como era sistema entre los primeros misioneros para poder continuar su evangelización el hacer desaparecer todos los ídolos del antiguo culto, Valverde se puso a destruir con infantigable celo todos los ídolos de la región.

Furiosos los indígenas de que así se trata a sus dioses, arremetieron contra èl en momentos en que iba a celebrar el Santo Sacrificio, le molieron a garrotes, arrastraron su cuerpo, amarrándole al pié una soga, y Melèndez añade que después de descuartizarle se lo comieron los indios.

Esto sucedía muy probablemente a fines de Noviembre de 1541. Mendiburu asigna la fecha del 31 de Octubre, lo cual es absolutamente imposible, pues que la última carta a la Audiencia, que es una postdata de la del 26 de Octubre, està fechada el 11 de Noviembre de 1541. Es probable que continuando su viaje llegara poco después a fines de Noviembre a Punà.

APRECIACION FINAL

632 Prescott (His. d. l., Con. d.. Perú, cap. VI) es completamente injusto al atribuir a Valverde el derramamiento de sangre de los indios al principio de la conquista. Así mismo demuestra que ignora por completo lo que enseña la disciplina monástica, la cual nunca ha enseñado, en ninguna religión, que, «el fín justifica los medios». Ello es tan bueno para hacerlo creer a personas que nunca han estudiado lo que es una instituciòn monástica, o para artículos de calumnia contra los frailes, que aseveran aquéllos en contra de éstos, que digan o no digan los documentos históricos: los frailes siempre han de ser culpables.

633 Prescott se contradice a sí mismo:

«Valverde, dice, era un fraile dominico, que como el Padre Olmedo respecto a Cortés, había estado al lado del jefe de la expedición durante todo el tiempo de ella. Pero no siempre como el buen Olmedo usó de su influencia para detener el brazo levantado del guerrero. Al menos no es este el aspecto bajo el cual se nos presenta en la terrible matanza de Caxamalca, (1). Sin embargo, (2), algunos autores contemporáneos dí-

(1) *Hacer de esto responsable a Valverde, lo hemos probado abundantemente, que es una pura injusticia.*

(2) *Aquí viene la contradicción.*

cen que despuès de instalado en su obispado fuè incansable en su celo por convertir a los indios y mejorar su condiciòn, y su correspondencia con el gobierno desde este período, muestra gran solicitud por tan laudables objetos. Educado en la severa escuela de la disciplina monastica, que con frecuencia cierra el corazòn a la caridad común de la vida, (3), no podía, cómo el buen Padre Las Casas, elevarse sobre sus fanáticos principios, (4), y siguiendo el espíritu de escuela creyó que la santidad del fín justificaba los medios, por repugnantes que en sí mismos fuesen, (5). Sin embargo, este hombre que tan sin reparo alguno había derramado la sangre de los pobres indios para

---

(3) *He ahí una supina ignorancia de lo que son las disciplinas monàsticas. Ignora probablemente el autor que la más exquisita caridad desinteresada para con los hombres ha salido de los monasterios.*

(4) *He aquí otra contradicción. Las Casas fué clérigo y después fraile dominico, como Valverde, y sin embargo, la misma disciplina monástica, que formò al uno y al otro, no le cerró el corazón, antes lo agrandó.*

(5) *Bueno está esto para las acusaciones calumniosas lanzadas por las «Provinciales» de Pascal contra los Jesuitas. Pero ello no pasa de ser una leyenda apócrifa, sin ningún valor històrico, porque ninguna escuela genuinamente monástica, mucho menos catòlica, nunca jamás ha enseñado que «el fin santifica los medios». Bueno está eso para la escuela maquiavélica, de donde tiene su origen legítimo y autèntico y no de escuela monástica ninguna.*

aseguar el triunfo de su fé, (6), habría vertido espontáneamente toda la suya en su defensa, (7). Caracteres semejantes no era raro en el siglo».

634 En cuanto a nosotros, si al principio hubieron flaquezas inevitables en una vida humana, aunque según el mismo lo confiesa humildemente que muchas veces porque no podía corregir los defectos de sus súbditos o del mismo Gobernador, dice, dice él «cuando veo questo no aprovecha, se lo digo algunas

---

(6) *Aquì otra injusticia. Ni Valverde derramó la sangre de los indios, ni consta por la historia que fuese él el instigador, ni la expedición de Pizarro-Almagro tenía el fín principal de conquistar el Perú para la fé cristiana; sino que el fín principal era enriquecerse. Y para ello no vacilaron estos aventureros de hacer uso del principio maquiavélico «el fín justifica los medios». Solo despuès como una consecuencia natural se pensó en aprovechar de la conquista para la evangelizaciòn de los indios, porque, además, los Reyes Católicos así lo exigían para asegurar sus dominios. Quienquiera que afirme lo contrario es uno, que pospone todos los datos de la verdadera historia.*

(7) *Ciertamente que en la doctrina de la Iglesia Católica el martirio sufrido por la fè, aunque fuera por el más grande pecador, le hace acreedor a su veneración y digno de los honores de los altares. Dato, non concesso, que Valverde fuese un criminal; la Iglesia olvidaría sus crímenes para venerarle como a un màrtir, que dió la vida por su religión. En realidad Valverde fuè el primer mártir del Perú, digno de los altares, aunque nadie aún se haya preocupado en tentar de introducir su causa en Roma. El tiempo lo dirà, si Valverde fué sì o nó culpable, como se lo quiere hacer párecer.*

veces con cólera, y a esta causa podría decir con verdad a V. M. que él está mal consigo». (Tom. 3º. pag. 136). Ello no quita que Valverde tratò de ser un obispo ejemplar, por lo menos se esforzó en aminorar los rudos trabajos de los indios, en servirles en lo que pudo, en poner toda su abnegación en favor de ellos, en visitar con celo todo su territorio inquiriendo por sus indios.

Si en todo no tuvo éxito, si descontentó a los frailes vagabundos, a los clérigos codiciosos, a los españoles sacres, aventureros advenedizos, ello se desprendía naturalmente del cumplimiento de su deber que no podia condescender con todos y forzosamente debía disgustar a unos y merecer alabanzas de las personas sensatas. La postoridad dirá, con la Historia imparcial en la mano, que Valverde no aparece tan culpable, como lo habían pintado sus enemigos y detractores.

ACUSACIÓN CONTRA LA INTRODUCCIÓN VIOLENTA DEL CRISTIANISMO EN EL PERÚ

635 Si es dificil hacer la plena luz a cerca de Valverde, hay fuera de ello otra acusación que tampoco hemos de callar, la de la introducciòn violenta del Cristianismo no solo en el Perú, sino en la América en general.

El reto ha sido lanzado en la forma siguiente: «el cristianismo ha sido introducido por la fuerza, de tal modo que se ha de decir la cruz en una mano y la espada en la otra». Bajo esas condiciones nó quedaba la plena libertad de elección. Sus consecuencias

no podían menos de ser funestas tanto para el cristianismo, como para los convertidos.

636 Hemos dicho que hemos de reconocer lealmente las faltas que hayamos de notar cuando estas vayan fundadas y apoyadas en documentos.

Con respecto a la acusación presente plácenos encarecer, si cabe, citando el documento mismo oficial de los teólogos que tuvieron que responder a las cuestiones que se les sometieron.

637 Dicho documento está fechado de Salamanca el 1º de Julio de 1541 y lleva las rúbricas de ilustres téologos, como fr. Cordubense, decano de la Facultad de Teología: Francisco Victoria, célebre por sus estudios sobre el Derecho de Gentes y sobre la legitimidad de la guerra, el maestro Juan de Sanmillán; Domingo Soto, que se ilustrò en el Concilio de Trento; Andrés Vega, muy conocido por sus trabajos de Teologìa y Exègesis, el maestro Francisco Sànchez, el maestro G. Gallo. y el maestro Juán Egidias de Nava.

638 En este documento escrito en latín, se da solución a una controversia suscitada entre los Misioneros de las Posesiones Hispanas, en la que unos afirmaban que *todos los indios* de esas posiciones debían ser bautizados, no ciertamente por la fuerza pero, sin esperar una larga instrucciòn o predicación. De hecho, el Documento afirma y algunos Misioneros llevaron esto a la práctica, hasta publicando por edictos que todos los fieles, sus hijos y cualesquier otros dentro de poco tiempo debían ser bautizados. Otros por el contrario eran opuestos a esa conducta y sostenían que no había de bautizarse a los infieles, sino despuès de madura reflexión, instrucción prolongada y diligente inquisición del ánimo y voluntad de los interesados. *«Alii contra asserunt bárbaros non esse baptisandos, sine gravi consilio, et diuturna institutione et matura explo-*

ratione de mente et de voluntate ipsorum barbarorum, circa sacramenta baptismi et fidem et religionem». (1)

639 A esta discusión contestaron los tèologos dando razón a la segunda opinión que era la verdadera, probando abundantemente con argumentos tomados de todos los téologos anteriores. «De esta conclusiòn, decian, no parecen dudar los autores y teólogos contemporáneos, sino que unanimemente estan de acuerdo». Citaban como confirmaciòn de esto a Pedro Lombardo, Maestro de las Sentencias, a Santo Tomás, los Decretales antiguos, a San Clemente de Roma en la Epistola de «Officiis Sacerdotum», que problablemente es apócrifa, pero que remonta al menos hasta el siglo V, al pseudo Dionisio en el tratado de «Ecclesistica Hierarchia», igualmente del siglo V, a San Agustín en el tratado de «De Fide et operibus».

640 De todo lo cual deducían esta última conclusión que traducimos a la letra: «De esta conclusión se deduce y es evidente el corolario que parece temerario y peligroso bautizar a los bárbaros a troche y moche (*passim*), sin mayor diligencia y exàmen, de donde tiene que resultar muchas cosas absurdas y no bastantes piadosas, como lo vemos que ha sucedido en España, que muchos han recibido el bautismo, tengan que ser rechazados y excluidos de todos los Sacramentos de la Iglesia, que a haber sido bautizados debidamente, debieran, como se ha dicho antes, recibir inmediatamente la Eucaristía, según una antigua tradición de la Iglesia. De este modo viene a resultar que

(1) *«Por el contrario, otros afirman que no se debe bautizar a los bárbaros, sin motivo grave, una larga instrucción y una madura investigacióu de la mente y de la voluntad de los mismos bárbaros a cerca de los sacramentos del bautismo, la fé y la religión».*

apresurándonos a bautizar à muchos, tengamos muy pocos verdaderos cristianos, no solo en cuanto a las costumbres, sino también en cuanto a la fé. Hay un refràn que dice: «bastante pronto si bastante bien», y es increible cuánto mal se hace con la costumbre a las cosas y con el apresuramiento a los negocios, y como lo dice el refrán castellano «quien mucho abarca, poco aprieta», pues si ha de observarse esta misma diligencia para con los otros infieles, con mayor razón parece necesaria para con estos bàrbaros, que por su naturaleza dicen que son obtusos, poco reflexivos a cerca de lo que más les conviene y maravillosamente inconstantes. Esto nos ha parecido responder a cerca de lo propuesto».

641 Este documento emanado de eminentísimos teólogos lleva consigo la condenación oficial de la Iglesia de los procedimientos arbitrarios de que se valieron buen número de misioneros y conversores.

Ya hemos hecho notar arriba las proposiciones sustentadas por Las Casas, que son conformes con este documento. Los teòlogos, pues, enseñan por todas partes lo mismo. (Cf. n. 542).

642 Doctrina común es en la Teología Católica, que la fé ha de ser voluntaria, ha de ser conciente y ha de ser libre. Para abrazar todas las consecuencias que consigo trae la profesión de una nueva creencia tiene que ser aceptada con pleno conocimiento de causa. Lo contrario produciría siempre, como ha producido en España, y no dejá el documento de recordarlo de paso, la conversiòn fictiva de los moros y judios con desmedro de la fé, de las costumbres y con violación de la libertad de la personalidad humana.

643 Tampoco en América los efectos han podido ser de menos consecuencias. Esas conversiones apresuradas. esos bautismos prematuros, sin la debida instrucción y sin la prepación madura que hacía la Igle-

sia en la época del largo catecumenado, no ha hecho ctra cosa sino trasladar masas enteras de indios ignorantes con sus creencias pueriles, con sus superticiones ridiculas, con sus defectos morales intactos, con sus taras de toda clase al seno de una Iglesia que por su doctrina, sus dogmas y su moral exigía y formaba otra clase de individuos «santos, inmaculados, olvidados de sus vicios y regenerados para una nueva vida», como se complace en decir San Pablo a los de Corintio, que también ellos fueron «fornicarii, idoliis servientes, adulteri, molles, masculorum concubitores, ladrones, avaros, borrachos, maldicientes y rapaces». (I Cor. VI, 9, 10).

644 Esos primeros misioneros impugnados por el documento que comentamos, se contentaron con solo cambiarles de culto externo sin instruirles a fondo a cerca de las sublimes verdades de la fé cristiana. Ese descuido y desidia se comunicó a sus sucesores, que ni se tomaban la molestia de aprender su lengua para poderles instruir. El P. Acosta, el P. Valera, Garcilaso (Com. Real. Lib. II, cap. V, XXVII) se quejan con frecuencia de esa pereza intelectual, o quizás de su desprecio para con la raza vencida, de no haberse molestado en aprofundizar su lenguage; de haber vivido años enteros a su lado sin esfuerzo ninguno de poseer su lengua para mejor instruirles. Hoy mismo (1927) los extrangeros, sobre todo españoles, continuan por ese mismo sendero, sin que la experiencia de los años pretèritos les haya en nada instruido. Pasan toda su vida en Bolivia sin que el término de ella puedan ser útiles a los indios.

645 Es evidente que estas tristes constataciones solo se refieren a ese grupo impugnado por el documento y a todos los que han seguido sus huellas. No se ha de negar que entre el grupo opuesto, que

quizás fuè muy reducido, existieron hombres que con todo empeño se dedicaron a la instrucciòn, al conocimiento de la lengua quichua y aymará, como los mismos padres Valera, Acosta, los dominicos que instituyeron cátedras de lengua quichua en sus colegios. (Cf. Garcilaso. Com. Rea. Lib. II, cap. V), aunque muy deficientes; entre los franciscanos, que algunos redactaron Gramáticas y entre los Jesuitas, que se aplicaron con ahinco a esta clase de trabajos.

646 El Concilio de Lima, bajo la presidencia de Santo Toribio de Mogrovejo, en 1582, se ocupó activamente de este importante punto y mandó (cap. II) que se redactará un Catecismo en las lenguas de cada diócesis, aprobado por el obispo, y obligó a los párrocos a cumplir estrictamente esta delicada misión. Más adelante analizaremos los Estatutos de este memorable Sínodo.

647 En conclusión, hemos de reconocer que hubieron arbitrariedades condenables, que la Iglesia en documentos oficiales los condenò. La conducta contraria a sus leyes y a sus enseñanzas no pueden de ningùn modo ser atribuidas a esta misma Iglesia, como si ella fuese la que tuviera la culpa de los efectos perniciosos que han resultado. Hemos de reconocerlo lealmente que algunos misioneros violaron la libertad de los indìgenas obligándolos a abrazar creencias y moral que no entendian aquéllos o que no se sentían capaces de practicar ésta. (1).

---

(1) *Arriba hemos recordado que esa máscara de cristianismo entre los indios y demás cristianos, permanece hasta el dìa de hoy. El indio de hoy es tan ignorante y superticioso, como lo fué en los días del Coloniaje. No ha habido progreso.*

648 En descargo suyo hay que hacer notar: sus buenas intenciones de procurarles un beneficio positivo al pensar que les apartaban de sus falsas creencias; la persuación completa en que estaban de la verdad de su religión, cuyos derechos son inalienables y cuyos puntos de vista frecuentemente les hacía olvidar que los hombres de religión contraria tienen tambien derechos no menos inalienables, que no ceden sino ante la clara luz que una convicción es errada, y una obligación de conciencia de modificar esas falsas creencias. Finalmente el espìritu español profundamente católico, pero católico a su modo, llevado hasta el fanatismo, no admitía en esos tiempos que alguien pudiese practicar una doctrina falsa: e interpretaba erroneamente las palabras del Evangelio «compelle intrare», obligándolos a que entren, y por grado o por fuerza debían los súbditos de su Majestad Católica ser tambien ellos católicos. Las tolerancias y el espíritu de amplitud de miras no eran el propio de esa època. Las revoluciones causadas por el protestantismo, las terribles conmociones que sufriò la sociedad del mundo con la Revolución Francesa, el estudio mas aprofundizado de psicología humana y de los derechos del hombre, el libre pensamiento y la moderna crìtica de toda religión, de toda creencia, el análisis amplio de los títulos que exhibe el Catolisismo para su asentimiento, y sobre todo la mejor comprensión de la doctrina de la Iglesia Católica, que desde antaño ha respetado los fueros de la conciencia y ha exigido que se los respete siempre: todo ello no era en el siglo XVI el lote de cualquier individuo, ni cualquier español, ni cualquier misionero. Fué menester todas esas largas evoluciones que esbozamos para llegar a la mentalidad del siglo XX, que la poseemos. Sería cometer un singular anacronismo reportar nuestra actual mentalidad

a la de los conquistadores del siglo XVI para juzgarlos injustamente, con un punto de vista, ajeno a sus concepciones y preocupaciones. (1)

---

(1) *Aquí cabría hacer notar que este espíritu de intransigencia, no es únicamente propio de la Católica España. La protestante Inglaterra lo ha mostrado con mayor fanatismo, en el reino de Isabel y los siguientes para con los católicos, que despectivamente les llamaban y los llaman aún «papistas», al perseguirlos en masa, al condenarlos a la muerte, al confiscarles sus bienes y al despojarles de sus derechos de ciudadanìa y de la participación à todos los cargos públicos, hasta el extremo de considerarles, como unos «parias», en su propia patria. Tal estado de cosas ha durado hasta en el pleno siglo XX, siglo de progreso y de luces! Solo en 1926 se han anulado las famosas medidas draconianas de Isabel del año 1670, y las del Parlamento de 1604.- Las famosas guerras de Religión en la Alemania protestante no tuvieron otro origen, sino la intolerencia de los reformados y la necesidad de defenderse de los católicos. La famosa revocaciòn del Edicto de Nantes de octubre de 1695, que trajo tantos inconvenientes a Francia, es en el fondo una medida de intransigencia de Luis XIV y del medio ambiente en que se produce este cambio de política para con los hugonotes.-La Historia nos demostraria asì, que los pueblos son intransigentes en sus creencias, y que acusar a un solo país como el único culpable es no haber comprendido la Historia. En ciertas épocas determinadas constatamos tal intransigencia. Ello obedece a una ley de propia conservación, de defenza y de expansión.-España no es, pues, un país esporádico, donde tenga su asiento propio la intransigencia. En la época a que aludimos sigue las mismas corrientes que los demás pueblos.*

****

CAPÍTULO SEXTO

DIFICULTADES QUE ENCONTRARON LOS PRIMEROS MISIONEROS EN LA PROPAGACIÓN DEL EVANGELIO

§ *1º Falsas Creencias*

649 A primera vista podrá parecer el párrafo que va a seguir doble empleo con el que hemos apuntado con respecto a la doctrina de los Incas, al hablar de las Religiones. No lo es ciertamente, sino un complemento, un aspecto nuevo del estado en que había venido a parar la religión oficial. La religión del vulgo era, en realidad, la que vamos a bosquejar.

650 La primera dificultad con que de seguro tropezarían los primeros misioneros, era el choque de una nueva doctrina, que iba en contra de la que tenían los naturales, y en contra de las costumbres inveteradas, que de tiempo atrás venían trasmitièndose de padres a hijos. Esencialmente los indios son tradicionalistas por temperamento. Ante la inyucciòn de una nueva òrden o de un nuevo estado de cosas, uno se estrella lamentablemente contra su espíritu que no tiene otro argumento que la tradicional frase entre ellos: «costumbre tatay». Es costumbre, dicen, y con ello parecen haber dado un golpe decisivo del que uno no puede reponerse. Ese espíritu obtuso, rehacio a nuevas iniciativas, estacionario en lo que sabe y le ense-

ñaron sus padres, sin ningún horízonte de ideas para contemplarlas, justipreciarlas y decidirse por las nuevas que le darian mayor elevación, en suma, un espíritu informe y no acostumbrado a especulaciones metafísicas dogmáticas, encontraron los misioneros como valla infranqueable a las nuevas ideas que venían a anunciarles, un terreno por completo sin preparación e inapto para entender las sublimes verdades de la fé cristiana.

651 Los dogmas mismos enseñados por los Incas, que, hemos dicho más arriba, no carecían de cierta grandeza y muchos vislumbres de un extranatural, habían sido erróneamente deformados. Si los «amauttas» podían ser más versados con respecto a las primitivas creencias, el resto del vulgo estaba envuelto en un grosero fetiquismo, que la multitud de sus ídolos y de sus «huakkas» podian contarse por miles. Al tratar más adelante de una acusación hecha contra el clero por la destrucciòn de esos ídolos, daremos una somera descripción de ellos. Por el momento, veamos cómo había degenerado el culto enseñado por los Incas.

652 Contiene preciosos datos al respecto, la Relación de los Augustinos entre 1550-1557 hecha desde Lima a un prelado de España, que se encuentra en el Tom. 3º de la «Colección de documentos Inéditos de las Indias».

Aparte la ingenuidad de los buenos religiosos para creer todas las patrañas que les cuentan y atribuirlo todo al demonio, sus indicaciones y sus comprobaciones son de gran valor.

653 Lo único que hay que sentirlo es, que, novicios todavía en la lengua hayan modificado y transtocado todos los nombres de los ídolos que se hace sumamente difícil adivinar cuál era el verdadero nombre, que le daban los naturales.

EL DIOS ATAGUJU

654 Así nos habla la «Relación» de un dios Ataguju», cuya verdadera prounnciación, salta a la vista que no es la anotada y que quizás habrá que buscarla en «Amautta-ucju», o semejante, «el cuerpo del sabio», porque quizas en el simbolizaban al Supremo Sabio, Dios, que todo lo había hecho.

Al verse solo habria creado a otros dos para ser tres: «Sagad zabra» y «Vaungrabrad». De igual manera estos nombres estan, por cierto, completamente deformados porque en quichua no existen palabras con terminación en «brad».

655 Para adorarlos construían grandes patios de pared muy alta. Allí se reunían, cababan hoyos en los que introducían palos para formar una suerte de enrramadas. Al medio ponían otro más grande envuelto con paja, donde subía el mallcu sacrificador, vestido de blanco para ofrecer un conejo y multitud de ovejas. Rociaban con la sangre el mismo palo, comian la carne, sin poder sacar nada afuera y depositaban los huesos en las poyatillas que expresamente para ello habían en las paredes. La fiesta no iba nunca sin las consabidas borracheras, que duraban cinco a seis dias. Se repartía el zancu y la chicha a discreciòn. La embriaguez producia un lamentable espectáculo en que unos caidos, otros danzando, éstos arrojando inmundicias, aquéllos riñendo y cometiendo mil extravagancias mostraban a las claras la moralidad que resultaba de tales orgías en honor de sus dioses.

656 Otras veces ofrecian a Ataguju el olor de la cosa. Quemaban esta y decían que su dolor llegaba hasta el dios. Frecuentemente en su honor se reunian el cacique y los principales en una plaza pú-

blica y allí comenzaba a beber chicha, derramando antes de cada «mathi» (1) un poco al suelo para ofrecerlo al dios.

UNA SINGULAR COSTUMBRE EN LAMPAZ

657 Es muy típica al respecto una costumbre particular consignada por Cieza de León, cap. CXVII en el pueblo de Lampaz. Ello lo refiere un testigo ocular, el clérigo Marcos Otazo, doctrinero de esa región. Un día vinieron los caciques y principales a pedirle que les permitiera hacer lo que sus costumbres antepasadas les mandaban. Accedió el clèrigo con la condición de que él estaría presente, que se daria cuenta de lo que era, porque si había algo de ilícito no se los permitiría más en adelante, ni ellos tentarían en hacerlo.

Al medio día saliò de todas partes del pueblo la comitiva presidida de las cajas y de los bombos. Llegada que hubo a la plaza mayor, extendieron allì los indios sus ponchos, mantas y demás ornamentos, para que se sentaran los caciques y principales, que iban muy aderezados, vestidos de sus mejores ropas, los cabellos en trenzas hasta abajo, de cada lado una crizneja tejida de cuatro ramales. En dirección de cacique venía un muchacho de unos 12 años ricamente ataviado a su modo, llevaba por debajo de las piernas unas borlas coloradas, en los brazos y en el cuerpo muchas medallas de plata y de oro, en la mano derechá una honda y en la izquierda una bolsa de lana para la coca. Del lado izquierdo de los caciques venia una hermosa doncella, también vistosamente ornada.

(1) *El «mathi» es un calabacino.*

Colgábale por detrás un cuero de león pequeño que le cubría toda y una saya larga que llevaba otra india de más edad. Llevaba la doncella en la mano derecha una bolsa de lana, adornada con hermosas figuras de oro y plata. Trás las demás mujeres venían seis indios labradores, cada uno con su arado al hombro, en la cabeza sus monteras a manera de diademas, cubiertas con vistosas plumas de variados colores. En seguimiento suyo otros seis, cargados con costales de papas y tocando sus cajas. Llegados ante los caciques, cada cual saludaba al suyo con una reverencia. Colocaban en hilera los arados, de los que colgaban los costales de papas, las mejores, grandes y escogidas. Intertanto todos los de la comitiva de los jóvenes puestos de pié ejecutaban sin cambiar de lugar sus danzas particulares, que consistían en que al sonido de la caja se alzaban sobre la punta de los piés, levantando de tiempo en tiempo hacia arriba la bolsa que llevaban en la mano. Acabada la danza se sentaban todos. Traían enseguida un albo corderillo sin mancha ninguna. Colocábanlo ante el principal cacique y formando un círculo, comenzaban por quitarle en vivo por un lado toda la asadura. Los más nobles tomaban en la mano la sangre caliente y se apresuraban por ir a rociar las cargas de papas. Con estos ritos pensaban atraer la fertilidad y abundancia en sus cosechas principalmente en las papas, que eran de primera necesidad.

LAS INICIACIONES HECHICERAS

658 La iniciación al oficio de hechicero era una de las más particulares ceremonias por sus abusiones,

falsas y necias ridiculeces, y por la penitencia a que se les sometía a esta clase de gente.

Contaban necedades para hacer creer cómo el «*supay*» les iniciaba él mismo en sus brujerios. Decían que cuando iban a una laguna, se les apärecia unos muy bonitos matecillos de calabazas. Al quererlos tomar se escurrían siempre y con este engaño llevaban muy lejos a los incautos. Otras veces decìan que estos matecillos se ponían a jugar sobre el agua tan donosamente que embebecìan a los indios y les dejaba dormidos. Entonces aprovechaba el supay para llevàrselos a dentro de una huakka donde les tenía de cinco a diez días, enseñándoles la manera de curar, de conocer las hierbas para sus hechizos y otras tonterías. Al cabo de este tiempo podían salir, pero debían aún someterse a un ayuno de cinco días, ayuno que consistía en no comer ají, ni beber chicha y abstenerse de sus mujeres. Si lo cumplían exactamente podían contar en que serían buenos hechiceros y tendrían la facultad de hablar al supay, cuantas veces quisiesen.

659 Es posible que todos estos embelecos no eran otra cosa sino efectos de sus cerébros calenturientos y debilitados por los ayunos, o ilusos por un objeto que había producido en ellos un letargo de alguna duraciòn.

660 Esta conjetura se funda en que muchas veces esos hechiceros resultaban de la obsesión que habían tenido de una idea fija, que ellos interpretaban como una iniciaciòn del supay. Cuentan los buenos padres agustinos de un indio que en sueños vió un águila que querìa llevárselo. Persiguíalo esta idea fija, llegando a serle una obsesión, por lo que se entristecía mucho, andaba cabizbajo, perdía el apetito y el sueño, se ponìa flaco y daba señales de locura. Creyó el pobre indio que un día se le apareció el su-

pay en forma de indio y le dijo que si se resignaba en ayunar y ser su mallcu, llegaría a ser rico y tendría lo que hubiere menester.

661 Otro caso de mayores señales de demencia apunta la «Relación». Un indio que era pastor de rebaños de su padre creyó ver una vez al diablo en forma de hombre. Rogóle le ofreciese un corderito. Hízolo degollar, tomò la sangre y dejó la carne. Al dia siguiente pidió dos, al tercero tres, y así sucesivamente hasta treinta. Espantado de tanto estrago el indio y temiendo el castigo de sus padres, huyó de la vista de ellos, anduvo vagando por todas partes y decía que tenía al supay consigo. El desgraciado se había vuelto loco.

662 A estas extravagancias y demencias llegaban estos hechiceros que se decían tenían pacto con el demonio. Efectivamente muchas veces realizaban hechos sorprendentes: enfermaban a los que querìan, hechizaban o deshechizaban a otros valiéndose de ciertas yerbas, anunciaban lluvias o sequías, granizadas o tiempo sereno. Un día mostraron a un agustino un árbol que decían que el brujo había hechado el polvo de ciertas yerbas: el árbol produjo, pero sus frutos parece que fueron mortíferos para los que comieron de él.

663 Muy curioso era el modo particular como hacían sus consultas. Ante todo adornaban con mucho primor el ídolo ante quien debía hacerse la consulta, según su rango. Al más principal o más estimado le cubrían de una suerte de almohadas de varios colores; fabricaban canastillas de verguillas muy blancas, tejidas con lana, por debajo ancho, y angosto por arriba, de casi un metro de tamaño, para poner en ellas a los ídolos. En seguida adornaban las mismas cestillas, ya con el ídolo dentro con sus *«llijllas» «chumpis»*, con topos de oro y plata, las *«chchuspas»* de coca, las hon-

das y capicetes de plata y cobre. Al llegar el hechicero para hacer sus consultas, tenían los criados del servicio de la huakka ya todo listo. Para que no fuese visto del pueblo cubrían la entrada con una frazada de toda clase de colores. Se entablaba el supuesto diálogo. Las más de las veces eran patrañas del brujo que fingía, y sabía muy bien hacerlo, su voz, alternando en el diálogo. El preguntaba y el ídolo respondía en alta voz para que todos oyesen. Los incautos indios se dejaban engañar con estas patrañas del hechicero que les hacía creer lo que quería.

664 Después del coloquio empezaba la fiesta, mataban «cohuis», ovejas, etc., repartían la chicha, el zancu, las carnes guisadas y seguían las bebendurrias y comilonas.

665 En otras ocasiones tomaban una pella de cebo, la hacían hervir o la quemaban hasta que arda. En medio de la llama, decían los brujos que veia la imágen del supay. Preguntaban quièn habìa sido el causante del daño que se había hecho a una persona. La imàgen designaba a fulano o zutano y mengano. Con estos datos respondía a los interesados y aunque fuesen inocentes no por eso dejaban de vengarse. Valíanse también de instrumentos convencionales para llamar al supay. En la mayoría de los casos eran cajas, bombos, manchados con sangre; o redecillas llenas de cascabeles, o cencerros que agitaban para que se presentase.

666 Corrían entre los indios de Guamachuco muchas leyendas y fábulas que habían inventado probablemente los mallcus y willajcuna relativas al modo cómo eran los ídolos dioses.

Contaban que Amautta-ukju, Sullkka-Caura y Mosoj-Caura habían creado a Guaman-suri y que los enviaron a Guamachuco, donde vivían los Huajchamunas.

Estos le hacían trabajar como a un esclavo en sus tierras, en sus casas y por todas partes. Dos hermanos de entre estos tenían a una hermana llamada «Khatáhuan», que la tenían muy enserrada, de modo que nadie podía verla. Guamansuri la vió y se aficionó de ella. Aprovechó una ocasión en que sus hermanos estaban ausentes y engañàndola con halagos la tuvo por mujer. Meses después dièronse cuenta los hermanos, averiguaron lo acaecido, supieron que el autor era Guamansuri, lo cogieron, apresaron y quemaron vivo, El polvo de èste, decían los indios, que había subido al cielo donde vivía Amautta-ukju. Khatáhuan muriò al dar a luz, pero en lugar de varones fueron dos huevos. Arrojáronlos a un estercolero, donde días después de los huevos salieron dos muchachos, que fueron educados por una india. Llamosé el uno «Sippu-khatta-quilla» y el otro «Piquiruan». El primero se fuè al sepulcro de su madre y la resucitó. Esta le dió una honda que había recibido de Guamansuri para que vengara su muerte. Sippu-khata-quilla comenzó a perseguir a los Huajchamunas, hasta exterminarlos por completo. Limpia la tierra de estos habitantes subiò en busca de Amautta-ukhju, mostróle su obra y rogóle que pusiese hombres en Guamachuco. Accediò a ello y le dijo que se encaminara al cerro Ipuna, donde cabando con azadas de plata y oro sacaría indios que poblaran la región. Así lo hizo. Reconocidos los indios por esto decían ellos, que tenían suma veneración para con Sippu-khata-quilla, le respetaban y temian, sobre todo, cuando tronaba y relampagueba, porque entonces estaba enojado y hondeaba por todas partes en el cielo.

667 Todas estas necedades contaban y lo creían a pie juntillas porque jamás se les vino a las mientes el examinarlo, criticar o dudar de ello.

Como consecuencia de estas creencias habíanle erigido huakkas en la cima de un cerro de Porcón,

habíanlo representado en una estatua de piedra. Abajo del cerro tenía todo un pueblo y willajcuna consagrados a su servicio. Como era el dios más temido por sus truenos y relámpagos, cuando salían los mallcus a pedir limosnas para su servicio, nadie se escusaba de dar. De esta suerte los mallcus y willajcuna se habían vuelto muy ricos, tenìan ganado en abundancia, pongos para su servicio y grandes comodidades. Más tarde el mismo Huascar le rindiò homenaje y Atahuallpa mandó destruir el ídolo, las huakkas y el pueblo.

HUAKKAS CON ÍDOLOS

668 En otra huakka no había sino unos dos cantarillos de agua, que decían los indios que las mandó poner Huayna Khápaj, encargàndoles que cuando no lloviese fueran a pedìrselo a ellos. Cuando debían practicar la ceremonia de la rogativa, diremos, se reunían los más principales de los caciques. Designaban quienes debían ir a la huakka a observar los ayunos durante dos días. El lugar era una sierra muy ventosa y frìa. Algunas veces mandaban hasta unos cincuenta individuos. Inútil decir que las más de las veces se morían los pobres indios de hambre y de frío, sin haber obtenido la tan deseada lluvia,

669 Había una huakka muy célebre por sus riquezas y sus numerosos ídolos. Llamàbase el principal «*Tanta suroj*», que corre junto. Todos los demás eran reputados hijos suyos. Sus riquezas eran de plata, vasos, coronas, etc. Las coronas se las ponian al ídolo en la cabeza, pero habían otras en forma de herrajes que se las encajaban por las barbas hasta el número catorce. Tenían riquisimos toldos bordados con

plata y oro, catorce trompetas de cobre y plata que empleaban en las fiestas, ropas de remuda màs de treinta y nueve, algunas de ellas, trabajadas con primor y llenas de plata. Los vasos que servian para la ceremonia de la liberación, estaban maestramente cinceladas. Con todo esto habia variadas plumas de vistosos colores, bolsas, fajas, hermosamente tejidas. El celo intempestivo de los religiosos agustinos, sin dicernimiento ninguno, dió fin con todo esto, quemando todo lo que podía recordar el antiguo culto. Si por lo menos al destruir los ídolos hubiesen conservado los objetos como cosas de arte, serían menos censurables en esto. Solo guardaron dos hermosos tejidos que les sirvieron de docel, y las ropas servibles que distribuyeron entre los pobres.

670 Quemaron igualmente los adornos del ídolo paredra de Tanta suroj, que eran topos de plata, orquillas para el cabello, cortaderas y demás perifollos.

Lo mismo hicieron con todo lo que encontraron parecido a lo que acabamos de describir en Cunancjocha, con respecto a un ìdolo, que decìan los indios que solo los del pueblo podían penetrar en la huakka, porque cualquier extraño que se atrevía a llegar allí, le comenzaban unos escosores en los pies, y a poco morían comidos por los gusanos. Igual suerte corrían, creíanlo ingenuamente, los pobres indios, todos los que no cumplian el precepto del ayuno durante un mes, o no iban a adorar al ídolo. Esta supertición había causado muchos daños en la población, que con el miedo superticioso iba despoblándose o morían otros con la pesadilla de los gusanos.

671 La misma creencia había con relación a otro ídolo que se llamaba «*Maillaj*». A cualquiera que se acercara irreverentemente, decían, que se le encogían los pies, piernas y brazos, para quedárse tullidos.

MÁS SUPERTICIONES

672 Otras superticiones ridículas estaban muy arraigadas entre ellos. Así pensaban que cuando una mujer o animal había dado a luz gemelos debian ayunar cinco días en honor del dios «*Huachachej*» para que sus hijos sean buenos o su ganado se multiplique.

673 Para preservar sus sementeras, sobre todo maizales, de la destrucción que causaban las zorras, habían imaginado de un modo de impedirlas venerándolas en sus imágenes. Cuando podían cazar una de ellas les sacaban los intestinos para secarle al sol. Una vez seca, le ponían una manta como a una mujer viuda y sus llijllas. Le ponían en la boca el zancu y le derramaban chicha. Cuando la cogían con sus crias, hacían una representaciòn como si una mujer diera el pecho a sus hijos. Con ello y el culto que le rendìan pensaban que se granjeaban sus gracias y se ponían al abrigo de sus incursiones.

674 Una de las maneras originales de rendir culto al sol era la de embijarse las narices conjambo amarillo y el rostro con bermellón de modo que aparezcan puntas en toda la cara. Con ello manifestaban su adoración, le pedìan aumente sus días y les preserve de la muerte.

FETIQUES

675 Fuera de la multitud de ídolos que había en cada pueblo y en cada huakka, tenian además cada uno su fetique propio, a cual más ridículo y original, hasta para los animales. Para los conejos habían ele-

gido a «*Pay huiñayoj*», que creían los hacía multiplicar.

676 Las mujeres que hacían chicha tenian su fetique llamado la «*Mama-hakja*», que fermentaba, velaba y daba buen sabor a la chicha.

677 A la rama de tres vainillas de ají, que habían nacido juntas, la recogían con mucha solicitud, la colocaban en un lugar, llamánbanla «*Mama huchu*» y la veneraban para que le proporcionase en abundancia.

678 Cuando encontraban en la caza algún venado, lo primero que hacían era examinarle las entrañas para encontrar en ellas alguna piedra, como ellos decían, que no era otra cosa que estiércol endurecido o un bezoar. Llevábanselo contentos, porque pensaban que con ello veníales la suerte, conservàndolo como un talismán. De igual manera procedían con las cabras y llamas. Si encontraban una pelota que se les hacía de la yerba, lo tomaban y lo guardaban, llamándolo «*Illa-caura*», pensando que con ello iba a multiplicárseles más el número de sus bestias.

679 Llamaban tambièn «*Mama-khori*», conservándolo con sumo cuidado, los gruesos pedazos de oro que habían encontrado en una mina o en un lavadero. El guardarlo era procurarse para más tarde en mayor abundancia. Hoy mismo los indios de Bolivia conservan con suma solicitud en sus «chchuspas» o bolsas, monedas antiguas, por lo menos una, a la que dan el nombre de «*illa*», con el fin de que llame a otras monedas y nunca les falte dinero.

680 Tanta era su extravagancia y tan ridículas sus creencias en atribuir efectos a causas que de nin-

gún modo podían estar en relación, que muy crédulamente pensaban que cogiendo cáscaras de huevos de gallinas, perdices, o cualquier otro volatil, ensartándolas en una cuerda, decían que con aquello se les iba a multiplicar los conejos y demás animales.

681 Otros ignorantes iban a recoger por montones las flores y hojas del maiz seco que el viento había dispersado. Hacían sobre ellas el «chchallacu», no solo con chicha, sino hasta con sangre de animales. Pensaban que con ello se multiplicarían sus cosechas.

§ 2º *Prácticas erróneas*

682 Las otras dificultades vendrían de la parte moral. Aunque crencias y moral van intimamente comprenetrándose hay ciertos aspectos de la vida de los hombres en que se acusa con mayor preponderancia lo elevado o bajo de su moralidad, aunque prescindiendo de sus creencias.

683 Si sus concepciones eran demasiado primitivas, tambièn su moralidad en muchos respectos no pasaba de un grado elementalísimo. Solo examinaremos tres aspectos de esa mentalidad.

1º) El Matrimonio

684 El fundamento de la sociedad es su primer núcleo, la familia. La familia estable resulta de la unión indisoluble del hombre con la mujer.

La concepción de los indígenas peruanos relativamente a esta unión había llegado a ser sui géneris. Tenían una costumbre que llamaban el *«tantanacu»*,

reunirse. Esta consistìa en vivirse maritalmente en una suerte de ensayo de vida conyugal. Si la mujer resultaba del agrado del hombre se casaba definitivamente. Pero si previamente no habían practicado el «tantanacu», el mejor dìa que le agradaba al hombre se separaba de la mujer, alegando que no había precedido tal ceremonia. Y era difícil sacarles de esta convicción. Era un ensayo demasiado desventajoso para la mujer, porque en cualquier situación ella era la que perdía, sobre todo si llegaba a concebir. Cuando no precedia el tantanacu, el mozo o varón que quería a una moza, que vivía con sus padres, se encaminaba a la casa de ellos, cargado de leña, paja, coca y chicha. Esto se llamaba el *«huarmi mañacu»*.(1) Se entrevistaban los padres con el pretendiente y le decían todos los defectos y cualidades de su hija. Si a pesar de ello persistia en su demanda se le entregaba diciéndole: «he ahì a mi hija, si ella te saliere mala, no nos eches la culpa, porque todo te lo dijimos».

685 Hay que rendir homenaje a la moralidad de los indios, que generalmente con respecto a sus mujeres, fueron, han sido y son siempre fieles para con ellas. No ha existido como institución social al alcance de todos, ni la poligamia, ni el divorcio. Los Incas, nobles y caciques se reservaban el privilegio de tener más de una consorte, pero éstas, nunca estaban en el mismo rango que las primeras y legítimas esposas. De divorcio no se tenía noticia entre ellos, fuera de lós casos del «tantanacu», y de los Incas que podían repudiar a una esposa de segundo rango. Ya dijimos antes que a las tales se les guardaba todos los miramientos, eran muy consideradas, y el ayllu a que pertenecían se sentia muy honrado al tenerla en su seno, (*Cf. n. 168*),

(1) *La petición de la mujer.*

2_0) *El Juicio de Dios*

686 Cuando alguien había levantado un falso testimonio, incumbíale probar que su aserto era verdadero. Paro ello recurrían a una suerte de juicio de Dios. El acusado y el acusador se constituían en presencia del juez o del pueblo. Tomaba el acusador un poco de tierra en los dedos, sobre las uñas. Debía consistir la prueba en que si el acusado era inocente no llegaría la tierra de la uña, que soplaba contra él el acusador; si era culpable, le llagaria, y sería la prueba contundente. Es claro que estas nimiedades no eran de naturaleza a dirimir la cuestión de la verdadera culpabilidad o inocencia del culpado. Pero ellos lo tenían por recurso infalible, y tal era la persuasiòn, que muchos a penas les tocaba un poco de polvo, caían en el suelo y allí se dejaban estar, mientras no tuvieran quién los defendiese. Algunos morían allí de inanición. Pero si tenían quièn saliese por ellos, por más de que les tocara la tierra que habìan soplado de sobre las uñas y había caido en tierra, el acusador se veía obligado a practicar una ceremonia especial. Debía dar cinco vueltas al rededor del caído, encaminarse después a su casa, para espolvorear al rededor de ella con harina y lavarla en seguida con agua. Mientras tanto no se levantaba el caido y se tenía del lado de la primera posición. Esto les ocasionaba adormecimientos graves en todos los nervios del cuerpo del lado que estaban arrojados, que frecuentemente se levantaban contrahechos.

687 Se admitirá bien que esta suerte de juicios de Dios son más para espiritus apocados, sin ningùn dicernimiento, ni reflexión, que costumbres que sirvan para la mejor encuesta e investigación de la verdad. Los abusos eran inevitables y los hombres demasiado

estúpidos para poder protestar en contra. Fué menester la larga reeducación de las costumbres cristianas para hacer desaparecer todas esas nimiedades, que de muchos lugares no han desaparecido aún por completo.

3º *Las Crápulas*

688 Pero lo que no ha desaparecido, ni ha disminuido, y quizás el mal ha ido agravándose, y lo que los hombres semidoctos, sin ningún conocimiento de la Historia han dado en calumniar a la Iglesia Católica, imputándole faltas de las que ella de ningún modo puede ser responsable, son las crápulas y borracheras en las fiestas, al presente en las fiestas religiosas de la Iglesia. (1927).

689 Se ha dicho que los curas y frailes han instituido las fiestas para sacar plata a los indios, para embrutecerlos con el alcohol y las demás bebidas. No hay fiesta por insignificante que sea, nacimientos, casamientos, defunciones, en que no intervenga el cura y en la que no se beba.

690 Quienes tal dicen, ni saben de lo que hablan. Abramos la historia de la fiesta de los Incas (Cf. n. 177, 185, 186, 134), de los sepelios, de los matrimonios, de los «chujcha kkutus», que hemos referido anteriormente al hablar de las religiones de los Incas y de los demàs pueblos, (Cf. nn. 258, 271, 280, 306, 311, 327, 357, etc). y se vera que es ello una costumbre inveterada, que se encuentra en todos los pueblos. No puede concibir el indio, y porque no decirlo, ni el blanco mismo, ninguna fiesta, sin que no intervengan los consabidos banquetes, que entre la gente que se dice civilizada, serán opíparas comilonas, sendas champañadas y profusión de licores, al cual más exquisitos y rebuscados. Si los pobres indios incaicos no podían

todas estas cosas, y los actuales nada pueden de semejante, se contentaban con la chicha de maiz, con el zancu preparado por las ajllas y mamacunas, y con la carne de llama que preparaban en los banquetes de sus fiestas religiosas. No se bebía un dìa o dos, sino que prolongaba semanas enteras, como lo hemos dicho arriba, aduciendo autoridades històricas, que no se las puede tachar de imparciales o inventoras por necesidad de la causa. Hemos aducido arriba los ejemplos de las tribus quichuas, n. 232, ss, que para todo, con cualquier pretexto, se tomaba la ocasión de hacer una bebendurria, hemos dicho cómo en las ceremònias fúnebres de las demás tribus sujetas a los quichuas no estaban tampoco exentas de estos vicios.

691 Sería, pues, de supina ignorancia de estos hechos histórcos el afirmar que la Iglesia o sus frailes y curas inducen a los indios con sus fiestas a alcoholizarse y entregarse a sus desórdenes. El transcurso de este trabajo probará cómo la Iglesia oficialmente siempre se ha ocupado de prohibir y apartarlos de ese vicio, sin haber logrado estirparlo por completo. Que entre los clèrigos no hayan faltado quienes condecendiendo con aquella flaqueza de los indígenas hayan caido también en el mismo vicio, no seremos nosotros los que cerraremos los ojos a la luz. Pero afirmaremos que tales sujetos han ido y van en contra de las más explícitas prohibiciones de los cánones eclesiásticos y en contra de todas las reglas de la moralidad. Los defectos individuales que en cualquier corporación humana pueden existir y existen a pesar de las prohibiciones de sus estatutos, prescripciones y reglas, son inherentes a la flaqueza de los hombres, que mientras vivan éstos con sus pasiones no se logrará hacerlos desaparecer del todo.

692 Tomar margen de ello para decir que la Iglesia tiene la culpa del embrutecimiento del indio,

o que se deben suprimir las fiestas para evitar las borracheras, es no entender ni lo uno, ni lo otro. Una ocasión jamás es una causa. Si los indios se valen de la ocasión de las fiestas religiosas es porque aún no han comprendido el valor espiritual de ellas y no pueden concebir el que se pueda festejar religiosamente un misterio de la Relígión, sin que no tome parte el cuerpo con un fandango y una bebendurria. Ello todavía sobrepasa a su grosera concepción màterial, que aún no se ha elevado hasta las especulaciones metafísicas y dogmàticas. Las fiestas les son una ocasiòn. Con suprimir sectariamente la celebración de las festividades religiosas, nada se ganarìa, porque el indio buscaría de cualquier modo otra ocasión cualquiera para beber, por lo menos una vez en el año, de modo que pueda decir que ha celebrado tal o cual festividad.

693 Por otra parte injustamente se le atribuye al indio el vicio del alcoholismo. En realidad de verdad, al indio no se le puede llamar alcohólico. Es alcohòlico aquel individuo que no deja ningún día de beber, que para èl la embriaguez es su estado casi normal, y el alcohol produce en èl sus perniciosos efectos de estupidez, degeneración, idiotismo y delirium tremens. Al indio nunca jamás se lo ha visto en estos estados. Si el indio es obtuso y cerrado, como dijimos antes, no es por defecto de inteligencia, que para sus negocios es habilísimo, sino por falta de instrucción. Esos cerebros son las *«tabulae rasae»* de los psicólogos. Si el indio bebe es tan solo en sus fiestas y bebe hasta un estado por completo inconveniente, en que pierde el uso de la razòn y no sabe lo que hace. Pasado lo cual, el indio es el más parco de los hombres, tanto en la comida como en la bebida. Se contenta con muy poco, se alimenta de maiz cocido, *«mote»*, o maiz tostado. Casi nunca come carne, fuera de sus fiestas. Nunca bebe sino agua. La chicha

misma es una cuestión de lujo para él, porque el indio, además de ser pobre, es muy económico, y economisa hasta el centavo que le serviría para un poco de chicha. Si le dan, acepta, pero no gasta generalmente en golosinas, como serían, para él, la bebida o la chicha. De modo que es una injusticia propiamente dicha el afirmar que el indio es el alcohòlico. Al lado del blanco que de verdad podría llamarse alcohólico, el indio es de una sobriedad más que acética. Si fuera alcohòlico sería una raza degenerada y sin vigor. Ahora bien el indio es el más fuerte y resistente de los habitantes de Bolivia. Su raza a pesar del tiempo y de los malos tratos, siempre vive y se sobrepone a todas las intemperies de las estaciones glaciales del altiplano o a los rigores del estío en las demás partes del país. Llega a una longevidad más que ordinaria, dando así un solemne mentís a la ciencia que afirma que la coca le es perniciosa, siendo así que nunca deja la coca, ni en jóven, ni en viejo.

COSTUMBRES ACTUALES EN LAS FIESTAS

694 Estas prolépsis de lo que va a seguir son autorizadas en Historia, por el nexo lógico que une a lo que se trata. Aunque su lugar no sea éste, con todo, lo que adelantamos a su lugar propio dará mejor una idea comparativa entre lo pasado y lo presente. Ello demostrarà tambièn que lo presente arranca su explicaciòn de lo pasado.

695 He aquí ejemplos típicos de las costumbres de los indios actuales en la parroquia de Arabate, que está actualmente anexada a la parroquiá de San Lázaro de Sucre, y en otras parroquias, conocidas por el autor. Algunos datos los hemos recogido oralmente del párroco, otros son los que nosotros mismos hemos constatado ocularmente.

696 En sus festividades religiosas, que es para ellos una ocasión de bebendurrias y desmoralización completa, cada indio o alfèrez que tiene «que pasar la fiesta», como ellos dicen, se prepara con la anticipación de un año. Todas sus ganancias, todos sus ahorros se encaminan a este fín, porque su amor propio les convence que su fiesta debe ser la mejor de todos los que le precedieron. Cifra el indio todo su orgullo en que los demás digan que Fulano de Tal pasó la mejor fiesta. Y para ellos la mejor fiesta consiste en abundante bebida y en abundante alimentación. A este efecto tiene él que hacer cualquier sacrificio, y si es necesario irá hasta adeudarse, vender sus animales de carga, para que nadie diga que no valió la fiesta pasada por él.

697 Al preguntarles un dia porque hacían semejantes gastos, por sobre sus posibilidades, nos respondieron que si no lo hacían, todo el mundo les miraría mal. Por lo demás que no reparaban ellos en gastos, porque «el Santo», añadían, lo devuelve siempre con creces. y ya vemos que no nos falta nada en el año, y llegamos a pagar nuestras deudas. ¡De algo les sirve la fe!

698 Desde antes de un mes comienza la prepación próxima que consiste, sobre todo, en proveerse de harina de maiz para la chicha. No es exagerado el decir que compran hasta veinte y más cargas de harina para la confecciòn de la bebidas. Tenemos otros datos fidedignos que en algunas parroquias, en Talina, p. e. parroquia de Potosí, provincia Sud Chichas, en en los años de auge de aquel pueblo, por los de 1898-1905, en la fiesta de San Juan Bautista, patròn principal de la parroquia, que duraba en ese entonces quince dias completos, se hacía chicha para todo ese

tiempo, de modo que gastaban como unos cincuenta a cien quintales de harina.

699 La chicha ha de estar bien preparada, en enormes cántaros, que llaman «kheras», que ocupan cuartos enteros, donde se los conservan para que maduren. Aún hasta tres o dos días antes de la fiesta se ocupaban en la confección del licor.

Por otra parte han de proveerse para la alimentación. En Arabate, según el testimonio citado, compran unos 60 a 80 ovejas o cabras.

700 Fuera de ello, han de tener pólvora en abundancia para las camaretas. Llaman los indios asì a una suerte de dinamitas, que fabrican en el momento, rellenando en un depósito sòlido de barro cocido en forma de pequeño cilindro, una cantidad de pólvora taponada con una tierra rojiza. Con estas camaretas van ineludiblemente juntos los cohetes y los cohetillos, que compran muchos veces por cajones enteros. En ninguna fiesta han de faltar camaretas, cohetes y cohetillos. En ciertas parroquias es una verdadera profusiòn de estos dos últimos. Acompáñanlos en las fiestas más solemnes con cantidad de fuegos pirotécnicos.

701 Lo siguiente pasa casi en la mayoría de las parroquias de Potosí, y sobre todo en las del sud. La víspera de la fiesta se reunen en la Plaza mayor. Allí han plantado en todo el dìa ciento de palos, que lleva cada uno una guirnalda de fuegos pirotécnicos. Hay toda clase de figuras que han de ser representadas, desde los animales domésticos, hasta los hombres, y hasta el Santo, cuya fiesta se celebra. En medio se amontona numerosos globos de papel, que hinchados con el humo o gaz de parafina, han de ser elevados en el aire. En las esquinas de la plaza se elevan magestuosos castillos de madera, profusamente hornados con miles de cohetes y de cohetillos.

702 Apenas acababan las vísperas en el templo, comienza el alegre repique de las campanas, la algazara de los «sicuris» y el bullicio de los cohetes. Todo el mundo en Bolivia conoce lo que son los «sicuris». Pero la Academia ignora el valor de este nombre y muchos extrangeros no saben lo que es. Para ellos, si alguna vez llegare esta obra a conocimiento suyo. Son los sicuris, instrumentos músicos, propios de los indios, fabricados de una caña hueca especial, de largos nudos. (1) Los disponen en forma descendente, de mayor a menor, como los tubos de un organillo. Tienen hasta diez cañas entrelazadas en la forma antedicha. El instrumento suena al resoplido del que ejecuta. Por si mismo, cada instrumento no tiene la escala completa de las notas. De modo que para formar una melodía, lo menos deben ser dos. En el grupo llegan hasta veinte. Cada uno dá una nota distinta, que ha de ser completada por el otro, y en esta alternativa llegan a ser tan diestros, que ejecutan cualquier melodía, que no sea demasiado complicada. Esta instrumentaciòn, que es una banda propia, sirve en sus grandes festividades. En ella tocan sus aires sensibles, medio tristes, medio alegres, pero en la que predomina más la melodía lánguida y quejumbrosa de la época incásica. Muchas veces sus notas lastimeras arrancan del alma que las escucha esa añoranza de lejanos tiempos, que parece le recuerda que en la de los indígenas està comprimido el dolor, esperando cualquier ocasión, para sollozar lamentando sus penas.

703 Mientras ejecutan sus diversas melodías, en la casi totalidad de parroquias de indígenas hay unos danzantes, disfrazados con ricas vestimentas, guarnecidas de plata, bordadas en riquísimas telas de raso, cuyo arriendo les cuesta a cada disfrazado muy caro. Re-

(1) *Para el instrumento solo se emplea un nudo.*

presentan toda suerte de animales domèsticos en la careta que llevan. Unos son demonios con el rostro de viejas quimeras, cuyos cormillos se entrelazan como los del jabalí, con los cuernos salientes y de la boca les salen serpientes, que se entrecruzan en todas direcciones; otros representan osos, leones, monos, zorras, carneros, etc. En Talina hay una suerte de disfraces que llevan, cubiertos de plumas de còndores u otras aves de rapiña, que los llaman «silphuris». Son estos, individuos, que llevan en las rodillas numerosos cascabeles, en la mano una algarroba en forma de una cabeza de perro o gato; en las espaldas una suerte de capa pequeña, tejida con las plumas de las aves de rapiña ya mencionadas. Danzan de un modo triste, lánguido y acompañados de un instrumento que llaman corneta, pero que no es la corneta ordinaria. (1) Este instrumento se compone de una larga caña hueca, de diez a doce centímetros de diàmetro y de unos ocho a diez metros de largo, encajada una a otra, amarrada con sumo cuidado, de nudo en nudo. Remata por el extremo superior en un cuero en forma de gaita, y por el extremo inferior en una pequeña bocína por donde soplan con fuerza, para darle un sonido triste y lastimero de dos o tres notas, que repiten interminablemente. Al son de esta música danzan los silphuris.

704 Otra variedad de disfraces son los toritos y caballitos, que danzan también con una música particular. Son los toritos unos grandes cueros de buey, de uno a dos metros de circunferencia, que en un armazón ha recibido la forma de un toro. Encima del cuero, lo han cubierto con una argamaza de yeso y han hecho la cabeza de un toro. Por la parte de aba-

---

(1) *En el Norte de la Argentina, hasta Jujuy, existe también este instrumento para los mismos fines de religiosidad de los campecinos.*

jo es hueca, y ella sirve para ponersela sobre la cabeza, donde la llevan al tiempo de danzar.

Al lado del torito, van los caballitos, que ellos son fabricados del mismo modo, pero en lugar de llevarlo en la cabeza lo llevan un poco ma abajo del pecho, sujeto por los hombros. Y en lugar de ser tan solo huecos, son un arco que da vueltas la cintura, para sobresalir a la altura del pecho, en la forma de caballitos. Ordinariamente cada toro va al medio de dos caballitos. Para danzar toca el músico un caramillo de cuatro notas, al mismo tiempo que lá caja. Su melodía se reduce a una semejanza de trote acompasado, y la danza en ir y volver de adelante para atràs, imitando los movimientos del toro, al son de la música. Los caballitos le siguen por todas partes.

705 En la parroquia de Chaquí, provincia de Linares, tienen otra clase de disfraces orignales a esa provincia, como Puna, Betanzos, Otuyo, Caiza, etc, etc. Los indios arriendan costosamente una suerte de enormes capás, de dos dobleces. Las fabrican en grandes cueros, del tamaño del buey entero. Van forradas por fuera con una felpa negra, bordada con lentejuelas, y gran parte de ella, sobre la felpa, grándes placas de plata maciza, que casì cubre las dos hojas de la capa. Lo llevan sobre los hombros, que semejan entonces dos alas muy largas, que les bajan hasta los pies, Su peso llega a dos o tres quintales españoles, y con esa enormidad a penas pueden moverse, dando pasos muy cortos, al son de un caramillo y de una caja. Su danza es un lento movimiento de un lado para otro.

706 En todas estas partes, son los hombres solos que danzan: pero en otras, como en La Paz les acompañan las indias, que para el efecto, ellas no llevān disfraz, ni careta, síno que cambian tan solo su habitual indumentaria, por unas diez o quince polleras, que llevan sobre puestas unas encima de otras, y les

da el aspecto de una enorme campana, con un circuito en el borde inferior de unos cinco a seis metros. Cuando danzan, que las danzas consisten en ir tenidos recíprocacamente por las manos en grandes círculos, se sueltan y comienzan a girar sobre sí mismas. Entonces se despliegan las polleras en forma de abanicos, y piensan entonces que mientras más se despliegan, mejor es su danza, y mayores aplausos merecen.

707 Estos son los preliminares de la fiesta, entre la algazara de los sicuris, caramillos, trompetas y cornetas, el ruido ensordecedor de los repiques y cornetas, que parece que se encuentra uno en un fuego nutrido de tiroteos de una candente guerra. Cuando revientas los castillos de cohetes y cohetillos es una tronadera que asemeja a lo lejos el estampido de truenos seguidos. Cuando encienden los fuegos pirotécnicos la plaza queda iluminada con vistosos y hermosos colores que le dan: el aspecto de ciudades de las hadas de Mil y una Noches por la ilusión que causa el caminar de los hombres, cuyas sombras se alargan a lo indefinido; el subir de globos, que parecen que se elevan personas iluminadas y ornadas con variedad de vestimentas; el ascender de los cohetes extrangeros, que se elevan a grandes alturas, donde estallan, unos difundiendo por todas partes al caer variados colores, que asemejan errantes estrellas o bólidos encendidos, que encantan la vista; otros que bajan maullando, como rabiosos gatos o que se introducen por entre las piernas de los que festejan.

Hasta aquí son diversiones inocentes que son típicas y originales y que han conservado mucho de las antiguas fiestas incaicas.

708 Pero donde ya comienzan los desórdenes es cuando van à la casa del alférez o llevan a la misma plaza la chicha que han de beber. Los sendos vasos se suceden los unos a los otros. En muchos lu-

gares ponen en el patio de la casa del alférez y en cada uno de los rincones enormes vasijas, que llaman «huirkhis», con una capacidad de 200 a 300 litros, de donde cada uno con un «mathi» puede tomar a discreciòn, cuanto quiera. Es claro que en tales bebendurrias no se puede conservar la razón en su estado natural. Pero el indio mientras más bebe, más quiere. Y aunque literalmente ya uno pueda contener el estómago, hacen a la moda de ciertos alemanes, cuando quieren apurar los barriles de cerveza. Se van a un reservado, o al aire libre, arrojan lo que ya tienen demás, para recomenzar con más ganas. Esta es una desmoralización completa. Llegan a un grado de embriaguez y un embrutecimiento, que ni las bestias jamás caen en ese estado.

709 No es mejor el comportamiento en las comilonas. En Arabate las 80 o 100 ovejas y demás animales, que ya tienen preparado de antemano, los degüellan y cortan la cabeza. Después de haberlo preparado, cuecen las cabezas separadas, los pies en otras ollas y así las demás partes. Cuando todo está listo, cada uno va a su agrado y toma lo que mejor le plazca, de la olla que más prefiere. Puede comer cuanto quiera o llevar para los de su casa.

710 En otras partes la preparación es más aristocrática. En un gran corredor de la casa, cuando la pieza no contiene, o en varias piezas, han preparado largas mesas, profusamente llenas de lo que llaman «frutas secas», mistelas, licores, chicha y demás. La comida es bien condimentada, con variedad de especies, pero en ningún caso ha de faltar el ají. Entre los indios más ordinarios es el ají de «phataska», que es el maiz pelado, el «llusppi», trigo pelado, condimentado a su modo, la quinua y otros cereales semejantes.

No es de describir en que estado lamentable se sientan a veces a la mesa, o se acercan a la olla, o

forman sus ruedas sentados en el suelo cuando no hay mesas, o los indios son de condición más baja. Las descripciones que leemos en Tito Livio, Tácito y Juvenal de los banquetes romanos y de sus inmundicias, tiene aquí su continuación, con la sola agravante para aquellos que se preciaban de civilizados y señores del mundo, mientras que los pobres indios, y hasta los cholos, en nada de eso piensan.

711 En estos festivales los que llevan la mejor parte de bebendurrias, comilonas y son retribuidos pingüemente, son los músicos. Decimos músicos, no sicuris, ni otros. Los músicos y cantores son ciertos cholos que han aprendido a soplar la instrumentación de metal, que de entre los más acomodados de los alfereces se pagan el lujo de contratarlos para que les diviertan todo el tiempo de la fiestá. A ellos se les paga el viaje, se les atiende bien en la mesa y bebida, y a la vuelta a sus domicilios tienen que pagarles conforme a lo que pidieren. De ordinario, para ellos solos, tienen sus enormes cántaras de chicha, de las que beben sin tasa, ni medida, hasta más no poder. A poco de haber libado con tanta profusión. ya no pueden más ni tocar, ni cantar en las ceremonias sagradas, a las que desgraciadamente tienen que servir. Pasados los días de fiesta, obligan a los festejantes que les proporcionen una buena acémila para el regreso, huevos abundantes para llevar a su familia, corderos, gallinas y todo lo que pueden arrebatarles.

INMORALIDADES QUE SE COMETEN

712 En la parroquia de Arabate después de la bebendurria de todo el día, en que los diversos grupos de hombres y mujeres han estado completamente separados, al caer de la noche, se separan los hombres

para ir a descansar. Se quedan solas las mujeres, indias e «imillas». (1) Comienzan entonces una algarabía de todos los demonios, una confusión espantosa de cantos, griterías, canciones obsenas, etc., etc. A eso de la media noche cada una se separa por distintos puntos en busca de los hombres. Síguense los desenfrenos que pueda imaginar el lector, al verse los hombres exitados por las mismas imillas. Aquello es una nueva Sodoma, donde se atropellan todas las reglas de la moralidad. Y decir que son las mismas mujeres las que impulsan a todo esto!

713 Este cuadro no es ni imaginario, ni tan solo de hoy día, ni particular a estas provincias. Ya el antiguo escritor Pedro Pizarro en su Obra «Descubrimiento y Conquista, escribía en el siglo XVI a cerca de los iudios lo siguiente: «Eràn muy dados a la lujuria y al beber, tenian acceso carnal con las hermanas y las mujeres de sus padres, como no fuesen sus mismas madres, y aún algunos habían que con ellas mismas lo hacían y ansí mismo con sus hijas. Estando borrachos tocaban algunos en el pecado nefando, emborrachábanse muy a menudo, y estando borrachos todo lo que el demonio les traia a voluntad hacian. Eran estos orejones muy soberbios y presuntuosos... Tenían otras muchas maldades, que por ser muchas no las digo». (Apud. Prescott, pag. 47). Por desgracia esta pintura no es recargada, añade el autor, aún hoy día a pesar del catolicismo. En el Perù saben los sacerdotes qué significa en la confesión el *«acúsome, Padre, que me equivoqué»*.

---

(1) Este término es quìchua muy cerrado en Bolivia para designar a las jóvenes indias y en general a las sirvientes.

714 En cuanto a los abusos de más arriba, hay que confesarlo que desgraciadamente. los curas y autoridades eclesiásticas no siempre han hecho lo que debieran desde el principio para evitar todos estos desbordes, que hoy día son completamente impotentes a poderlos remediar. Es en vano al presente el que les pongan a la vista las perniciosas consecuencias para las imillas, pues al cabo de los nueve meses, ella misma no sabe quién es el padre de la criatura, porque aquèl a quien se le atribuye, se niega rotundamente en reconocerlo por hijo suyo, ya que no fué èl solo el que cohabitó con ella, sino otros muchos más. Estas lamentables aberraciones debieran haber sido evitadas a su tiempo para que el mal no tome las proporciones de hoy día y para que la costumbre no venga a imponerse como una lamentable servidumbre.

JUEGOS TORPES

715 Menos que estos desbordes tan deplorables, pero no menos de funestas consecuencias para la paz y tranquilidad entre ayllus. ranchos y poblaciones diversas son las costumbres que practican en muchas parroquias de Oruro y en parte de las provincias de Chayanta y Charcas de Potosí.

Los indios se distribuyen entre arribeños y abajeños, o entre ayllus de un lado y ayllus del lado opuesto. Cuando llega el día de la fiesta se reunen los hombres de edad y jóvenes, salen del pueblo, donde tienen asiento la parroquia principal. Se encaminan a una llanura, a la playa, o a la cima de dos colinas opuestas. Cada uno de los del partido va provisto de una honda, fabricada por ellos mismos, lo llaman «*huarakka*». En algunas regiones las mujeres mismas toman parte de uno y de otro lado contrarios.

A la señal convenida, unos a otros se lanzan nutridos hondazos de piedra, hasta que uno u otro partido haya cedido el lugar. Si uno de ellos flaquea y cede, todo el partido vencedor se lanza contra el vencido y arremete más de cerca, hasta que hayan llegado junto a los vencidos. Trábase entonces la lucha cuerpo a cuerpo. Se siguen los recios mojicones, las heridas y los muertos. El vencedor tiene, según el convenio, el derecho de espoliar por completo al vencido, de sus ponchos, sus alforjas y de todo lo que había llevado a la lucha. Es en esa resistencia de no hacerse quitar lo que tienen, que se arman las riñas y peleas, que acaban con las muertes de muchos y con la tardía llegada de la policía. Casos han habido en que debieron movilizar todo un cuerpo de línea para evitar esas peleas o para separar a los que ya estaban en ella. Cuando intervienen esas autoridades indeseables para ellos, se aunan ambos partidos y la emprenden contra los soldados a fuerza de piedra. Para defensa suya tienen estos que hacer uso de sus armas de fuego y entonces los muertes y heridos son más numerosos. No por eso dejan los indios de sus proyectos y propósitos. Al año siguiente tienen convenido que han de volver a la lucha. Los que perdieron para no quedarse así humillados y los vencedores para mantener sus prestigios, pues para ellos es un sumo honor el salir vencedores y una suma vergüenza el ser vencidos. Cada uno se afana en pertenecer al partido de los vencedores.

Querer oponerse a estas corrientes es estrellarse a una ruda roca en la que está escrito *«costumbre tatay»*. Y nadie saca al indio de este *«costumbre tatay»*. Todos los curas desde el coloniaje hasta hoy no han hecho sino dar coces contra el aguijón del *«costumbre tatay»*. El no concurrir el día citado a dicha pelea, sobre todo el que el partido vencido no desafie de

nuevo al partido vencedor, es la suprema infamia, de la que no se lavarán sus hijos. Esto les impulsa en masas enteras el que al año siguiente el vencido provoque al vencedor. Contra ello nada hay que hacer. Solo con la paciencia, con la instrucciòn, con levantarles la mente para que comprendan cuan salvajes son esas costumbres, podria hacerse algo. Pero mientras el indio siga siendo iletrado, ignorante petrificado en sus costumbres, nada de bueno podrá conseguirse en orden a su civilización.

OTROS JUEGOS MENOS TORPES

716 Otra costumbre no tan salvaje, pero no menos peligrosa es la que existe entre los indios chicheños del Norte y del Sud del Departamento de Potosi; y la llaman «correr al cabrito», o tirar al cuarto. (1) Consiste esto en que el alferez de la fiesta tiene preparados veinte o más tiernos cabritos, recien degollados. Todos los indios y cholos que quieren tomar parte en el juego se presentan en ricos caballos, o en los que pueden, pero que no deben llevar montura. Toman un cabrito lo tiran al aire, y el que lo coge escapa con èl a todo galope hasta vencer a los demás. Si lo cogen forcejean por quitarse uno a otro, y el que tiene la mejor presa, y su caballo es bueno, logra llevárselo. Mientras tanto vuelan a todo escape por playas, zanjas, valles, collados y cerros mismos con tal precipitación que igualan y sobrepasan al mejor gaucho pampeño, que en las estepas de su tierra corren a

(1) *En el norte de la Argentina existe también esta costumbre, pero no en la forma torpe que en Bolivia.*

rienda suelta, siguiendo al àgil avestruz. No es de decir que estando sin montura, sin tener la dirección de las riendas del animal, a los esfuerzos que hacen para quitarse el cabrito, no sean alguna vez desalojados de sus cabalgaduras, y que con el ímpetu con que van, no suceda frecuentemente muertes, heridas y contusiones. Toda la destreza del individuo consiste entonces en correr con mayor lijereza, en evitar el encuentro de los demàs, en saber tenerse bien montado, a pesar de no tener montura,y en que nadie pueda arrancarlo de su hacanea.

Otros menos torpes «tiran al cuarto» a pie y entonces es más bien un juego de destreza, de fuerza y de agilidad, que aquel se lo lleva el cabrito, que fuè más diestro para cogerlo y correr con más precipitación.

LO QUE PERCIBE EL CURA DE ESTAS FIESTAS

717 Al final de todas estas fiestas, haciendo las cuentas de lo que despilfarran los cholos y los indios, se reduce a ingentes gastos pàra con la miserable vida que llevan. Unos alcanzan a la enorme suma de tres a cinco mil bolivianos y los menos a cien o trecientos. Capital ingente, decimos, con que se adeudan muchas veces para toda su vida. Todo echado al aire y desperdiciado inutilmente.

718 De toda esta cantidad el pobre Cura del campo tan calumniado tantas veces con respecto a las fiestas, a penas, si entonces, algo percibía, era un máximun de unos 50 a 100 bolivianos. Esto sería actualmente unà cantidadad enorme en el dia (1927),

En la fecha el antiguo arancel (1), fija los derechos del pàrroco en las fiestas la suma de bolivianos doce. (Bs. 12.—).

EL RICUCHICU

719 En las parroquias más generosas y antiguas era costumbre, desde tiempo inmemorial, hacer, fuera de la cancelación de los derechos del pàrroco, un obsequio al Cura, cuyo contenido era la presentaciòn de un cordero, de unas cuantas gallinas, dos o tres cargas de leña, pequeños platillos de diferentes especias, como clavos de olor, cominos, pimienta, ají, chocolate, fruta secas, dos jarras de chicha y algunas veces platos de comidas, ya preparadas. Esto es lo que llamanan el *«ricuchicu»*, hacer ver lo que traian de regalo al cura. El valor no pasaría de unos diez a veinte bolivianos. Llevaban todo con gran pompa, entre sicuris y cajas. Acompãñaban también con ceras para la Iglesia.

720 Hoy día son contadísimas las parroquias, en que el alférez consientan aún en hacer esta supererogación. Los tiempos también pasaron para estas cosas. Las autoridades civiles, unas veces por sectarismo, otras, par ir directamente en contra de los curas, pues tenían envidia de todo aquello, en los pueblos pequeños sobre todo, han dado en poner impues-

(1) *Tèngase en cuenta que las líneas que preceden han sido escritas en el mes de Agosto, antes del Sínodo de 1927, cuyo programa es uno de los puntos modificar el vigente Arancel pàra con los derechos del párroco.*

tos a las entradas de ceras, a los ricuchicus, a los sicuris y demás regocijos de los indios y de los cholos. Por no pagar ese gasto más, en lo que hacen muy bien, se abstienen estos y aquellos de esas antiguas demostraciones, que en su sencillez traducían el respeto y la obligación que tenían de sostener a sus párrocos, sean ellos lo que fueran en su vida privada. San Pablo había dicho que el Señor dijera «el que sirve al altar debe comer del altar» *«nan Deus dixit qui altari deservit et de altare vivire. I cor. IX»*. En un país en que pregonamos alardeando en todos los tonos que somos libres e independientes, somos sobre todo en los pueblos chicos, en que el subprefecto, los munícipes y el corregidor son el dueño y el señor y el déspota, que hace y deshace a su guisa, somos, repetimos el país más cohibido, más esclavizado de mezquindades y reglamentos, que atentan contra la libertad bien entendida, de conducirse y divertirse como mejor le venga en gusto, si con ello a nadie ocasiona ningún mal.

PENURIA DE LOS CURAS

721 Esta mòdica cantidad recibida o cobrada por el párroco, así como todas las demás, que por las funciones de su ministerio se ve en la dura obligación de imponer a los fieles, ha sido y es aún en el día el objeto de las más acerbas críticas por todos los detractores del supuesto clero rico, como de todos aquellos que ignoran las verdaderas necesidades de un párroco. Tiempo habrá para mostrar en que penuria se encuentra en la actualidad, sobre todo en la Arquidiòcesis, y cómo estos apuros económicos son una de las causas de la escacez de vocaciones al sacerdocio.

722 Pero no estará demás el hacer notar si-

quiera de paso que la acusaciòn es demasiado injusta. Los que tan acremente censuran la mòdica cantidad percibida por los párrocos y demás sacerdotes, jamàs han reflexionado que el párroco no tiene otros proventos, que los que le fija el Arancel. Más tarde haremos notar cómo fué grande el daño que hizo a la Iglesia el Mariscal Sucre al expoliarla de sus bienes, y más aún el de Santa Cruz al no haber dejado a esta última los recursos necesarios para su libre subsistencia. La insignificante suma que actualmente le pasa el Estado, màs como una limosna, que como una obligaciòn de justicia que le debe, porque se incautó de sus bienes propios, a penas si alcanza para las Autoridades Eclcesiásticas Supreriores, con cuatro Cabildos Catedralicios de la República, mientras que la mayoría de párrocos, excepto uno que otro del Departamento de La Paz, a quien pasa el Tesoro Departamental una pequeña mensualidad, no percibe ni un solo centavo, y rara vez, para no decir nunca, uno que otro curato aislado ha recibido una ayuda para la reconstrucción del templo.

723 No tienen pués, los párrocos con que vivir, sino con los proventos que les ha de venir de su ministerio. Ahora bien estos comparados con la de los otros países sudamericanos son una pura irrisión. Nos consta a nosotros personalmente, que en Santiago de Chile, p. e. en un simple matrimonio religioso pagan los interesados, sin chistar una sola palabra 500 $., nada más que por el arriendo de la Iglesia para la simple ceremonia religiosa de, ni siquiera, una hora. En esta suma no está incluida los derechos del pàrroco, que son a parte, a quien, sin nurmurar, ofrecen por lo menos unos 100 $. Nos consta también que en la misma ciudad, asì como en Buenos Aires, para una misa ordinaria a las 10 u 11 de la mañana dan sin ningún reparo 20 a 50 $. No se habla de otras personas pu-

dientes que 100 $ por una simple misa es cosa muy corriente. Los fariseos de nuestro país, que si han salido al exterior no se han tomado la molestia de observar, y si no han salido, son puramente unos obtusos, se escandalizan, cuando según arancel exigen los curas 12 a 20 Bs. por un matrimonio, o cinco centavos por un responso, 3 Bs. por una misa, etc.. etc.

724 En igualdad de condiciones, un simple sacerdote gana, no diremos, comparándolo con otras profesiones liberales, igual que ellos, pero ni siquiera el igual de un albañil, cuyo jornal es de Bs. 5.

725 Sabido es cómo en la República del Norte, E. E. U. U., donde todo está en proporciòn a sus adelantos, las profesiones más lucrativas son las de Medicina. Esos gremios de médicos forman suerte de empresas, donde la ganancia diaria llega a miles de dolares. Sin ir tan lejos la prensa sudamericana se escandalizó, y con razón, grandemente en 1924 al recibir la noticia de que un dentista chileno, había cobrado a Dn. Simón Patiño tres mil libras por una extracción de una muela. Sin salir de Sucre, sabe el público el ruidoso pleito que entabló contra un médico de la localidad por haber cobrado unos 30.000 Bs. por la asistencia a la Sra. Boeto, que falleció dejando su fortuna distribuida en obras de caridad. Casos de esta naturaleza se repiten todos los días. Y muchos están enterados de las estratagemas de que usan los enfermos para precautelar sus bienes, como aquel enfermo operado, a quien se le consideraba bastante rico, que no quería, que parte de su fortuna pase a las manos de los médicos que le habían asistido. Hizo en vivo la donación de sus bienes, distribuyéndolos entre sus parientes y declarò en testamento que no le quedaba casi nada. En efecto, los médicos habían presentado una crecida cuenta. Los herederos, declararon que los

haberes del difunto se reducía a muy poco. Los mèdicos se quedaron con un palmo de narices. para usar una frase vulgar, que traduce a la decepciòn. Uno de los practicantes menos grosero, que había pedido por honorarios solo 100 Bs., porque a los herederos les pareció que no se había excedido como los otros recibiò otros 100 màs. Los demás practicantes habían cobrado 1.000 Bs. cada uno solo por haber pasado la palangana mientras se hacìa la operación.

726 Otros casos recientes en 1927 han sido los honorarios subidos cobrados por los médicos de Sucre en la asistencia de un señor de la localidad que falleció. Por tres meses de asistencia se exigió por el mèdico de cabecera seis mil bolivianos. Seis mil bolivianos por un enfermo que se ha muerto! ¡Y por tres meses! Dos mil mensuales. Ni que un Ministro de la Corte Suprema. Este se contenta con mil. Y si un solo enfermo gana dos mil mensuales, ¿de los demás cuànto ganará? Decididamente algunos médicos quieren vivir de los muertos. O en otros términos es pura y sencillamente faltar al séptimo mandamiento de la Ley de Dios, en plena luz del día y a la expectación de toda la sociedad.

727 Más vergonzoso aún que todo esto ha sido lo que se ha cobrado a un español, vecino ilustre de Potosí, por diez días de asistencia unos cincuenta mil bolivianos. Cada practicante, como siempre, mil por haber pasado la palangana.

Y contra estos esa misma sociedad no protesta, ni dice nada en público, se contenta con gemir en privado. ¡Qué hermosa justicia la de la tierra!

728 Los nombres de las personas hacen poco a lo relatado. De esto damos testimonio, como de hechos que consta en la sociedad, no en documentos que se exiben en público, sino tan solo en los documentos privados de sus cuentas. Y nosotros los consignamos

acá a fin de que resalte, si en igualdad de condiciones liberales entre el médico y el cura, es éste el que lleva el mejor partido.

729 Acusar, pues, al cura de exigente, en la percepción de lo que en derecho le corresponde, es no comprender ni la situaciòn del párroco en Bolivia, ni las condiciones del medio en que uno vive, ni que los párrocos y demás del clero tienen iguales necesidades materiales que los otros hombres, ni que, econòmicamente, se encuentran ellos en un estado inferior al de los empleados presupuestados o al de los que ejercen otras funciones liberales, fuera del sacerdocio, o por fin, desconocer un derecho dìvino, que impuso el mismo Salvador, cuando dijo a sus dicípulos *«dignus est operarius mercede sua»*, el obrero que trabaja en el Evangelio es digno de recompensa, lo que afirmò y confirmó muchas veces San Pablo, al decirles a los de Corinto: «así ha ordenado el Señor que el que anuncia el Evangelio, debe vivir del Evangelio, (ICor. IX 14), o más claramente en otro lugar «que mucho es que vosotros nos deis de vuestros bienes temporales, si nosotros os damos los espirituales?». «Si nos vobis spiritualia seminavimus, magnum est, si nos carnalia vuestra metamus?» (ICor. IX, 11). Que a este respecto hayan habido y hayan abusos, somos los primeros en reprobarlo y condenarlo enérgicamente, pero ello no infirma al derecho que poseen los demás sacerdotes, y que por unos cuantos que abusan se haya de condenar a la totalidad. Ello sería sencillamente carecer de la más elemental lógica. Porque algunos médicos o abogados se extralimiten en cobrar sus legítimos honorarios y muchas veces lo hagan con una rep gnante y digna de condena injusticia, ello no quiere decir que no tengan derecho de exigir honorarios justos y equitables. A «pari», para que los curas, párrocos y demás sacerdotes.

730 Sin hacer ninguna apología, hacemos como historiadores justicieros la parte que corresponde a

cada uno. La Historia no niega el derecho al historiador el hacer algo de filosofía, sobre los acontecimientos que narra. Es la norma de conducta que nos hemos trazado.

CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO

731 Al haber reseñado así someramente, anticipándonos a nuestro sujeto mismo, ha sido para mostrar en un rapidísimo bosquejo las costumbres inveteradas. que han quedado entre los indios, la plaga incurable que es entre ellos esas borracheras a tiempos determinados y consabidos vicios y las injusticias de que es víctima el clero.

732 Volviendo sobre los antedichos vicios, lo que al presente debe hacer la Iglesia, lo que siempre se ha pretendido y a lo que tiende continuamente, es a instruir a esos indígenas, hacerles comprender que la bebida y demás clases de festejos suyos nunca puede ser el modo de honrar a la divinidad, mucho menos de serle agradable. Que si sus antepasados pensaban que así honraban a Dios, ellos estuvieron en un todo equivocados.

733 Esto predica la Iglesia. Esto lo qne ha enseñado, quizás ciertamente sin haber insistido mucho en ello, por la dejadez de sus pastores. Pero esta es su doctrina oficial en que no siempre ha tenido èxito al enseñarlo. Todo lo demás son calumnias de hombres ignorantes de la Historia y de la verdadera Doctrina de la Iglesia. a quien acusan sin conocerla y sin tomarse la molestia de estudiarla. Ven lo que pasa, e ilogicamente deducen una conclusión que no está contenida en las premisas, de donde pretenden dedu-

cirlas. Los indios se embriagan en las festividades religiosas cristianas, dicen, luego la culpa lo tiene la Iglesia y ella les induce a beber. Luego hay que suprimir las fiestas y suprimir la misma Iglesia. No puede haber deducción más descabellada, ni más ignorante de las leyes de la lógica, de la psicología y de Historia.

J. Benedicto Villagarcía,

P. S. Nota 1º.—La presente Obra era una introducciòn a la serie de volúmenes que debían aparecer, como Historia Eclesiástica de Bolivia. Razones que se reserva el autor le han impedido el continuarla. Quedan sin embargo fracmentos interesantes de ese aspecto, que tarde o temprano verán la luz.

Nota 2

Cuando escribimos la nota (5) de la pàgina 243 y cuando se hizo la tirada, no había llegado aún a nuestras manos las obras que han modificado nuestro juicio respecto a la referida nota. Un estudio más prolijo de la Historia nos ha demostrado que las «*Provinciales*» de Pascal no contienen nada de exagerado en lo que toca a los Jesuitas. El principio aquel alegado por Prescott «*la santidad del fin justifica los medios*», se encuentra, desgraciadamente, hay que confesarlo, en cuanto a la letra y en cuanto al espíritu en muchísimas obras de los Jesuitas de los siglos pasados. Consta además por la Historia de la Compañía que a ese principio han ajustado su conducta la mayoría de sus

miembros influyentes. Hay que leer, aunque no fuera sino por vía de recreo o curiosidad, la bien documentada obra del Padre Miguel Mir «*Historia interna documentada de la Compañía de Jesús*» y la última que acaba de aparecer en dos tomos «*Retrato de los Jesuitas*», obra antigua, escrita en portugués y traducida por E. Barriobero y Herrán, para comprender cuan legítima fué la exacerbaciòn que concitó los ànimos de todos los príncipes, naciones, pueblos, teólogos, universidades católicas y protestantes del siglo XVI, XVII, y XVIII, en contra de los Jesuitas, hasta que culminó en la bien motivada supresión de Clemente XIV, en 1773. Su restablecimiento posterior no es de aquellos fastos de los que pueda gloriarse la Iglesia. Su espíritu antiguo, que desencadenò en contra de sí tantas tempestades, no ha muerto, sino que ha resuscitado completo e idéntico. Y las efervecencias españolas de hoy (*Octubre 1931*) contra los Jesuitas principalmente son muy legítimas y fundadas en los mismos motivos que antaño. Aquel antiguo espíritu de mercantilismo es evidente hasta en el día. Su ingerencia en todos los rangos de la sociedad y ese predominio absoluto que ejerce sobre las conciencias de gran parte de los fieles son cosas que saltan a la vista. Las ingentes riquezas que acumulan, mediante legados, combinaciones comerciales y acciones marítimas, cuando no son ellos mismos los dueños de ciertos transatlànticos, exitan como de natural la codicia de los comunistas y la envidia amarga, mezclada de un resentimiento lleno de odio, de las clases pobres.

Esta rectificación la hacemos a fuer de imparciales. Para su documentación; veanse principalmente las dos obras *passim*.

FIN



